

**DR. R. SWINBURNE CLYMER**  
**EL MISTERIO DEL SEXO**  
**Y LA REGENERACION**  
**DE LA RAZA**



**H**

**KIER**

**Dr. R. SWINBURNE CLYMER**

# **EL MISTERIO DEL SEXO Y LA REGENERACION DE LA RAZA**

Un enfoque sano, sensato y razonable sobre el importantísimo y complicadísimo problema sexual, desde los puntos de vista natural, moral y religioso, considerando la REgeneración de la raza.

Versión española de *Héctor V. Morel*

**SEGUNDA EDICION**

**EDITORIAL KIER, S. A.**  
AV. SANTA FE 1260  
1059 - BUENOS AIRES



## **PREFACIO**

de la cuarta edición coordinada para Norte América, América Central (español) y Sud América (portugués).

Desde la publicación de la cuarta edición inglesa y de las diversas ediciones de esta obra en español en los países sudamericanos, resultó necesario un enfoque completamente nuevo para reinterpretar las leyes que gobiernan la actividad creadora (sexual) desde un punto de vista sano en lo físico, moral y espiritual.

Hasta entonces, de hecho hasta hace poquísimos tiempo, la humanidad en conjunto estuvo sumergida en la ignorancia sexual, aunque los más ilustrados estuvieron por lo común gobernados por inhibiciones y tabúes.

Esto se debió al hecho de que el conocimiento real de temas sexuales fue algo difícil de obtener. Los educadores como clase son tan ignorantes como el vulgo.

La iglesia, cuyo deber fue y es enseñar a la humanidad las leyes que gobiernan la conducta moral y espiritual —el sexo se halla bajo ambas categorías— ignoró, y continúa ignorando, este tópico vitalísimo y totalmente importante.

Es cierto, por supuesto, que poco después de la primera guerra mundial, los novelistas, casi en su totalidad, al apreciar la degeneración de la moralidad ocurrida durante la contienda, tomaron el sexo y sus peores características como temas de sus novelas.

En la historia del mundo jamás se alimentó la humanidad con tanta suciedad inmoral como durante los veinticinco años pasados. En las numerosísimas novelas con sus variados temas, que tratan sobre el aspecto tenebroso del sexo, se encaró virtualmente todas las fases de pensamiento y prácticas sexuales degradados.

Como era natural esperar, los millones de hombres y mujeres que constantemente leyeron esta literatura degradante fueron inoculados con una suciedad interior que tuvo lugar gradual, imperceptible y casi inconscientemente.

Hoy en día, muchos de estos millones de seres son casi incapaces hasta de mirar a los ojos a quienes aman, o creen amar, debido a los pensamientos y deseos interiores contaminados que los gobiernan.

Durante todos los siglos pasados sólo hubo una publicación que podría compararse en sus enseñanzas sexuales malas, degeneradas y degradantes con estas novelas tomadas en conjunto.

Esta publicación fue *Le KAMA SOUTRA Règles de L'Amour de Vatsyayana*, obra traducida al francés, pero considerada tan mala en sus preceptos e influencias que su importación, aunque publicada en Francia, fue prohibida.

Esta obra, que da instrucciones sobre todas las prácticas viles que el hombre conoce, no tuvo realmente tan maligna influencia sobre la humanidad como nuestras novelas sexuales modernas. Esto se explica por el hecho de que, básicamente, era una obra religiosa que tenía presente un vigoroso factor psicológico.

Este factor faltó en nuestras novelas modernas, donde descuella el aspecto bajo; se dramatizó el lado malo y sensual como único tema importante a considerar.

Este rebajamiento del pensamiento moral, de las sensaciones y deseos de una vasta cantidad de personas como resultado directo de estas degradadas publicaciones hizo surgir otro mal que, si ello fuera posible, tuvo, y sigue teniendo, casi mayor influencia para la degradación que las novelas “sexy”.

Hacemos referencia a la locura de los estudios que tanto se publican para centrar la atención del público en lo que fue siempre cuestión privada de marido y mujer.

Las prácticas enseñadas y explicadas en el Kama Sutra se consideraban básicamente —como se mencionó— prácticas religiosas. Estas prácticas eran tan malas como la maldad que puede realizar una humanidad degradada en todos los aspectos; no obstante, el pensamiento religioso psicológico tuvo influencia dominante sobre quienes se entregaban a esa práctica. **NO HAY PODER IMAGINATIVO QUE PUEDA DECIR ESTO RESPECTO DE LAS NOVELAS MODERNAS O DE LO QUE SE EXPONE EN LOS DENOMINADOS ESTUDIOS.**

El estado mental en general de quienes se dedican a estos estudios aparece con total claridad en la declaración de uno de los hombres interesados en los ESTUDIOS, y que aquí se cita:

“La conducta sexual de la gente se basa en muchísimas tradiciones, supersticiones, impulsos y experiencias individuales diferentes<sup>1</sup>. Pero nuestras actitudes hacia el sexo no son siquiera tan razonables como nuestra conducta.

---

<sup>1</sup> No haremos controversias respecto de esta afirmación, aunque dista de ser completa. A las razones para la conducta sexual debe añadirse, por sobre todo, LA IGNORANCIA POR PARTE DE LA MASA, el hecho de que los hombres posean inherentemente un poderoso impulso (biológico) un deseo omnicontrolador, sin conocimiento de cómo coordinarlo aptamente, dirigirlo y usarlo.

Todo esto se debe a que los designados (o quienes se designan) para enseñar y guiar a la humanidad, fracasaron en realizarlo. La humanidad creyó honradamente, y todavía cree, que el sexo pertenece al lado oscuro de la vida, y que debe ocultarse sin sacárselo a la luz, mientras que, en realidad, es de significado e importancia es espirituales elevadísimos y profundísimos.

“Los griegos habitaban una tierra más bien improductiva y, en el pináculo de su gloria, era muy crecido su número por milla cuadrada. Eran bastante inteligentes como para comprender que todos ellos sufrirían si su población crecía tan rápidamente, multiplicándose con mayor velocidad sus bocas que sus recursos<sup>2</sup>. El resultado fue un conjunto de costumbres sexuales que desanimaban positivamente la reproducción. Como último recurso emplearon el infanticidio, pero prefirieron medidas menos evidentemente crueles.

“Por tanto, la homosexualidad<sup>3</sup> fue una solución aceptada para las urgencias sexuales de hombres y mujeres. El caballero griego que careciese de amante masculino era considerado un poco extraño, no muy respetable. Además, desarrollóse una clase de mujeres que gozaban de consideración suma; eran una especie de supermancebas con las que los griegos podían tener relaciones extramaritales sin temor a las consecuencias<sup>4</sup> de un hijo indeseable ni de un ostracismo social.

“La homosexualidad entre mujeres tenía un reconocimiento tan igualitario como apropiada solución sexual que la isla griega de Lesbos dio su nombre a aquella práctica. Entre los griegos, homosexualidad no era un vocablo que necesitase pronunciarse entre susurros ni secretesos.

“Hasta donde nos lo permite la expresión, ni la fortaleza de la raza griega ni los niveles de su cultura se resintieron. Más bien, establecieron una edad dorada que sucesivas generaciones procuraron emular, pero no en su franco enfoque del sexo”.

Sugerimos que nuestros lectores estudien cuidadosamente estos diversos párrafos y, que al hacerlo, se formulen estas preguntas: ¿Dónde está Safo y su culto? ¿Dónde está esta poderosa nación griega y sus normas culturales? ¿Este autor sugiere que sigamos las prácti-

---

Se apoya en un cimiento moral, que tiene dentro de sí el poder de rebajar y degradar; de degenerar o destruir, o de elevar, sublimar y REgenerar a toda la humanidad, i.e., espiritualizar y elevar como hiciera Moisés con la serpiente en el desierto.

La iglesia, por sobre todo lo demás, apostata de su deber sagrado, a pesar del hecho de que en sus Escrituras están todas las instrucciones necesarias, que sólo requieren interpretación apropiada, correcta e iluminada.

<sup>2</sup> Esta idea es, de por sí, sana y práctica. Todo el mundo afronta este problema en la actualidad y a no ser que se adopten medidas sabias, la inanición acechará al mundo dentro de otros cincuenta años. Lamentablemente, los griegos adoptaron los medios más desastrosos para prevenir este resultado y rápidamente se convirtieron en un pueblo degenerado (en lo moral y espiritual), cayendo de su elevado sitio cultural a poco más que un recuerdo. Nuestro mundo moderno sigue rápidamente sus pasos.

<sup>3</sup> Este proceso es, de por sí, la prueba de la degeneración y de la gradual decadencia de la raza griega. Hay sólo una naturalidad genuina de la criatura humana: la cohabitación dispuesta y ORDENADA POR LA NATURALEZA. Cualquier desviación, con abstracción de la razón que se exponga, se orienta hacia la decadencia moral.

Dondequiera haya necesidad real de control de natalidad, hay medios naturales e inocuos que, de ningún modo, producen deterioro de la moralidad o la espiritualidad.

<sup>4</sup> Afirmación totalmente descarriada. Puede ser cierta, en lo que atañe a la reproducción, pero antaño, como hogaño, las graves consecuencias son numerosas; entre éstas, primero: degradación moral, animalidad, degeneración y, finalmente, deterioro mental y suicidio racial.

cas de los griegos? Por último, si es cierto que ni la raza griega ni sus normas culturales se resintieron, entonces ¿por qué el honrado trabajador y comerciante norteamericano se halla en la actualidad tan gravosamente agobiado por millones de impuestos para defender, proteger y alimentar a esta “nación fuerte y culta”, dueña de una “edad dorada” para librarla de la aniquilación?

Tolstoi es recordado por encima de todos los demás autores por su orden al pueblo: “¡Reflexiona por ti mismo!” Realmente sería bueno que el pueblo norteamericano empezase a hacerlo con ansias y sinceridad reales.

Estos ESTUDIOS y los comentarios cumplieron exitosamente una sola cosa: algo que *Le Kama Soutra verboten*, (prohibido) jamás logró realizar para los pueblos de la India, ni siquiera para el pueblo francés: un daño irreparable, un mal que continuará mientras se lean estos textos.

Es un instinto innato de la criatura humana, sin considerar cuán bajo caiga, aferrarse a algo como ideal, a algo como si fuese sagrado. De ahí que el ladrón y el asesino, incluso el proxeneta, consideren a su madre, hermana o novia como algo puro, noble y elevado.

La madre y el padre, sin considerar nacimiento o cultura, juzgarán a su hija pura e inmaculada; el joven pensará igualmente bien de su hermana y su novia; los hijos, de sus padres; la muchacha, de su enamorado. ESTO SOLÍA SER CIERTO, PERO YA NO LO ES MÁS.

Cualquiera, ya sea el padre, la madre, el muchacho o la muchacha, en cuyas manos caigan desgraciadamente estos libros de estudio sexual, si los lee, SERÁ INOCULADO CON EL LETAL VENENO DE LA DUDA; LA DUDA QUE ES MARCHITAMIENTO Y MALDICIÓN DEL ALMA.

El joven, al encontrarse con su novia y mirarla en los ojos, tal vez inocentes, descubrirá la duda serpentina que se yergue en su mente y se preguntará: “¿Ella también es culpable de una o más de estas prácticas? ¿Es cierto que ya no es más pura, que ya no es más un ideal para ser amado y adorado?”

La adorable e inocente muchacha será asediada por estas mismas dudas condenables al saludar a su amado. El esposo no podrá dejar de pensar en ellas al ver a su esposa. Esta sospechará de los hábitos de su marido y desconfiará de todas las demás mujeres.

Si el infierno hubiese abierto sus puertas, produciendo todos sus males sobre la faz de la tierra y sus infortunados habitantes, no podría haber efectuado daño mayor a los ideales del hombre que mediante la publicación de estos ESTUDIOS en nombre de la ciencia y la transmisión del conocimiento con las sospechas resultantes implantadas en las mentes de todos cuantos son tan infortunados como para leerlos.

Lo peor de todo es el hecho de que ningún conocimiento real de índole alguna se ha ganado con estos ESTUDIOS. La humanidad madura estaba bien al tanto de que estos males existen en algún grado, pero creyéndolos limitados a ciertos tipos degenerados. Median-

te estos engañosos ESTUDIOS ahora se la induce a creer, o al menos a sospechar, que casi todos los seres humanos, los queridos padres, madres, hermanos, hermanas, novias, esposos y esposas, *pueden ser secretamente culpables de una o más de estas prácticas y vicios desagradables.*

Además, todos los enfoques son desde el plano inferior, animalístico, carnal, careciendo de toda sugestión que pueda ser un concepto superior, mayor y espiritual, y un medio de convertir los pensamientos, ideas y prácticas carnales en avenidas del idealismo, de la elevación y de la espiritualización final; o, como dice la Biblia, los medios de ayuda para que “la mortalidad se revista de Inmortalidad”.

El enfoque es completamente equivocado. Es un enfoque desde el instinto más bajo del hombre; su concepto es el arroyo de la sociedad humana. Los hombres que tienen el bienestar de la raza en el corazón, que creen que una Regeneración de la raza es posible y práctica; los clérigos de todas las iglesias, deberán reunirse y librar batalla contra este mal desde la dirección opuesta.

Este deberá ser un enfoque espiritual; no de infatuación y fariseísmo, sino una actividad que sea sana, práctica y, por sobre todo, HUMANA. Deberá ser algo que el hombre común (que es honrado, sincero, o más o menos moral) pueda entender y ser capaz de aceptar; deberá ser la *razón*, y el *modus operandi*.

El autor de este libro es positivo en su condena de todos los males del sexo, de los subterfugios empleados para gozar del acto creador sin asumir responsabilidad alguna. El autor cree que el sexo es de naturaleza dual (por un lado, reproductivo; por el otro, REgenerativo), que es humano en la reproducción; divino en su posibilidad como medio de la REgeneración.

La vida se desplaza raudamente y no siempre de modo constructivo. Con frecuencia, los esfuerzos realizados para corregir un mal son más degradantes y destructivos que el mal mismo. Esto es muy cierto respecto de las cuestiones sobre el sexo.

Después de entrar en máquinas este texto, pero antes de ser impreso, la gente reflexiva se horrorizó ante las noticias procedentes de Japón en el sentido de que este país había legalizado el Control de Natalidad.

Es admitidamente cierto que Japón tiene desesperada necesidad de reducir su tasa de natalidad en razón de que el país dista de poder suministrar alimento necesario a su pueblo; pero el método seguido deberá armonizar con las Leyes de la Naturaleza y de Dios, si es que es posible separarlas.

Si Japón legalizara el Control de la Natalidad, lo apropiado sería que existiesen clínicas donde el pueblo fuese instruido sobre los métodos naturales de limitación de la natalidad, mas los estadistas (?) del Japón actuaron radicalmente y legalizaron el establecimiento de lo que no es nada más ni nada menos que “círculos abortivos”, un crimen mayor que los

métodos seguidos en Grecia cuando se descubrió que el país ya no podría sustentar adecuadamente a su pueblo.

El rasgo peor consistirá en la certidumbre de que la clase inferior e irresponsable, con pocas excepciones, no aprovechará las oportunidades que se le ofrezcan sino que continuará reproduciéndose como lo hiciera siempre, mientras la clase mejor, la clase responsable, aprovechará el método, con el resultado de que, en muy poco tiempo, asumirán el control los “reproductores”, *no los líderes*. Así ocurrió en Grecia y otro tanto ocurrirá en Japón.

Con estos pensamientos en mente, sale esta obra a cumplir su misión, con la ferviente plegaria de que sea el medio de destrucción de la sospecha de que todos los hombres y mujeres son culpables de males sexuales. También anhelamos despertar a todos los que tienen el bienestar de la humanidad en el corazón, para que se contraigan activamente a enseñar la verdad, y nada más que la verdad: el medio natural —y al mismo tiempo, espiritual— de enfrentar un difícil problema.

Rev. Dr. R. Swinburne Clymer

Beverly Hall  
Quakertown, Pensilvania, E.U.A.  
21 de mayo de 1949

## **PRÓLOGO**

### **SANIDAD EN EL SEXO ES SANTIDAD EN LA VIDA**

#### LA LEY ETERNA Y CONSTANTEMENTE ACTIVA QUE GOBIERNA AL HOMBRE Y TODOS SUS QUEHACERES SE MANIFIESTA COMO UNA DUALIDAD Y UNA TRINIDAD

La DUALIDAD se halla en actividad en la naturaleza *doble* del hombre: Su bondad, o naturaleza a semejanza divina; y su maldad, o naturaleza a semejanza diabólica. Este es el hombre *tal cual es; en guerra constante consigo mismo*.

La TRINIDAD se alcanza cuando el hombre aprendió a CONOCERSE, como lo ordenaban los antiguos. Esto significa que el hombre debe llegar a entenderse; sus debilidades y malas inclinaciones por un lado, y su fortaleza o cualidades a semejanza divina, por el otro.

Finalmente debe lograr el *equilibrio de ambas*, dar al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios, sin negar ni defraudar a uno ni a otro. Decimos que ese hombre logró una forma de deificación; es decir, se convirtió en un Hijo de Dios.

No es intención de nuestra parte escribir aquí un tratado sobre religión, Espiritualidad ni Devoción. Nuestro interés se centra, por el momento, en el sexo y la posibilidad de la REgeneración de la Raza por medio de la “elevación de la serpiente”, que es el sexo, desde el légamo al que se la condenara por ignorancia y *tabú* de la iglesia, y llamar claramente la atención sobre el hecho irrefutable, sobre LA LEY, de que así como el hombre es gobernado por una Dualidad y una Trinidad.

#### LO MISMO OCURRE CON EL SEXO.

Negar al sexo u ocultarlo es *suprimirlo*. Esto deberá siempre tener por resultado alguna forma de DEgeneración de la mente, del cuerpo y del Alma, la parte espiritual del hombre, o DE LOS TRES EN TOTAL. Deificar al sexo en mayor o menor medida es INmortalizarlo. Como la supresión del sexo produce alguna forma de DEgeneración, debemos considerarlo y tratarlo igual que al hombre en total.

Debemos reconocer su función propia; su necesidad para que continúe la raza al igual que su aplicación en la espiritualización del hombre integral. En otras palabras, no

debemos negar ni deificar al sexo, SINO QUE DEBEMOS TOMAR POR EL CAMINO MEDIO, completando la Trinidad, acordando al sexo su sitio correcto, apropiado y sano en la vida.

Es irrazonable suponer que el hombre puede pensar en Dios, amar a Dios y ser *consciente* de Dios, y al mismo tiempo ignorar o suprimir al sexo, que es el medio de creación. Es igualmente irrazonable considerar al sexo como si fuese el *todo de la vida*, dándole precedencia en los propios pensamientos, deseos y esfuerzos. Una cosa es tan irracional y tan anormal como la otra. Ambas conducen a la debilidad y a lo peor.

El camino medio es el único curso racional y sano que ha de seguirse. Dios no dio sexo al hombre para que lo ignore ni meramente para que “multiplique la raza”. Tampoco le dio al hombre otras cosas con una sola finalidad. La dualidad gobierna en toda actividad, y la plenitud de la vida consiste en poner esta dualidad en una trinidad de acción.

La prueba de que el sexo y Dios están ligados, por más que a primera vista esto parezca sacrílego, se halla en el hecho de que el hombre o la mujer que abusó del sexo hasta destruir su propia existencia, ya no es capaz de amar al sexo opuesto ni a Dios. Por el contrario, quienquiera posea abundante capacidad sexual, bien controlada, no sólo es capaz del máximo amor sino que también es dueño de la máxima capacidad para realizar obras poderosas.

Uno de los males (y hay muchos) no se relaciona con el sexo ni con la conciencia de su posesión, sino que consiste en deificarlo, es decir, en ubicarlo sobre un trono por encima de todas las demás cosas. “No tendrás otros Dioses delante de mí”, es el mandamiento; “no tendrás otros” se refiere a todas las cosas que el hombre puede desear, poseer y utilizar, o de las que puede abusar, sin referirse únicamente al sexo.

Al hombre le resulta casi tan fácil convertir en un “dios” a la mujer, al oro, al poder o la posición, como al sexo. ¿Por qué entonces, formarse el criterio de que los males que brotan del sexo son mucho mayores que los atribuidos a las demás cosas? Todas las cosas que el hombre puede usar, o de las que puede abusar, se hallan bajo una *sola Ley*.

Efectuar el abrazo conyugal bajo el engaño de que es un pecado, con un sentimiento de vergüenza mientras se hallan bajo la compulsión del deseo normal, *ES*, para quienes están casados, UNA DEGRADACIÓN QUE NO SÓLO COMPRENDE A ESTOS SINO QUE TAMBIÉN ES SACRÍLEGA RESPECTO A DIOS, *igual que si el hombre se pusiese a rezar con un sentimiento de vergüenza*. Ambas cosas son sagradas y santificadas si la intención y el procedimiento son correctos.

En la medida en que el hombre sea inducido a creer y tomar conciencia de que el acto creativo es pecaminoso y algo de lo que hay que avergonzarse, será incapaz de formarse un verdadero concepto del Dios que creó al hombre con el deseo sexual.

Ni en el cielo ni en la tierra hay ley que sea unilateral o desequilibrada. La Ley es la dualidad; por ello, lo que es aplicable a la materialidad es, de modo similar, aplicable a la

espiritualidad. En el cumplimiento de esta acción dual de la Ley se hallarán los *medios* para la REgeneración de la Raza.

No perdamos de vista el hecho de que lo Infinito empieza en lo finito. Sin lo finito no podría haber Infinito, al menos en lo que al hombre concierne. El sabio creador reconoció este hecho en la creación de un cuerpo, moldeado con tierra común, para albergar al Alma que tarde o temprano se Inmortalizaría.

Aquí tenemos un ejemplo, por sobre todos los demás, de que lo Infinito debe utilizar lo finito para su manifestación: un Alma Inmortalizable que reposa en un cuerpo de arcilla. Sin embargo, cuando el hombre intenta hallar satisfacción egoísta o completa en lo material y físico por medio de las prácticas *carнаles*, entonces está por entero en la senda equivocada.

Lu satisfacción de lo físico y material puede basarse en lo que, bajo condiciones generales, sería carnal, pero con un deseo espiritual. Entonces, lo espiritual ocupa el lugar de lo material, SIEMPRE QUE EL PROCEDIMIENTO SEA CORRECTO.

*¿No usa el hombre su mente y corazón materiales durante sus plegarias a Dios? Y aunque Sus oraciones procedan del yo material del hombre, ¿no son aceptables para Dios? ¿El organismo creativo es menos santo ante la vista de Dios que la mente y el corazón? Si no es así, ¿dónde está lo malo en utilizar lo uno y no lo otro, SI EL DESEO, i.e., EL INCENTIVO ESTA EN EL AMOR Y LA DEVOCIÓN? Dios no hace discriminación de personas, y por ende, posiblemente, no puede hacer discriminación de partes de una persona y seguir siendo DIOS.*

Dos deslumbrantes ideas cautivaron la mente humana, y esto durante siglos. Primero: Que el hombre es dueño de un Alma Inmortal; Segundo: Que el hombre busca el Amor Infinito por intermedio de los seres finitos.

Estas dos conclusiones ilógicas marchan a la par; ninguna tiene una base fáctica. El hombre posee un Alma; o, más correctamente, el núcleo o *Chispa* de un Alma; pero, a no ser que el Nazareno estuviese muy errado, esa ALMA NO ES INMORTAL HASTA QUE EL HOMBRE LA INMORTALICE POR MEDIO DE LA REGENERACIÓN, i.e., EL SEGUNDO NACIMIENTO.

En segundo lugar, el sabio NO busca el Amor Infinito por medio de (ni a través de) la ayuda de los seres finitos; lo que realmente hace, si se trata de un hombre normal, es *expresar* su Amor hacia DIOS Y LA SEGUNDA MITAD DE SU SER, SU COMPAÑERA, POR MEDIO DE UN ACTO FINITO. El Amor y el culto de Su Dios es una cosa; el amor hacia su compañera es otro aspecto de su ser.

*Ambos unidos completan su ser y su culto; uno no interfiere al otro; se complementan recíprocamente; además, y lo que es de suma importancia, está el hecho indiscutible de que, a no ser que Dios prohijase un fraude respecto de sus criaturas, CUANDO EL HOMBRE HACE EL AMOR A LA MUJER, Y POR ENDE LE RINDE CULTO, CON ELLO*

NO SÓLO COMPLETA UN RITO SAGRADO POR MEDIO DEL INTERCAMBIO MUTUO SINO QUE, DE MODO SEMEJANTE, RINDE CULTO A DIOS Y, SI EL ACTO ES COMO DEBE SER, ES UN MEDIO DE REGENERACIÓN, LA ELEVACIÓN DE LA SERPIENTE, Y POR ENDE DE AMBOS, HACIA DIOS.

Si el hombre se contrae al acto por pura satisfacción personal a fin de aliviar su lujuria, entonces Dios y toda Su bondad le abandonarán, pero si sigue la Ley Divina, entonces el Amor está en los cimientos del acto; el AMOR GLORIFICADO, puesto que DIOS ES AMOR, UN ACTO DE AMOR NO PUEDE DEGRADAR AL HOMBRE NI DEJAR A DIOS FUERA DE ESE ACTO.

El acto creativo, como sostienen algunos ignorantemente, JAMÁS tiene, como consecuencia, debilidad, sentimiento de degradación, de aversión o de repugnancia hacia la pareja, SINO SENTIMIENTO DE SUBLIMACIÓN, DE ELEVACIÓN Y DE MAYOR AMOR. Sólo sobrevienen estos sentimientos indeseables cuando el yo y la lujuria son quienes acucian el acto.

El acto amoroso normal —no la mera satisfacción de un impulso biológico, aunque ésta sea su parte inconsciente— *jamás* permite al hombre un sentimiento de eludir sus responsabilidades para con la humanidad y con Dios, sino que, en lugar de ello, AÑADE UN SENTIMIENTO DE MAYOR RESPONSABILIDAD, DEBIDO AL CONOCIMIENTO DE QUE, AL HABER ACEPTADO EL “FAVOR”, AHORA ESTÁ OBLIGADO A PROTEGER A QUIEN PARTICIPA EN EL RITO, CUALQUIER SEA EL QUE SIGA.

El acto creativo, realizado apropiada y santamente, eleva al hombre desde su humildad de criatura, primero hasta la *humanidad*, y finalmente hasta la *Deidad*. Despierta su conciencia a una firme certidumbre de que no es meramente una criatura de Dios, sino un cocreador con Dios, y que si desea mantener la HUMANIDAD recién nacida, no deberá cometer ningún acto mezquino ni degradante.

Jamás sobreviene sentimiento de culpa tras el rito conyugal si la base es el Amor; si se obtiene el consentimiento; si el acto es normal, natural y completo; si se completa el intercambio mutuo y los pensamientos se vuelcan hacia el Amor y Dios.

El Amor no es libertinaje; ni siquiera libertad; EL AMOR ES UN ACTO DENTRO DE LA LEY, Y JAMÁS UNA EVASIÓN O INFRACCIÓN RESPECTO DE LA LEY. La inmortalidad es primero una libertad que se toma, luego una licencia, y a ésta la sigue la anarquía.

Esto es imposible donde el hombre es consciente de un concepto apropiado de Dios y Su Ley Divina. Esto ocurre así únicamente cuando los hombres perdieron toda fe en la existencia de Dios debido a una interpretación falsa y engañosa de Sus Leyes.

Una vez reconocida plenamente la *posibilidad* de la Inmortalidad, no como don gratuito de Dios, sino como algo que el hombre DEBE GANAR POR SÍ MEDIANTE LA ELEVACIÓN DE SUS PENSAMIENTOS Y DESEOS, Y LA PUREZA DE SUS ACTOS,

EL HOMBRE YA NO DEGRADARÁ NADA SINO QUE PUGNARÁ POR ELEVAR TODO CON LO QUE ENTRE EN CONTACTO. ESTO INCLUYE A SU CONDUCTA SEXUAL MÁS QUE TODO LO DEMÁS, PORQUE EN ESTO NO ESTÁ SOLO SINO COMPROMETIDO CON QUIÉN POSEE SU AFECTO Y SU AMOR, COMO DIOS LO POSEE EN LOS CIELOS.

Sus actos empiezan en lo finito, en lo temporal, y tienen su reacción en lo INFINITO Y ETERNO. Su Amor egoísta cambia por amor hacia otro. Su vida se funde con la del otro; además, se siente eternamente responsable de esa otra persona mientras dure el amor.

Si el sexo fuese un mal en sí mismo; si el ejercicio del sexo fuese en sí mismo degradante, entonces muy seguramente sería cierto que, aunque lo practicase con el solo propósito de propagación, sería un pecado.

Si la práctica sexual no es un pecado así realizada, entonces, se desprende que si el Amor es la base del acto, y si los pensamientos y deseos del corazón se vuelven hacia Dios, se convierte no sólo en un acto de creación sino también de culto, y por ende en un Acto Divino, y un ACTO DIVINO ES UN MEDIO DE REGENERACIÓN O RENACIMIENTO.

Además, si el acto se realiza para la creación, no es un pecado, y si no sobreviene la concepción, ¿QUE OCURRE ENTONCES? ¿Es un pecado? Si lo es, ¿quién entonces puede predecir si ese acto será fructífero? Si nadie puede hacerlo, y es muy cierto que NADIE PUEDE, entonces, a fin de ubicarnos en lo seguro, HAY TRES COSAS ESENCIALES:

*Primera:* La base del acto debe ser el Amor y el mutuo consentimiento.

*Segunda:* La posibilidad de embarazo deberá ser aceptada.

*Tercera:* Debido a la posibilidad de que puede sobrevenir el embarazo, el acto deberá ser de Amor, con un deseo de elevar ese Amor hasta Dios, y al mismo tiempo de intercambiar las fuerzas para la elevación, mental, física y espiritualmente, para beneficio de quienes practican el acto.

Si se obedecen estas tres Leyes (*que realmente lo son*), no hay pecado después del acto, y el resultado será constructivo y edificante.

El presente ciclo de inmoralidad y amoralidad en lo sexual, tan extendido en todo el mundo, se debe principalmente a una degeneración moral del individuo y a una consiguiente falta de fe en sus semejantes.

Con esto no queremos significar una generación moral únicamente respecto del sexo, sino en su relación con la verdadera HUMANIDAD y RESPONSABILIDAD PERSONAL.

Para ilustrar esto es necesario referirse a la primera ejemplificación *palmaria* y universal de esta pérdida de HUMANIDAD Y RESPONSABILIDAD PERSONAL: el incidente del “papelito” de la primera guerra mundial. Rápidamente, a continuación del repudio

del Kaiser de su palabra sagrada corporizada en contratos, tratados, etc., otros hombres de alta posición, autoridad y poder siguieron su ejemplo y, desde entonces, la palabra de un hombre no fue reconocida ni aceptable por parte de su semejante.

El hombre “cuya palabra era tan buena como su pacto” cesó de existir para toda finalidad. Esta degeneración de la MORALIDAD DE LA HUMANIDAD ACARREÓ DESATENCIÓN DE LA RESPONSABILIDAD PERSONAL, Y DESTRUCCIÓN DEL MÁS PROFUNDO RESPETO INTERIOR HACIA LA PROPIA PALABRA DE HONOR —LA PALABRA DE UN HOMBRE DE HONOR SE SUPONÍA SU BIEN MÁS SAGRADO APARTE DE SU HONDA FE EN DIOS— Y EL DESCUIDO DE LA NECESIDAD DE SOSTENER LOS DERECHOS DE PROPIEDAD, QUE RÁPIDAMENTE SOBREVINO.

Con la pérdida del honor personal, de la humanidad, del aprecio de lo sacro e *invio- lable* de la propia *palabra de honor*, y la pérdida de respeto hacia lo sagrado de los derechos de propiedad, era NATURAL E INEVITABLE QUE LA MUJER PERDIESE RÁPIDAMENTE LA CONSCIENCIA INTERIOR DE SUS VIRTUDES.

ERA TAMBIÉN NATURAL QUE EL HOMBRE, A SU VEZ, SE CONSIDERASE DUEÑO DE TANTO DERECHO Y TAN GRANDE LIBERTAD COMO PARA VIOLAR LA SANTIDAD DE LA MUJER, COMO LO TENÍA PARA VIOLAR LA PROPIEDAD DE SU PRÓJIMO. CONSIDERABA QUE SU PALABRA DE HONOR DEBERÍA SERVIR SOLAMENTE PARA OBTENER LO POSESIÓN DE CUANTO DESEASE, DE CUALQUIER MANERA POSIBLE, Y QUE PODRÍA REPUDIAR ESTO RÁPIDAMENTE CUANTO YA NO LE SIRVIESE.

La falta de honor, de moralidad espiritual y de responsabilidad personal, creció continuamente en importancia. En este momento, y los jefes de Estado, los representantes del pueblo, y la mayoría de quienes tienen autoridad, firman tratados y formulan promesas pensando poco o nada en ellas hoy en día, SÓLO PARA REPUDIARLAS O CAMBIARLAS MAÑANA. Como consecuencia, el pueblo en su totalidad ya no tiene fe en sus representantes y líderes, y con esta pérdida de fe en sus líderes escogidos, perdieron la fe en sí mismos al igual que en Dios.

*¿Y cuál es la base de todo esto? La mala interpretación de las Leyes de Dios; la instilación en las mentes humanas, a lo largo de los siglos, de que pueden cometer cualquier crimen bajo el sol; cualquier mal que la mente pueda concebir, y librarse rápidamente de toda responsabilidad, NO CON EL PAGO HASTA EL ÚLTIMO DENARIO, SINO MEDIANTE MERO ARREPENTIMIENTO, MERO “lo siento”, y todo estará bien en lo que a ellos respecta.*

En la mente humana se sospechó gradual y continuamente de cualquier Ley, moral o espiritual, que perdonase al burdo transgresor —aunque se tratase de uno mismo— pero se responsabilizó a las víctimas por los pecados causados por tales transgresiones, si tales víctimas no llegaban a solicitar tal perdón.

A pesar de la pérdida de la moralidad, la pérdida del sentido del honor y la falta de responsabilidad personal, la mente humana desarrolló lentamente una conciencia de la rectitud y la justicia. Esta conciencia creciente no puede concebir que un hombre cree una deuda, cualquiera sea su naturaleza, y se libre interiormente de ella pagando la suma total.

Este nuevo concepto se reconoce como en pugna con todos los preceptos religiosos que el hombre recibió; de ahí su pérdida de fe en la religión y en Dios; el hombre no puede diferenciar aún entre lo que se enseña como religión y LAS LEYES REALES DE DIOS.

La pérdida de fe en la religión, o tal vez más apropiadamente, en la iglesia, se patentiza con una falta firmemente creciente de asistencia a los servicios religiosos. La falta de confianza en su prójimo dejó al hombre sin nada en que creer, con el resultado de que perdió su ancla espiritual y depositó su confianza en las cosas que puede ver y sentir, en los goces y ventajas del momento.

Al aceptar esto como cierto y entender desde antaño que el medio más cierto para experimentar su complacencia suprema se halla en el sexo, en gran medida convirtió al sexo en su dios, *pero sin respetar el altar en que rinde su culto*.

¿Qué más puede hacer? Debido al modo con que la religión le sirvió, ya no siente respeto. Confundió la religión, como él la entiende, con Dios; de ahí que no respete a Dios. Los hombres que conoce son tan pecadores como indignos de confianza, impredecibles y no fiables como él mismo; por ello no puede depositar en ellos su confianza.

Todo lo que le queda es su complacencia sensual, el culto a la fuente que sabe le complacerá y aplacará, al menos por un momento. El dios del sexo es su único dios. Este al menos está siempre presente, nunca falla; se ignora el castigo, así como los hombres ignoran el castigo postrero por sus promesas quebrantadas.

Los conceptos humanos deberán ser cambiados. La interpretación de las Leyes Espirituales o Divinas deberá invertirse de manera tal que los hombres que todavía son honrados de corazón puedan respetar a Dios que los creó y les dio la vida. El hombre deberá tomar conciencia de la dualidad de su ser.

El hombre debe comprender que hay un hombre material y otro espiritual; que el hombre material tiene derechos y privilegios, pero que el hombre espiritual debe también ser satisfecho. Debe tomar conciencia de que es un ser personalmente responsable, sujeto a la Ley, y que será obligado a pagar hasta "el último denario" por cualquier infracción culpable de la Ley.

Una vez que comprenda esto, respetará la Ley porque es justa, y sentirá respeto y reverencia novísimos hacia el Dador de la Ley.

Para los hombres, la máxima responsabilidad de todas es tomar conciencia de que hay una LEY DE SUBSTITUCIÓN, un medio y un método por el cual pueden ser compensados, o compensarse, por algo necesario o deseado, mediante la aceptación de otra cosa si lo que se desea no se obtendrá.

Además, parte de esta Ley de *substitución* es la Ley del *intercambio*. Al entender plenamente esta Ley, los hombres escogerán las cosas buenas para sí, porque no hay castigo anexo. Si eso no se obtiene por mandato o selección, **NO SE DESHONRARÁN TOMANDO PARA SÍ LO QUE NO LES PERTENECE O AQUELLO PARA LO CUAL NO TIENEN DERECHO, SINO QUE INTERCAMBIARÁN ALGO DE LO QUE POSEEN POR ALGO QUE NECESITAN O DESEAN.**

Una vez entendido esto plenamente, los hombres y mujeres respetarán todo cuanto posean, no sacarán ventaja unos respecto de los otros, no se deshonrarán ni degradarán, sino que, en lugar de ello, se tratarán con honradez recíproca, para bien de todos, sin pérdida ni desventaja para nadie.

A pesar de todas las apariencias, afortunadamente no es cierto como tantos creen timoratamente, que en el actual ciclo de la civilización el sexo está degradado como no ocurrió jamás. La historia, sagrada y profana, registra una inmoralidad mayor y más universal que la actual.

Aunque durante estos períodos las prácticas sexuales se consentían hasta el punto de degradar a todos sus partícipes, nadie parecía tener el más leve concepto de que hubiese en ellas un aspecto santo, espiritual, ni de que la naturaleza de todas las cosas se fundase en la dualidad.

Si bien las masas de hoy en día son culpables de burda degradación e inmoralidades, y el honor cayó en lo bajo, no obstante es cierto que hay una cantidad siempre creciente de hombres y mujeres que están tomando conciencia del significado real del sexo.

Estas personas reconocen su uso correcto y santo, y que, por ser medio de regeneración, es también poder igual para la REgeneración del individuo y de la Raza.

Una vez que este concepto cobre impulso, el péndulo oscilará hacia la derecha, tal como ahora lo hace hacia la izquierda. Tendrá su inicio un nuevo ciclo de moralidad, santificando a la *humanidad y la responsabilidad personal* al igual que una fe nueva y mayor en Dios y en las Leyes que son justas y equitativas para todos. Es entonces cuando el sexo (el César) y el aspecto espiritual del hombre, el Alma (Dios), recibirán consideración apropiada y correcta.

Los hombres que perdieron su fe en Dios, y por ende en toda *Ley*, se tornan disolutos natural, gradual e inconscientemente. Puesto que no hay ley que obedecer, y por ende no hay amago de castigo, ¿por qué no gozar la vida en plenitud, y qué mejor medio existe que una *similitud* de amor? Los hombres tienen sentido del honor, o no lo tienen. Hasta el honor se basa en la Ley.

Donde no hay ley, gobierna el interés personal. Enséñese a los hombres con preceptos y *ejemplo* que hay Dios, y que hay *Leyes de Dios QUE NO ADMITEN INFRACCIÓN*, y empezarán a respetar a Dios y Sus Leyes, y a medida que cobren respeto, empezarán a obedecer la Ley.

Enséñese a los hombres que si bien el sexo puede rebajarse y degradarse, por ser un aspecto mortal e inferior, existe también un aspecto sagrado, santificado y espiritual, basado en el amor y el afecto *reales*.

Así como lo bajo del sexo puede rebajarse (y se rebaja, degenera y destruye), de igual modo el sexo sublimado se *eleva*, prodiga una vida mayor, una paz mental más profunda y, finalmente, la conciencia de Dios; véase la experiencia y el ejemplo de Moisés y sus hijos en el desierto.

Con toda honestidad, ya se trate de un sacerdote o un laico, es injusto esperar que cualquier hombre respete al sexo, lo santifique y sublime, cuando se le enseña que el sexo es malo en sí mismo, un mal necesario para la continuidad de la raza, pero aparte de eso, algo de lo que hay que apartarse, ocultándose en oscuro recinto, avergonzándose de él.

Es igualmente erróneo enseñar al hombre, desde un punto de vista religioso o moral, que la pasión es pecado en sí misma, un medio para la degradación del hombre. Mientras el hombre sea hombre, será una criatura apasionada; si no lo es, **ENTONCES DEBE SERLO, pues de lo contrario es una persona débil y de poco valor para sí o sus semejantes, e incluso para Dios. La pasión es una gran fuerza, un poder conductor, un incentivo para la acción.**

No hay mal en la pasión; el mal se halla en la manera con que se la dirige, ya sea que esté o no bajo el control de la razón. El hombre desapasionado no puede amar ni a su novia, ni a su esposa, ni a su Dios. El pecado no radica en poseer la pasión sino en su dirección imprudente, en su abuso; de ahí que sea un error creer que la pasión es un mal, que ha de ser desarraigada o destruida.

En esto, como en toda la vida, la Ley es el uso **CORRECTO**, no el abuso ni la destrucción; la religión y la sociología deben enseñar esto. El hombre fue gobernado y descarriado durante largo tiempo por preceptos erróneos, y todo ello para desmoralizarlo y destruirlo.

Comparar al hombre con un animal en relación con el sexo es erróneo y degradante. El animal es gobernado por el instinto y una rigurosa ley natural. En lo sexual obedece a un impulso biológico. No razona; no piensa; es veraz meramente respecto de su naturaleza.

Como se expresó a menudo, el hombre es un ser dual, una trinidad en la unidad. Es un ser burdamente material, pero también tiene capacidad para convertirse en un ser altamente espiritualizado. Tiene sexo igual que el animal. A diferencia de éste, tiene razón, sentimiento; el hombre es pasión. Tiene el privilegio de ser *gobernado* por la pasión, de permitir que su pasión atonte su razón, y le degrade.

Por el otro lado, puede gobernar y controlar su pasión, dirigirla mediante la razón por el sendero del amor que es afecto, y a través de este amor y afecto, **ELEVAR** su pasión hasta Dios, y con ella **ELEVAR** a su compañera.

Asimismo, y al mismo tiempo, a través del ejercicio de su pasión por medio del rito conyugal, puede inducir al punto la existencia de un nuevo ser, intercambiar fuerzas con su compañera para beneficio mutuo, elevar esas fuerzas mediante el amor hasta la REgeneración del ser de ambos; y por ende, elevar sus Almas hasta Dios.

Todo es cuestión de conocimiento, de ILUMINACIÓN y de método a seguir. Los *medios* son los mismos: sexo y pasión; el resultado es determinado por la dirección de su uso. El sexo en lugar de pasión, y la autosatisfacción sin amor, son degradantes, finalmente destructivos, siempre deshonrosos.

El sexo elevado sobre el altar del amor con deseo santo, con reconocimiento de su Sacralidad y santidad, eleva al hombre y a la mujer hacia la Deidad. Niéguese esto, y se acusará a Dios de una burda injusticia para con Su creación, de un diabólico intento de dar al hombre una peligrosa arma que es destructiva, mientras carece de medios para protegerse.

Simultáneamente, el sexo es la palanca que puede elevar al hombre hasta Dios, o degradarlo, y hundirlo en el infierno más bajo. No ha de culparse al sexo sino a su dirección errónea, a su abuso consciente o ignorante. El amor *bajo* la Ley ES LA LEY.

La iglesia, no el cristianismo, tuvo consciente o inconscientemente la torpe culpa de inculcar la idea de que el sexo es algo de lo que hay que avergonzarse, algo que debe ignorarse, ocultarse o reprimirse, y de no enseñar a sus fieles la aplicación correcta de una fuerza poderosa que gobierna mundialmente.

Además, la iglesia ignoró las enseñanzas de la Ley en relación con los abusos, especialmente de la pecaminosidad de las poluciones, de sus letales resultados; de allí el “pecado” de la práctica bíblicamente condenada de “derramar la simiente en el suelo” y, lo que es peor de todo, la triple finalidad de lo que podría denominarse la Santidad del *matrimonio*: la *Integridad* del abrazo en su triple aspecto.

La verdadera unión o ejemplificación del amor y el afecto; la procreación de la raza y, finalmente, la ESPIRITUALIZACIÓN de quienes naturalmente practican el abrazo marital como lo señala la naturaleza y Dios por igual, todas estas cosas se hallan bajo la Ley.

Es deber de la iglesia enseñar estas cosas. Ningún otro medio tiene este doble deber que cumplir; tampoco existe ningún otro medio justificado por la tradición para que lo haga. Este es un deber *sagrado*, un deber divino; por ello es labor de la iglesia.

La iglesia, igual que algunos reformadores bienintencionados pero totalmente informados, tal vez diga que el primer deber del hombre es para con Dios y que el Sexo —hablando del sexo como debe ser natural y normalmente— es secundario. Esto puede parecer correcto a primera vista, pero observemos otra fase del asunto:

El hombre nace en la ignorancia. Sus acciones están gobernadas por el instinto o los “impulsos”, hasta que la intuición ocupa el lugar del instinto, y la sabiduría el lugar de la ignorancia; pero la sabiduría se logra solamente mediante la experiencia.

Si se acepta esto como cierto, el instinto sexual, o el impulso biológico, que contiene dentro de sí el deseo de autosatisfacción, de alivio si se prefiere, es el deseo primero y más fuerte del hombre.

Entre el tiempo de nacimiento y el despertar del instinto sexual, el niño y el joven pueden ser instruidos en la ley y el orden, en la religión y su deber para con Dios y sus semejantes, pero toda esta instrucción, aunque se la acepte, NO SE SIENTE, NO SE CONVIERTE REALMENTE EN PARTE DEL NIÑO.

El primer *sentimiento* REAL, aparte de su amor hacia los padres, existe cuando tiene lugar el despertar del sexo. Es PARA PREPARAR PRECISAMENTE ESTO QUE EL NIÑO DEBE SER BIEN INSTRUIDO EN LOS FUNDAMENTOS DE LA RELIGIÓN Y DE LAS REALIDADES DE LA VIDA, PARA QUE ESTÉ PLENAMENTE PREPARADO PARA SU DEBER COMO ADULTO.

Cuando el período de la niñez cede paso a la edad adulta (masculina y femenina), esa persona tendrá LA FE RELIGIOSA EN QUE APOYARSE CUANDO EL IMPULSO O DESEO SEXUAL SE PRONUNCIE, Y MEDIANTE ESTA FE, SERÁ GUIADA Y TAL VEZ PROTEGIDA.

El concepto totalmente erróneo y engañoso de que la represión o reducción de un impulso ilegítimo, como el relacionado con la expresión sexual, es menos dañina física y mentalmente que su expresión no autorizada o profana, ya no es sostenible.

Si el “impulso” sexual fuese meramente un “deseo” que pudiese borrarse como muchos otros deseos que acosan al hombre durante su vida, esto podría ser cierto. Mas el sexo NO es un mero impulso en el hombre fuerte, normal y sano. Se convierte en un impulso omnipenetrante, en un deseo casi indomeñable, en un MANDATO DE LA NATURALEZA PARA QUE LO EJERCITE. ¿Cuál es el remedio? *En la Naturaleza, su ejercicio debe ser de manera normal, natural.*

Esa respuesta es de por sí fácil, pero ¿qué sucede si el hombre no se ubica de modo tal que dé al sexo una expresión natural bajo las leyes del matrimonio? La respuesta es igualmente fácil y los resultados serán los mismos, PERO LA PRÁCTICA ES ADMITIDAMENTE DIFÍCIL: La *Substitución*.

Debe enseñarse al joven métodos y medios para dirigir sus fuerzas vitales que enriquezcan la mente, el cuerpo y el Alma a través de diversas actividades: ejercicios, juegos, deportes, recreación y todo lo que ayude a construir un cuerpo sano. El hombre y el joven son gobernados por las mismas leyes. Es precisamente aquí donde los conceptos Espirituales son de tan total importancia para que el hombre y el joven tengan la fortaleza para resistir el temperamento.

No es cierto que la represión, como corrientemente se la conoce, sea menos dañina que la expresión, aunque esta sea ilegítima desde el punto de vista ético-moral. La represión

obstruye las fuerzas. Crea congestión. Produce inflamaciones, y afecta a hombres y mujeres.

La expresión ilegítima, es decir, innatural, tiene el mismo efecto, pero de diferente manera. Hace mucho que nos enseñaron lo que nos *gusta* creer, descarriando a la humanidad. Ahora debemos enfrentar los hechos y enseñar la verdad aunque estas verdades no sean siempre de nuestro agrado.

La *verdadera* misión del hombre sobre la tierra consiste en GLORIFICAR A DIOS Y ASEMEJARSE A ÉL. Eso implica manifestar y activar todas sus potencialidades. Por un lado, esto implica convertirse en procreador con Dios, y esto es posible por medio de la generación, en la que está implícito fundamentalmente el sexo. Esto ocupa el primer lugar en la agenda del hombre.

A continuación, y de hecho completamente entretelado con esto, está el mandamiento que Dios formuló al hombre respecto del Amor, y que en el amor se asemeje a Él. En una generación gobernada por Dios, *el amor y el afecto entre quienes practican el abrazo sexual deberá representar tan gran, papel como el deseo sexual y su satisfacción última.*

Aquí Dios se convierte nuevamente en parte, en co-creador. Hablar de Dios a este respecto puede parecer sacrílego a los gazmoños y timoratos, mas no al HOMBRE viril, capaz de sexo en su plenitud y capaz de amor-afecto.

Por último, está el concepto Espiritual casi puro —no hay nada totalmente puro en lo que concierne al hombre mortal— que vuelve los pensamientos y deseos del ser más recóndito, hacia Dios y todo lo que es sagrado, durante el abrazo conyugal —el Amor—, hacia pensamientos de adoración a Dios más que al deseo de satisfacción.

Bien podemos citar aquí la expresión bíblica de *San Juan* 6:60: “Dura es esta palabra. ¿Quién la puede entender?”, y la respuesta de que nadie es capaz de entenderla salvo QUIENES AMAN VERDADERA Y PLENAMENTE.

A fin de ser capaces de glorificar a Dios es esencial que haya, dentro de nosotros, un deseo activo y profundo de llegar a lo supremo, lo cual implica naturalmente perfeccionarse. *Ningún hombre podrá ser capaz ni lo será jamás de lograr la perfección a no ser que use toda su capacidad y potencialidad al máximo, y de la manera propuesta.*

Puesto que el sexo es el fundamento mismo, el inicio preciso de su existencia, esto implica que su capacidad creadora deberá ejercitarse al igual que su conocimiento constructivo, todo de manera natural, normal, pero *ejercitado como debe ser.*

Esto implica nuevamente el “yo”. Pero este yo no debe estar confundido con el egoísmo. Todos los hombres nacen con el fin de mejorarse y a tal fin se les da todas las oportunidades no para que se ayuden meramente sino para que se desarrollen de todas las maneras posibles.

El PRIMER DEBER del hombre es ayudarse A SÍ MISMO, antes de siquiera intentar ayudar a los demás hombres, a la humanidad. Al aprender a ayudarse, gana el conocimiento con el cual enseñará a los demás a ayudarse a sí mismos; ayudarse es, por tanto, un doble deber.

Sí puede enorgullecerse de sí mismo y de su capacidad, entonces, como el buen agricultor, custodiará cuidadosa y sagradamente todo, todos los medios valiosos en su búsqueda de la perfección. No abusará de nada, no empleará mal nada. Todo lo que es, todo lo que posee, será bien acreditado; ESTO INCLUYE AL SEXO.

Para volver al quid de la cuestión, digamos que ningún cristiano, usando el término en su sentido *esotérico que indica a quien tomó consciencia del Christós* o Espíritu Crístico que está dentro de él, será culpable de abusos sexuales ni de las anormalidades que se le asocian. ¿Por qué no? Porque si lo fuera, eso significaría autopolución y ésta significa degradación de ese Espíritu Crístico interior.

Un buen comienzo hacia la pureza sexual y la autoelevación habrá tenido lugar siempre y cuando la iglesia enseñe las leyes sexuales exactas —veraz e intrépidamente—; entre las muchas prácticas degradantes, comunes ahora entre la sociedad, una de las más degradantes y destructivas es el *Fraude Conyugal* en una forma u otra, i.e., “derramar la simiente en el suelo” como lo señala la Biblia, y el castigo en forma de dolencias genitales en la mujer, y de prostatitis y otras graves enfermedades en el varón.

¿Se animarán los médicos y los eclesiásticos a hacer esto franca, abiertamente, sin reservas, o continuarán jugando con el fuego que destruyó naciones y sigue destruyéndolas hasta que los hombres, a través del sufrimiento, conquisten por sí mismos la sabiduría?

## **INSTRUCCIONES PARA LAS JÓVENES**

De los muchos que borronearon incontables resmas de papel encarando este problema de vasta importancia, pocos se animaron a tratarlo franca y honradamente, y a situar la culpa donde correctamente corresponde.

Cuántos millones de padres formularon en el pasado estas preguntas: “¿Por qué consienten las jóvenes su propio descarrío?” y “¿Por qué nuestras jóvenes, con aparente deliberación, escogen la mala senda? ¿Seguramente, deben conocer la diferencia entre lo bueno y lo malo, entre el estado de la mujer ‘que se vende’ y de la doncella que se conservó inmaculada?”

A grandes rasgos, podríamos clasificar las causas de esta manera:

1. Amor por la comodidad, que es más fuerte que la virtud o la moralidad.
2. Amor por el placer, que es mayor que el deseo de pureza y respetabilidad.
3. Amor por la comodidad y la posición, mayor que el respeto por la opinión pública.
4. Amor por la posesión, mayor que cualquier otro deseo.

En todos estos ejemplos, el deseo de las cosas que se buscan es mayor y más profundo que el anhelo de afecto de ser amada por sí sola. Poco o nada puede hacerse para impedir que cualquiera de éstas sigan sus inclinaciones naturales. Sólo el infortunio, la honda aflicción o el gran sufrimiento conducirán a un ser tan insensible a la virtud desde la senda de la izquierda a la senda de la derecha.

Las otras clases —y estas sobrepasan en gran medida a las cuatro mencionadas en primer término, pueden dividirse, a grandes rasgos, en:

1. Quienes caen en el error porque aman y se descarrían por promesas de amor y de su realización legítima. Estas caen como resultado de fe y confianza. Son virtuosas y limpias de corazón; aunque descarriadas, no son mujeres “caídas”; jamás lo serán porque el amor que las condujo al descarrío y luego se frustró, se convertirá en amor hacia sus hijos.

La fórmula universal, que varía muy poco, de quienes las descarriaron y descarriarán a millones de mujeres que todavía no nacieron, es: “Si me amas, harás lo que te pido; si no lo haces, entonces sabré que no me amas.”

Puesto que es una ley universal que las mujeres se sacrifiquen por amor, habrá que concluir que consentirán y, si el amante carece de honor, una vez más se sumarán al gran ejército de las que “amaron”, con toda probabilidad de modo inocente pero no sabiamente. En casi todos los casos, esas mujeres son buenas madres y excelentes esposas de cualquier hombre que luego las ame de verdad.

2. La última clase, y quizá la más digna de lástima, es el gran ejército de jóvenes en hogares donde no hay paz ni felicidad; donde reciben poca atención y menor aliento. Estos son hogares donde no se les muestra amor; donde reciben poca instrucción, o ninguna; donde no forman parte de la relación familiar.

No se las quiere, y si se las quiere, no hay señales reales de ello. No se les hace sentir que son parte real de la familia, o que tienen alguna responsabilidad en la vida familiar. Por el contrario, se les hace sentir que, a lo más, son troncos a la deriva, toleradas hasta que encuentren a alguien que se las lleve fuera del círculo familiar. Reciben poco afecto, o ninguno, de su padre o su madre, y constantemente se les acusa de errores de los que son inocentes y que nunca soñaron cometer.

Como anhelan amor y no lo reciben en su hogar, caen fácilmente víctimas del primer hombre aparentemente decente que les ofrece su simpatía. Son tan puras y limpias de corazón como las jóvenes que prestan oídos a la voz que les dice: “Te amo; si me amas, harás lo que deseo. DEMUÉSTRALO.”

En estos casos, y son legión, LA CULPA ES TOTALMENTE DE LOS PADRES. Un poco de amor, un poco más de comprensión, y habríanse salvado del mal.

LOS PADRES DE HOY EN DÍA, TANTO RESPECTO DE NIÑAS COMO DE NIÑOS, SON MUY A MENUDO LA CAUSA DE LA DELINCUENCIA JUVENIL. FRACASAN EN PRODIGAR UNA REAL VIDA HOGAREÑA A LOS NIÑOS Y NIÑAS QUE VAN CRECIENDO, UN HOGAR DONDE HAYA AMOR, AFECTO Y COMPRENSIÓN MUTUA. POR ELLO ESTOS DESEOS HUMANOS SE BUSCAN EN OTRA PARTE, Y ES TREMENDO EL PRECIO QUE SE PAGA. SON LOS PADRES QUIENES, EN LA MAYORÍA DE LOS CASOS, RESULTAN CULPABLES DE LA DELINCUENCIA JUVENIL: LOS PADRES A QUIENES DEBERÍA HACERSE PAGAR POR ESO.

Raras veces se les ocurre a los millones de encuestadores y reformadores que si la joven promedio recibiese una correcta comprensión de sí, instrucción y preparación apropiadas, más comprensión simpática, se proporcionaría allí el más seguro preventivo contra una mala elección.

Si una joven comprende y aprecia el origen y significado del impulso sexual, *la naturaleza del deseo*, el incentivo hacia la pareja o el de ser amada, estará preparada para protegerse y, al mismo tiempo, retener el afecto del hombre que le expresa su amor. CONOCERÁ que rehusar pedidos impropios es convertirse en doblemente deseable.

Incuestionablemente, son incontables las madres de carácter y amplitud de miras excepcionales, dueñas de amor hacia sus hijas y con la actitud acertada, que las instruirían correctamente si supieran cómo. El deseo de sus corazones es que sus hijas sigan siendo virtuosas e inocentes respecto del mal, pero se hallan perplejas pues no saben cómo guiarlas apropiadamente.

*El mal mismo es relativo: los resultados del error son positivos.* Debe reconocerse que hay muchos y variados grados de las denominadas mujeres “caídas”. Una joven puede descarriarse y, con todo, ser verdaderamente virtuosa de corazón y de Alma; su “caída” puede continuar como virtud, o amargarse y convertirse en una mujer de mala reputación. La dirección de su acción dependerá enteramente de su disposición, de su medio ambiente y de la comprensión de quienes la rodean.

El motivo y causa primeros deben siempre considerarse y juzgarse respecto de cada caso individual. Es grande el número de jóvenes que, luego de cometer un error sin mala intención, o de ser inducidas a cometer un error, lo reconocen tal como es, y proceden a reconstruir sus vidas y ocupar su sitio en la sociedad respetable.

A decir verdad, ellas son probablemente mejores y más tolerantes que las demás, debido a su infortunada experiencia. Otras, a su vez, por una razón u otra, por lo que no puede culpárselas, siguen el sendero descendente hasta que la enfermedad, y luego una muerte propicia, las libra de unas cadenas demasiado poderosas como para poder romperlas.

Contra la opinión general, en la vida de una mujer hay situaciones más temibles que la pérdida de la inocencia o el primer mal paso, i.e., los vicios solitarios secretos, innaturales, mórbidos y destructores del Alma, más degradantes que el abrazo fuera del matrimonio. Para quienes ignoran momentáneamente el código moral existe toda esperanza de corrección y de una vida útil y constructiva.

La joven que se habitúa a inclinaciones y prácticas innaturales, raras veces puede convertirse en esposa y madre satisfactoria y satisfecha; una vez que la fibra moral sufrió una forma de desintegración, demasiado a menudo la consecuencia es un hábito recurrente, una degeneración y posiblemente, al final, alguna forma de imbecilidad.

Dos razones especiales han sido expuestas respecto de la caída de la mayoría de las jóvenes: 1) Amor, o lo que se confunde con amor, y falta de amor o afecto; y 2) deseo de dinero o de cosas que el dinero puede comprar.

Puede decirse con seguridad que, de la primera clase, el ochenta y cinco por ciento de todos los casos se debieron a esta causa. Decimos *se debieron*, y nos referimos al siglo pasado; actualmente hay muchas otras razones, como ya se expresó.

A la segunda clase la pasamos por alto porque poco puede hacerse por ellas, a no ser que sus deseos sean satisfechos de alguna manera antes que den el paso decisivo.

Cuando la joven normal se acerca a la adultez, toma conciencia de un deseo de afecto y de una *salida* de su afecto. En verdad, tiene suerte si cuenta con padres que la entiendan y actúen de modo acorde.

Toma conciencia de un despertar interior, de lo que luego se convertirá en el instinto materno, en un deseo de *ofrecerse* a quien la entiende o a quien cree que la entiende. En todo momento debe tenerse presente que, normalmente, las mujeres difieren mucho de los hombres en sus criterios y sentimientos respecto de la vida en general. Mientras el hombre procura su propia satisfacción en casi todas las cosas, la mujer busca dar, y al dar, recibir en forma vicaria. Tal vez —quién sabe— los grandes líderes religiosos basaron la teoría de la EXPIACIÓN VICARIA en este instinto femenino, normal y natural.

La mujer de verdad, más especialmente la joven que ingresa en la adolescencia, y la mujer que se aproxima a la maternidad, endiosa el objeto de su afecto, concediendo generosamente su culto, dotando a quien corresponda de cualidades de semejanza divina y, por ello, se persuade muy fácilmente de que su amor debe ser demostrado al máximo. Quizá sea esta la razón de por qué cae con tanta presteza —procurando inconscientemente un modo o un medio de demostrar su amor—, por qué es seducida con facilidad, y descarriada. Su motivación es pura; obedece impulsos tan antiguos como la humanidad, aunque esta motivación o impulso, incluso hoy en día, apenas se comprende.

Es cierto que demasiadas naturalezas son incapaces de comprender que están cometiendo un “pecado” cuando se gana su consentimiento “por Amor”. *Por el contrario, si pudiera hacerse entender plenamente este secreto a los padres sanos y razonables, serían poquísimas nuestras niñas normales, sanas y naturales que se descarriarían.*

Incontables mujeres dotadas de sistemas nerviosos altamente organizados (sensitivos) y de naturaleza hondamente religiosa, endiosan inconscientemente su consciencia del amor, personificándola. La prueba de tales endiosamientos y personificaciones se hallarán en toda la literatura religiosa, y un ejemplo específico se encontrará en VIE DE MARIE L’INCARNATION, de *Gasgrain*.

Esta María confesional está presta y ansiosa para ofrecer la vida misma para que su anhelo amoroso, que cree divino, se satisfaga o cumpla.

Ella confiesa: “Al ponerme a rezar, trémula exclamé: “Vayamos a un sitio solitario, amado mío, para que pueda abrazarte a mi antojo y, al respirar mi Alma en ti, sea una sola contigo, en la unión del amor. Oh amado mío, ¿cuándo te abrazaré? ¿No te apiadas de los tormentos que sufro? ;Ay, ay, amado mío, belleza mía, mi vida! En vez de curar mi dolor, te complaces en él. Ven, déjame que te abrace, y muera en tus sagrados brazos”. Después, consumida por la fatiga, me vi obligada a decir: “Mi amor divino, puesto que me deseas viva, te ruego me dejes descansar un poco para que pueda servirte mejor”, y le prometí que después yo sufriría hasta consumirme en casto y divino abrazo”.

A pesar de todo lo dicho y escrito por quienes tienen poca o ninguna experiencia en la psicología del amor, y por ende ningún conocimiento de primera mano, este mismo deseo amoroso interior y este anhelo de un medio para expresarlo, gobiernan las motivaciones y acciones de las niñas y de las mujeres jóvenes normales y sanas. Se trata de la antiquísima Psiqué y su complicado e intrincadísimo amor, su deseo, su impulso biológico y su complejo maternal, sin los cuales la humanidad pronto cesaría de existir.

Personalmente, hemos recibido la confesión de muchas mujeres, altamente respetadas en sus comunidades que, *destruktivamente frías en su relación sexual* con sus esposos, al asistir a peculiares reuniones religiosas y despertarse sus emociones a través de sermones exaltados, y a menudo fanáticos, y a través de las emociones expresadas verbal o móvilmente por la congregación, *experimentaron* la misma *crisis sensual-nerviosa* que una mujer normal y sana experimenta al abrazar a su esposo. Esa mujer, al regresar al hogar con su “amo y señor”, a continuación de la experiencia recién descrita, será tan fría y virtuosa (?) para con él, como siempre.

Sin embargo, en esta parte de nuestra obra nos referimos a la mujer joven, normal y saludable, que es capaz de amar y anhela ser amada, no con la emotividad de la clase mentalmente desequilibrada, excitada y fanáticamente religiosa.

Todas las madres saben, si pensaron de algún modo en la cuestión, que el despertar sexual deberá llegar a su hija y que ellas, mejor que nadie, están calificadas (o deberán estarlo) para producir ese despertar. No podrán dejar de recordar sus propios pensamientos y deseos durante la época de su juventud, y su rememoración deberá inculcarles que un íntimo conocimiento sexual es esencial para la vida de *toda mujer real*.

El proceso gradual de evolución desde la inocente doncellez hasta la femineidad codiciada, con su desarrollo y posibilidades, no deberá aceptarse como situación que haya que suprimir, aplastar o ignorar, o de la que haya que disculparse.

Esto no es pecaminoso ni innatural, sino todo lo contrario. A la mujer no se le confirió bendición mayor que esta santísima y deseable emoción de buscar *ser poseída por entero*. Es una promesa divina, dada por adelantado, de su valor para la raza de hombres reales, para que a través de este impulso sexual pueda acrecentar la suma total de la felicidad humana, convertirse en canal de nacimiento de criaturas superiores, con lo que pueda apresurar, a la inversa, su propia evolución, o procurar la miseria para sí y para su progenie, al demorar su progreso hacia la perfección. Los resultados se hallan siempre en proporción exacta a lo que se le enseñó como verdad, y a la extensión de su cooperación en el esfuerzo.

Las mujeres ya no se substraen al deber positivo que tienen como obligación moral para con sus hijas. El origen, naturaleza y efecto de la emoción e indulgencia sexuales deberán ser explicados plena, sana y elevadamente; las evasivas e insinuaciones son desorientadoras y engañosas. Cuando la niña es esclarecida en cuanto a la causa y efecto de sus emociones, poseerá el arma que sólo el conocimiento puede dar.

El miedo de que una discusión franca exceda los resultados deseados, de que la joven sea inducida por curiosidad a investigar las sendas ocultas después que se la instruyó, no es un argumento sano ni lógico. La cuestión despojada de su aspecto falso, insidioso y secreto, presentada de una manera normal, sin prejuicios, mucho servirá para domar los intereses indebidos. Deberán considerarse todas las fases, tanto las bellas, deseables y constructivas como las repugnantes, condenables y destructivas.

El conocimiento tal vez acreciente intensidad a la naturaleza de la joven, pero la bondad innata, fortalecida por la comprensión, será para ella un incentivo para que siga la senda recta. *Las niñas normales, en total, son naturalmente puras de pensamientos y deseos*, y no serán conducidas a la ruina a través del conocimiento. Sólo ha de temerse la ignorancia.

Muy raras veces se presta la seria consideración que merece a la manifestación de la naturaleza sexual femenina (a menudo causa directa del descarrío de la joven). Nos referimos a la naturaleza *instintiva, innata*, de amor materno, a la herencia natural de *toda* mujer normal.

En el instante en que la mujer de verdad ama, en ese momento empieza a buscar un medio de servir. Se trata de su naturaleza innata que induce en ella un anhelo de proveer a todas las necesidades del amado, ya sean de naturaleza social, mental o física.

La comodidad y bienestar de su amado se convierten para ella en su aspiración vital, y si está mal instruida, a duras penas oirá los susurros de su conciencia, y en verdad, éstos de nada servirán contra los ruegos de su amado.

Este se muestra desasosegado y hambriento, y a fin de apaciguarle, ella se ofrece prestamente, ofrece un sacrificio inconsciente. *El reclamo del deseo sexual, aunque desempeña un papel, no es en ella, por regla general, la razón real para que cumpla con el pedido de su amado; es el impulso del amor maternal más el deseo de ser poseída.*

La esposa ideal es mitad madre para el objeto de su amor; sirve a su esposo como si fuese un hijo; le concede todos sus favores, requeridos oportuna o inoportunamente.

Una explicación cabal de este aspecto infinitamente variado y complejo deberá ofrecerse a la joven, protegiéndola así contra un imprudente sacrificio en el altar del amor.

Una joven entre mil no comprende los propósitos ni el empleo reales de su naturaleza; por lo general toda la información que posee la obtuvo de fuentes no confiables, de compañeras tan ignorantes de los hechos reales como ellas mismas.

Debido a esta situación indeseable, lo que más se necesita para impedir que la multitud de niñas inocentes se descarríen en “uniones amorosas”, o que *parecen* uniones amorosas, ofuscadas, es que las niñas sanas y razonables tengan instrucción y preparación.

A las niñas se llega mejor a través de la madre; a los niños, a través del padre. Pero padres y madres deberán primero aprender las leyes y los poderes, los usos y los abusos

sexuales. *Por sobre todo, deberá inculcarse plenamente el castigo resultante de desobedecer estas leyes sexuales, por ignorancia o elección.*

Cuando los padres y madres están imbuidos de la divinidad de todo lo perteneciente a la creación divina, ningún compartimiento de la vida parecerá más sublime que éste a través del cual Dios nos convierte con Él en co-creadores.

Cuando comprenden esta sublimidad y la armonizan con el conocimiento, están entonces en situación de delinear el sendero que sus hijos pueden seguir con libertad y protección.

Mientras los padres sólo posean ideas sensacionales, crudas, vulgares y distorsionadas acerca del sexo, basadas en mala información obtenida durante su juventud; mientras crean que esta cuestión importante debe discutirse de una manera velada, oscura y secreta, ridiculizada y condenada en público, entonces *los padres serán culpables y responsables ante Dios y la ley moral por los pecados, la vergüenza y el sufrimiento de su progenie.*

Hasta hace muy poco era un delito enseñar algo relativo al sexo y su expresión. Pronto llegará el tiempo en que hombres y mujeres con familia serán responsables de la educación y esclarecimiento respecto del sexo para con sus hijos e hijas, y se considerará criminal si descuidan este deber sagrado. Tal vez para entonces también la iglesia vea la luz y tome parte activa en la educación y protección de los jóvenes a su cargo.

¿Qué opinión habría que formarse de un hombre o una mujer que obsequiase al niño o la niña con un mecanismo peligroso e intrincado, obligándolo a que lo utilice, pero reservándose el conocimiento de su manejo y sus peligros?

Supongamos que una máquina combinase cualidades vitales y letales, y que quien la entrega rehusase ofrecer instrucción alguna para su manejo y protección personal. . . ¿no sería apropiado que aborreciésemos a ese individuo y procurásemos que se lo encarcelara?

Imaginemos otro ejemplo: este mismo padre ejerce estricta guardia sobre el niño desamparado, alza un muro intraspasable de “autoridad paterna” acerca de eso, y amenaza a los hombres y mujeres competentes que reclaman el privilegio de instruir al niño en el manejo de este potente instrumento. ¿No es éste un cuadro aterrador?

Si la moderna madre ilustrada supiese que su hija posee un gran talento, ¿la acuciaría para que lo consagre al mal, sabedora de que las consecuencias serán el pecado, la enfermedad, la miseria y la muerte? Por el contrario, ¿no se regocijaría ayudándola a desarrollar ese don deseable, elevándolo y ensalzándolo, para procurar así dicha, poder, salud y belleza a la hija que ama?

¿Un padre permitiría deliberadamente que sus hijos jueguen con una víbora? ¿No se le contraería el corazón con horrible espanto ante el solo pensamiento de sus colmillos y veneno?

A pesar de este cuadro imaginario, innumerables padres descuidados e ignorantes son brutalmente indiferentes a peligros aún mayores y siempre actuales, y cierran sus ojos a los hechos palmarios e irrefutables. Dejan sus hijos librados a las malignas influencias de la ignorancia, más letales que los colmillos de una víbora, pues estos sólo pueden destruir el cuerpo. Cuando la ignorancia se cobra su cuota, se lamentan de su destino e imputan al Padre de toda la bondad, y Le culpan, en vez de hacerlo consigo mismos, cuando una hija ingresa en el burdel en lugar de un hogar, cuando se convierte en madre de un hijo sin nombre, o cuando sufre una muerte lenta, producto de una horrible enfermedad.

*En el gran recuento, ¿quién será declarado culpable, sufriendo el castigo mayor?* Con seguridad no será el hijo nacido y criado en la ignorancia, carente de todo conocimiento sobre los males a afrontar, o de cómo protegerse.

La base de la instrucción sexual deberá ser la *santidad del sexo*. En la pasión normal no hay nada degradante. La única fase profana es el pensamiento destructivo de la humanidad prejuiciosa e ignorante, y el designio innoble según el cual el sexo se pervierte como resultado natural.

No basta predicar el veloz castigo que sobreviene a la degradación de la función creadora; deberá ser ampliada la finalidad pura, elevada y sagrada. Deberán enseñarse minuciosamente las posibilidades para bien o para mal del organismo generativo; el empleo oscuro, secreto y destructivo, del que es culpable la humanidad, deberá exponerse plenamente.

Padres y maestros deberán indagar en sus propios corazones en procura del mínimo vestigio de impureza de pensamientos, pues los jóvenes son psíquicamente expertos en la detección del mínimo rastro de vergüenza, o de sentimiento de timidez. Muchos que hoy en día son valiosísimos maestros y líderes de este movimiento esclarecedor, aprendieron sus lecciones después de llegar a la madurez, o a través de gran sufrimiento personal y del ajuste, purificación y modestia consiguiente.

Entre las muchas ideas falsas relativas al sexo y sus funciones, la de la represión es la más destructiva y degradante. Se ha inculcado, más por inferencia que por palabras reales, que la mujer es grosera y carente de femineidad si permite que se manifiesten los deseos sexuales. Se ha enseñado que las mujeres, aunque sean apasionadas, no deben expresar sus sentimientos reales y que han de mantenerlos sujetos, como algo de que avergonzarse. Quienes adhieren a tales creencias pasan a ser víctimas de la diosa de la ignorancia y gradualmente llegan a creer que es inadecuado, e incluso incorrecto, patentizar emoción alguna durante el rito marital.

En el rito matrimonial, la mujer tiene todo derecho a un goce tan grande como el del hombre. Dios acordó la pasión, por igual, al varón y a la mujer; por tanto, la frigidez resultante de la restricción y la represión es innatural. Bajo ninguna circunstancia serán negados ni reprimidos los deseos naturales, ni se considerará con vergüenza estar en posesión de ellos. La represión es la ruta hacia los trastornos físicos y emocionales anormales; y si se la

continúa ejerciendo durante algún lapso, suscita el deseo degradado y pervertido, seguido por prácticas destructivas de la capacidad creadora. Reconocidamente, la pasión deberá ser sometida de modo apropiado, dirigida de manera sabia; esto exige ejercitar la Voluntad.

Muchos varones, denominados incorrectamente hombres, suscriben la teoría de que las mujeres deben reprimir sus sentimientos reales, procediendo luego a condenarlas por su frigidez; estos varones todavía no llegaron al grado de iluminación en el que ansíen conceder la igualdad; no llegaron a una comprensión de la necesidad de la normalidad y la deseabilidad de la pasión en las mujeres. Estos hombres todavía permanecen en cautiverio respecto del pasado y consideran inmodesto que las mujeres se les unan con sincero sentimiento y posean un derecho divino al intercambio igualitario.

Las jóvenes deben ser instruidas en el sentido de que el poder sexual normal y controlado es siempre creador si se lo utiliza y no se abusa de él; que si las fuerzas creadoras se esparcen por todo el cuerpo, se convierten en base de fortaleza y belleza corporal, y de lucidez mental. La perfección de la forma femenina, la suavidad, la exquisitez y textura de su piel, la dulzura de su voz y el fuego de sus ojos, dependen en su totalidad, y se deben, a esta energía creadora.

Una vez que la joven comprende finalmente que todas las partes de su naturaleza son un don que Dios le dio para que lo use según Su ley, se regocijará de poseerlas y nada podrá tentarla para que las rebaje, ni habrá necesidad de que se abarate de manera alguna.

La joven deberá llegar a comprender que la represión innatural, el intento de erradicación o muerte de cualquier deseo o función, es por igual tan malo como el mal uso de ese deseo o función. Su único deber consiste en ser dueña de sí misma, en controlar las pasiones que a veces surgen dentro de ella, hasta el tiempo en que encuentre al compañero correcto que demuestre su amor estableciendo una unión con ella a través del santo matrimonio.

Las preguntas que se formulan con más frecuencia son: “¿Qué haremos con nuestras hijas cuando traspongan la línea divisoria entre la niñez y la adultez, dueñas de vida, amor e instinto creador en abundancia? ¿Cómo las ayudaremos a controlar sus deseos?”

El primer requisito consiste en mantener la mente plenamente ocupada con deberes que cumplir, o problemas que resolver. Mientras se interesen fervorosamente por el trabajo y el juego, están a salvo.

Trátase a las niñas igual que a los varones. Los varones son criaturas activas y se liberan de energía excesiva con trabajo y atletismo, creación y ocupaciones especiales. Permítase que la niña retoce y juegue bulliciosamente, con toda la alegría de su corazón; la simiente del problema sexual no se descubrirá mientras ella haga esto. Una vez superada esa época, deberá ser inducida a hallar interés en alguna otra tarea o práctica.

El trabajo que se le confíe no será monótono ni limitador. Es esencial el cambio, como el tiempo pasado al aire libre; y se la deberá estimular, cualquiera sea la actividad constructiva en que concentre su mente; es imperativo que tenga un *incentivo* para actuar.

*Por sobre todo, la vida hogareña deberá tornarse agradable, sus problemas deberán ser encarados con benevolencia, comprensión y siempre con paciencia.*

Reconocidamente, no todas las niñas pueden ser guiadas de esta manera. En las que son sosegadas, sedentarias y estudiosas, deberá estimularse la actividad que les resulte más interesante, sin forzarlas a ejercicios físicos más activos. Deberá consentirse la música, la pintura, las artes, *cualquier cosa que les interese*, cuidando de que la fantasía no las lleve hacia lo mórbido.

*La clave es el interés.* Instrúyase a la niña en las leyes que gobiernan al sexo; luego manténgasela interesada y todo el problema hallará una solución por sí. En el momento en que la niña se torna insatisfecha, rápidamente se patentiza la señal de peligro.

El deber de toda madre es positivo. Deberá consagrar muy estrechamente su atención al desarrollo de su hija, igual que el padre lo hace con sus negocios. El hombre presta cuidadosa atención a todos los detalles de su vocación, estudia continuamente cómo combatir ciertas influencias; cómo remediar las mermas y déficits; vigila eternamente. La hija es el negocio de la madre, y deberá contraerse de manera parecida. Si todo no está como debería ser, *búsquese la causa*; efectúense los cambios necesarios; adiéstrese en el arte de la substitución.

Con demasiada frecuencia la niña normal, sana, vivaz y activa, es privada de placeres necesarios e inocentes. Desea visitar a una amiga, asistir a un teatro, presenciar un encuentro deportivo, ir de picnic, o concurrir a una fiesta. Se le prohíben estos pasatiempos inocentes; se la *obliga a retraerse, hay amagos de problemas* y pronto se desarrolla una situación deplorable.

Se torna mentalmente resentida; al buscar una salida a su energía refrenada, consciente que su imaginación juegue demasiado libremente, y si antes abrieron su curso las malas compañías o las historias corrompidas, *irrumpe el demonio*.

En esta etapa de su desarrollo, no es de esperar que la niña corriente haga a un lado todo solaz; los pensamientos nobles y elevados solos no la sostendrán en este período de su vida. Cuando se niega el solaz, es casi seguro que sobreviene el vicio solitario o los solapados encuentros con lo indeseable del sexo opuesto.

La solución del problema se halla en:

1. Enséñese a la niña las leyes creadoras detallada y francamente; expóngasele todos los aspectos con claridad; en especial, deténgase en todo lo que es bello, fascinante, beneficioso y constructivo para ella y la raza.

Invítela a que formule preguntas; respóndalas sin vacilar, con lenguaje casto, sin falsa modestia. Haláguela (razonablemente) para ayudarla a que se valore correctamente. *sea su amiga y confidente* en todo tiempo y bajo toda circunstancia.

2. Proporciónale una labor interesante. Deténgase mucho en la cuestión del honor del ama de casa y de la maternidad. Dedicarse temporariamente a la atención del hogar le permitirá ser una eficiente ama de casa; también es muy deseable una preparación preliminar para encauzar su vocación. Estimule el desarrollo de cualquier talento aparente.

No permita que se torne unilateral e impráctica. A no ser que la niña tenga genio positivo, es mejor animarla a que haga cosas bien distintas. La mujer sensible y adaptable se convierte en la mejor esposa y madre.

3. El ejercicio es algo esencial. Si es constructivo, es deseable cualquier método. Los juegos, el tenis, el remo y las caminatas son todos de suma importancia. Si nos bastasen o pareciesen inconvenientes, dispóngase una labor gimnástica regular. El objeto consiste en mantener ágil el cuerpo, la sangre en activa circulación, y distribuidas las fuerzas creadoras.

4. Las diversiones son tan importantes como el ejercicio. Todo placer combinará recreación no perjudicial con tendencias elevadoras. Resulta cuestionable que cualquiera de las niñas más estéticas puedan permanecer normales y libres de vicios sin suficiente diversión.

Las niñas se dejan llevar por la senda descendente porque sus guardianes naturales no les reconocen y proporcionan lo que les piden. Los padres no cumplen con su deber y este descuido no puede corregirse en el más allá.

Durante el período de formación, las niñas aprenden cuestiones relativas al sexo, y con mayor frecuencia que en sentido contrario, adquieren una idea degradante más bien que una comprensión edificante de la influencia y potencia de las funciones y fuerzas. Una vez inculcadas plenamente las ideas erróneas, la niña se torna incapaz de entender o hallar el amor verdadero; consiguientemente, está condenada a vivir en lo superficial del afecto.

Por lo general, los padres parecen esforzarse muy poco por entender a sus hijas, sus sentimientos, gustos y disgustos, sus inclinaciones, debilidades y fuerza. Las impulsan a cumplir en demasía o demasiado poco, no les permiten diversión alguna, o permiten que sacien sus deseos en exceso. El padre sano, equilibrado e inteligente es un enviado de Dios, un ángel de la misericordia, para cualquier hijo. Esperemos que haya más de éstos en un futuro cercano.

La niña de la actualidad es una criatura independiente y resulta imprudente sospechar de sus motivaciones, acusarla de indiscreciones, o imputar de maldad el mero desatino e inexperiencia. Los padres deben tener absoluta certeza de su información antes de formular preguntas y nunca deben ser culpables de formular acusaciones. Si hay culpa, trátesela con comprensión, simpatía e instrucciones correctivas.

Las madres deben amar a sus hijas, dentro de la obediencia, aconsejándolas antes que mandándolas. A los jóvenes, sean niños o niñas, puede inducírselos más fácilmente hacia el bien con amor que con castigos. Téngase fe en los hijos; confíese en ellos; habrá que ser compañeros y buenos amigos con ellos; corríjense sus errores, *luego procédase rápidamente a olvidarlos*. Compártanse las aflicciones con los hijos Y ESTO LES ENSEÑARÁ A TENER SENTIMIENTOS. Compártanse sus dichas, goces y buena suerte con ellos; ESTO LES DARÁ LA SEGURIDAD DE QUE CUENTAN CON AMOR Y QUE SUS PADRES BUSCAN BENEFICIARLOS DE CORAZÓN. Habrá que ser sus padres, pero asimismo SUS AMIGOS Y CONFIDENTES, y poco deberá temerse que se descarríen. El niño deberá tener plena conciencia de que, cualquiera sea su falta o culpa, podrá acercarse a la madre o al padre con completa confianza de que se le oirá bondadosamente sin que se le sermonee, y de que la opinión ofrecida será imparcial, sin prejuicios. Ese niño no depositará su confianza en extraños ni en quienes le descarríen. CUALQUIERA SEA LA CULPA QUE TENGAN, HABRÁ QUE SER “BUEN AMIGO” DE LOS PROPIOS HIJOS. *Usted lo sería si se tratase de los hijos de su prójimo.*

## **LA PUREZA DEL SEXO**

*Todas las cosas son puras para los de corazón puro.*

En todos los pueblos se hallan los mismos proverbios, adagios y axiomas generales, sin tener en cuenta la edad, el origen ni a quien son dirigidos. En todo el mundo existe una semejanza en el reconocimiento de las verdades morales. “Para los puros todas las cosas son puras”, halló su cauce en muchos libros sagrados de la antigüedad, y de modo similar aparece en la Biblia de nuestro tiempo. La humanidad concuerda en esta verdad evidente, sin vacilar, hasta que se presenta la cuestión del sexo; entonces todos se retraen confusos, con sus sentidos embotados por una conciencia de culpa interior.

En el reino animal se acepta como cuestión natural la ley que gobierna el apareamiento y la reproducción. Los hombres nada ven de qué avergonzarse en el apareamiento de los animales. Una vez que eligen los ejemplares, asisten y ayudan durante el nacimiento de los cachorros; los alimentan y entrenan; además, escogen a los futuros reproductores; mientras tanto, discuten con entusiasmo sus aspectos buenos y débiles sin pensar en falsas modestias ni ocultamientos.

De hecho, muchos hombres se enorgullecen de su acierto al producir una hacienda superior; no tienen conciencia de sensación de vergüenza alguna al discutir los métodos de reproducción, la perpetuación de las características deseables, la forma o el color, y la eliminación de cualidades cuestionables, y temas afines comunes a miles de miles de criadores de animales. Sin embargo, vuélquese la atención hacia la reproducción humana, cuestión de importancia *infinitamente* mayor para Dios y la humanidad, ¿y qué sucede? Todos, casi sin excepción, se harán a un lado para ocultar su ignorancia, prejuicio o vergüenza, exhibiendo una virtud supuestamente correcta.

El Dr. J. H. Greer, ex-Profesor de la Universidad de Medicina y Cirugía de Chicago, dijo al hablar sobre la cuestión del sexo: “El instinto sexual es capital en todos los dominios de la naturaleza. En el reino supremo de la vida el instinto está sujeto a la modificación de la civilización que, lamentablemente, no siempre es la mejor. Las vidas de todos los hombres tienen el cromatismo de sus pensamientos respecto del sexo, que puede ser de variados matices, entre buenos y malos.

“El ascetismo, por un lado, pugna por suprimir como impuros todos los pensamientos y sentimientos concernientes a las relaciones de los sexos. Quienes tienen tanta estre-

chez mental como para conformarse a la letra mientras ignoran el espíritu de la verdadera religión, pueden citarse como los que más perniciosamente combaten el pensamiento puro sobre la cuestión.

“Por el otro lado está el hedonista incasto e inmoral que cree que la vida significa gratificación de los sentidos, el más exquisito de los cuales es la relación sexual. Exprime la viña de la vida hasta las heces y cuando, al final, se harta, nada puede ver del uso verdadero de los sentidos corporales. Estos extremos existen porque los hombres no conocen la verdad”.

Disiparíamos esta oscura nube ayudando a la humanidad a conocer el *desarrollo de una raza superior*, y con ese esfuerzo, evitaríamos ambos extremos. Hay un camino sano y medio, sin matices de culto ni ismo alguno; un camino que, a través de larga experiencia, hallamos digno de ser aceptado como norma de vida para todos los hombres.

Este camino ajusta las desarmonías sexuales y físicas, llevando en su curso salud y felicidad como resultado del sano ejercicio de las funciones creadoras. Quienes intentaron hallar la verdad siguiendo la falsa senda de la continencia, se beneficiarán igualmente con aquéllos que siguieron el curso opuesto: el del libertinaje y la corrupción.

El sendero constructivo está a *mitad de trayecto* entre ambos extremos y conduce hasta la fuente de la vida; la tan buscada *Fuente de la Juventud*. Quienes escogen este camino, descubren en la vida la belleza y divinidad del sexo y reconocen rápidamente las Leyes de Dios, que controlan las funciones al igual que lo correcto. Entendidas acertadamente, las verdades relativas al sexo no producen sonrojo en las más santas mejillas; en las leyes de Dios no puede descubrirse nada que humille ni mortifique al hombre; el sentimiento de vergüenza *sólo pertenece a quienes viven la vida vergonzosamente*.

¿Por qué el sexo debe considerarse impuro? ¿Puede ser degradante en sí mismo? Sólo su abuso lo convierte en tal. Es puro de por sí, pues Dios hizo puras todas las cosas. ¿Por qué hacer diferencias entre humanos y animales, acordando a los últimos todo lo mejor en cuanto a pensamiento y servicio, como respecto de la reproducción y la creación de nuevas especies, mientras se desanima y condena todo lo concerniente a las funciones similares en el hombre?

¿La mujer limpia, virtuosa o sana, no es la obra máxima y más bella de Dios, mil veces superior a cualquier animal jamás nacido? ¿Por qué entonces la hembra humana es degradada por el hombre, y la hembra animal estudiada, mimada y evolucionada, ya que su deber y funciones en el mundo de la reproducción son exactamente iguales?

La respuesta no hay que buscarla muy lejos: La mente y el corazón de los hombres, y de muchas mujeres (no de los hombres y las mujeres) tanto se pervirtieron, ensuciaron y mancharon indeciblemente por detenerse en obscenos pensamientos de contacto, gratificación y sensación, *que aquéllos jamás reconocieron, el lado espiritual*.

El hombre que puede hallar impureza en el sexo, que puede pensar en éste con cualquier pensamiento que no sea la más sublime intención de Dios, debe experimentar un largo período de limpieza mental, física y espiritual.

Nos perdemos en el laberinto de la fútil conjetura cuando intentamos hallar una respuesta a la suciedad, ignorancia y bajeza de muchos de los que pertenecen a la especie humana: por lo general el tema sexual imprime una lujuria delatora en el rostro, una expresión salaz en la mirada, mientras los pensamientos disolutos se manifiestan en todo el organismo. Hasta las mujeres buenas y virtuosas, al mencionarse la función creadora, bajan la vista, dan respuestas evasivas y se apresuran a desviar la discusión hacia un tópico menos delicado.

¿Qué fue lo que llevó a la humanidad a este estado mental de impureza? En el inicio existió sin duda una falta de información sexual y un conocimiento incompleto sobre la función creadora de Dios. Además, también existió el estímulo real y literal de los ideales degradados, pervertidos, viles y falaces.

El mal medra en la oscuridad o la ignorancia, y casi todas las madres del mundo, aunque buenas de corazón, como incuestionablemente lo son, fueron culpables de inculcar, en la mente y el corazón de sus hijos, deslumbrantes falacias cuando se las interrogó por primera vez sobre el tema del sexo.

*Esta es la semilla o el fundamento responsable de toda falsedad futura concerniente a la reproducción de su proge. ¡Qué terrible imputación contra una humanidad que, en general, y en otro sentido, se halla en una época iluminada!*

A menudo se sostiene que el mundo mejora espiritual y moralmente; pero para creer en este aserto se requiere confianza y fe ciega, cuando confrontamos las diversas formas de libertinaje y corrupción, extendidas en las grandes ciudades de la actualidad. La historia de *Sodoma y Gomorra*, destruidas por el fuego debido a las irreproducibles prácticas sexuales de su pueblo, se repite en este siglo con una diversidad de hábitos sexuales que avergonzarían a aquellos pervertidos de la antigüedad que, en comparación con los leprosos morales de la actualidad, eran meros diletantes en lo que a degradación sexual se refiere.

Si a aquella gente de la antigüedad se la hubiese instruido en un conocimiento del sexo y sus finalidades, la sociedad de hoy en día no habría sido perforada por tantas enfermedades repugnantes ni afligida con la cantidad de degenerados que se descubren por doquier. El sexo parece haber sido siempre tema de disculpa y *perversión*, considerándose solo *al apagarse la luz*.

¿Los más acérrimos fanáticos podrán argüir que somos mejores por este descuido pasado, de tan larga duración, respecto de un tema tan vital? ¿La degradación y perversión del sexo no aumentó grandemente con este procedimiento? ¿No es tiempo de iniciar un movimiento que enseñe las leyes creadoras, como las instituyera Dios primero, grupal e individualmente, en los clubs, escuelas e iglesias, ya sea que la mayoría esté de acuerdo o

no? Deberá esparcirse la luz sobre las tinieblas de este tema o la raza continuará en la ignorancia y la degradación.

Si la ignorancia y la reserva fuesen constructivas y deseables, ¿la gente actual no aventajaría mucho a los antiguos en moralidad y espiritualidad —la espiritualidad se basa en la pureza sexual— y en mejoramiento racial? ¡Con muchísima seguridad! Lamentablemente, la verdad es a la inversa. La perversión crece hasta un límite alarmante, aunque las leyes y disposiciones legales han esparcido, hasta cierto punto, los barrios de los lupanares y sus habitantes a los cuatro vientos, difundiendo con ello grandemente el vicio.

Los barrios “de las luces rojas” (de los lupanares) que el mundo señala con sorna, y el tema de la supresión farisaica, son los menos dañinos en la perpetuación de la perversión. La vida privada, en incontable cantidad de hogares de todo el mundo, echa sus miasmas de suciedad y corrupción, no sólo entre hombres y mujeres, sino también entre hombres y hombres, entre mujeres y mujeres.

En general, la sociedad poco tiene que temer de las pupilas de los barrios de los lupanares porque, a través de la supervisión policial y médica, pueden ser controladas y mantenidas dentro de ciertos límites. Salvo raros casos, la mujer de mala fama no echa hijos al mundo; consiguientemente, comparada con la de los hogares corrompidos, su influencia es insignificante.

Los máximos delitos sexuales del calendario humano se perpetúan *en los hogares donde el amor no existe*. Para gozar, sin tener hijos, y desafiando el mandamiento divino (“Fructificad”) las parejas casadas recurren a toda clase de prácticas degradantes. La perversión se origina en el deseo de impedir la reproducción, sin escatimar los goces de la satisfacción física. *Este fue el pecado original, el primero que cometieron Adán y Eva; fue la única “manzana” que se les prohibió comer.*

El vicio cometido en el hogar es doblemente destructivo, porque incide por igual en el bien público y en el futuro de la raza. El resultado postrero de las prácticas innaturales sobre los individuos mismos es horrible de contemplar. Sufren el cuerpo, la mente y el Alma (si hay alguna) ; se recurre continuamente a las drogas, la mente se entretiene en prácticas degradantes; el más diabólico de los efectos se lega a los hijos que frecuentemente *nacen a pesar de las perversiones.*

¿El estudioso de los métodos de mejoramiento de la raza se preguntó alguna vez, con actitud mental ávida realmente de la verdad: “De dónde provienen todos los incapacitados, idiotas, drogadictos, degenerados y explotadores de niños y mujeres de la sociedad actual?”

*Ya hemos ofrecido la clave del supuesto misterio; aunque no deberá inferirse que mantenemos la indefendible posición de que la perversión o los pecados sexuales de los padres son responsables de todos los lisiados, idiotas y drogadictos.*

Los enemigos de la diseminación del conocimiento sexual declaran que, si la instrucción y la publicidad se dirigiesen sobre este tema, el resultado sería mucho peor que la situación actual de la humanidad. Por más lamentable que esto parezca a los humanitarios, la mayoría de la humanidad coincidiría sin duda con este veredicto.

Es un hecho notorio que la mayoría está siempre contra el progreso mental, físico y espiritual. ¿Por qué? Porque la mayoría de los seres humanos se contentan con permitir que los demás piensen y planifiquen por ella. Echan una mirada retrospectiva a lo que pensaron e hicieron sus padres, y aceptan complacientemente esas condiciones como suficientes para ellos, sin esforzarse por ayudar a instituir un orden superior de vida para su generación y las generaciones futuras.

Son los pocos quienes, imbuidos del espíritu *Crístico* de ayuda y servicio, dan un paso al frente para conducir a sus hermanos agobiados y sufrientes fuera de la tierra de la esclavitud, el prejuicio, la ignorancia y el fanatismo, introduciéndolos en un conocimiento de Dios y Sus Leyes. La comprensión del problema del sexo es tan plenamente esencial y vital como el conocimiento de cualquier otra parte de la vida.

Cuando a nuestros jóvenes se les enseñen los hechos concernientes a sus cuerpos y sus funciones físicas tan clara y esmeradamente como ocurre con los estudiantes de escuelas agrícolas respecto de la cría y desarrollo de los animales domésticos; cuando la sanidad sexual y la moralidad se consideren un estudio tan legítimo y racional como el del latín o la matemática, y mucho más importante para la raza humana, *entonces el vicio ya no será más el medio destructivo que es en la actualidad, porque gran parte del misterio que primero atrae a muchos habrá sido disipado.*

El misterio y la curiosidad marchan de la mano; el secreteo es su padrino. El niño que, al no ser enseñado por su padre, susurra algo obsceno a su compañero, riendo y gozando por la bajeza que le comunicó, está preparando deseos y acciones licenciosas futuras. Al ser inquisitivo, como lo deben ser todos los niños normales, busca conocer, y quiere conocer y discutir lo que, debido a que sus padres no lo ilustrarán, aparentemente se oculta.

De un modo u otro levantará el velo; aunque generalmente el conocimiento que obtiene no es la verdad sino una mala interpretación de ésta. Por esta razón sucumbe al vicio secreto, y se suma otra víctima a la larga lista del gran dios, la Ignorancia.

Si sus padres hubiesen cumplido con su sagrada confianza, si le hubiesen enseñado de una manera sana, ordenada, razonable y decente, el aspecto malo del acto creador jamás habría entrado en su mente.

Un muy desmañado ejemplo ilustra cuán deseables son la franqueza y la comprensión correcta. Cuando las mujeres usaban largos vestidos hasta el suelo, no era un raro espectáculo ver a hombres y muchachitos que observaban salazmente las torneadas piernas en un día de viento. Todos estaban animados por una curiosidad natural, querían ver lo que se

suponía oculto, salvo en la alcoba matrimonial. Hoy en día, esa fase particular de la curiosidad ha muerto.

Por lo general las mujeres ahora usan faldas tan cortas que las extremidades inferiores perdieron mucho atractivo. Lo que otrora se ocultaba tan religiosamente, ahora está más que revelado; el misterio se revela a todos los que quieran mirar.

Los aspectos aborrecibles, ponzoñosos y perniciosos del sexo deben ser borrados de las mentes humanas, o la raza estará condenada de antemano a través de una pureza convertida en suciedad. Por esta misma razón todas las naciones del pasado fueron aniquiladas, como lo registra la historia bíblica y profana. La historia de los israelitas en el desierto y la caída del Imperio Romano son amplia prueba de que un pueblo puede ser barrido rápidamente de la faz de la tierra, como retribución por sus pecados de degradación sexual.

Dios hizo el mundo y todo lo que éste contiene. Estableció leyes para su bienestar y luego *dijo que todo era bueno*. En la sabiduría del Padre fueron incluidos ciertos edictos sobre el sexo; éstos no los revocó jamás.

Algunos hombres querían hacernos creer que Dios modificó una importante parte de la vida para que fuese gobernada por la burda ignorancia de los hombres; que después de haber conferido al género humano una de sus máximas prerrogativas, se retiró, aprobando el caos resultante.

El poder creador, el privilegio generativo y *regenerativo* a través del uso correcto del sexo, no fue capricho ni accidente del gran Dios Creador, sino una ley eterna dada a los hombres con una finalidad clara, tan fija e inmutable como la que gobierna el curso de los astros. ¡Ay del hombre, de la sociedad o nación que intente subvertir una ley puesta en acción por el Padre de todo!

Las naciones de la tierra, ahora minadas por las enfermedades venéreas, pueden ser iluminadas y salvadas sólo a través de la educación y dirección de los individuos que las componen. Los primeros dos requisitos son la reverencia y la pureza de deseo. Indudablemente, estas cualidades estaban en el pensamiento del Nazareno cuando dijo: “A no ser que os convirtáis en párvulos, de ningún modo podréis entrar en el Reino de los cielos”.

Los hombres deben regresar a (o readquirir) la actitud del niño; a la pureza de mente y corazón sin la cual las leyes y la razón del sexo no pueden entenderse correctamente. Esto requiere incuestionablemente una expansión mayor de la imaginación para visualizar la rehabilitación de la mente baja y vulgar de un hombre degenerado, concediendo la posibilidad de su retorno al estado de pureza de semejanza divina que tienen las mentes de los niños; *pero a no ser que lo haga*, será un desecho y un paria, y ningún poder de la tierra ni del cielo, ninguna fe ni credo, pueden alcanzarle ni salvarle.

Miles de miles de estos seres abandonados continuarán en el sendero de la destrucción a pesar de todo cuanto pueda hacerse para salvarlos. Lo más que podemos hacer es mirarlos con un “inconsciente” sentimiento de repugnancia, mezclado con profunda piedad,

y dejarlos pasar. Nuestra responsabilidad consiste en *ver que la generación, más joven sea enseñada apropiadamente y rescatada de este horrible destino*. De esta manera deberán ser protegidos los niños, todavía puros de pensamiento.

Aquéllos cuyos pensamientos y actos están manchados por el deseo impío, deberán volverse hacia la luz del conocimiento, reemplazándose el mal con el bien. Deberá apelarse a los hombres y mujeres jóvenes; debe hacerse reconocer las desdichadas consecuencias de la ignorancia y, en nombre de todo lo que es Santo y Sagrado, instruírseles en el uso elevado de las funciones reproductivas del ser.

Las generaciones más viejas, los padres y madres actuales, deben ser inducidos, a través de la prédica continua de estas verdades, a reconocer su responsabilidad, no sólo respecto de la preservación de sus propias mentes y cuerpos, sino también, de modo similar, de la guía de sus hijos.

Deberá grabarse en las mentes de los jóvenes, de los de mediana edad y de los ancianos, que la función sexual íntegra fue organizada por Dios y que, por tanto, no puede ser en sí misma sucia ni impura. El uso del organismo creador es tan normal como el uso del estómago o de cualquier otra parte del cuerpo. Dios no creó la función para que se la rehúya o desprecie; ni para que sea la base o laboratorio de pensamientos y acciones obscenas; ni para que sea algo de lo que haya que avergonzarse ni que deba degradarse cuando las tinieblas cubren la tierra, catalogándose como malo junto con otros medios destructivos que operan en la noche.

No es un pensamiento edificante ni ennoblecedor para el hombre, hecho a imagen del Padre, creer que éste le creó de esa forma, con poderes de los que deberá disculparse por siempre. Empero, esto es lo que la mayoría de las criaturas masculinas y femeninas hacen continuamente.

El sexo es puro en sí mismo. Es santo y sublime. Cuando se lo emplea en el abrazo amoroso, *su potencia supera todo cálculo*. En el uso correcto del sexo, en la generación y REgeneración, el hombre está dotado de un poder que los ángeles envidiarían. En vez de esforzarse por entender las leyes que gobiernan este gran privilegio y posesión de poder, el hombre pisotea continuamente este máximo regalo de un Dios justo, en el lodo de la sensualidad y la degradación, y de esa manera ni siquiera logra *comprender la santidad de la función*, el halo glorioso que acompaña a su consumación, revolcándose en la perversión y en la búsqueda deliberada de un camino que conduzca a la ruina física, moral y espiritual.

La ignorancia de la función creadora es la única causa del pensamiento general de impureza que se le refiere. Bueno y puro en sí mismo, fue mancillado por los “demonios de la gratificación sensual” hasta que los pensamientos de los hombres se distorsionan y éstos ven falsamente como “a través de un vidrio oscuro”. Una vez que los hombres mancharon una merced de Dios, tienden a usar una función pura para cauces impíos y luego declaran que son sucias las manifestaciones sexuales e impropias de quienes tienen inclinaciones espirituales.

Para el hombre sano, normal y de noble mentalidad, que empleó sus fuerzas creadoras según los designios del Creador, es cabalmente imposible pensar en el sexo con lascivia, o considerarlo impío o impuro. Para ese hombre iluminado (o mujer iluminada), una parte del cuerpo no es mejor ni peor que otra. "Para los puros todas las cosas son puras", dijo el Maestro.

El desarrollo de una *raza superior* deberá producirse a través de la educación de los hombres en el uso correcto y acertado de la función creadora; las leyes fundamentales deberán ser enseñadas libremente, sin prejuicios, miedo ni favor.

Dios creó todas las cosas en la pureza. La mente del niño es pura, y seguirá siéndolo si se le enseña el sexo y su ejercicio apropiado antes que quienes rebajaron su función, o que son totalmente ignorantes de la conducta correcta, tengan oportunidad de mancillar la mente del niño con historias degradantes, tempestuosas y altamente excitantes.

Los niños tienen derecho a respuestas veraces cuando empiezan a formular preguntas relativas al organismo creador. Deberá decirseles la verdad sobre los poderes y finalidades de la naturaleza sexual. Deberá instruírseles de tal modo sobre este tópico que entiendan todos los detalles.

Si el niño o la niña reciben una explicación completa de parte de los padres, serán derrotados los pensamientos morbosos e insanos; el misterio y la especulación se transmutarán en conocimiento; y las prácticas vergonzosas y destructivas se disiparán en la nada, como los sueños del pasado.

## **EL COMIENZO DE LAS MENTIRAS SOBRE EL SEXO**

Corre la leyenda de que un célebre prelado de una de las más poderosas organizaciones de Norte América manifestaba que, si su iglesia pudiese controlar los primeros nueve años de la vida de un niño, poco importaban las influencias posteriores que sobreviniesen; las enseñanzas de esa iglesia jamás podrían ser erradicadas de la mente ni el corazón del niño.

En general esto es cierto. Las primeras impresiones sobre la maleable mente del niño son indelebles. Pero, ¿por qué reducir la verdadera educación del niño a las doctrinas de cualquier iglesia o credo en particular? ¿No es más importante enseñar a los jóvenes los misterios del ser que inculcar en sus mentes historias de santos; la necesidad de observar días especiales del calendario eclesiástico o la preparación para una existencia más allá de la tumba?<sup>5</sup>

A los niños se les enseña coherentemente los elementos básicos de una fe para la preservación de sus Almas después de la muerte. Los fundamentos de la biología y la sexología —que tienen por objeto la preservación de la vida física, que es la base, no sólo de la salud, la felicidad y la evolución, sino también, de igual manera, del bienestar de la misma Alma son ignorados casi por entero y se los deja librados al azar.

*La Inmortalización del Alma se relaciona claramente con la REgeneración del cuerpo.* Es tan imperativo conocer y obedecer las leyes de Dios, que gobiernan el mundo físico, como seguir las leyes relativas a los reinos espirituales. ¿Cómo es posible construir un futuro esplendoroso sobre un presente en decadencia? ¿Una mente sucia y un cuerpo enfermo pueden procrear un Alma pura y radiante?

Cuando el niño es capaz de formular preguntas a sus padres relativas a su origen, tales indagaciones por lo común se eluden o responden con falsedades. La madre o el padre perturbado, irreflexivo, moralmente ignorante, atribuye el nacimiento a “la cigüeña”, al médico, a la farmacia o a alguna hada buena, y cambia rápidamente de tema.

---

<sup>5</sup> Es irrefutable que si el hombre vive correctamente aquí en la tierra, tendrá segura y apropiada morada después de morir, puesto que el futuro no es más ni menos que una continuación del presente.

¿Puede infligirse herida mayor a un Alma confiada que la de *engañar a un niño crédulo*? ¿No es espantoso considerar las falsías sin fundamento que sus padres ignorantes inculcan en la mente del niño en los albores mismos de su despertar intelectual? Después, cuando el niño toma conciencia de que se le engañó, ¿no pondrá en duda la veracidad de los padres en todo lo demás?

La degradación del sexo tiene su comienzo en este punto preciso. El niño pronto será lo bastante grande como para sospechar algo de la verdad y no es improbable que olvide la explicación formulada por sus padres. A través de compañeros igualmente ignorantes, pronto se informará, de la manera más degradante, de los aspectos desnudos y vulgares de los contactos físicos de los sexos y de los resultados esperados, y de ahí en más la mente immaculada se contamina con suciedad y sospecha, sin que jamás vuelva a restablecerse su pureza prístina ni su fe en sus padres y en su veracidad.

El niño saca naturalmente en conclusión que los padres estaban avergonzados del acto creador que le dio existencia. Guarda para sí el gran secreto. Su imaginación representa la intimidad de los seres humanos. El niño, antes de desarrollarse plenamente sus facultades de raciocinio, está convencido de que el método creador debe ser un acto impuro, impío y sucio, algo de que avergonzarse, velado con falsedades.

Este estado, indudablemente deplorable, no sería tan cabalmente desesperado, *si concluyese aquí*. Pero no concluye aquí. El pensamiento y deseo corrompidos apelan a lo más bajo de la naturaleza del niño, y nutren una planta de invernadero que es la apasionada inquisitividad en una edad en la que debería desconocerse el impulso sexual y en la que la mente debería estar todavía imbuida de relatos de hadas y casitas encantadas, de dioses y diosas de regiones feéricas.

El vicio secreto sigue rápidamente al quebrantamiento de la fe en los seres queridos y a la información obtenida a través de compañeros vulgares. La ignorancia de la ley no anula su efecto. La indiferencia respecto del deber y la ignorancia del efecto de largo alcance de las mentiras y de la evasión no torna menos responsables a los padres.

Las madres y los padres traicionan la confianza de sus hijos si permiten que éstos irruman en el mundo sin instrucción y, por tanto, sin preparación, para usar y controlar correctamente los poderes del sexo. El efecto es siempre resultado de una causa. Si los niños evolucionan como hombres y mujeres licenciosos, o se corrompen y degeneran, concluyendo al fin como desechos humanos, esto indica con seguridad que debió existir causa suficiente para que se produjesen tan lamentables resultados.

¡Qué pábulo para la reflexión ofrece esto a quienes llevan en el corazón el mejoramiento de la raza y captan el significado de las posibilidades de ésta a través de la enseñanza de la verdad, con lenguaje casto, a los hijos de los hombres!

La intuición de un niño es tan activa como la de sus mayores, si no más. Por eso capta rápidamente las falsedades. El despertar de la razón induce en el niño muchas preguntas que son sin duda embarazosas para los padres jóvenes.<sup>6</sup> Cada evasión sólo obstaculiza en el niño la búsqueda de ese conocimiento que es *inherentemente su derecho de nacimiento, pues tiene derecho a pedir* y a esperar confiadamente recibir sin reservas.

Intuitivamente, el niño siente cuando, en lugar de verdades, recibe falsedades en respuesta a sus preguntas. El niño es impotente para impedir que sus facultades de raciocinio no reconozcan que ha sido engañado deliberadamente; empero, no puede comprender por qué se le ofrece una mentira o una evasión cuando busca conocer. Instintivamente, el niño pide a los de su edad respuestas para las preguntas no contestadas, que permanecen activas en su mente. *¿Quién se hace responsable por dar piedras como alimento cuando se pide pan?*

Muchos padres se prometen que “cuando el niño sea mayor” tendrán con él una charla “íntima”. Aunque esa resolución se cumpla, se frustra el designio propuesto. Antes que el niño sea lo bastante grande como para hablar “razonablemente” con sus padres, los compañeros de escuela, o la gente mayor, ya habrán comenzado la demolición del templo de la pureza, y en su mente, que podría haberse mantenida inmaculada, se habrán sembrado las simientes del mal. Esto requiere sólo pocas insinuaciones o bajas sugerencias para producir agitación en la imaginación de un niño sensible.

Además, hoy como siempre, hay hombres de bajísima extracción, que seducen y engañan a jovencitos y jovencitas en procura de goce sensual. Como ejemplo, citamos un caso que llegó a nuestra consideración. Un niño al que se le contaron las falsedades acostumbradas, prohibiéndosele formular preguntas ulteriores, y cuya edad de siete años no le permitía captar la razón y origen de su creación y existencia, fue prácticamente obligado a la compañía de un hombre de más de sesenta años, introducido en la familia como huésped permanente.

Como la casa era chica, el niño compartía su lecho con el anciano, quien lenta pero seguramente, le enseñó toda clase de vicios con los que aquél satisfacía sus deseos degenerados. Ignorante del bien y del mal, el niño cayó presa de prácticas degradantes con el resultado de que, a los doce años, era un desecho físico, trayéndosele para que yo lo tratara. Me puso al tanto de toda esta sucia historia. Le hayamos plenamente desarrollado en lo sexual a los doce años de edad. Todo su sistema nervioso estaba destrozado; tenía visión defectuosa; era una ruina humana rumbo a una tumba prematura, a una edad en la que debería estar leyendo aventuras de vaqueros o de héroes.

---

<sup>6</sup> Es probable que los padres sean ignorantes, mas su deber moral y religioso —su obligación— es, al menos, prepararse tan plenamente como quien se propone dedicarse a la cría de hacienda superior. Con tal preparación, estarían listos para responder, al menos, todas las preguntas corrientes.

Los padres enmudecieron al enfrentar la verdad, aunque renuentes a confesar que eran los más culpables. “¡Qué lastimoso!”, se exclamará. Es cierto, *pero hay miles de miles de casos iguales a éste que se desarrollan continuamente, debido a negligencia o ignorancia de los padres*. Todas las formas del vicio “acechan por doquier” buscando jóvenes víctimas. Los padres no sólo dejan abiertas todas las avenidas, sino que *invitan a la catástrofe*.

Al referirnos al caso en discusión, puede ser interesante añadir que, luego de un prolongado período de reajuste, moral, mental y físico, este niño recuperó gradualmente su salud y se convirtió en respetable miembro de la sociedad, pero había desaparecido toda la fe en sus padres. Por una falta que no era suya, había perdido ese sentimiento de suave e íntima compañía, bondad y amor hacia la humanidad. Durante toda la vida, el yo interior de ese hombre llevará las feas cicatrices que le infligieran en su juventud como resultado de la negligencia paterna.

La denominada bondad innata de un niño no puede hacerse depender de protegerle de la influencia del vicio. Como raza, los seres humanos están impregnados de perversiones. Desde tiempo inmemorial, la misma atmósfera que rodea a la humanidad se saturó de imágenes-pensamientos de maldades sexuales.

Se trata de un caso excepcional cuando el niño, ininstruido aunque inocente, escapa de la contaminación general. Los niños son imaginativos e imitativos; poseen un deseo inherente de expandir sus vidas, de ganar experiencia y de obtener información.

Obsérvese cómo el niño corriente sonríe complacido en la escuela al adquirir algún conocimiento especial, o los detalles de algún acontecimiento desacostumbrado. Corre al hogar a contarle a la madre todo nuevo descubrimiento.

Esto es especialmente cierto si ese conocimiento o suceso se relaciona, de algún modo, con su propia sensación o goce particular. Si a este conocimiento supuesto se le añade la idea de lo secreto, la mente infantil se hechiza. ¿Hay entonces algo de qué maravillarse porque el sexo le hechice como una fuente misteriosa y secreta de placer?

Los pensamientos carnales y los hábitos destructivos del pasado se engendran en la naturaleza infantil de la generación actual. Los deseos sexuales son hambre —impulso biológico— del ser físico. Como la naturaleza física del hombre es suprema, lógicamente se desprende que estos *deseos, apetitos y anhelos* se hacen sentir en la mente del niño con el primer despertar de la consciencia sexual.

En vez de la bondad innata del niño y la niña que actúa como fuerza protectora, este apetito innato de la energía creadora lo impele a buscar modos y medios de goce personal sin pensar en el resultado que le acarreará a él o a los demás.

Si el niño llega a razonar, es de esta manera: *“Todos aquellos a quienes conozco realizan estas prácticas, aparentemente gozan con ello y aparentemente no se producen*

*malos efectos. ¿Por qué no voy a hacer lo mismo?*” Como resultado, el niño imita al resto de sus compañeros y recibe igual castigo: una degeneración gradual del cuerpo, de la mente y de la potencia superior del hombre a la que denominamos Alma.

¿Cuál es el remedio? Procúrese aprender la verdad relativa a todo lo sexual, y cuando los hijos empiecen a formular preguntas, sígase el instinto amoroso y dígaseles toda la verdad, revistiéndola con palabras tales como sólo puede disponerlo el amor materno. Aseméjese esto a la siguiente expresión formal:

“Tú puedes ver este gran mundo con muchos hombres, mujeres y niños, con verdes árboles, bellas flores, aves y animales. En el lejano más allá hay otro mundo al que los ojos del cuerpo no pueden ver. Para ayudarte mejor a entender qué son las Almas, las llamaremos niños que no tienen padre o madre, y que más bien semejan hadas. En su hogar no pueden tener pensamientos malos ni hacer nada malo; sólo pueden hacer las cosas que los niñitos deben hacer si aman a sus madres. En ese hogar, en lugar de madres, hay mujeres o ángeles buenos que vigilan constantemente a estas Almitas. A estas buenas mujeres las llamamos sus ángeles de la guarda. Estos llegan a la tierra con los niños que vienen aquí.

“Estas Almitas parecen tener todo lo que desean, pero no pueden saber de goce ni dolor. No pueden saber qué es amar a una madre, ni ser amado por ésta, porque no poseen cuerpo como el nuestro, con el cual sentir, reír o llorar, y correr cuando hay problemas.

“Ven que los niños de la tierra juegan bulliciosamente entre ellos o con animalitos que tropiezan en sus jardines floridos; ven a las madres que acarician y besan a sus bebés, cuando los llevan a dormir, escuchan sus plegarias y los arropan afectuosamente en sus camas.

“Estas Almitas del otro mundo se sienten entonces insatisfechas con su cielo. Quieren parecerse a los otros niñitos, aunque tropiecen, se enfermen, sufran y lloren; quieren tener cosas lindas para jugar, y cosas buenas para oír, con una madre que las ame y las bese. Este anhelo de los corazones de estas Almitas les abre gradualmente el camino para venir a esta tierra, para tener cuerpos como el tuyo y los de los demás niños, pero antes que puedan llegar aquí, deberá prepararse cuidadosamente un lugar para recibir las.

“Dentro de tu madre, Dios, que es el Padre del cielo al que pertenecen todas las hadas y Almas buenas, y de donde provinieron tu padre y tu madre, preparó un pequeño templo que deberá recibir a esas Almitas que desean venir a la tierra. En este templo pequeño dentro de tu madre, tu padre que la ama, y que anhelaba un niñito para amarlo, sembró una semillita que empezó gradualmente a crecer.

“Después de largo tiempo esta semilla dentro del templo de la madre comenzó a tomar la forma de un niñito. Luego, un día estuvo lista para abandonar el pequeño templo y salir, para ser como los demás niños.

“Mientras este niño crecía, tú, un Alma feérica de ese otro mundo, insatisfecha con su hogar de allí, anhelaba venir a la tierra. Tu ángel de la guarda estaba siempre contigo y cerca de ti, vigilando cuidadosamente para que nada te sucediese. Luego estuviste preparado para el largo viaje desde la tierra de las hadas hasta el hogar terrenal, donde el padre y la madre, y el niño del templo, se habían preparado para ti.

“Entonces un día, llegaron las alegres nuevas de que el niño y la casita en la que ibas a entrar, pronto estarían listos. Tu ángel de la guarda preparó todas las cosas que te pertenecían y que ya tenías y listas para el viaje cuando llegase la orden. Al fin llegó el día en el que el ángel de la guarda te dijo que te despidieras de todos tus compañeros y te aprestases a comenzar el viaje.

“Al viajar desde la tierra de las Almas y las Hadas, notaste rápidamente un cambio. Tu hogar anterior era cálido y no sentías dolor ni placer. Ahora te aproximabas a un lugar donde hacía frío y te pareció llorar. Pero tenías poco tiempo para pensar, o cambiar de parecer. Viste a tu madre que te pareció más grande de lo que esperabas. Esto casi te asustó, pero te fascinó lo que te rodeaba y te llamó la atención el ángel de la guarda que te dijo que te aprestaras a encontrarte con tu madre.

“Muy pronto se abrió la puerta del templo. Te pareció que tu madre sufría gran dolor. Luego observaste que del templo que Dios construyera en tu madre, salía un niño parecido a muchos de los que a menudo viste en brazos de otras madres mientras estaban todavía en la Tierra de las Hadas.

“Tu ángel de la guarda te dijo que te preparara porque éste era tu hogar, y que con el primer gimoteo de tu cuerpo te “dormirías”, y que al despertar te verías pesado y frío, y tendrías hambre, reclamando cálidos sentimientos que siempre conociste. De pronto perdiste la conciencia y te pareció dormir durante largo tiempo.

“Al despertar todo pareció oscuro y frío. Oíste tu llanto y no supiste qué hacer porque ya no te podías desplazar de un sitio a otro con un simple deseo, como antes. Llamaste a tu ángel de la guarda; pero aunque podías verle, parecía estar distante, sin poder ayudarte como antes lo hiciera.

“Pronto te asearon y vistieron, y te encontraste en brazos de tu madre. Aquí sentiste calidez, y gradualmente te hundiste en un pacífico sueño. Todavía podías ver a tu ángel de la guarda, pero como te supiste más de tu madre, pudiste ver menos a tu ángel de la guarda. Ahora no le ves más, aunque todavía vela por ti como lo hiciera en la lejana Tierra de las Hadas, y se sentiría muy herido si viese que haces cosas que desagraden a tu madre.

“De este modo llegan los bebés al mundo. Tu madre te lo contó pero no conviene que hables de ello a otros niños, pues no entenderían. Que esto sea una especie de secreto

entre tú y tu madre, y cuando otros niños deseen hablar contigo de estas cosas, diles que sólo el padre y la madre pueden entenderlas”.

Esta es la verdad como nos la enseña la filosofía sagrada, en un lenguaje que el niño puede captar. Con seguridad, puede revestirse de otras palabras, pero contiene la respuesta a la pregunta que se plantea con frecuencia: “Madre, ¿de dónde vine?” Si la interrogada tiene verdadero instinto maternal, amor maternal, no es preciso que vacile en narrar la historia a su hijo, sin tener en cuenta su edad. Si todas las madres respondiesen a sus hijos con honestidad, sin reservas, invitando a la confianza y a la formulación de otras preguntas, diciéndoles que no presten oídos a otras historias que transmiten los demás niños, se echarían los cimientos reales de una vida que no sabría de vergüenzas.

¿El esfuerzo es deseable y valioso? *¡Si, lo es!* Entonces, que los padres digan la verdad a sus hijos, y nada más que la verdad; y en una generación más habremos abolido gran parte de la ignorancia y degeneración hoy en día prevalecientes.

Rehusamos creer que el futuro seguirá produciendo los padres egoístas, de mente estrecha, ignorantes y mojigatos de la generación actual. Hay hombres y mujeres, ministros, maestros, escritores, médicos y abogados, que se consagraron a este movimiento de esclarecimiento sexual y exaltación de la función creadora. Estos hombres y mujeres que piensan están preparados para asumir el lugar y la responsabilidad de los padres. Ellos ayudan a salvar a muchos niños de la generación actual.

Debido al prejuicio de las masas, y hasta de muchas clases sociales, forzosamente se obstaculizará esta labor y se impedirá que muchos niños reciban la instrucción que mucho necesitan; mas la noche de la ignorancia se iluminará con comprensión, y de ese modo se ayudará a generaciones futuras. Si todos los que oscuramente perciben la luz hacen lo mejor de su parte, se expandirá la gran obra del mejoramiento racial, a través de la enseñanza de las verdades sobre el sexo. *Estamos en la alborada de un día mejor.*

## **LAS INSTRUCCIONES SEXUALES EN PÚBLICO**

*Aprende la sabiduría por la experiencia de los demás.*

“Aprende la sabiduría por la experiencia de los demás”. Este pasaje indica que no es necesario sufrir a través de nuestras propias experiencias si somos lo bastante sabios como para sacar provecho de los actos y errores del prójimo y de los resultados que sus esfuerzos producen. A través de esta práctica estamos capacitados para ganar sabiduría sin ser culpables de desaciertos similares.

En muchos aspectos de la vida comprendemos la ley de causa y efecto. De hecho, en muchísimos otros, que abarcan las más importantes actividades de la vida, ignoramos totalmente esta ley y ganamos el conocimiento sólo a través de amargas experiencias.

Esto es especialmente cierto respecto de todo lo que, en la práctica, concierne a la función creadora. En la cría de ganado, aves de corral y perros de raza, para no mencionar los cerdos, empleamos a los más renombrados expertos para que nos enseñen todos los detalles importantes sobre aparcamiento, alojamiento y alimentación. Implícitamente, seguimos todas las instrucciones de tales autoridades para evitar pérdidas, y porque creemos que su estudio y experimentos los califican como instructores.

En el aspecto infinitamente más importante de la vida humana —el cultivo del niño y el desarrollo de una raza superior— no sólo no contratamos expertos para que nos descubran el mejor alimento para la madre, el niño y el joven, sino que rehusamos escucharlos cuando se ofrecen gratis esos servicios. Hacemos todo lo posible para desanimarlos, desdeñando a todos cuantos se atreven a discutir la doctrina de que la función sexual es la puerta de entrada para el desarrollo de una raza superior.

A menudo nuestra demostración no concluye con desdén, sino que condenamos, apartamos, e incluso perseguimos y encarcelamos sin misericordia a quienes, por amor hacia la desamorada raza humana, se atreven a enseñar a la humanidad la verdad que concierne a ésta y a sus potencialidades creadoras.

¿Por qué procuramos aprender con tanta avidez todo lo que podemos sobre cuidado de animales, aparcamiento, alojamiento y alimentación apropiados, para asegurar el máximo grado de producción de pollos, cerdos, perros y vacunos, mientras condenamos rudamente a quienes pretenden enseñarnos la ciencia del desarrollo de la raza humana?

¿Esto obedece a que en realidad consideramos a las criaturas sub-humanas de mayor beneficio para Dios y el Universo que su más excelsa creación, que es el hombre? ¿O a que los poderes y funciones creadoras de la raza humana son menos puros que los de los animales a los que concedemos tan gran cuidado? Estos son planteos que no nos *animamos* a evadir más.

En nuestras escuelas públicas, hasta en algunos grados inferiores, instruimos al niño sobre los misterios de la vida vegetal —fertilización y cultivo— y creemos que esto es altamente deseable para el bienestar futuro del niño. (En realidad, el organismo creador de la planta de ningún modo difiere grandemente de la función animal creadora y productora.) Sigamos con esta línea de pensamiento: al enseñar horticultura, enseñamos plenamente la disección del organismo reproductor de la planta, explicando cómo tiene lugar la fecundación natural y artificial.

Fundamentalmente, hay poca diferencia entre la función creadora de la planta, del animal y del hombre. *¿Por qué no esbozar entonces una analogía entre los tres aspectos de la creación, con un lenguaje casto, para que el niño y el adulto comprendan rápidamente la belleza, la castidad, la pureza y la esencialidad del sexo?*

Este sería el método más simple, fácil y deseable de enseñar al niño, al padre y al público en general. El disertante, al dirigirse a grupos de personas, debe instruir a través de la analogía funcional de la planta, tan estrechamente parecida a la especie humana. Puede explicar plenamente a su audiencia el organismo reproductor de la planta, el método de fertilización, mostrando con claridad la semejanza entre la planta y el animal, el animal y el ser humano, y COMO SON EVITABLES LAS DEBILIDADES Y ENFERMEDADES, mientras PUEDEN DESTACARSE LOS RASGOS DESEABLES.

De esta manera, la mente concebirá la sabiduría de la naturaleza, inconsciente respecto de pensamientos y deseos morbosos, destructivos y carnales, que acostumbran despertarse cuando el sexo es tópico de una disertación, o cuando se discute en público problemas con el sexo.

¿Esto es tan difícil? Ni en su mínima expresión. Cualquiera puede conseguir libros de texto sobre cultivo de plantas. A través de un cuidadoso estudio de estos libros de texto, cualquiera puede familiarizarse presta y cabalmente con el problema. Súmese a esto una familiarización con la cría de animales, la higiene sexual, la eugenesia y la biología, y el individuo estará inteligentemente preparado para encarar el problema.

¿Por qué no se aprobó este método de procedimiento? ¿Por qué no se siguió este rumbo hoy en día? Porque durante tantos siglos al hombre se le enseñó a ignorar, aborrecer la cuestión sexual y todo lo que ésta representa. El aspecto más importante del problema jamás fue considerado y, mucho menos, discutido. Universalmente, el sexo fue tema de atención sólo al ponerse el sol, apagándose la luz para que “las tinieblas cubriesen toda la faz de la tierra”.

Por tanto, la primera necesidad consiste en llegar, a través de cuidadoso estudio, a una comprensión cabal del tema íntegro. El hombre debe aprender todo lo que pueda conocerse sobre el aspecto sublime y espiritual del sexo. Debe analizar con mente abierta todo lo que aprenda, y de ese modo hallar su aspecto deseable y constructivo, así como busca y encuentra belleza en una flor altamente evolucionada.

Al considerar esta cuestión importante, debemos evitar los extremos; debemos ignorar el lado oscuro —que procura deshonor, enfermedad, miseria, degradación y muerte— aunque reconociéndole lo que corresponde a sus posibilidades perjudiciales.

De modo parecido, debemos evitar religiosamente las discusiones en oportunidad o fuera de ésta, teniendo presente el mandato bíblico: “Hay tiempo y sazón para todas las cosas”. Debemos desanimar la discusión sobre la cuestión sexual en reuniones públicas de audiencias mixtas, a menos que se trate de una reunión convocada con esa finalidad expresa.

En el momento en que la humanidad despierta a la tremenda importancia de la higiene sexual, hay muchas oportunidades de inculcar la verdad, pero debemos ser extremadamente cuidadosos para hacer esto de una manera digna, como corresponde a hombres y mujeres verdaderamente esclarecidos. Jamás debemos hacer referencia a algo relativo al sexo de una manera grosera o que parezca vulgar, ni dar nuestra silenciosa aprobación a quienes pueden ser culpables, lesionando gravemente de ese modo la causa en pro del desarrollo de una raza superior.

Al intentar discutir este tema grande y vital ante la gente, ya se trate de una reunión de quienes desean convertirse en maestros, padres o niños que llegaron a la edad de comprender un tópico tan importante, debemos honrarlo con nuestra apariencia personal. La discusión debe ser digna, intrépida y honesta, para inculcar en las mentes de la audiencia la necesidad de las verdades que abarcan la Creación Divina y la gloria de la regeneración racial.

Si aquellos a quienes llevamos esta importante información no están plenamente informados, debemos empezar nuestras instrucciones por medio de la analogía; luego debemos seguir hasta lo subhumano y, gradualmente, desarrollar el misterio de la capacidad creadora y del organismo humano. Debemos ilustrar con lenguaje simple la finalidad y poder de cada órgano de la creación, designándolos con nombres comprensibles, que la audiencia entienda prestamente, pero muy alejados de las expresiones vulgares, familiares para todos los niños y niñas en edad escolar.

El máximo triunfo, en especial ante los jóvenes, depende de la apariencia del disertante, y de la manera con que se presente el tema. Si somos cabalmente versados en todo el problema, si estamos cómodos, libres de timidez, y *si creemos en todo lo que enseñamos*, entonces no será difícil inculcar en los jóvenes la creencia de que el sexo, en todas sus funciones, es sagrado y divino.

La fase más difícil de nuestra labor será demostrar al hombre, la mujer y el joven, que el sexo NO es la degradada *avenida de la pasión* que siempre se enseñó o creyó que era, una herencia de la que había que avergonzarse de corazón, sino el *don más excelso y santo* del hombre, *proveniente de un Dios Creador*.

Reconocidamente, el sexo tiene un lado oscuro, muy oscuro. La perversión del sexo produjo enfermedad y degradación a infinidad de personas. La exaltación de la misma fuerza potencial procurará salud, longevidad e Inmortalización. Igual que todas las fuerzas de la naturaleza, es dual en sus potencialidades y manifestaciones, dependiendo enteramente del método con que se lo ejercite. Queda sujeto a la *libre elección*, de los individuos que emplean este poder para una realización gloriosa, o una muerte degradante, con la posibilidad de una cabal destrucción de la misma Alma.

¿Cuántos pensarían en usar una oración para maldecir a otra persona? Aunque hay muchos hombres que perdieron todo respeto por la religión y niegan creer en Dios, pocos de ellos podrían ser inducidos a recitar una plegaria con el fin de invocar una maldición sobre otra persona. ¿Por qué? Porque durante toda su vida se les enseñó que la oración tiene una sola finalidad: pedir un favor a Dios o solicitar una bendición para otra persona.

La plegaria tiene un solo significado, aceptado universalmente; y este significado es para bien. De hecho, la plegaria o la impetración pueden recitarse prestamente para invocar una maldición sobre otro, igual que una bendición; pero, por fortuna, a la raza sólo se le enseñó su finalidad superior.

Con la función procreadora sucede lo mismo que con la oración. Una vez que hagamos comprender a la humanidad que el sexo es una bendición y no una maldición; una cosa bella y no una abominación; si podemos instilar una comprensión plena de que el sexo es como una plegaria, puro en sí mismo, santo en todas sus funciones naturales, y sólo para bien, entonces la humanidad concebirá que el sexo es una luz enteramente diferente. Hasta ahora, la execrable idea del sexo fue la única presentada a la humanidad, mientras la idea buena fue ignorada y hasta negada su existencia.

En años recientes, los hombres generalizaron sobre la eficiencia en los negocios, sosteniendo que lo que se acostumbra llamar “magnetismo personal” es la base de la fuerza y del poder subyacente en la lucidez mental y la viveza necesarias para triunfar en cualquier línea de esfuerzo. Sólo pocos de estos “predicadores de un evangelio constructivo” son realmente conscientes de que este denominado “magnetismo personal” no es más ni menos que una subyacente capacidad sexual; que cuando más se desarrolla, controla y dirige sabiamente ésta, mayor es el poder, la fuerza, la energía, la viveza y la lucidez que se posee.

En realidad, la base de la realización en cualquier línea de esfuerzo, es la fuerza *viril*; la virilidad es el resultado de la capacidad creadora. Cuando disminuye el poder sexual, lo mismo ocurre con el poder creador, disminuyendo el “magnetismo personal”. En el sentido con que se la utiliza aquí, la frase “magnetismo personal” se refiere a la capacidad de realizar, de triunfar, donde los demás fracasan.

Con la mujer ocurre lo mismo que con el hombre. En ella, esta fuerza se manifiesta con el fuego de sus ojos, la frescura de su piel, el esplendor de su cabellera, la vivacidad de su naturaleza, el encanto de su sonrisa. Hablamos de ella como “llena de vida”, pero pocos entienden que todas estas cualidades atractivas se basan real y fundamentalmente en una naturaleza sexual sana, en un organismo que funciona normalmente.

¿Quién puede observar algo anormal en ese hombre o esa mujer? Por el contrario, ¿no hablamos de ellos como si fuesen perfectos, como si fuesen ejemplos que todos bien harían en emular? Ni por un momento asociamos su personalidad con la salud y naturalidad de las funciones creadoras, aunque como hecho irrefutable, todo lo deseable en su ser íntegro se basa absolutamente en la potencia creadora, desarrollada natural, normal, sana y plenamente.

Al tener el conocimiento de estos principios, nuestro deber sagrado consiste en enseñar la verdad a todos los miembros de cada audiencia ante la que tengamos el privilegio de presentarnos. Debemos probar a nuestros oyentes, hasta el máximo de nuestra capacidad, que estas cualidades deseables en el hombre dependen de una naturaleza sexual sana y plenamente desarrollada.

No debe abusarse del sexo; caso contrario, el castigo es tremendo. Si podemos inducir a hombres y mujeres, padres y madres, niños y niñas, a comprender esta gran verdad, y demostrarles que el sexo sublimado es el cimiento de una verdadera vida, y del verdadero poder de atracción, entonces habremos eliminado de sus mentes ese aspecto tenebroso y siniestro que mantuvo al hombre en cautiverio durante tantos siglos.

Quienes abusaron de los privilegios creadores que les concediera el Creador, miran la función sexual con vergüenza. Estos son los individuos que siempre denuncian a viva voz todas las instrucciones concernientes al sexo. “Para los puros de corazón todas las cosas son puras”, pero ellos emplearon malamente sus privilegios sagrados y el “velo de la pureza” cayó de sus ojos. Igual que Paulo antes de convertirse, “ven oscuramente con sus ojos”.

El individuo que emplea sus funciones creadoras con fines innobles envenena la Fuente de la Vida y crea una mente enferma, una imaginación pervertida y un aspecto tenebroso de la cuestión. La alegoría bíblica del episodio del Jardín del Edén ilustra con claridad que el mal empleo del sexo acarrea vergüenza. Mientras Eva amó la vida natural, no vio nada impuro ni de qué avergonzarse en su desnudez.

Para ella y para su compañero Adán, sus cuerpos eran puros, santos, creados por Dios en la más excelsa perfección; pero en el instante en que abusaron de su naturaleza creadora, por consentir la satisfacción de la pasión, sin deseo de generación ni regeneración, y con el esfuerzo de *impedir la consecuencia natural del acto*<sup>7</sup> sus mentes fueron asal-

---

<sup>7</sup> Quienes buscan honesta y sinceramente la verdad, deben obtener una buena Concordancia de la Biblia, confrontando todas las referencias del Libro sobre la “semilla”. No sólo se asombrarán sino que también se iluminarán grandemente.

tadas por una sensación de vergüenza, y su desnudez se convirtió en “desnudez que debía ocultarse”.

En esta sola historia que ilustra el resultado subsiguiente al abuso del poder creador, podemos hallar material para mil sermones. Esto demuestra concluyentemente que no son los puros de corazón ni los de mente limpia quienes condenan a la verdadera ciencia sexual, sino los que, a través de relaciones inmorales, descubrieron su propia desnudez.

A la luz de su propia “desnudez” ven a todos los demás; están contaminados y manchados ante la vista de Dios, su Creador, quien, al convocarlos, vio que “todo era bueno”. ¿Cómo responderán cuando su Dios les pregunte: “¿Qué has hecho con los talentos (la capacidad creadora) que te he dado?”

El sexo se parece a una buena medicina que, correctamente empleada, induce la salud, pero usada equivocadamente produce enfermedad, miseria y muerte. La función creadora es, en sí misma, pura y santa. Cuando el sexo es utilizado correctamente, es medio generativo al igual que REgenerativo; es una reconstrucción de todo el ser. Cuando se abusa del sexo, semeja veneno para las facultades mentales; entenebrece la imaginación; induce morbosidad; oscurece la facultad imaginativa de la mente; acarrea pesar y miseria; y culmina con la muerte, si no con la extinción total. No ha de condenarse el poder sino el mal uso, vil y carnal, que de él se haga.

Es fácil ilustrar la potencia de esta fuerza para bien o para mal. El joven que vive una vida natural está lleno de vitalidad y fuerza vital, llámese a esto “magnetismo personal” o como se quiera. Atrae rápidamente a la gente. Retiene fácilmente a sus amigos y realiza lo que parece imposible a los demás. Supera a cientos de seres que, en el trayecto, tienen aparentemente más talento. Realiza su labor simple, natural e inconscientemente. Parece como si los dioses y el destino le sonriesen continuamente.

A través de alguna asociación imprudente este mismo joven contrae hábitos destructivos de su bienestar. Emplea mal las funciones creadoras; drena su vitalidad a través de ejercicios que le procuran goce. Gradualmente se desvanece el fuego de sus ojos, pierde su atractivo, sus amigos piensan que cambió y que dejó de ser magnético. La labor cumplida anteriormente con facilidad, se torna trabajo pesado; su apariencia juvenil cede el lugar a una apariencia senil. ¿A qué obedece este gran cambio? A que degradó su “herencia”, agotó las “baterías de reserva” de la vida y cosechó los resultados de su desobediencia.

Esta es una de las lecciones más enfáticas que indica lo deseable de un poderoso desarrollo de la naturaleza sexual, y cuán importante es que este valiosísimo bien sea usado correctamente sólo con fines creadores y re-creadores; jamás para satisfacción del deseo únicamente. Sólo la pasión es innoble; su resultado es debilidad y enfermedad; su culminación, la muerte.

He aquí la cuestión más importante de todas. ¿QUIÉN ha de enseñar sobre el sexo a jóvenes y ancianos? El primer pensamiento sugiere: “las escuelas e instituciones públicas

de enseñanza superior”, pero tenemos plena conciencia que son demasiadas las infectadas de comunistas y compañeros de ruta, que no creen en Dios e impiden por todos los medios a su alcance que se crea en Él.

Para estas personas, por tanto, nada es sagrado. Para ellas, ciertamente, el sexo no es espiritual en sentido alguno. Con seguridad, no son medio apropiado para esta finalidad. Es cierto que son capaces de enseñar biología, basándola en la Ciencia Natural, pero no pueden ir más allá.

¿Dónde debemos buscar entonces los seres aptos para esta labor grande e importante?

El campo se estrecha hasta los hombres consagrados a Dios, los que creen verdaderamente en la “Palabra de Dios” en todos sus aspectos y reconocen a la Ley Divina como sagrada. Lamentablemente, muchos de estos se apartan de las Sagradas enseñanzas de la Biblia como si se tratase de una serpiente de cascabel. No se animaron a bucear en las enseñanzas de la Biblia sobre el sexo. Pocos conocen la diferencia entre el uso “santo” y el uso “profano” de la “semilla” plantada por Dios en el hombre. Hasta que estudien las enseñanzas de la Biblia sobre el sexo, carecerán de toda comprensión respecto del “Gran Pecado”. Saben poco o nada de REgeneración, o de cambiar la “mortalidad” del hombre en “Inmortalidad”.

Lo sagrado del sexo, por ende el correcto uso del sexo, la Santidad del sexo y la Espiritualidad del sexo, sólo pueden ser enseñados con seguridad por hombres ordenados por Dios, deseosos de afrontar los hechos, de decir la verdad y enseñar la verdad a la humanidad sin vacilación.

Que las escuelas e instituciones públicas de enseñanza superior enseñen biología y la mecánica del sexo, mientras los Sacerdotes de Dios enseñan la ciencia espiritual, REgenerativa del SEXO. Sólo de esta manera la humanidad en general puede familiarizarse plenamente con los verdaderos *misterios de la vida*.

## **EL PERÍODO PELIGROSO DE LA VIDA LA PUBERTAD**

La pubertad es el período de la vida de una niña en el que su organismo procreativo alcanzó el desarrollo necesario para funcionar según los designios de la Naturaleza para que conciba un nuevo ser. Sin duda, la Naturaleza pretendió en primer lugar que, al llegar a esta etapa, la niña haya llegado al pleno crecimiento corporal, estando preparada para cumplir todo su deber como miembro de la familia humana.

De modo parecido, este es el período de su vida —y *esto es importantísimo*— en el que los padres dejan de ser responsables ante Dios de la acción de esa niña, que deberá asumir plena responsabilidad de sus pensamientos, deseos y actos.

Lamentablemente, en demasiados casos, las leyes que gobiernan el desarrollo corporal no marchan a la par con las que dan vida y actividad a las funciones creadoras, y en esta época es posible que casi cualquier niña conciba tres o cinco años antes que se desarrolle plenamente su estructura física.

Debido a esta anomalía, el cuerpo físico es el de una niña que debería contentarse con sus muñecas o con la compañía de otros niños y niñas, mientras la mente y los deseos corresponden a los de una mujer plenamente desarrollada.

Cuando una niña llegó a esta etapa de la vida, hallamos difícil mantenerla inocente en cuanto a sus pensamientos y libre de actos que podrían ser totalmente perjudiciales en la vida posterior. A este respecto, el período de la pubertad es peligrosísimo. La madre o tutora deberá ejercitar todo su cuidado para evitar cualquier mal paso que descarríe a la niña y arruine sus posibilidades de felicidad.

Pocos meses antes de empezar la pubertad, tenemos una niña totalmente despreocupada y feliz, sin que la perturbe sentimiento alguno de timidez en compañía de niños. Participa de sus juegos y deportes con despreocupado abandono, sin llegar a reconocer, posiblemente, al menos en el plano consciente, que hay una diferencia entre los sexos. Luego, casi imperceptiblemente, tiene lugar un cambio. Se halla en proceso una transformación de todo su ser. Cambia su actitud mental, con asombrosa rapidez, y pasa de niña semi-varoncito a mujer, y aquí está el peligro: se debate entre los sentimientos de la niña semi-varoncito y los correspondientes a la mujer que despierta.

Con el despertar de la actividad sexual (impulso biológico y anhelo de afecto), la vida parece totalmente diferente de lo que suponía poco tiempo atrás; el azoramiento y una dolorosa timidez ocupan el lugar de la actividad instintiva anterior.

La niña puede compararse con el joven desmañado, que sabe que es correcto entrar en una habitación llena de gente, pero es incapaz de actuar apropiadamente; cuando más se esfuerza por parecer dueño de sí, con confianza en sí mismo, es más probable que actúe torpe y desgarbadamente. La niña tiene plena conciencia de que su anterior asociación indiscriminada y despreocupada con los del sexo opuesto no puede continuar, pero no está informada sobre lo que conviene hacer y cómo manejarse.

Mucho antes de este período de la vida de la niña, la madre avisada habrá informado a su hija sobre lo que le aguarda, cuándo y de qué manera se producirá y qué deberá hacer para afrontar la situación. Feliz y afortunada la madre que no dejó de asistir a su hija ni permitió que obtuviese esa información de compañeros o personas mayores, desconocedores de los hechos verdaderos, pues a esa engañosa información puede achacársele gran parte de la aflicción y miseria responsables del sufrimiento de tantas mujeres.

El efecto paralizante que este fenómeno inesperado tiene sobre su mente le impide pensar con claridad. En su ignorancia, supone que su experiencia es única y que, aunque confiase en sus padres, y les hablase de su estado, éstos probablemente la entenderían mal, la juzgarían mal. Librada a sus propios recursos, razona por la experiencia pasada; recuerda que siempre que había efusión de sangre por cualquier razón, lo primero que había que buscar era una tela y agua fría. Se provee del agua fría, se la aplica hasta que cesa el flujo, y en este hecho preciso está la base de la enfermedad futura.

Si se la hubiese instruido sobre anatomía, fisiología y funciones naturales del organismo creador, y se le hubiese dicho que, en cierto período de su vida, los ovarios preparan el óvulo o huevo humano; que antes del pasaje de este óvulo desde el ovario descargándose en el útero a través de los conductos de Falopio, donde el óvulo puede fecundarse y convertirse en ser humano, hay un flujo de mucosidad y sangre que prepara el pasaje; que esta sangre se descargará desde la vagina... si hubiese sido informada plenamente para que esperase esto en un tiempo u otro, habría estado preparada para este período de su vida, “oscuro” aunque completamente natural.

Además, casi cualquier madre puede prever este acontecimiento por ciertos “signos” casi inconfundibles que se manifiestan en la conducta de su hija; acciones todas claramente indicativas de lo que se ha de esperar. Los síntomas que se manifiestan más a menudo son las diversas peculiaridades mentales, puesto que el fundamento fisiológico de la menstruación reposa en el sistema nervioso. Esto afecta a todo el sistema nervioso y se refleja en las reacciones mentales a través de una actividad irregular. Con frecuencia el apetito se torna irregular, o como ocurre con frecuencia, se ansían ciertas comidas que no propenden claramente a la salud ni al bienestar. A menudo hay gran languidez, dolor de espaldas, dolor en

diversas partes del cuerpo, escalofríos, cefalea, morbosidad, alteración de la conducta e irritabilidad.

Cuando esos síntomas son evidentes en la niña de diez a catorce años de edad, la madre debe estar preparada con sus toallitas y elementos sanitarios, y deberá informar bondadosamente a la hija que, al primer síntoma fuera de lo común, ella acudirá para que la niña esté preparada para el máximo acontecimiento de su vida: el paso de la niñez a la femineidad, de la inocencia a la responsabilidad.

Finalmente, cuando aparecen los síntomas esperados, la niña debe ser inducida a retirarse a su habitación y recostarse. Deberá prescribirse los remedios comunes, según los síntomas que se manifiesten. Si hay escalofríos y fiebre ligera, se administrará tes hasta que los síntomas desaparezcan y el flujo sea normal, después de lo cual se le permitirá estar quieta durante varios días.

*Si se prevé el inicio del flujo menstrual de la niña, se la prepara apropiadamente y se la cuida correctamente, se habrá eliminado la causa de futuros problemas.* Una vez establecidas naturalmente las menstruaciones, éstas pasan a ser una función normal del organismo femenino y raras veces son causa de trastornos.

¡Cuán vastamente diferente de la acostumbrada cadena de acontecimientos! Tenemos presente un caso que ilustrará esto con claridad. Una familia de cuatro niños y dos niñas; la madre, una norteamericana corriente, a la que nada se le había enseñado durante su niñez y cuyo único conocimiento era su propia experiencia, dando por sentado que como ella había tenido que aprender “por las malas”, lo mismo debía ocurrir con sus hijas.

La mayor de éstas, a la edad de trece años, mientras jugaba con sus hermanos y varios niños vecinos, advirtió de repente que lo que le ocurría no era lo habitual en ella. En lo referente a su bienestar físico no le pareció nada inusual, según expresó, pero “me pareció que fluía algo caliente”.

Casi inconscientemente puso su mano en la entrada de la vagina, y al retirarla, la descubrió cubierta de sangre. Naturalmente, quedó confundida, sin saber qué hacer. En este dilema, se volvió hacia sus compañeros que eran tan ignorantes, y felizmente, tan inocentes como ella. La conclusión correspondiente a que se llegó con la consulta fue que lo mejor era proveerse de vendas y agua fría; eso, con seguridad, no era más que una hemorragia nasal con la que estaban familiarizados.

Obtuvo venda y agua fría, aplicándoselas, con el resultado de que cesó el flujo y tuvo frío, ya que la niña transpiraba mucho debido al ejercicio. Cuando llegó el tiempo del siguiente flujo periódico, no hubo señales de éste sino un enfriamiento e hinchazón de sus miembros. Fue consultado un médico. Sospechó algo fuera de lo corriente; interrogó a la niña hasta que le informó sobre lo ocurrido anteriormente. Durante muchos años después la niña sufrió mucho en ocasión de cada período, todo debido a la omisión de la madre al no

instruirla apropiadamente. Si la madre era ignorante, entonces debía haber llevado a la niña al médico de la familia para que la instruyese apropiadamente.

Hechos de esta naturaleza son casi universales, lo cual en verdad no habla bien de nuestro iluminado siglo XX ni de nuestra presuntuosidad de estar inteligentemente informados sobre todas las cuestiones importantes. Claramente, no nos honra vernos obligados a admitir que más de nueve décimas partes de nuestras niñas llegan a la pubertad sin el mínimo conocimiento sobre los fenómenos de la vida que surge ante ellas.

Tampoco honra a la maternidad que las niñas, debido a su ignorancia, intenten ocultar, por miedo a acusaciones injustas, lo que toda niña debería considerar con tan gran orgullo como el joven cuando estrena sus primeros pantalones largos: emblema de la femineidad por parte de ella, símbolo de la masculinidad por parte de él.

No todas las madres se basan en la ignorancia. Tenemos presente una madre de la época esclarecida; una madre bendecida con hijas que la honran. No es la mera máquina humana que prepara la comida de aquéllas y se ocupa de sus ropas; es también su compañera. Así como estas niñas acuden a su madre con sus estudios, de igual modo se dirigen a ella con sus confesiones, sus problemas y sus interrogantes.

Si Fulano de Tal hace gala de conocimiento mundano y expresa alguna observación que no entienden, ellas acuden a su madre para que les dé su interpretación. Esta madre, en vez de mostrar timidez y decirles que se avergüenza de repetir “tal observación”, les dice precisamente lo que aquél quiso significar y luego procede a darles una explicación completa de ello con un lenguaje casto y puro.

Estas niñas jamás piden que un compañero les explique una observación que ellas no entienden. Aguardan hasta la tarde y acuden a su madre, quien, como será universal en el buen futuro venidero, es también su profesora.

Estas niñas fueron instruidas en biología, anatomía y fisiología. Comprenden los misterios de la creación y están informadas del acontecimiento futuro cuando digan adiós a la niñez y entren en la doncellez.

Una de las niñas, que se quejaba de flujos y vértigos, fue llevada rápidamente a su casa, desde la escuela, para que descansase. Tan pronto informó a su madre sobre la aparición de la menstruación, se le enseñó cómo aplicar las toallas higiénicas, cómo cambiarlas, y el método correcto de higienizarse localmente con agua caliente, levándose con esponja y agua tibia todo el cuerpo una vez por día.

Al día siguiente, en vez de ser enviada a la escuela, se le permitió quedarse en casa y descansar, para librar de esa manera al sistema mental y nervioso de la tensión siempre resultante del estudio forzado durante este tiempo molesto.

Esta madre sabia y conocedora jamás permite que sus hijas concurren a la escuela durante estos períodos; les dice que reposen, jueguen, oigan música y se diviertan en general.

¿Cuál es el resultado? El desarrollo de estas niñas es de lo mejor; no hay irritabilidad nerviosa; no hay acciones irracionales; no hay morbosidad; están felices y despreocupadas, y raras veces son conscientes del período, aparte de la necesidad de cambiar las toallas higiénicas y de mantener al cuerpo libre de olores indeseables. He aquí, brevemente, los frutos de una guía apropiada de parte de una madre normal y esclarecida del siglo XX.

El sistema educativo actual es fundamentalmente equivocado y destructivo en su tendencia. Es diametralmente contrario a las leyes que gobiernan a la niñez normal de ambos sexos, leyes que todos los médicos y educadores deben entender bien:

*Primero:* Los niños son extremadamente activos durante la adolescencia, y para desarrollarse normalmente, deben estar ocupados con ejercicios, recreaciones y estudios, de modo que, hacia la hora de irse a dormir, estén lo suficientemente cansados como para conciliar rápidamente el sueño. Esta rutina será un preventivo contra los hábitos indeseables, o al menos los modificará, reduciendo la posibilidad de que se conviertan en una amenaza para la niñez y en causa de debilidad en un lapso posterior de la vida.

*Segundo:* Puesto que la base fisiológica de la menstruación surge del sistema nervioso, es necesario, Si ha de considerarse el bienestar de la niña, que se tenga en cuenta un método de procedimiento directamente contrario. En vez de impulsarla a la actividad y a un estudio intenso, como debemos hacer con los niños, es esencial permitirles, lo más posible, que descansen por completo durante los cuatro o cinco días del período, sin animarnos a incitarla a una actividad mental difícil antes ni después del período mensual.

Nuestro sistema actual consiste en considerar a niños y niñas durante la adolescencia y la pubertad como si fuesen exactamente iguales en sus naturalezas, deseos, tendencias, capacidades mentales y resistencia física cuando, como se dijo antes, son directamente opuestos. El trato que se les acuerda deberá ser diametralmente diferente si se desean buenos resultados.

Esto no puede contradecirse con buen éxito. En nombre de la razón y del sentido común, ¿cómo podemos esperar una femineidad sana y una maternidad normal si acordamos a las niñas que están en la escuela el trato que sólo debemos prescribir para los niños, un tratamiento que con demasiada frecuencia destroza el sistema nervioso, debilita la mentalidad y demuele la fuerza moral?

En la época de transición de la niñez a la femineidad tienen lugar otros cambios radicales. En vez de continuar con su compañía de varoncitos, como antes, abrazándolos y besándolos, y tomando parte en todos sus juegos, la niña normal se recoge dentro de sí, se torna tímida, deja de ser la compañera de juegos buenita y feliz.

Los niños, incapaces de comprender este cambio en su actitud, se inclinan a ridiculizarla, la convierten en blanco de sus bromas y burlas; la irritan y crean en ella una sensibilidad anormal, que la lleva posiblemente a sentirse herida de modo permanente; todo esto

podría evitarse si se instruyese apropiadamente a la niña, diciéndosele lo que le aguarda y cómo deberá afrontar la situación.

En esta coyuntura también su imaginación empieza a desarrollarse, a medida que se afirma la naturaleza creadora. Toma conciencia de extraños deseos dentro de sí. Como todavía no comprende el amor, intuitivamente posee un conocimiento de que existe algo indefinible que le dará placer y un sentimiento de satisfacción; *es el anhelo femenino de ser poseído*. Este sentimiento se intensifica en presencia de una compañía masculina a la que respeta. Ya sea que se dé cuenta o no, ahora se acerca al borde de un período peligroso de su vida, y a menos que esté plenamente preparada, es proclive a cometer graves errores que afecten su vida entera.

Como ejemplo, si está en compañía de un joven o un hombre que le gusta, y que tal vez no sea cabalmente honorable, fácilmente pueden ser despertados sus deseos hacia lo que para ella es todavía un misterio. Estos deseos pueden tornarse tan fuertes como para acceder a los deseos de su compañero y, como resultado de su indiscreción, engrosar las filas de la maternidad involuntaria, inconsciente e infeliz, aunque totalmente inocente en cuanto a pensamientos o intenciones. Si sucediera esto, la sociedad la desechará y condenará, cuando en verdad ella es tan inocente ante Dios como el día en que nació. Sólo son culpables quienes tienen el deber de instruirla, prepararla y guiarla.

Además de instruir a nuestras niñas en sexología, debemos ilustrarlas, al mismo tiempo, sobre los muchos y variados cambios que tendrán lugar en su ser más recóndito y cómo afrontar y vencer con entereza cualquier tendencia cuestionable mediante ocupación, ejercicio, juegos, relación social, música y entretenimiento constantes, libres de sugestiones morbosas o inmorales, etc. Si las instruyéramos en todos estos detalles, al igual que sobre cómo evitar que las pasiones se desfoguen sin control, nuestro deber estará bien cumplido y poco será lo que debemos temer por su seguridad.

He aquí algunas recomendaciones prácticas. En demasiados casos, la tuberculosis, la anemia o la clorosis y otras graves dolencias, se desarrollan en la niña que se aproxima o ingresa en la adolescencia. Tan pronto aparezca cualquier síntoma de debilidad o enfermedad, deberá consultarse a un médico de confianza. En muchos casos se prescribe tratamiento endocrino. Si se reconoce esto, adoptándose las medidas apropiadas, mucho podrá hacerse para evitar una vida de debilidad, enfermedad y miseria.

**EL MATRIMONIO**  
**LA NOCHE DE BODAS**

“*Quien empieza violando a su esposa, está perdido*”.

—*Proverbio Árabe*

Sin duda, la gran mayoría de los hombres que hicieron esto mismo en su noche de bodas, y como resultado de este trágico comienzo, jamás pudieron reconquistar nuevamente el respeto y el afecto que sus esposas les tenían como novias.

Las mujeres, con ciertas excepciones, están constituidas peculiarmente por su Creador. Poco importa en cuán gran medida la mujer ame, cuán hondo sea su anhelo de ser poseído, ni cuán dispuesta, e incluso ansiosa, esté de entregarse al abrazo; no obstante, ella espera que su pretendiente le ruegue para prodigarle su favor; *espera secretamente que él no cederá hasta someterla con caricias*.

Este instinto, anhelo o deseo, llámeselo como se quiera, *nace en el corazón de toda mujer real, deseable y femenina*. Bien podrían todos los hombres convertir esta verdad grande y vital en parte del credo de su amada. Si el hombre es verdaderamente *hombre*, como espera que la mujer sea una *mujer*, y si tan sólo la entiende parcialmente —¿qué más puede hacer el hombre?— desempeñará su papel de amante comportándose caballerescamente y con paciencia.

El hombre pensará para su coeto que ella tiene derecho a esta pequeña consideración de su parte si su deseo merece ser aceptado, y al cumplir con su papel, es seguro que comprender el íntimo deseo de la naturaleza de la mujer reportará muchos goces y bendiciones.

Los pesares y la infelicidad generalizados en las vidas de la vasta mayoría de parejas casadas pueden remontarse al *modo* con que se intimó la noche de bodas. No interesa si la intimación equivocada se debió a ignorancia o falta de condiciones viriles.

Hablando en general, el hombre corriente sólo tiene una idea que predomina en él: obtener el privilegio que cree pertenecerle. Jamás presta atención a por *qué* le pertenece este privilegio.

Desconoce totalmente los deberes que sobre él recaen con la concesión de los favores que busca o espera. Imagina neciamente —si es que piensa en algo— que todo su deber quedó cumplido con el hecho de que la mujer de su elección consintió en ser su esposa; que la desposó y le proporcionó un hogar junto con las necesidades de la vida.

A cambio de todo esto, piensa que ella, de allí en más, está obligada a encargarse de su hogar, acceder a sus pedidos cuando se lo solicite, y dar a luz y cuidar a sus hijos cuando éstos son resultado accidental de sus abrazos.

Con demasiada frecuencia la mujer está igualmente en falta, al esperar un hogar, los bienes que tornan deseable la vida, con poquísima abnegación de su parte, pero con mucho amor y afecto, en retorno o a cambio del mínimo esfuerzo posible de parte de ella.

Contraídos a esas falsas ideas relativas a sus respectivos deberes y privilegios, el hombre y la mujer corrientes se casan, ingresan en la alcoba nupcial y salen por la mañana, muchísimo más sabios aunque muchísimo más tristes por su experiencia de unas pocas y breves horas; sobreviene un sentimiento de fastidio mutuo, con amor que se enfría de parte de ella, e insatisfacción respecto de la mujer, de parte de él.

Como ejemplo, citamos un caso del que pudimos contar con todos los hechos:

El joven que consideramos tenía a la mujer como la reina del cielo; no creía que mujer alguna vendiese su cuerpo, y tenía idea que todas las mujeres eran muy mal interpretadas; por supuesto, en esta última suposición estaba más o menos en lo cierto. Este joven algo sabía de leyes sexuales, aunque ignoraba totalmente la sabiduría que convierte al hombre en un amante acertado. “Se enamoró” de una joven de casi su misma edad, y creyendo que su emoción era plenamente recíproca, la desposó.

Entraron en la alcoba nupcial, y como todos los de su estilo —naturalmente— la solicitó, la acarició y la halagó para obtener el privilegio de consumir el rito matrimonial. Por más que hizo, la dama se rehusó, apartándose de él. Se limitó a informarle que si ella se hubiese casado con un joven de su conocimiento (un novio anterior), creía que éste la habría amado sin formularle tal pedido.

Los ideales del esposo respecto de las mujeres, el amor, el matrimonio y la procreación y nacimiento de los hijos eran muy elevados. Jamás habría pensado en casarse teniendo la mínima duda sobre el amor de su mujer.

Por eso es fácil describir el efecto que esa declaración tuvo sobre él. Sintió que se le enfriaba la raíz misma del Alma, y el amor que anteriormente experimentara hacia quien ahora era su esposa sufrió una sacudida de la que nunca se recuperó por completo. El recuerdo de lo sucedido quedó allí para asediarlo y amagar como un fantasma cuando tiempo después se propuso reiterar su pedido.

Esta experiencia es un mero ejemplo de innumerables casos, con pequeñas variantes en uno u otro sentido, que ocurren diariamente en todo el mundo. Principalmente, tales casos se suscitan como resultado directo de las erróneas instrucciones que las niñas reciben de

sus madres. Muchas de éstas son frías por naturaleza, concebidas a su vez por madres de corazón frío y amargado, lo bastante ignorantes como para instruir a sus hijas en el engaño de que entre el hombre y la mujer el amor puede existir con independencia del sexo o de su consumación. Este es el engaño más peligroso bajo el cual deberá actuar la niña. Carece totalmente de verdad y muy seguramente llegará a destruir su felicidad si intenta gobernar sus acciones con esa norma.

La niña debe ser instruida minuciosamente en cuanto a sus deberes y derechos antes de ligarse en matrimonio. Debe ser informada claramente de que la pasión no es amor; de que aquélla no puede existir sin amor, y que cuando se la satisface, desaparece en el hombre cualquier deseo de verse acompañado por quien le sirvió de víctima para satisfacerse.

Pero lo que es de mayor importancia para la niña y su felicidad, es comprender que, si bien hay amor sin pasión entre los ángeles, y una semejanza de emoción divina en los débiles y los impotentes, sin embargo, sin pasión no puede existir ese éxtasis en los corazones de los hombres y mujeres *reales*.

La Naturaleza consideró apto que el amor conyugal se acompañe de pasión; que haya deseo de posesión de parte del hombre, y anhelo de ser poseída de parte de la mujer, asegurando de ese modo la propagación de la especie.

También debe enseñarse a la niña que cuando el hombre la ama, halaga y acaricia, el deber y el amor que le guarda hace que le corresponda condescender a sus pedidos *razonables*.

Toda mujer, antes de casarse, debe ser instruida plenamente sobre las consecuencias del rito. Básicamente, éste es una expresión del amor, que tiene como consumación la generación o la REgeneración. Bajo estas condiciones, la complacencia y el goce son necesarios para su bienestar. Deberá inculcársele el hecho importantísimo de que el abrazo jamás habrá de encararse por mera satisfacción de la pasión.

El amor debe ser, en primer lugar, el incentivo; después, se grabará firmemente en la mente algún gran deseo, como salud, felicidad y longevidad. De igual modo deberá ser informada sobre la posibilidad de dolor que habrá de soportar durante el primero, o los primeros abrazos maritales. Se trata del nacimiento de un nuevo estado, del inicio de un nuevo mundo para ella, natural y normal en todos los aspectos.

Es también necesario grabar en su mente lo deseable que es conservar su modestia, que nunca debe descuidar su apariencia y continuar con todo lo que encantó a su marido, observando lo apropiado en cuestión de vestidos y ropas interiores, envolviéndose siempre en un velo de misterio para que ella no se convierta en un lugar común ante su vista. Apparentemente, estos son detalles insignificantes, pero de ellos pende a menudo la esperanza de la felicidad conyugal.

Las instrucciones para el hombre son de igual importancia si ha de esperarse felicidad de la unión. Debe tomar conciencia del hecho absoluto e irrefutable de que, aunque se

considere señor de la creación, hay una multitud de privilegios que le pertenecen que no tiene derecho a pedir, aunque los posea si puede ganárselos. Debe grabarse firmemente en su mente que si espera retener el amor de una mujer, deberá respetar en todo momento su modestia. Jamás intentará desvestirla, a no ser que ella le indique claramente su deseo; ni insistirá en el goce de la práctica sexual, *especialmente en la noche de bodas*, sino que deberá ganar su asentimiento con halagos, caricias y solicitud amorosas si no lo consigue, negándosele ese goce, luego será retribuido muchas veces por su autocontrol y paciencia.

Debe enseñársele que una mujer, aunque sea su esposa, muchas veces puede negarse a sus pedidos por buenas razones personales, aunque ella misma desee el abrazo, y que al continuar con sus caricias sin pedidos ulteriores, frecuentemente puede ganar su consentimiento. Debe usar la discreción para ubicarse cuando ella tiene causas para no consentir el contacto, cesando en ello por completo por esa vez.

Es raro que un joven comprenda, hasta demasiado tarde, después que el amor se destruyó, que al comienzo del matrimonio puede haber más molestia que goce en la mujer, y que ésta accede a sus reclamos meramente por su amor hacia él. Es entonces cuando debe demostrar la máxima gentileza; la fuerza bruta puede inducir en ella un sentido de repugnancia hacia él, mientras que la comprensión y la simpatía ganarán su respeto, brindándole un amor mayor.

Una lección importante que los jóvenes, *en su mayoría*, no llegan a aprender es que todas las mujeres normales quieren y aprecian que admiren sus personas. No hay una sola mujer con sangre en las venas que no piense que el hombre que le profesa amor no acariciará de igual modo sus formas, juzgándolas admirables. Si el hombre no llega a hacer esto, a su tiempo se lamentará de su falta de aprecio.

El hombre debe apreciar rápidamente el hecho de que aunque la mujer amada comprenda poco o nada respecto de los derechos y privilegios que le pertenecen, *instintivamente entiende el arte del amor*. Este sentimiento o anhelo de amor es innato, y *en ella es la puerta abierta a todo lo que posee*.

Si se le ofrece amor, ella lo devolverá entregándose íntegra, concediendo todo el privilegio que se desee incluso hasta el punto de sacrificarse voluntariamente y hacer lo propio con su honor. La mujer, por su misma naturaleza, es la personificación del amor, aunque esta personificación se degrade con frecuencia. Mientras el hombre piensa en sí mismo, en sus realizaciones, en sus negocios y en mil y un detalles de la vida, ella sólo piensa en su amor. He aquí porqué las pequeñas atenciones, la admiración y las caricias que el hombre le prodiga son tan bien recibidas y tan elevadamente atesoradas.

La vida del hombre es su negocio. Por fuerza de las circunstancias, el hombre más afectuoso parece a menudo aceptar el amor como algo supletorio. Esto se debe *raras veces a que su amor es menos sincero y menos verdadero que el de la mujer*, y a que es el protector de su hogar y sobre él recae la necesidad de proveer a las necesidades de la familia.

En esto se parece al hombre primitivo que con frecuencia estaba obligado a abandonar a su esposa y su familia durante semanas para asegurarles el alimento que necesitaban. No se negaba voluntariamente a la compañía de los suyos; la necesidad le obligaba a obrar así.

De modo semejante, el hombre de negocios debe confrontar la aguda competencia actual y concentrar toda su mente y toda su atención en la concreción del triunfo. Aparentemente no piensa en su esposa, mas en lo hondo de su conciencia hay un amor inmanente que se manifiesta a través de sus esfuerzos por *cumplir por ella*.

Si a veces olvida la Ley REgenerativa de su ser y pide favores sin las caricias acostumbradas, ella no deberá sacar la apresurada conclusión de que su amor se disipó ni deberá ser lo bastante necia como para acusarle de tener en mente la mera satisfacción de sus sentidos. *Esto condujo a incontables desastres*.

La intuición de la mujer es habitualmente correcta si sus sentimientos personales no la nublan, y le dirá si él realmente cesó de preocuparse, o si su actitud es un mero descuido del que *todos* los hombres son a veces culpables. Aunque puede ser necesario o aconsejable que le llame la atención por su aparente descuido, deberá tener tacto en sus maneras, sin acusarle de negligencia deliberada de la que es realmente inocente.

Otra fuente de mucho pesar, y posiblemente la prueba máxima del amor del hombre hacia ella, llega a través de opiniones expresas, de acusaciones efectuadas y de desdenes manifestados por ella de mal talante. *Si el hombre es prudente, ignorará estos períodos y todo acto y palabra que se pronuncie en relación con eso*; así preservará su felicidad y paz mental, y en última instancia ganará su considerada gratitud.

Los hombres se quejan comúnmente ante sus amigos y los médicos de que sus esposas escogen por lo general el momento del rito marital para imputarles sus faltas y debilidades, o acusarlos de infidelidad. Esta práctica es muy destructiva de la felicidad conyugal y, si continúa, es seguro que creará desarmonía y desequilibrio mental.

El *único momento* en el que la vida del hombre desea *realmente paz* y contento es cuando practica el abrazo amoroso. Durante este período la mente debe estar totalmente libre de todo pensamiento externo perturbador, concentrándose en un gran deseo *además* de la satisfacción amorosa.

La mujer necia o bastante ignorante como para regañar, hallar defectos o acusar durante este momento *sagrado* es seguro que gradualmente perderá el amor de su esposo. Esto es *igualmente* cierto cuando las circunstancias son a la inversa.

No merece simpatía el hombre que es lo bastante vanidoso como para pensar que tiene derecho a exigir obediencia de su esposa respecto del abrazo marital, y que no se acerca a ella con amor y caricias. Ese hombre no manifiesta virilidad ni merece el amor de mujer alguna.

Sin pasión no puede haber amor verdadero ni duradero entre los sexos; la pasión es la base, el *fuego* del amor. Una vez aceptado esto, declaramos enfáticamente que no hay excusa para satisfacer en demasía la naturaleza apasionada. El amor mismo puede manifestarse a veces por otros medios distintos al abrazo; y el hecho de que el hombre acaricie a su esposa diariamente no es razón para que se consienta frecuentemente la satisfacción en el rito matrimonial. El buen Libro nos informa: *Hay tiempo y sazón, para todas las cosas*. Si bien pueden existir cariños y caricias en toda ocasión que se presente, el ejercicio del rito no debe ser lo suficientemente frecuente como para inducir debilidad. Jamás deberá practicarse cuando haya malos sentimientos o malos entendidos entre ambos, pues esto envenena la mente y el cuerpo, y erige gradualmente un resentimiento de uno contra otro.

Uno de los requisitos más importantes que la pareja recién casada ha de aprender es la necesidad de controlar la pasión si es que la unión ha de ser feliz. Esto se aplica a la mujer lo mismo que al hombre.

La teoría de que la mujer es por lo común desapasionada es totalmente errónea, o si es verdadera, es lamentable. Los jóvenes casados que no han sido instruidos apropiadamente a este respecto tienden a caer en el error, y el abrazo se convierte en un hábito enervador antes que en un ejercicio constructivo de la función creadora. Deben comprender prestamente que el matrimonio no les acuerda el privilegio de satisfacerse hasta saciarse; ningún individuo debe ser culpable de tal abuso y la ceremonia matrimonial no da derecho alguno para obrar así.

La ley del reino creador consiste en que, cuando más frecuentemente se satisface el deseo del varón en la juventud, más a menudo existirá el deseo de satisfacción. Entre la pareja debe haber un pacto, estipulando que el Rito podrá cumplirse sólo tantas veces por semana. Si se respeta esto, su abnegación será ampliamente recompensada.

Con esto no queremos dejar implícito que ese pacto deba ser férreo, sin posibilidad de quebrantarse ocasionalmente, sino que deberá ser la ley práctica en general.

Si bien es muy deseable extraer placer del acto, *deberá existir en vista un objetivo más hondo y más santo*. En el proceso de REgeneración no hay despilfarro real de fuerza vital si se completa el Rito. Si se consiente el abrazo con cualquier otro propósito que no sea la generación, *debe haber en la pareja una comprensión plena para concentrarse en algún objetivo santo e ideal sublime*. Debe haber armonía entre ellos y el clímax ha de producirse, en lo posible, al mismo tiempo. En ese instante el pensamiento y el deseo deben mantenerse con intensidad y es bueno retener la respiración durante el intercambio de las fuerzas vitales.

Si esto se cumple fielmente, la energía vital del fluido seminal será absorbida por la intensidad del orgasmo femenino, electrizándose todo el cuerpo de la mujer, así como la corriente eléctrica carga la barra de acero preparada previamente para que sea un imán.

En el varón, el pensamiento y la respiración retenida absorberán la fuerza magnética de las secreciones de las glándulas de la vagina y el útero. Reiteramos que no hay desperdicio sino un justo intercambio que tiene como resultado la paz, la felicidad y la salud.<sup>8</sup>

Poquísima gente, sin considerar si es casada o soltera, entiende realmente las leyes sexuales; consiguientemente, raras veces el abrazo se consuma como es debido. En la mayoría de los casos, el varón no se contrae a pensamiento alguno que no sea su satisfacción inmediata, sin recibir dicha ni fuerza; por ello no es de extrañar que la mujer llegue a odiar y despreciar el acto, y sienta repugnancia al pensar meramente en éste. Debido a esta ignorancia y egoísmo, el ejercicio no se cumple de una manera divina y sagrada sino que se convierte en un hecho puramente mecánico, en un proceso carente de inspiración. He aquí, en verdad, una de las causas principales de mucha insatisfacción en la vida matrimonial.

Si el hombre no ama a la mujer hasta el punto de querer acariciarla y besarla antes de contraerse al Rito, y de hacerlo *después* de completar el abrazo, realmente no la ama; lo más que puede decirse de él es que siente pasión por ella. Bajo tales condiciones, el varón no tiene derecho a pedir sus favores; hacerlo es prostituir sus poderes y energías.

El beso del que ama, como ejercicio creador, sufrió muchas malas interpretaciones y abusos. Es tan sagrado a la vista de Dios como el Rito matrimonial. El beso es símbolo del amor verdadero, emblema del afecto; o puede ser *distintivo de hipocresía*, el beso de Judas. Sólo es legítimo entre quienes se aman mutuamente, entre mujeres que son buenas amigas, y entre parientes. Cualquier otro beso es hipócrita y degradante para quienes lo dan. Sobre esta base debe entenderse prestamente cuán indeseable debe ser el beso en los casos en que lo intercambian quienes sienten disgusto entre sí hasta llegar a odiarse.

Las mujeres son muy frecuentemente las que quebrantan esta norma. ¿Quién no observó a mujeres que se besan aunque sean reconocidamente acérrimas enemigas? Esto es comparable al famoso beso bíblico de Judas.

Otra causa del enfriamiento del afecto, otrora amor intenso, puede depender en algunos casos de diferencias de temperamento, o puede remontarse a la práctica general de compartir continuamente un solo lecho. Los casados deben a veces ocupar camas separadas y, cuando es posible disponer esto, a menudo cuartos separados, para que se respete la modestia y la intimidad. La liberalidad que a menudo se manifiesta al vestirse o desvestirse ante la presencia del otro, raras veces conduce al máximo atractivo recíproco, o al respeto más profundo.

Quienes viven la vida marital no deberán ser mojigatos ni ver en el sexo nada de qué avergonzarse. Para ellos todo lo que pertenece a la función creadora será bello, sagrado, divino, una bendición y un privilegio especiales que un Dios considerado confirió a sus hijos. Asimismo, reconocerán que hay tiempo y lugar para todas las cosas.

---

<sup>8</sup> Los hombres Sabios pueden mofarse cuanto deseen. He aquí un misterio para la felicidad y el medio para la REgeneración racial. Se trata del otro lado, del lado espiritual del sexo.

Hay períodos en los que el varón desea intensamente ver los bellos perfiles de la forma femenina, y realmente anhela “alzar el velo”, así como hay veces en las que *ella desea* que él haga esto. Si siempre comparten la misma habitación y el único lecho, “la divina forma humana” puede tornarse demasiado común a la vista, sin dejar nada a la imaginación del Amor divino. Una vez que murió la imaginación, el amor le sigue rápidamente en el funeral.

Nuestra experiencia nos enseña que todos los que creen que el sexo es sólo para complacerse sensualmente, quienes se satisfacen en demasía y raras veces, si es que alguna vez, conocen una unión perfecta, prostituyendo, rebajando y degenerando la energía generativa y, de esa manera, tomándose anormales, no pueden ver nada bello ni divino en la parte simple pero muy misteriosa de la creación de Dios. Los felizmente casados están muy apartados de estos infortunados.

Demasiado a menudo quienes ingresan en la relación conyugal se tornan descuidados en el vestir y en la apariencia. Ambos deben esforzarse de continuo por agradarse recíprocamente a este respecto, después, igual que antes que suenen las campanillas nupciales. Cuando la mujer se torna descuidada respecto de su apariencia, la imaginación del marido puede tornarse caprichosa y ver a una mujer diferente de la que constantemente aparece ante él.

La reacción, de desilusión —pues importa eso— tiende a enfriar la profundidad de su amor hacia ella. No sólo la mujer es culpable. En verdad, el hombre con frecuencia se torna más descuidado que ella. Antes del matrimonio, era un hombre en todos los aspectos; de apariencia pulcra, de porte caballeresco, bueno, considerado, afectuoso. Seguir de esta manera, después del matrimonio, puede parecer demasiado trastorno, pero el hombre debe comprender que el amor de ella significa la felicidad de él, y que deberá ejercitar todo esfuerzo para retenerlo.

*El amor es la suma total de la vida de la mujer.* El hombre es verdaderamente necio si intenta cambiar la actitud de ella. En su caso jamás habrá “declinación” alguna. Ella espera que los días de noviazgo sigan en una forma u otra *después* de la ceremonia nupcial. La mujer *real* anhela siempre aquellos pequeños favores, presentes, palabras agradables y pequeños halagos. Todos son parte de su ser.

Sin considerar cuán prosaica o práctica sea la vida, cuántos pesares le correspondan, estas pequeñas atenciones son unguento para sus heridas; juntas abarcan el fundamento de su continuo amor hacia él. Él debe tener grata y libremente esta consideración caballeresca, y jamás con el sentimiento ni la actitud de que son tareas arduas.

La joven esposa, por su parte, debe recordar constantemente que en el hombre las condiciones difieren. Este traza una línea divisoria entre el amor, la pasión y los negocios. Esos negocios son fríos, calculadores, sin emoción; extraños a la naturaleza de la mujer.

La mujer se interesa por cuanto se base en la emoción del amor o del odio. Ni por un momento se permitirá olvidar que *el hombre puede divorciar completamente la pasión del amor*. El hombre puede sentir pasión real hacia una mujer sin sentir amor por ella, aunque no es lo bastante dueño de sí como para amar a una mujer por la que no sienta pasión.

En el ámbito de la mujer, salvo en raros casos, esto es enteramente diferente. Aunque ella sea apasionada, raras veces consiente que sus deseos se despierten a no ser que ame. Los hombres y las mujeres difieren claramente entre si en sus naturalezas afectivas. Para obtener la felicidad y evitar graves errores que a menudo conducen a la aflicción y la infelicidad, cada cual no deberá juzgar al otro *por su propia naturaleza* (de varón o mujer).

El Dr. P. B. Randolph, denominado asiduamente el máximo filósofo del amor, declaró como ley que la mujer perdonará al hombre que olvide sus relaciones sexuales con otra mujer, pero jamás le perdonará si sabe que la acarició, besó y amó, porque esto sería una afrenta para su naturaleza afectiva, que es la *ley* de su existencia.

Por el contrario, el hombre puede perdonar que su esposa se enamore de otro hombre, pero jamás perdonará si sabe que ella es culpable de relación sexual con otro, porque la base misma de su ser y su amor más profundo se funda en la pasión, considerándola sagrada y santa para él solo.

Otra verdad importante que debe inculcarse en todos los jóvenes, y que nadie deberá olvidar so pena de perder por siempre el respeto de una mujer verdadera que le ame, es ésta: Nunca, bajo ninguna circunstancia, pronuncie en su presencia un comentario torpe, vulgar o desdeñoso sobre el sexo de ella, o cualquier función de la mujer.

Si ella ama real y fervientemente (y sólo nos referimos a mujeres de este tipo) ella espera, y con razón, que él sea un caballero y considere todas las partes de su ser y de mujer en general, como bellas y deseables. Si él intenta neciamente cualquier alusión desdeñosa, no interesa el motivo, hacia su organismo creador, o cualquier otra parte de su cuerpo, especialmente de sus pechos, se sentirá herida tan profundamente que raras veces —si es que ocurre— se recobrarán por completo y demostrarán nuevamente su amor hacia él.

Ilustrará esto, en parte, el caso de una mujercita que acudió a nosotros sufriendo extrema nerviosidad. Conocíamos bien a ambos jóvenes antes que se casaran. Ella era una niña alegre, una buena compañera, despreocupada y amorosa. Él era muy serio y aparentemente ignorante de las pequeñas debilidades que tornan amorosas a las mujeres. Se casaron y, por un tiempo, fueron felices.

Después de nacer el primer hijo, ella perdió algo de su grosor, especialmente la redondez de su busto. En una ocasión, poco antes de abrazarla, él acotó tontamente que los pechos de su mujer no tenían la apariencia de antes de casarse.

Esto la hirió vivamente, la hizo cavilar sobre su belleza perdida y la indujo a ensayar todos los medios a su alcance para recobrar su anterior simetría, pero todo sin resultado.

El dar pábulo continuamente a sus sentimientos heridos tuvo por consecuencia final una dolencia nerviosa que duró años y mucho gasto de dinero.

Después de consultar a muchos médicos sin hallar alivio (y debe mencionarse aquí que él la amaba bastante profundamente como para hacer todos los esfuerzos posibles para encontrarle remedio) acudió a nosotros, confesando la causa de todos sus problemas. Requirió poco tiempo y esfuerzo convencerla de que, porque él le dijo tontamente que le gustaba que estuviera mejor, o que la prefería con su apariencia anterior, no significó en lo mínimo que la amase menos que entonces. Se le dijo también que, como verdad real, él la amaría incluso más en este estado, por su compasión.

Aquello que “gusta” al hombre y aquello que realmente “ama” son dos cosas enteramente diferentes. Esto se demuestra prestamente con el hecho evidente de que al hombre le gusta ver a su esposa bien y fuerte, pero la ama entrañablemente aunque esté gravemente enferma.

Una vez que se convenció plenamente de su interpretación errónea de los hechos, hizo todos los esfuerzos para olvidar el incidente, y en pocos meses se libró por entero de la aflicción nerviosa, y fue feliz otra vez.

Alguien preguntará: “¿Esto significa que el hombre debe estar siempre en guardia para retener el profundísimo afecto de su novia o esposa?”

Respondemos con otra pregunta: ¿El músico de verdad no debe estar SIEMPRE en guardia para no pulsar la nota equivocada? Con frecuencia se formula una pregunta importante: “¿Con qué frecuencia debe practicarse el abrazo marital?” No hay respuesta para esta pregunta. Ello depende, sobre todo, del temperamento de quienes plantean el interrogante; del estado mental y corporal, de su vitalidad y virilidad, de su edad y de muchos otros factores. Si ambos tienen sexualidad casi igual, entonces debe existir entendimiento y acuerdo para no practicar el Rito con tanta asiduidad que cause una sensación de debilidad o enervación. El Rito efectuado correctamente debe tener siempre por resultado una sensación de paz y bienestar. Si uno es muy sexual mientras que el otro es más o menos frío sexualmente, entonces debe existir comprensión y paciencia recíprocas, adecuándose a los derechos y capacidad mutua; ni uno debe exigir demasiado ni el otro debe rehusar demasiado. En todos los casos, sólo la comprensión y la adecuación pueden ser base de satisfacción y felicidad.

Hay señales bien claras del uso correcto de las leyes sexuales, las que, si se observan y siguen, darán la respuesta correcta a todos los consultantes. Mientras se ejercite el abrazo entre dos personas que se aman, y resulte una sensación de bienestar y júbilo, sin rastros de vergüenza, esto es una señal clara e inconfundible de que no hubo goce excesivo. Cuando el hombre afronta la diaria faena y la realiza con facilidad y jovialidad, cuando la mujer halla contento y satisfacción en el cumplimiento de sus deberes, y su labor no parece tener caracteres penosos, entonces es claramente evidente la normalidad. Bajo tales condiciones, el acto es un incentivo.

El hombre y la mujer cuyo bienestar presente y futuro significa para ellos más que el goce inmediato del contacto, regularán su conducta a este respecto. Debe aceptarse como una advertencia la menor señal de debilidad o laxitud; esto es una indicación de contactos excesivos, una advertencia de que debe reducirse la frecuencia del abrazo. Cuando una práctica determinada tiene buenos resultados, las partes en cuestión tienen justificada razón para creer que todo marcha como debe ser. En general, los jóvenes casados deben concordar en ciertas reglas y normas elásticas que gobiernan el ejercicio, ajustándose a ellas. Tres veces por semana es, usualmente, una norma segura y sana a la cual podrán ajustarse.

## **LA PREPARACIÓN PARA EL BEBÉ**

*“Lo que merece hacerse, merece hacerse bien”*

A todos nos resulta familiar esta antigua máxima, ¡pero cuán pocos nos gobernamos por ella en nuestras acciones! Este precepto puede aplicarse muy enfáticamente a la importante cuestión que ahora consideramos, pero debe tornarse mucho más positiva todavía: “Si ha de nacer un niño, éste tiene *derecho a nacer bien*.”

El don máximo y más sublimemente misterioso, que Dios concedió al hombre, es el poder de procreación. Poquísimos entre millones llegan siquiera a pensar seriamente en esta verdad. Esto se debe, en gran parte, al hecho de que la creación de la especie humana es, casi sin excepción, un accidente —un derivado indeseado de un momento de pasión— antes que lo que debería ser realmente: un resultado planificado de un sagrado Rito conyugal.

Hasta ahora, salvo en raros casos, una humanidad ignorante y egoísta hizo reposar toda la responsabilidad sobre la Naturaleza. Ahora que se están conociendo en general las Leyes de la Herencia y de las influencias Prenatales,<sup>9</sup> y puesto que *se está enseñando la Ley de la Responsabilidad Personal por todos nuestros actos*, hombres y mujeres deben considerar cuidadosamente los resultados antes de practicar un acto que NUNCA es NEUTRO, sino que siempre es, o llega a ser, una bendición o una maldición para todos aquellos a quienes concierne.

Las Leyes de la Herencia tratan sobre la herencia de las cualidades buenas y malas innatas en los padres, y que les pueden haber sido transmitidas por los padres de éstos, los abuelos o, incluso, los tatarabuelos.

Las Leyes de influencia Prenatal, por el otro lado, gobiernan las impresiones causadas directamente en el niño por los padres, especialmente la madre, de cualidades, poderes, potencialidades y capacidades, como asimismo virtudes y vicios no innatos de los padres, pero que estos pueden transmitir a su hijo. Prestamente puede entenderse que, en general, las influencias Prenatales tienen un campo vasto de influencia y son de importancia mucho mayor que la Herencia.

---

<sup>9</sup> Véase *The Creation of a Perfect Baby, de Prenatal Culture*, Philosophical Publishing Company, Quakertown, Pensilvania, E.U.A.

Muchos científicos ridiculizan la posibilidad de investir al que no nació con poderes y virtudes que los padres no poseen. Sostenemos que la madre puede dar nacimiento a un ser superior si se rodea de obras de arte, de bellas pinturas, y de objetos que eleven los pensamientos, contemplándolos a menudo, mientras concentra sus deseos en grabar, en el niño que está en su vientre, sublimidad mental, fuerza y belleza psíquica, y grandeza de Alma.

Aunque los científicos se ríen de la simplicidad de quienes creen en el poder benéfico de tales impresiones en quien aún no nació, preguntamos seriamente si nos permitirían exhibir al pie de la cama donde duermen sus esposas *grávidas*, cuadros que representen terribles accidentes, la carnicería de la guerra, u hombres de cuerpo deforme o feo aspecto.

Estamos seguros que no nos lo permitirían. Admitirían que tales cuadros tienen poder para afectar la mente y los nervios de la madre, y tal vez indirecta o directamente el bienestar de quien no nació todavía.

También estamos de acuerdo con esto, aunque preguntamos con toda sinceridad en qué basan su afirmación de que los cuadros que representan escenas indeseables y personas deformes tienen poder para influir en las mentes conscientes e inconscientes, mientras niegan la fuerza de lo bello y lo estético para grabar el bien en la futura madre y su hijo. Las leyes que gobiernan los incentivos y acciones de la Vida son duales, no solas o desequilibradas.

Uno de los relatos más simples y autorizados de influencia prenatal o impresiones maternas, aparece en la Biblia, respecto de Jacob y las ovejas. *Génesis 31: 37-40*.

Con esto se señala con claridad que hasta la naturaleza animal puede ser suficientemente impresionada de modo que se produzcan colores y tipos casi a voluntad.

Si se admiten las verdades de estos relatos bíblicos, ¿hay algún científico o filósofo, bastante irracional, como para afirmar que la naturaleza de la mujer, cuyo sistema nervioso es el más fino y delicado de la creación, es menos impresionable y sensible a la belleza que la del animal? Al contrario, si el científico y el filósofo niegan el relato bíblico, entonces deben cuestionar de igual modo todas las demás afirmaciones de la Biblia.

En la época científica actual, se presta suma atención a la cría de los animales. Estudiamos con esmero sus características y temperamento. Buscamos saber qué les gusta o disgusta. Atendemos la cuestión del alimento, retirando lo que les disgusta, suministrándoles lo que prefieren.

Cuando los apareamos, somos muy cuidadosos al escoger al macho, y apartamos de su presencia todo lo que parezca irritarlos en lo mínimo. *Sabemos por experiencia* que todas estas cosas tienen poderosa influencia sobre el animal maduro y su futura cría.

¿Y qué ocurrió en el reino grande, misterioso y sublime de la creación humana? ¿Estudiamos el tiempo en el que la concepción debe tener lugar apropiadamente? ¿Enseñamos a la humanidad la estación correcta para la propagación de la especie? ¿Estudiamos la apropiada preparación para que la madre conciba? ¿Enseñamos a las mujeres en general

cuándo debe ocurrir esto? ¿Estudiamos el gran problema de la dieta apropiada, y enseñamos al pueblo en general las sanas conclusiones a que se llegó? ¿Estudiamos las impresiones de lo bello sobre los sistemas mental y nervioso de la mujer durante el período de embarazo? ¿Observamos los efectos de lo feo y lo indeseable, y enseñamos lo que ha de evitarse o, caso negativo, cómo vencer estas influencias depresivas? ¿Enseñamos al mundo femenino las graves consecuencias de leer literatura excitante o morbosa durante el período de embarazo?

¿Fuimos esmerados en nuestras indagaciones y ofrecimos de buen grado todos los frutos de nuestra labor, o permitimos complacientemente que todos los detalles del nacimiento y la concepción se resuelvan por sí mismos, contribuyendo así, inconcebiblemente, con nuestro grano de arena, a la debilidad y degradación de las generaciones presentes y futuras? ¿Podemos esperar que la Naturaleza produzca un dios, cuando le proveemos material y oportunidad inapropiados hasta para crear un idiota?

Hombres y mujeres no despertaron todavía siquiera a una comprensión parcial de las potencialidades con que la Naturaleza los dotó. No tomaron conciencia de sus grandes responsabilidades, deberes y posibilidades en la esfera creadora. Así, el único pensamiento que tuvieron fue el de la propia salvación, sin que jamás se les ocurriese la idea de que no sólo son responsables de su propio bienestar por la gran Ley de Dios, sino también, de igual modo, responsables del bienestar de sus hijos, de los hijos de sus hijos, e incluso de sus tataranietos.

Madres y padres deben despertar rápidamente para asumir sus *derechos y sus responsabilidades*. Hay un movimiento siniestro que toma forma rápidamente, cuyas intenciones son condenables sin duda, pero que conduce a la raza directamente HACIA EL ESCO-LLO.

Hay ciertos grupos de “fisgones” que planean tranquilamente dividir la vida familiar tal como la conocemos. En su mayoría este grupo está compuesto por mujeres que nunca fueron madres; que no tienen la mínima idea de lo que es el sentimiento maternal; y por hombres que rehusaron aceptar la responsabilidad de la paternidad. Su idea consiste en formar un departamento de bienestar público, al que sumarán la promulgación de leyes que gobiernen la instrucción y preparación de los niños.

Hasta allí, santo y bueno, pero el objetivo ulterior de este movimiento consiste en quitar a madres y padres de buena fe de todo el país, *el control y la instrucción, la dirección intelectual, e incluso espiritual de los niños*.

En la Esparta de la antigüedad esto se cumplió realmente: esa nación ahora es conocida sólo de nombre. En países extranjeros tales esfuerzos son más o menos exitosos, si echamos un vistazo al totalitarismo donde el hombre es la criatura del Estado.

Prevedemos que cuando esto se intente realmente en Norte América, *todas las madres se alzarán con su poder como una sola; el gobierno que lo sancione será barrido*

*como paja por el viento, y los hombres y mujeres engañados que se escojan para arrebatar el hijo a su madre legítima, sellarán, con ello su propia condena.*

La máxima bendición de Dios, al igual que su máximo privilegio, es la sagrada maternidad. Nuestro deber es estudiar el problema y enseñar a las madres y a las futuras madres. Ningún hombre soltero, ninguna mujer soltera, que se substraen a la responsabilidad de la paternidad, tienen derecho moral o espiritual alguno para romper la armonía, los anhelos ni la actividad de una familia.

El problema de la Herencia debe tener nuestra esmerada consideración. Debemos instruir a hombres y mujeres sobre su influencia en los que habrán de nacer. Esto podemos hacerlo mejor con ejemplos concretos.

En 1909, la Sociedad Físio-Médica del Estado de Indiana celebró su convención en Indianápolis. Durante una de las sesiones, uno de los miembros de la Sociedad leyó un documento cuidadosamente preparado, que trató sobre el problema de la Herencia.

Parece que en la parte Oeste de Pensilvania vivía una familia entonces poco conocida pero que después resultó en extremo famosa. A esta familia le nació una niña, de mentalidad más o menos débil<sup>10</sup>, y según la costumbre de la época, incluso como ahora, con la excepción de que se la alimentaba y vestía, recibía poca atención, ninguna instrucción o preparación, y nadie la protegía contra el mal.

La muchacha ignorante, sin preparación ni protección, fue seducida por un hombre brutal, con el resultado de costumbre: dio a luz una niña.

Los padres, en vez de cumplir con su deber y esforzarse todo lo posible para que ninguna de las dos fuese víctima de otros renegados de esa ralea, las dejaron libradas a la beneficencia pública. Ni la sociedad ni el Estado mostraron el mínimo interés por proteger a estas parias; el resultado fue que ellas fueron el comienzo de una larga sucesión de hombres y mujeres degenerados. Esta es la nómina ofrecida:

“Sesenta descendientes tuvieron prontuarios delictivos, quince estuvieron en la cárcel, catorce en la penitenciaría, nueve en la enfermería, nueve en orfanatos, seis en el hospicio, dos en el Reformatorio de Niñas, dos en el Instituto de Débiles Mentales, y uno en el Reformatorio de Niños.

“Setenta y siete fueron inmorales, setenta y cuatro criminales en diversos grados, cincuenta y cinco débiles mentales, veintitrés alcohólicos, doce prostitutas, siete tuberculosos, seis niños adoptados, cuatro epilépticos, tres insanos y tres vagabundos sin oficio.

“Entre los delitos de los que algunos fueron culpables tenemos esta lista: robo, falsificación, destrucción de propiedades, dueñas o pupilas de casas inmorales, ebriedad, distur-

---

<sup>10</sup> Actualmente, con lo que conocemos sobre glándulas y Endocrinología en el tratamiento de enfermedades, especialmente debilidades mentales infantiles, casi todas esas dolencias de los niños responden al tratamiento, con el resultado de que se restablece completamente la salud.

bios, perjurio, diversas prácticas degeneradas, homicidio, y envenenamiento con intento de homicidio.

“La mentalidad de los miembros degenerados de la familia era la de niños entre siete y doce años.”

¿Quién fue realmente culpable? ¿En quién recae la culpa real? ¿Fue la pobre víctima, a través de cuya ignorancia tuvo su inicio esta larga sucesión de degenerados, la única que merece castigo?

Sostenemos que ella fue la menos culpable. Concebida en la ignorancia, nacida míseramente, sin recibir instrucción ni preparación, *como por el derecho de haber nacido le correspondía*, siguió la inclinación de la Naturaleza al hacer lo que hizo.

Su naturaleza espiritual estaba sumergida y dormida por completo; por eso no le sirvió de nada en todo lo que necesitó. ¿Dios la responsabilizaría cuando la sociedad entera no cumplió con ella?

Ese cuadro de las falencias del individuo y de la sociedad, más los resultados subsiguientes, no es ciertamente agradable, e ilustra muchas otras experiencias de similar naturaleza. Eximimos de culpa a esta mujer debido a su ignorancia y debilidad, pero no podemos dejar de imputar a la mujer moderna porque ésta tiene todas las oportunidades para obtener el conocimiento completo de las leyes que gobiernan la función creadora, y del uso honesto y constructivo de este gran don y capacidad con que el Creador la dotó.

A cualquier mujer de inteligencia corriente le es fácilmente posible convertirse en madre de una raza de gigantes mentales, físicos y espirituales, de maestros mentales y espirituales.

¿Cómo?

Instruyéndose en todos los deberes que se debe como mujer, e instruyendo a la raza que se inicia con ella. Puede enseñársele a pensar constructiva y gloriosamente; a estudiar libros útiles e instructivos; a escoger los alimentos por el valor que éstos representan para la formación del cuerpo y su influencia en la salud. Puede enseñársele, con esmero, ejercicios que desarrollan la mente, la Voluntad y todo su ser físico. Puede familiarizarse con las Leyes que la capaciten para que “construya” un nuevo templo sobresaliente para recibir un Alma directamente desde el “cielo”.

Esa mujer amará bien y sabiamente. Se casará. Procurará que las fuerzas creadoras no se disipen, o según los términos bíblicos, que “no se derramen en el suelo” para perjudicarla a ella y a su progenie, y en el tiempo debido y apropiado, concebirá. Estudiará los libros de los que está segura que tendrán influencia sublime y constructiva sobre la mente de ella y del hijo que después nacerá, ya sea varón o mujer.

No permitirá cuadros obscenos ni indecentes en el hogar; no asistirá a representaciones teatrales ni películas picarescas, degradantes ni rebajantes. Sólo se reunirá con gente

culta que use lenguaje casto. Será cuidadosa en sus baños; tomará baños fríos para estimularlos y baños calientes para asearse y relajarse.

Seguirá un sistema de ejercicios físicos y respiratorios; se mantendrá plena y concentradamente ocupada, y evitará todo lo que pueda ser perturbador para sus nervios o que tienda a inducir histeria.

Sobre todo, será cuidadosa en la elección de su dieta, evitando todos los artículos comestibles que puedan congestionar el sistema o interferir la buena circulación y la mente lúcida.

Rehusará la relación sexual con su esposo a menos que las caricias de éste le produzcan un agudo deseo; tendrá una mentalidad lo suficientemente liberal y será bastante femenina como para señalar sus reales sentimientos cuando su marido no los advierta.

Que la mujer así preparada, que vive esa vida, conciba, imprima sus elevados sentimientos y dé a luz un hijo, y ello señalará el comienzo de una Raza REgenerada.

Supongamos que nazca una niña. La madre la instruirá en la verdad, tal como se la enseñaron a ella; le enseñará todas las leyes que gobiernan el desarrollo de su verdadera femineidad. Esta niña, al llegar a la adolescencia, luego a la femineidad completa, enseñará a su vez y hará que sus hijos se desarrollen de igual manera. ¿Podemos siquiera empezar a valorar lo que esto significará para la nación dentro de pocas generaciones? Sin embargo, podemos formarnos alguna idea de la influencia que esos hombres y mujeres superiores tendrán en los asuntos de las naciones, Siendo dueños de una moral incorruptible.

No puede argumentarse con éxito que esto es puramente un sueño de un estado ideal, impráctico en la vida diaria. Los hombres y las mujeres pueden obtener con igual presteza literatura buena y publicaciones destructivas, vulgares y obscenas. Conseguir cuadros bellos no implica mayor dificultad que hacer lo propio con los que representan la destrucción o la vulgaridad. Pueden mantener ocupados la mente y el cuerpo en vez de holgazanear en el hogar o en el club; y pueden escoger entre buenas obras de teatro y óperas en vez de espectáculos cuestionables. Lo que es aún más importante: pueden obtener alimentos buenos y nutritivos, que fortifiquen el sistema nervioso y le cerebro, a precios tan baratos como deliciosas carnes, dulces, repostería, condimentos y postres inútiles sin valor real para el cuerpo, que cargan todo el sistema de eliminación, produciendo debilidad y bajo rendimiento mental.

Una vida sana, razonable y con sentido no es más difícil de llevar que una existencia destructiva, sin aspiraciones. Es una mera cuestión de elección. Así como muchos se sienten perfectamente satisfechos viviendo en una choza vieja, llena de filtraciones y destartada, aunque tengan ocasión de mudarse a una casa moderna, salubre y bien ubicada, de igual modo la mayoría prefiere la vida vieja, irresponsable, destructiva y negativa. La vida creadora no requiere abnegación sino tan sólo el deseo y la determinación de hacer lo correcto del modo correcto, en el lugar correcto y en el tiempo correcto. No prohíbe los place-

res inocentes, ni la recreación inofensiva, ni la buena comida, ni cualquier diversión que contribuya al bienestar y la paz mental.

El hombre se pavonea de ser el “señor de la creación” pero presta atención sólo un instante a la congruencia de su aserto. El granjero que vive su vocación, estudia las exigencias del suelo; lo abona donde es deficiente; ara y prepara esmeradamente sus campos. Cuando llega el tiempo, es cliente del comerciante en quien tiene plena confianza y escoge únicamente las mejores semillas, las de germinación comprobada. Vigila estrictamente la época apropiada para la siembra, elige los días que cree mejores para su finalidad, teniendo siempre presente la germinación de las semillas.

Después de plantar las semillas, les brinda todo el cuidado y cultivo necesarios para asegurar una cosecha que iguale sus expectativas, y de ser posible, que mejore la simiente que plantó. ¿Y esto para qué? Para proveerse de alimento para el invierno, o para convertirlo en dinero que satisfaga los gozos o necesidades de la vida.

Piénsese ahora en quienes propagan la máxima de todas las “cosechas”, la familia humana. ¿Cuántos se esfuerzan con sinceridad por ser plenamente versados en las leyes que gobiernan las funciones de la creación, por conocer cómo y cuándo debe tener lugar la “siembra”, la preparación esencial para el buen éxito? ¿Cuántos piensan para que la “semilla” sea no sólo fértil, sino también viril, para que la “estirpe” sea sana, saludable, para que el “terreno” esté preparado apropiadamente mediante el afecto genuino y todo lo que es parte de él? ¿Cuántos vigilan durante el período en el que la “semilla” toma la forma de un nuevo ser?

Lamentablemente para la raza, la cantidad es demasiado escasa. Para la vasta mayoría la procreación es un mero incidente. Con demasiada frecuencia es un accidente, y cuando ello “sucede”, los padres dejan que la Naturaleza se encargue de su trabajo.

Además, en demasiados casos, al menos el “varón” de la pareja procura que la semilla no halle terreno fértil y germine; es más, hace todo lo posible, y no siempre de modo natural, para impedirlo.

Si a pesar de todos los esfuerzos, la concepción tiene lugar bajo tales condiciones y circunstancias, el niño, concebido tan profanamente, nace con una herencia de debilidad, posiblemente con tendencias criminales; con frecuencia, enfermo, siendo una fuente de pesar en vez de felicidad. Entonces los padres incomprensivos maldicen a Dios por imponerles ese infortunio, totalmente ignorantes e inconscientes de su propia criminalidad.

Si anhelamos criaturas fuertes, sanas y superiores, debemos remontarnos a considerar las Leyes de la Herencia y de las influencias Prenatales. Debemos empezar con los niños ya nacidos, instruyéndolos cuidadosamente en todas las Leyes de la Procreación, preparándolos para la gran obra que tienen ante sí, y preparándolos cabalmente para erradicar todo lo que es débil e indeseable; y todo esto antes que lleguen a la edad de la responsabilidad.

Debemos instruirlos cuidadosa y cabalmente en todas las leyes relativas a medio, imitación, influencias personales y Prenatales, y Herencia, para que empleen todo este conocimiento cuando se conviertan en co-creadores con Dios. Debemos grabar en ellos la necesidad de una preparación integral; que ésta es la mitad de la batalla; que mientras la Herencia es el cimiento, las influencias e impresiones Prenatales son el edificio; una cosa es tan importante como la otra.

¿Este trabajo merece el esfuerzo? Mientras somos jóvenes y el mundo parece brillante y rosado, no tenemos pequeños seres queridos de los que seamos testigos en cuanto a sus sufrimientos. A medida que avanzamos en edad, muchos piececillos cruzan nuestro sendero, algunos nos pertenecen, y al ver su sufrimiento y no poder aliviarlo, empezamos a apreciar la vasta importancia de hacer lo mejor que podamos para prevenir, o al menos minimizar parcialmente esta miseria y aflicción, antes que buscar meramente un remedio de alivio temporario.

El precio terrible con que se paga por el modo atolondrado e insensato con que nuestros hijos son concebidos, traídos al mundo y criados, se entiende prestamente cuando tenemos presente que, por ejemplo, en los Estados Unidos de Norte América, nación favorecidísima en todo, hay ahora varios millones de seres débiles y degenerados que atestan prisiones y otros institutos. Esta vasta multitud no incluye al incontable ejército que sufre estados avanzados de sífilis y otras enfermedades inmorales, producto de prácticas depravadas de seres envilecidos y degenerados.

En ninguna parte de la creación o reproducción el hombre es tan burdamente ignorante o descuidado como en la de la concepción, el nacimiento y desarrollo de sus hijos, a pesar del hecho de que en ningún otro lado se hallará la fuente de tanta dicha y felicidad reales. Además, el hombre elude deliberada y arteramente este tema como si fuese el que menos le importase. El terrible castigo que la humanidad pagó durante muchos siglos debido a su ignorancia e indiferencia no logró despertarla respecto de sus posibilidades y sus responsabilidades.

¡Cuán extrañamente cierto es el dicho de que “no hay peor ciego que el que no quiere ver”!

## **LA LEY DE TRANSMISIÓN LA HERENCIA**

Nadie está en mejor situación para explicar y demostrar la Ley de Transmisión, habitualmente denominada Herencia, que el criador experimentado de hacienda de raza. Para él la casualidad no existe. Todo animal tiene su historial y a ninguno se le da la oportunidad de reproducirse indiscriminadamente.

Cuando aparee a “Gypsy” o “Beverly” con “Bonita III”, cuenta con una información detallada que abarca los puntos débiles y fuertes de cada uno, y espera con confianza que predominen ciertas características en la joven pareja. Si faltasen éstas, si estuviesen presentes la debilidad u otros defectos, deberá indagar la causa cuidando a la hembra durante el período de gestación, o atribuyendo esto a un “retroceso” de varias generaciones.

Al considerar la ley de transmisión con relación a su influencia sobre la especie humana, debemos reconocer que la herencia sólo gobierna en parte, siendo modificada por tantos factores que la Ley misma apenas tuvo oportunidad de operar plena o naturalmente. La vida cotidiana, la conducta y la influencia mental de la madre tienen profundos efectos sobre su hijo.

En la cría de animales no consideramos tales influencias. El animal no tiene “actitud mental”. No se entrega al mal humor, los caprichos, los odios violentos, los resentimientos, los desórdenes emotivos y demás, todos los cuales tienen poderosa influencia sobre el yo físico de la futura madre, sobre su yo espiritual e, indirectamente, sobre el niño en gestación. El animal se aparee de modo tan sabio como es humanamente posible. En el tiempo correcto, después que la hembra concibe, el macho no existe para ella y la Herencia o la Ley de Mendel gobierna desde entonces hasta que nazca el vástago.

El apareamiento y generación de los vástagos son gobernados en el reino animal por la ley natural; el dueño sólo elige las parejas que mejor se adaptan mutuamente, para compensar o eliminar las debilidades.

Aprendemos muy prestamente con ejemplos, y a modo de ilustración nos remontamos a nuestra experiencia pasada. Durante más de diez años hemos experimentado la cría de aves de corral, consagrando cinco años a los Collies de raza.

Escogíamos un macho de cabeza larga y pelo tupido para que sirviera a una hembra de cabeza corta y pelo ralo. Con este procedimiento esperábamos que el macho transmitiese a su cachorro lo tupido de su pelaje al igual que el mayor largo de su cabeza. Sin embargo, reconocidamente, nos enfrentábamos con la gran incógnita: ¿cuál de los dos poseía mayor transmisibilidad?

Si sucede que la hembra es más sexuada que el macho, entonces es completamente posible que sea ella quien transmita al cachorro sus propias características y esto haría que el cachorro se le pareciera mucho. Al mismo tiempo, a pesar de la potencia de su mayor vitalidad, esperamos que el cachorro tenga pelaje más tupido que el de ella, porque la vitalidad es uno de los factores necesarios para producir pelambre tupida.

Si el macho poseyese la mayor vitalidad, entonces esperamos confiados cachorros con cabezas largas, pero incluso aquí gobiernan a menudo leyes desconocidas, y pueden manifestarse algunas características de una generación anterior.

La Ley puede ser ilustrada más claramente todavía. Hay diversos tipos distintos de Collie. El que más comúnmente se conoce es el marrón y blanco; luego el tricolor, usualmente negro, marrón y blanco, que es de cuerpo negro, con manchas blancas y marrones alrededor de los ojos y posiblemente la boca; y por último, el azul-mirlo.

Si el apareamiento corresponde al color marrón y blanco, naturalmente esperaremos un cachorro de igual color, tal vez con algunas modificaciones en cuanto a matices. Pero no hay certidumbre; es completamente posible que de una lechigada de seis cachorritos sanos, cinco sean marrón y blanco, mientras el sexto sea tricolor, o incluso negro. ¿Cómo se explica lo ocurrido?

Esto señala meramente que, varias generaciones atrás, uno de los ancestros, del macho o de la hembra, era tricolor, y que en la sangre de uno de los actuales padres todavía queda algo de la sangre de este antepasado.

De manera que tenemos un “retroceso” o reversión de tipo. Esta impregnación de una célula de una generación anterior es idéntica a la transmisión de padre a hijo de una enfermedad, como la sífilis; aunque quien la transmita no esté aparentemente afectado en lo mínimo por ella. De esto hablaremos después.

Si se aparean dos Collies de muy pareja perfección, de cabeza alargada, pelambre tupida y fortaleza ósea deseadas, *que no guarden parentesco demasiado cercano*; si el cuidado y la alimentación de la hembra son como corresponde, podemos esperar con confianza que el cachorro posea los rasgos de los padres, que sea sano y fuerte, y de igual color.

Esa regla no gobierna siempre a la familia humana. Si los padres son demasiado afines en cuanto a sus rasgos, temperamentos y otras características, aunque no haya parentesco alguno, los niños resultantes de la unión, si es que los hay, pueden ser directamente lo contrario de sus padres.

En la familia humana, la ley que generalmente gobierna es: “Lo similar produce lo similar”. Si los padres son iguales en vitalidad, o casi iguales, esa semejanza responde más frecuentemente a la madre que al padre. Esto en razón de que, si bien el padre provee la semilla de la vida, y toda la futura mónada humana está contenida en este espermatozoide, incluida la base para la salud o la inoculación de una enfermedad heredada, como puede ocurrir, es la madre quien, durante el período de gestación, modela al nuevo ser con su actitud mental y modo de vida en general. Los pensamientos de su mente, las pasiones de todo su ser, y las emociones de su corazón, impresionan profundamente al ser en proceso de creación.

Si la futura madre está plenamente ilustrada sobre la Ley Creadora, está capacitada para dar a luz un hombre-dios, un ser superior, aunque el padre sea prácticamente una nulidad. Su labor puede extenderse hasta dar al niño un cuerpo sano y una potente virilidad, aunque el padre sea debilucho, siempre que, por supuesto, la sangre de éste no esté llena de gérmenes de sífilis u otra enfermedad transmisible, y que sus nervios y cerebro no estén contaminados de insania.

Modificamos esta última afirmación y declaramos que incluso el cáncer y la sífilis pueden ser eliminados por la madre durante el tiempo de gestación.

Aunque dijimos que con más frecuencia el hijo “sale” a la madre, no deseamos que se entienda que sostenemos que esto es siempre así. Un hombre superior, casado con una mujer honesta y amorosa, pero inferior, puede ser padre de un genio, en sujeción a la ley siguiente.

El período durante el cual el hombre posee la máxima potencia creadora es mientras más desea el abrazo marital; está lleno de afecto y amor, y los manifiesta. Es en tales momentos cuando concentra toda la fuerza de su ser, y si el Rito marital se consuma en este instante, en el momento del clímax el hombre es cabalmente positivo en cada compartimiento de su pequeño mundo.

Si la mujer responde a su pedido después de ser despertado íntegramente su deseo a través de cariños, brindándole su amor, y si el hombre, durante todo el abrazo, especialmente en el momento de supremo deliquio, concentra su mente en el único objetivo de convocar a la existencia un hijo sano, normal y superior, *está capacitado para extraer las fuerzas potenciales del mismo Cielo*. Este anhelo, lanzado al espacio, se convertirá en parte del niño que existirá.

El hombre puede ejercer mayor influencia aún sobre la salud, fuerza y carácter del niño que vendrá, concentrando en cada abrazo todas sus energías hacia ese objetivo; de ese modo cargará los fluidos vitales que entregará a la futura madre y que ésta absorberá, ayudándola a construir el cuerpo, los nervios y el cerebro de la nueva creación.

Cuando el hombre y la mujer entiendan este único secreto de la REgeneración Racial, la propagación de hijos sanos, normales, naturales y a semejanza de Dios será mucho

más segura. Nos atrevemos a decir que diez parejas casadas que amen verdaderamente y tengan plena comprensión de la ley, practicando fielmente sus principios, podrían revolucionar este viejo mundo por completo; su progenie sería tan positiva, tan viril e influyente como para capacitarla para que gobierne a todas las razas.

Si bien la influencia de la madre es naturalmente mucho mayor en la modelación del carácter y rasgos del niño que la de su padre, aquélla no puede inocularle tan prestamente una enfermedad como la sífilis. Cuando las enfermedades son transmitidas por el padre, la transmisión ocurre a través del germen vital del fluido seminal. Cuando esto tiene lugar no es siempre indicación de que él está enfermo porque es enteramente posible que su padre, o abuelo, o incluso tatarabuelo, pudo ser el enfermo, y los gérmenes, transmitidos de una generación a otra, estuvieron dormidos hasta convertirse en parte de la nueva creación.

Mientras diversas enfermedades se heredan habitualmente del padre, los estados mentales, especialmente la insania y las tendencias neuróticas, son impresos con frecuencia por la madre, o absorbidos de ésta, pues todos los estados de la mente de aquélla tienen pronunciada influencia sobre la del que va a nacer; por ello es importante que sea extremadamente cuidadosa en lo atinente a su actitud mental cuando está grávida.

Otra razón de porqué los niños muy frecuentemente “salen” a la madre, siendo igual todo lo demás, consiste en que, mientras la procreación es un capricho pasajero o un accidente por parte del padre, absorbe toda la vida de la madre; sus energías pensamientos y deseos se concentran en la tarea que surge ante ella; consiguientemente ella impresiona de continuo su personalidad, con sus gustos y disgustos, sobre la creación que se está formando dentro de su vientre.

Cuando abandonamos el linde de lo físico y entramos en los reinos de lo puramente mental, nos encontramos con contradicciones aparentemente graves relacionadas con la Ley de Herencia. Por ejemplo, se sabe generalmente que los hijos de grandes hombres, en su mayoría, raras veces son un honor para sus padres; mientras los hijos de grandes financieros casi nunca triunfan. A primera vista, en lo superficial, esto indicaría una contradicción de la ley. En realidad no lo es.

Un hombre pudo haber sido dueño de un físico privilegiado y, en posesión de tal fortaleza, engendrar una progenie igualmente potente. Gradualmente, por abuso o negligencia, se deteriora hasta debilitarse pero siendo todavía capaz de procrear. El hijo de esta época difícilmente se compare con los engendrados en su estado viril anterior.

Por una razón casi similar, el gran filósofo, o el general victorioso, o el poderoso magnate, raras veces es padre de hijos e hijas que se le comparen; porque *toda su mente y todas sus energías son utilizadas en la labor especial a la que se contrae, y queda poca fuerza o potencia para procrear; de hecho, sus hijos en general no son más que “sub-productos”*. Concretamente, es apenas consciente de su goce, abrazando a su compañera posiblemente porque lo considera su deber; porque ella se lo pide; o por el impulso de un deseo sensual temporario; *muy raras veces, si es que ocurre, esto responde a que anhela la*

existencia de alguien que se le parezca. La procreación es, usualmente, entre los hombres grandes y de éxito, un accidente, por el que ellos y su progenie sufren profundamente.

Que el hombre que logró honores y distinciones en razón de su talento, haga a un lado su vocación o afición por un momento, ahorre sus fuerzas y energías mentales y físicas, y concéntrelas luego todas en un Santo Acto de Creación, gobernado por hondo afecto y cabal preparación de su compañera, y el mundo se asombrará del resultado, mientras él y el Gran Creador serán glorificados.

Aunque la Herencia subyace indudablemente en nuestra fuerza y nuestra debilidad, no servirá para excusar ninguna herencia indeseable que poseamos. Cualquier persona que no sea física o mentalmente todo lo que debería ser, o lo que le gustaría ser, ha de tener demasiado de *hombre* o de *mujer* como para echar la culpa de haber nacido así.

La herencia de un cuerpo débil no acuerda al hombre la mínima excusa para seguir siendo débil toda la vida; la diaria experiencia indica que muchos estadistas, atletas y filósofos realmente grandes, al igual que otros que conquistaron renombre mundial, no nacieron con gran fuerza física, poder mental ni respaldo financiero, sino que obtuvieron todo esto rehusando doblar la rodilla ante el destino, y con esfuerzo personal de su parte eliminaron todos los obstáculos y cualidades indeseables.

De modo parecido, porque un hombre herede sífilis de o a través de uno de sus padres, no tiene excusa legítima para seguir siendo víctima de esta enfermedad sucia, degradante y degenerante durante toda su vida, muriendo por ella cuando todavía es joven. Ese hombre puede, con fuerza de Voluntad, vida limpia y sana, y tratamiento apropiado, desarraigar la enfermedad de su cuerpo, llegando a purificarse como si ni sus padres ni él mismo se hubiesen contaminado con ella jamás.

Debemos reconocer plenamente la fuerza de la Ley de Transmisión; pero de igual modo es nuestro deber indiscutible buscar comprender la Ley mayor: *Que somos lo que hacemos de nosotros mismos*. Que somos una combinación de cómo vivimos, del alimento que ingerimos, de los pensamientos que pensamos, de los deseos que albergamos, y de nuestros esfuerzos por vencer o triunfar.

Incuestionablemente, se requiere un poderoso esfuerzo mental para que, quienes nacen débiles, se capaciten para ganar fuerza y luego empiecen una vida potencial de realización. La Ley de Herencia no debe preocupar grandemente a quienes ya nacieron; éstos deben indagar en sí mismos y hallar sus debilidades o incompetencia, para vencer esto después. Más bien debemos prestar seria atención a la Ley de Transmisión.

Esta ley concierne a los que no nacieron, y debemos reconocer y aceptar nuestro deber de iluminar al mundo sobre su poder para influenciar el bienestar físico, mental y espiritual de quienes todavía han de nacer; para que éstos no sufran el agobio de las debilidades y vicios que maldicen a las multitudes.

Debe enseñarse a la humanidad, como deber sagrado de nuestra civilización actual, a no practicar el rito conyugal durante los períodos en los que puede tener lugar la concepción, a no ser que ésta se desee y la pareja esté física y mentalmente apta. La razón surge por analogía: el hombre sabio no intentará construir una casa hasta preparar un sólido cimiento y disponer la provisión de todo el material, de modo que cuando esté concluida, esa sea la “mansión de sus sueños”. Sobre esta misma base, no ha de posibilitarse la concepción hasta que se hayan hecho todos los preparativos para ese fin.

Después de ocurrida la concepción, los padres tienen claros deberes que cumplir. Es de máxima importancia el autocontrol individual. El abrazo conyugal ha de concretarse sólo en su aspecto más elevado, de amor y afecto excelsos, no con mera pasión como incentivo. El marido jamás deberá intentar forzar sus deseos sobre la esposa, sino que despertará el deseo de ésta con cariños y caricias. La mujer, por su parte, deberá responder, a no ser que tenga buenas razones para no hacerlo.

Cuando se efectúa el abrazo, no deberá interrumpírsele hasta que el amor conyugal de ella sea plenamente correspondido. La frecuencia del abrazado deberá depender por completo de la futura madre, aunque es bueno que restrinja en sí misma la frigidéz o la demasiada pasión. Es igualmente importante para el esposo entender que si la futura madre solicita el abrazo y es rechazada, la criatura puede nacer hambrienta de amor, puede ser una Magdalena, por una culpa que no es suya.

Estas son unas pocas consideraciones importantes sobre la procreación de un nuevo ser. Hay que admitir que, bajo las presentes circunstancias, el esposo corriente no conoce la ley; se gobierna por sus deseos carnales; repugna a su consorte con su falta de consideración, y de esa manera graba en el niño una aversión similar, perjudicándolo a lo largo de toda su vida, creando en su naturaleza deseos que culminan en perversiones, o frigidéz y ausencia cabal de sentimientos.

Por el contrario, si el padre actúa bajo la errónea creencia de que es malo tener contacto sexual con la madre que está grávida, y si ésta sufre de ansias amorosas durante este periodo, es casi seguro que el niño tendrá grabado este anhelo toda su vida, manifestándolo en su infelicidad en compañía de un hombre o una mujer, buscando siempre, sin satisfacerse nunca.

La futura madre tiene igual deber para con el que nacerá. Debe gobernar su actitud mental para evitar grabar en el niño impaciencia, histeria o muchas otras emociones resultantes de una mente perturbada. Debe construir el cuerpo con alimento, baños y ejercicios apropiados, elevando sus fuerzas mentales con pensamientos correctos, jovialidad, castas reflexiones, lectura de libros buenos, buena música y disfrute de recreaciones sanas. El deber de la madre es tremendo. Sin embargo, si cumple esto será mil veces recompensada; el amor que alberga en su corazón y en su mente hacia el que nacerá será el vínculo conector que ligará al niño con ella y con Dios en los años venideros.

Muchas mujeres desarrollan un apetito extraño y aparentemente irrazonable durante el período de gestación. Si se relaciona con algo perjudicial en sí mismo, no deberá ser satisfecho, substituyéndolo con algo beneficioso. Si el apetito o deseo no es perjudicial para la salud y el bienestar, deberá ser satisfecho lo más pronto posible para evitar perturbaciones físicas desagradables o indeseables.

Desechando las opiniones de la futura madre sobre el tema de la moral, aquélla no debe leer literatura obscena. Bajo ninguna circunstancia entablará conversaciones que no sean castas, debido a las impresiones sobre su mente y emociones, ni deberá acompañarse de individuos de carácter cuestionable. Debe esforzarse de toda forma para elevar sus pensamientos, deseos e inclinaciones hacia todo lo que es bueno y constructivo. Sin atender a opiniones en contrario, toda pasión, apetito, deseo y emoción de la futura madre se graba en la naturaleza espiritual del niño durante la gestación. La futura madre siente esto, y todos los *sentimientos* se graban en el Alma. *Esta es la Ley que subyace en la Regeneración de la Raza.*

*Recomendaciones:* Debe planificarse la concepción; jamás deberá ser un “accidente” en la satisfacción de pasiones burdas. Antes de ello, marido y mujer, y especialmente ésta, deben consultar al médico de la familia en procura de un chequeo físico, incluido recuento de glóbulos rojos, presión sanguínea, análisis de orina y examen del corazón. Si hay algún defecto, deberá primero ser corregido. Si todo está bien, puede tener lugar la gravidez.

Son valiosos los exámenes regulares *después* que la mujer quede grávida, pero antes de quedar encinta ese examen será obligatorio para evitar la enfermedad, la aflicción y los gastos indebidos. La masculinidad y la femineidad perfectas no son resultado de una o dos cosas sino de muchas cosas combinadas apropiadamente.

## **EL PERÍODO PELIGROSO DE LA VIDA LA MENOPAUSIA**

Así como en la pubertad las puertas del templo del ser creador se abren para que pueda poblarse el universo de Dios, de igual modo, en la menopausia esas puertas se cierran y si todo anduvo bien, la Naturaleza da su bendición: “Como fuiste fiel a pesar de todo tu sufrimiento, ahora puedes conocer los goces de la vida sin sombra de temor”.

El período de los años fértiles de la mujer varía. En algunos casos la menstruación puede comenzar tempranamente, a los nueve o diez años de edad, continuando hasta los cincuenta. En otros casos, la menstruación no aparece hasta los quince o incluso dieciocho años, cesando entre los treinta y cinco y los treinta y ocho.

Muchas condiciones influyen sobre el comienzo y el cese. Con frecuencia rige la herencia, y la niña cuya madre pasó de la niñez a la femineidad después de llegar a los quince años de edad, y de la fertilidad a la menopausia a los treinta y ocho, puede esperar que la misma norma rijá su vida, aunque esto no ocurra siempre.

Las mujeres que tuvieron hijos no ingresan por lo común en la menopausia tan tempranamente como las que no fueron madres. Por regla general, cuando más hijos tuvo la madre, más deberá aguardar para que ocurra el “Cambio de Vida”.

Una falacia universalmente aceptada como verdad, y de la que esperamos que se libere a las mujeres que sufren, es la creencia racial de que cuando la mujer se aproxima a los años en que se producirá la menopausia, comenzará a sufrir todos los males, físicos y mentales, que la carne hereda.

Nada más alejado de la verdad; las dolencias físicas y las perturbaciones mentales no son generalmente necesarias, y cuando existen, indican meramente ignorancia o vida anormal.

En este período de la vida, el organismo creador experimenta un cambio, se atrofian los ovarios, reducen su tamaño y cesan de funcionar como antes. También se cree en general que el útero, como los ovarios, también se atrofiará. Sin duda, esto ocurre en algunos casos, *pero es enteramente innecesario. Si se entienden y obedecen las leyes que gobiernan la vida y la actividad sexuales femeninas, las mujeres que experimenten la menopausia seguirán tan jóvenes en sus deseos y capacidad de intercambiar el pleno abrazo amoroso*

*con sus maridos como antes del cambio, y se habrá eliminado una de las principales causas de divorcio en este período de la vida; hablando con franqueza, la frigidez y falta de respuesta de la mujer.*

Durante el período en que tiene lugar la menopausia, todo el sistema nervioso debe experimentar un reajuste cabal. Uno de los primeros síntomas de la aproximación de un cambio normal de vida es la irregularidad en la menstruación. A veces el flujo periódico faltará varios meses. Luego puede aparecer por algún tiempo en forma regular, cesando otra vez durante un período más o menos prolongado. Esto continúa hasta que se completa el proceso de reconstrucción.

Indudablemente, hasta en la mujer muy fuerte que vivió en sujeción a las leyes naturales, los diversos cambios requieren mayor fuerza que en los períodos mensuales de purificación. Debido a esto, los alimentos deben ser especialmente vitalizadores y libres de material congestivo, mientras que el cuerpo debe tener menos ejercicio activo y la mente más horas de reposo.

Enseñar con ejemplos es el método más fácil. Recordamos el caso de una mujer corriente quien, durante su juventud, no recibió instrucción sobre el cuidado de su organismo físico, rehusando toda oportunidad para lograr este importante conocimiento. Tuvo varios hijos y sufrió mucho al dar a luz a la mayoría de ellos, en razón de alimentación inapropiada, preocupaciones, exceso de trabajo y muchos otros factores innaturales e innecesarios.

Esta mujer se halla actualmente en el cuarto año del cambio. Un día o dos antes del comienzo del flujo hay malestar estomacal, luego cefaleas biliosas tan fuertes que le es necesario acostarse. Esta cefalea puede continuar veinticuatro o cuarenta y ocho horas. Durante este tiempo, prácticamente no puede ver, tan grande es su sufrimiento.

Luego comienza el flujo de un fluido oloroso y continúa durante posiblemente cinco o seis días. La mujer está irritable, a veces extremadamente nerviosa, y luego irracional. Por las apariencias actuales, el cambio no se completará por otro año o dos. Nuestra experiencia indica que, con leves variaciones, este es el usual “infierno de la vida media”, que atraviesa la mayoría de las mujeres.

También tenemos presente a una mujer conocida que tuvo la bendición de una madre esclarecida que la instruyó plenamente en su niñez. Esa dama ya no cree que deba avergonzarse de una parte de su cuerpo, y piensa que tiene perfecto derecho a enorgullecerse de ello.

Hace tiempo que desechó la antiquísima idea de que ella es juguete de su esposo, sin derecho a rechazar su pedido o indicar sus deseos; asimismo, desechó la creencia de que, al atravesar las puertas de la menopausia, ella dejará de ser compañera deseable para su esposo, e incapaz de ofrecerle los goces de la juventud.

Esta dama, madre de nueve hijos, a los cuarenta y ocho años de edad, no tuvo pensamiento ni indicación alguna de que se aproximaba la crisis hasta que cesó de aparecer la

menstruación. Un día o dos después del período en que debió comenzar la menstruación, sintió ligeros calores y deseo de descansar.

En vez de dar curso a la preocupación (*que es compañera habitual de la mujer*), tomó una ducha tibia, frotándose rápidamente, bebió una taza de té caliente y se acostó. En pocas horas los calores desaparecieron y se sintió totalmente despojada, aunque un poco nerviosa. En vez de buscar un sedante, se vistió y realizó una larga caminata, balanceando sus brazos y respirando hondamente.

Durante pocos días subsiguientes cambió su dieta por sabrosas frutas y verduras frescas, como lechuga, apio, choclo, guisantes y mucha leche y huevos frescos. Durante el lapso en que antes tenía la menstruación, se abstuvo de carnes, dulces, especias y bebidas estimulantes.

El siguiente período apareció como de costumbre, pero siguió el tratamiento anterior. Después de una aparición intermitente durante cerca de un año, el flujo cesó por entero y, durante los últimos seis meses, no hubo señales de que apareciese nuevamente.

Durante todo este lapso ni por un momento admitió pensar que ahora era menos mujer o menos deseable para su marido, afirmándose en su convicción de que no habría cambios en la relación conyugal, por lo que actuó de modo acorde. Como resultado, el marido ni se enteró de que tenía lugar el cambio. Este es el modo *natural* del cambio.

Los casos varían incluso cuando se sigue fielmente un régimen inteligente, pero es seguro decir que todos los síntomas anormales e indeseables pueden vencerse rápidamente con descanso, absteniéndose de ciertos alimentos, realizando ejercicios apropiados, encarrando correctamente la vida, adoptando los remedios que sean necesarios.

En general, los máximos enemigos que la mujer debe combatir durante la menopausia son: indigestión, dispepsia, pereza hepática, exceso de trabajo, ingestión anormal de alimentos y bebidas, medio ambiente sin higiene, etc. Si se elimina esto, estableciendo hábitos normales de vida, no debe haber razón para preocuparse.

Existe un engaño, aceptado universalmente, en el sentido de que con el cese de la menstruación, la mujer cesa naturalmente de disfrutar los abrazos de su esposo, y no es capaz de conferirle la anterior satisfacción, suponiéndose que esto se debe a la atrofia de los ovarios y a la contracción de las paredes vaginales. Esta es una creencia racial que fue causa de más dolor, aflicción, quebrantos morales y hogares deshechos, que casi todas las demás influencias combinadas.

Este pensamiento, siempre presente en la mente de la mujer mucho antes del tiempo en que se aproxima el cambio, fue una “espinas en la carne”. Muchas mujeres avizoran con horribles presagios el período en el cual los *fuegos del amor* —los agudos deseos— no arderán más en ellas y serán incapaces de prodigar el anterior placer al hombre a quien aman, con la expectativa completamente natural de que éste buscará satisfacción en otra parte que no sea su propio hogar.

Este miedo y expectativa constantes tienen incuestionablemente mucho que ver con el cambio innatural e indeseable que se produce, al igual que con la gradual declinación del deseo de la mujer respecto del habitual abrazo amoroso, de modo que para la época del “cambio de vida” completado realmente, todo su organismo, en no menor medida que sus deseos y capacidad, se han paralizado, tornándose de naturaleza frígida, en contraposición total a su individualidad anterior.

Recordamos la ley psicológica expresada en la Biblia como verdad religiosa: “Te sobrevino lo que temías”, y en ningún otro lugar que en la Naturaleza el accionar de la ley es más seguro que en el dominio de la naturaleza emotiva.

Como cuestión de verdad absoluta —y salvífica— podemos asegurar a todas las mujeres vivientes que no hay fundamentos para esta destructiva creencia racial. La mujer puede evitar convertirse en víctima de esta inercia. Puede (y podrá) ser muchas veces más capaz de experimentar y dar goce afectivo *después* de la menopausia, que durante cualquier otro período de su vida, con la excepción posible de las pocas primeras veces que admitió el abrazo.

Si la mujer mantiene encendidos los fuegos del afecto al atravesar el cambio de vida *con deseo deliberado y consciente, aceptando el abrazo conyugal al menos una vez por semana entre los periodos, vigilando que experimente el clímax en su perfección suprema cada vez, entonces no sólo mantendrá viva y plenamente despierta la naturaleza amorosa, sino que demorará el proceso de atrofia de los ovarios y la contracción del útero y de las paredes vaginales; de ese modo, será capaz de dar a su esposo goce más intenso y prolongado que antes, porque habrá sido eliminado por entero el miedo constante al embarazo.*

Hasta hace comparativamente poquísimo tiempo atrás, se pensaba que sólo la mujer atravesaba un cambio de vida. Los médicos, igual que los profanos, trabajaban bajo esta creencia. Ahora sabemos que los hombres, igual que las mujeres, atraviesan un cambio hacia la misma época de la vida. Los síntomas son muy parecidos en ambos casos:

Aparece a menudo la *incertidumbre* y una creciente falta de fe en la propia capacidad. Este síntoma es más pronunciado en los hombres que en las mujeres. El temor de ser incompetente; la depresión mental; un aparente embotamiento de la memoria y la incapacidad de concentrarse tan bien como antes, son habitualmente más pronunciados en los hombres que en las mujeres.

Otros síntomas comunes son: Lasitud e inercia; deseo de inacción; palpitaciones cardíacas; asma u otras dolencias hasta entonces desconocidas; temores de toda clase, todos sin razón real. Frecuente sensación de peligro, aunque éste no exista.

Los hombres se excitan o preocupan con facilidad, sin causa real. Puede experimentar entumecimiento debido a que disminuye la circulación; los nervios pueden estar tensos o “de punta” la mayor parte del tiempo. Con frecuencia hay pérdida de interés por cosas que antes consideraba esenciales para la vida y la felicidad —

sensación de fracaso e inseguridad. A menudo se experimenta irritabilidad y pérdida del control, hasta en cuestiones baladíes, sin importancia. Puede haber falta de Libido, i.e., el impulso anterior en procura de relaciones sexuales. De hecho, esto puede tornarse pronunciado, más en los hombres que en las mujeres.

En general, la Naturaleza advierte que, en lo que a ésta concierne, se está retirando de la escena; que las partes afectadas se verán obligadas a seguir métodos distintos a los que seguían antes, poniendo otras fuerzas en juego si desean seguir siendo competentes y desempeñar el papel de hombres y mujeres de verdad.

¿POR QUE DEBE SER ESTO ASI? ¿Por qué es que, hasta los cuarenta o cuarenta y cinco años, el hombre normal y sano es movido por un impulso sexual casi incontrolable, y está dotado de fuerza y vitalidad para desordenadas complacencias, y luego —casi de la noche a la mañana— se torna apático e indiferente? ¿Por qué es que la mujer, antes excitada con mimos y caricias, puede ser de naturaleza enteramente diferente? ¿Por qué todo este cambio?

Es como si el hombre hubiese sido sostenido durante muchos años hasta un punto cercano al cielo por una fuerza o poder, distinto al propio, permitiéndosele, o mejor dicho, incluso impulsándosele a gozar la vida en plenitud sin esfuerzo personal; y luego, de repente, se lo dejase, por así decirlo, en el aire, con la siguiente cláusula: “Si deseas gozar lo que fue tuyo durante tantos años, TU ESFUERZO PERSONAL DEBERÁ COMPENSAR LO QUE GASTASTE LIBREMENTE HASTA AHORA. Si no logras realizar este esfuerzo, si no haces esto constantemente, entonces habrás perdido todo lo que te pertenecía.”

La Naturaleza es cabalmente egoísta. Sola y totalmente le preocupan sus propios intereses. Al iniciarse la adolescencia, pone en movimiento ciertos anhelos y deseos emocionales que crean automáticamente fuerzas y energías que DEBEN hallar actividades y salidas en una forma u otra, y la más “natural” de aquéllas es el impulso biológico, el deseo de ejercitar la libido. Este deseo, casi incesante, es un incentivo no tanto para crear como para gozar y satisfacer el impulso. La Naturaleza es sabia a este respecto, porque se asegura la creación continua de la especie. En el hombre, éste es un impulso carnal que la Naturaleza instiga y mantiene activo mientras la sirva. En la mujer, el deseo despierta mediante actividad amorosa, o mediante lo que ella cree y acepta como tal, inducida por mimos, caricias y halagos. El hombre es el tentador; la mujer es la tentada.

Durante este período, el esfuerzo es innecesario de parte del hombre, excepto en dirección al autocontrol. Cuantos esfuerzos realice el hombre tienden más bien a controlar sus impulsos emotivos antes que a excitarlos o despertarlos.

Pero todas las cosas deben llegar a un fin. Llega el tiempo en el que la Naturaleza obtuvo del hombre todo cuanto ella desea o todo aquello de lo cual él es capaz. Superados sus días de virilidad, la Naturaleza ordena todo de la siguiente manera:

“Hasta ahora te brindé todo el poder y la energía requeridos para que disfrutases hasta un grado tal que no pudieses resistir el Impulso que había dentro de ti. Yo, la Naturaleza, fui el incentivo de tus actos. Fui tu “demonio” del placer. Tú, a la vez, fuiste el tentador de tu compañera. Entre ambos me servisteis bien. Ya no me eres útil; por eso corto mis vínculos contigo y tu compañera. SI DESEAS SEGUIR SIENDO UN *hombre*, Y TU COMPAÑERA DESEA SEGUIR SIENDO UNA *mujer*, entonces, DE AQUÍ EN ADELANTE, DEBES REALIZAR POR TÍ LO QUE ANTES YO HICE POR TÍ.”

LA NATURALEZA ES CRUEL, PERO TAMBIÉN ES, A SU MODO, MISERICORDIOSA CON EL HOMBRE, AUNQUE ESTE GENERALMENTE NO TENGA CONCIENCIA DE ELLO. AUNQUE LE ABANDONA EN ESTE MOMENTO CRÍTICO, NO LE DEJA ENTERAMENTE DESAMPARADO. EL HOMBRE TIENE TODAVÍA LA OPORTUNIDAD, Y LA CAPACIDAD, PARA REALIZAR POR SÍ MISMO TODO LO QUE ELLA HICIERA POR ÉL *con excepción de la capacidad de procrear*.

En esta etapa de la vida, ¿qué ha de hacer el hombre (esto incluye a la mujer)? La naturaleza le dio su virilidad para que gozase libremente, y como resultado, procrease la raza. Dios dio al hombre algo más grande que lo que le brindó la Naturaleza: SU IMAGINACIÓN. Cuando se retira el INCENTIVO de la Naturaleza, DEBE INGRESAR LA IMAGINACIÓN Y OCUPAR SU LUGAR.

Uno de los primeros síntomas de la llegada del “cambio” es la falta de libido por parte del hombre, y la pérdida del deseo de Ser excitada, por parte de la mujer. ESTA INERCIA ES MUERTE SI SE PERMITE QUE CONTINÚE. Esta inercia es, verdaderamente, prolífica fuente de excusas: estoy demasiado cansado; tuve mucho trabajo; me duele la cabeza; me duele la espalda. Aunque haya un sentimiento de culpa, Cada cual tiene una pequeña excusa con el resultado de que, en vez de poner en juego a la imaginación para que ésta despierte el deseo del abrazo, ambos se dan vuelta y se echan a dormir, sumando una debilidad a otra.

Esta es una evidente verdad: “La MASCULINIDAD y la FEMINEIDAD continuadas se pagan al precio de una constante vigilancia”. Marido y mujer deben tener pleno conocimiento de los misterios de su ser, comprendiendo su fuerza y su debilidad, trabajando en armonía mutua. Deben ser plenamente conscientes del hecho de que, puesto que la Naturaleza permitirá que la virilidad de ambos se extinga, les incumbe REALIZAR TODOS LOS ESFUERZOS NECESARIOS PARA MANTENERSE SEXUALMENTE DESPIERTOS, ACTIVOS Y VIVOS. Deben coincidir en que, si sus naturalezas no responden automáticamente a un deseo de abrazo marital, habrán de poner en actividad la Imaginación —el máximo regalo que Dios hizo a la humanidad. Esto no debe efectuarse menos de una vez por semana.

Esto se realiza más prestamente mediante retrospectión: volviendo al pasado, recordando a la mente alguna experiencia excepcionalmente placentera que fue inolvidable. Al hacer esto, la facultad imaginativa hará lo que antes hiciera la Naturaleza por

ellos: ENCAUZAR LA CORRIENTE SANGUÍNEA A TRAVÉS DEL ORGANISMO PROCREATIVO; EXCITANDO LOS DESEOS Y DEVOLVIENDO LA CAPACIDAD DE GOZAR DEL ABRAZO TAN PLENAMENTE COMO ANTES. Si se sigue este método desde el comienzo, cuando la Naturaleza cesa de prestar ayuda, entonces, dentro de un breve lapso, SE ESTABLECE UN NUEVO CICLO DE LA NATURALEZA AFECTIVA, y la libido de parte del hombre, y la respuesta de parte de la mujer, se tornarán naturales y automáticas, y la vida continuará como antes.

Pregunta: ¿Vale la pena el esfuerzo? ¿El hombre es lo bastante hombre para hacer lo necesario para continuar siéndolo? ¿Posee la mujer bastante afecto como para inducirla a realizar los esfuerzos necesarios para seguir siendo objeto digno de afecto? Estas son preguntas que todos los individuos (hombres y mujeres) deben responder por sí.

Si logramos propalar esta *ley de la naturaleza* para que todos los hombres y mujeres lleguen a comprender su potencia para la retención continuada de la juventud, entonces incontables hogares, de otro modo deshechos, seguirán felices y contentos, sabiendo que todo está bien.

Todos los hombres y mujeres deben contemplar una realización mayor de la vida *después* de la menopausia, cuidando y atendiendo en extremo todo su organismo al atravesar el cambio, manteniendo vivo todo el ser —la mente, el cuerpo y el Alma— mediante recreación; las facultades mentales despiertas y activas, el cuerpo viril a través del ejercicio. Han de asistir a buenos espectáculos, reunirse con gente refinada y jovial; disfrutar de la vida; no mencionar nunca el cambio que tiene lugar, excepto al médico; rehusar congruentemente reconocer el lado morboso de la vida. Han de comer sólo los alimentos que seguirán reconstruyendo el sistema mental y nervioso, creando las fuerzas vitales que mantengan el equilibrio.

Así como a la niña que ingresa en la femineidad ha de prohibírsele una labor intensa y ardua, de igual modo la mujer que entra en la menopausia debe evitar las actividades arduas de que antes disfrutara. El organismo puede requerir un suministro extra de energía nerviosa, empezando con la menopausia, y para que ella esté en su mejor forma, posiblemente en todo el resto de su vida. Frecuentemente, en este período de su vida, semeja un barco en alta mar, que transporta una pesada carga durante una tormenta. Para ajustarse a su curso y llegar a buen puerto, deberá reducirse la velocidad, para que haya una reserva de energía para todas las emergencias. Una vez completado el cambio, tal vez no necesite más fuerza y vitalidad extras, necesarias antes para su bienestar, ni tampoco recuperar la pérdida sufrida cada mes con motivo de la menstruación; así será más fuerte y capaz de esfuerzos mayores, y poseerá el poder de demostrar afecto más hondo hacia su marido.

Un grave error del pasado, que todavía prevalece, es la opinión generalmente aceptada de que la menopausia es una enfermedad, un mal del que no hay escape. Sin duda,

hubo buenas razones para llegar a tal conclusión, porque quienes antes gozaron de salud, fuerza y placeres conyugales, tan pronto ingresan en el cambio de vida —pues de eso se trata— son afligidos por diversas dolencias y debilidades, todas más o menos graves en sí mismas, y más graves todavía si se las descuida.

La menopausia es un cambio enteramente natural que va desde la *utilidad creadora* hasta el *reposo creador*. En vez de pregonar la enfermedad, la miseria, y no raras veces, el largo sufrimiento, debe, y puede, pregonarse la salud y la fuerza, un tiempo de goce de los frutos del período pasado de la vida.

Durante el cambio de vida, puede manifestarse alguna debilidad latente que no se evidenciara activamente antes, y cuando el organismo no está preparado para un esfuerzo extra. En vez de demostrar sabiduría y buscar la causa real, que a menudo se hallará en la falta de ejercicio, el exceso de comidas pesadas, el exceso de trabajo, condiciones insalubres, medio insalubre y abusos sexuales, se culpa a la menopausia de todo eso. En realidad, la menopausia nada tiene que ver con esa debilidad o sufrimiento, salvo proporcionar posiblemente una avenida para que se manifieste.

El cambio de vida jamás debe ser ocasión de temores ni miedos, sino que más bien ha de recibírsele buenamente como una oportunidad de paz y contento mayores, de una más profunda satisfacción mental, física y espiritual. Si se estableció la armonía en el organismo, la menopausia avanzará normalmente, y el cuerpo disfrutará al verse libre de muchas debilidades anteriores.

Sin embargo, hay un hecho que es preciso marcar con todo vigor en las mentes femeninas, a saber: si la mujer sufre lo que habitualmente se denomina “dolencia femenina”, padecerá en mayor o menor medida durante el cambio *a no ser que se tomen medidas correctivas*, y es difícil esperar que el cambio mismo sea una panacea, o el medio de librarla de sus anteriores males. De hecho, el cambio de vida puede incluso intensificar el estado, estableciendo invalidez crónica, arrebatos histéricos, nerviosos o irracionales, con el resultado de que la vida será muy triste para ella y todos los miembros de la familia.

Recomendación: Inmediatamente después de evidenciarse que el “cambio” comienza o comenzó, habrá de ser consultado un médico de confianza, efectuándose recuento de glóbulos rojos, tomándose la presión sanguínea y electrocardiograma y análisis de orina.

Cualquier anormalidad debe corregirse con tratamiento apropiado. En muchos casos, los servicios de un endocrinólogo experimentado serán de gran ayuda para que las mujeres atraviesen el cambio natural y normalmente, con inconvenientes mínimos. Las sustancias glandulares (biológicas) hace largo tiempo que demostraron su eficacia. Recuérdese que estas recomendaciones son tan importantes para hombres como para mujeres.

## LA CONTINENCIA EN LAS PERSONAS SOLTERAS

La vida continente, en relación con las personas solteras, es una proposición extremadamente simple en apariencia, pero después de un momento de grave reflexión, asume proporciones aterradoras, más especialmente al considerarse las diversas complicaciones concernientes a los diferentes temperamentos y edades, desde la juventud hasta la senilidad.

La vida continente se aprueba para las personas solteras, hombres o mujeres, sin tener en cuenta edad, color, credo ni clima, incluso luego de muy esmerada consideración y prolongada experiencia de su deseabilidad y malos efectos posibles.

Muchos de los que escribieron sobre este tema, del pasado y de la actualidad, reconocidos internacionalmente como autoridades, y cuyas conclusiones fueron aceptadas sin disensión, basaron sus deducciones en las leyes que gobiernan la vida y acción animales. Resulta extremadamente dudoso que alguno de estos autores haya vivido jamás fuera de los lindes de una ciudad o tenido alguna experiencia amplia sobre la vida animal.

Es casi seguro que si estos escritores hubiesen fortalecido su conocimiento con una estada más o menos prolongada en la región donde abunda la vida animal, rodeados de vacas, caballos, cabras y demás animales, habrían sido más cautelosos en basar sus conclusiones en hábitos y prácticas animales.

Esto obedece a que quienes hemos vivido en distritos rurales durante muchos años, acudiendo directamente a la Naturaleza en procura de información de primera mano, *presenciamos, una y otra vez, y por ello conocimos como un hecho*, que el padrillo, el toro, el macho cabrío y otros animales, practican constantemente la masturbación tras llegar a cierta edad, y que esta práctica puede agudizarse de manera tal que produzca gran perjuicio al animal, por lo que resulta necesario que los criadores de hacienda valiosa utilicen salitre para reducir los impulsos del animal, disponiendo sus establos de manera que esta práctica sea casi imposible.

Esta es una fea verdad, pero si se la entiende en general, obligará a muchas autoridades reconocidas a buscar fuera de los animales el conocimiento en que basarán sus teorías relativas a las prácticas sexuales.

En la práctica, todos los maestros de la especialidad que no basaron sus conclusiones sobre lo que creen que son las leyes y hábitos que gobiernan el reino animal, se apoya-

ron más bien en su interpretación errónea de las leyes de la Naturaleza, diciéndonos que es natural que el hombre viva continentemente mientras sigue soltero.

Esta inferencia es errónea, en primer lugar porque la ley que gobierna todos los reinos de la naturaleza creadora es: *Tan pronto las criaturas sensibles llegan a la edad en la que es posible la reproducción, se aparean, cohabitan regularmente en la estación de celo, siendo gobernadas exclusivamente por sus instintos; y muchos animales, de hecho la mayoría, son declaradamente polígamos.*

La Naturaleza no discrimina sobre si el resultado es realmente la reproducción. Es un hecho real que, en numerosos casos, especialmente entre animales finos, de raza, es necesario aparearlos una vez tras otra, antes que se produzca la concepción.

Es así como, en todo el dominio de la naturaleza, sólo se reconoce el instinto y la época de celo. Absolutamente, no gobierna código alguno de moralidad ni honor, y la única ley que se obedece es: *Usa la función y las fuerzas reproductivas tan pronto se desarrollen lo suficiente, y continúa con su ejercicio, siempre que sea posible, hasta que la edad señale el término de todo.*

Este es el mandato de la Naturaleza, y en efecto, nada hay más deseable para la humanidad que obedecer los instintos que gobiernan a los animales, incitándolos a la acción. Comprender y aceptar estos hechos nos impulsará a indagar más hondamente en procura de una regla de acción aplicable a la humanidad y en armonía con el gran designio divino.

¿Cuál es entonces esta Ley?

Simplemente ésta: El hombre es de naturaleza dual. Primero, el instinto animal o creador, el *impulso* biológico, gobierna sus deseos, y generalmente los obedece. De hecho, pocos logran el conocimiento y fuerza como para controlar sabiamente la función. Posiblemente esto esté bien; de lo contrario la creación cesaría.

Segundo, la herencia divina: una consciencia que acuerda al hombre el derecho de elección. Al conocer y sentir el impulso de su naturaleza humana y animal, el hombre posee una mente con la que puede mantener controlados los deseos de su naturaleza inferior.

Dicho concisamente, esto implica que, bajo los dictados de su naturaleza divina, el hombre ejercita la función creadora o animal sólo cuando su yo superior indica que es mejor para él que así lo haga.

Decimos “mejor” deliberadamente porque el código moral cambia de una época a otra. Lo que hoy se considera correcto, puede considerarse totalmente incorrecto en el futuro cercano. Esto se halla claramente indicado en los relatos bíblicos que registran actos que hoy en día se considerarían criminales, pero que en la época de su consumación fueron bendecidos por Dios, porque eran *necesarios* para la continuación de la raza.

Ni el instinto que gobierna la acción de los animales, ni las leyes de la Naturaleza, como generalmente se las entiende, son aplicables a la acción del hombre *iluminado*. Ba-

samos nuestras conclusiones e instrucciones en el hecho indiscutible de que el hombre es un ser responsable, dueño del privilegio de *libre elección*. Dentro de él hay dos personalidades enteramente separadas, una gobernada por la Ley Natural y el deseo *carnal*; la otra, por el Impulso Divino de Dios, *manteniendo en todo que esta Ley Superior gobierne sus actos creadores*; permitiendo ejercitar la función sólo cuando es en el mejor beneficio de la humanidad, del hombre mismo y del gran designio de Dios.

Casi desde el momento de nacer existe en la criatura un impulso, animal o humano, de ejercitar la función creadora. A medida que los días se convierten en semanas, las semanas en meses, y los meses en años, este incentivo continúa creciendo en intensidad, con el despertar del deseo, hasta el tiempo de la adolescencia, Cuando el anhelo de satisfacción es casi incontrolable.

Esto es comprensible cuando sabemos que sólo debido a este impulso constante se puebla el mundo. Si no fuese por este anhelo incontrolable, el conocimiento del dolor que sobreviene al nacimiento de una nueva criatura, y la grave responsabilidad que ello implica, induciría prácticamente a todas las integrantes del mundo femenino a rehusar la unión cuyo resultado es una nueva creación. Como dijimos, el impulso y deseo constante de ejercitar la función creadora es la Ley de la Naturaleza para su propia protección —una ley que todavía gobierna a la mayoría de la humanidad—.

Nadie necesita esfuerzo alguno, salvo los físicamente débiles, para que este anhelo inherente de satisfacción sexual crezca con el desarrollo corporal. Es la misma Madre Naturaleza que actúa dentro del vientre de la criatura, para que se convierta en co-creadora con ella.

Todo esto es irrefutable y se demuestra prestamente con el hecho bien conocido que descubrimos en niños de muy tierna edad, varones y mujeres, que practican la masturbación y continúan en ella hasta debilitarse o morir, hasta conocer sus resultados indeseables, o hasta que tenga lugar la relación matrimonial.

El niño es un producto de la Naturaleza y se desarrolla armoniosamente con las leyes de ésta, lo cual significa que hereda la fuerza y los vicios del reino animal, con todas sus tendencias; no hay necesidad de instruirle en las prácticas que pertenecen a los reinos animal y natural; *esta es una conciencia celular inherente*.

Como ya se mencionó, dentro del cuerpo animal, dentro del hombre carnal, con sus instintos animales, hay una potencia inherente que no posee el resto de la creación animal; *a esto lo llamamos el Principio Divino*; la Biblia lo denomina la “semilla”<sup>11</sup>. En general está dormido en todos los niños, y puede permanecer así durante toda la vida, permitiéndose que las naturalezas natural y animal gobiernen todas las acciones.

---

<sup>11</sup> Este *Principio Divino* o *semilla*, mencionado tantas veces en la Biblia no es la semilla procreadora, sino el *espíritu* de esa semilla, y su finalidad es la REgeneración. Deberá tenerse presente esto constantemente cuando se considere la *Regeneración de la Raza*.

He aquí la *clave* de todo el problema. Esto indica un método para la instrucción de los jóvenes, a través de cuya obediencia estarán capacitados para vivir la vida continente y dejar de lado, durante su existencia, las leyes natural y animal, cosechando así un gran beneficio antes que una debilidad.

Este resultado deseable sólo es posible a través de un sistemático curso de instrucción y preparación de los jóvenes, por el que se despierte la naturaleza Divina en el hombre, manteniendo a la par el desarrollo de la naturaleza animal creadora, al tiempo que se la controla. Esto no es tan difícil como se supondría, aunque requiere incuestionablemente auto-control y abnegación.

El método exige la cabal instrucción de todos los jóvenes sobre las leyes creadoras, los códigos morales y sus *posibilidades* Divinas; e inculcarles una captación integral de la finalidad del organismo creador y el ejercicio correcto de la función para los *tres fines específicos*, a saber: reproducción, RE-creación, o la reconstrucción del yo existente, y RE-generación.

La mera enseñanza de estas leyes a los jóvenes no sería más deseable que cerrar la válvula de seguridad de una máquina de vapor para impedir que éste se escape y que la presión aumente más que el poder de resistencia de la caldera. Si se busca comprensión y *protección*, debe existir un conocimiento cabal del poder y del uso de las fuerzas, *al igual que un método natural y divinamente aceptado para el uso, reabsorción o transmutación de la energía superflua*.

Sabemos que el hombre o la mujer que se entrega a un trabajo físico extremadamente arduo, a una preocupación, a una ansiedad, a un estudio intenso, o a un ejercicio o entrenamiento que requieran gran fuerza nerviosa o muscular, se halla, durante ese lapso, prácticamente libre de la *libido* o el *impulso* de la naturaleza creadora. Esto señala claramente un método por el cual las funciones pueden ser controladas sin efectos perjudiciales para el ser.

*Primero:* Una cuidadosa selección de los alimentos, incluyendo en la dieta sólo aquellos artículos que contengan el máximo de material revitalizador de los nervios y el cerebro, y el mínimo de sustancias estimulantes, irritativas y congestivas; una sabia selección de las bebidas, evitando las estimulantes y excitantes, como el té y el café; todas las bebidas alcohólicas y los denominados “tragos” suaves, pues estos últimos causan en realidad irritaciones renales que producen una acción directamente excitante sobre el organismo sexual, a menudo más destructiva que la cerveza o el vino de poca graduación, y en muchos aspectos igualmente más dañina que las demás bebidas alcohólicas.

*Segundo:* Baños frecuentes, para limpiar al organismo de toda congestión, manteniendo los poros de la piel libres de sustancias venenosas, y ayudándolo a cumplir sus funciones mediante la absorción de mucho aire fresco.

*Tercero:* Selección cuidadosa de las ropas, escogiéndolas tanto en cuanto a comodidad como apariencia; no demasiado ajustadas; ventiladas, permitiendo de ese modo que el aire fresco llegue a la piel. El usar ropa de lana muy cerca de la piel es muy indeseable salvo en las personas de edad, que llegaron a la senilidad. La práctica universal de que los niños y jóvenes usen ropa interior de lana debe condenarse siempre con severidad.

*Cuarto:* El ejercicio es de suma importancia. El ejercicio apropiado no sólo desarrolla el cuerpo, los nervios y los músculos, estimulando la mente, sino también las fuerzas de la circulación para que “impulsen” gran parte de los fluidos vitales que promueven el crecimiento, incentivando la mente y fortaleciendo el carácter y, con ello, atenuando o neutralizando el deseo de satisfacción sexual.

*Quinto:* La compañía. Es posible que nada más, salvo el alimento, tenga tan vasta influencia sobre los deseos como las compañías. Siempre que sea posible, éstas deberán elegirse entre jóvenes de similar edad, conocidos por sus limpias costumbres y lenguaje casto; asimismo, entre personas de más edad, capaces de inculcar valor moral, incentivos dignos y anhelo de realización. La mente más limpia y el corazón más puro pueden ser envenenados rápidamente escuchando de continuo conversaciones “insinuantes”.

*Sexto:* La Recreación. Esta es esencial para el bienestar de todos los niños y niñas, y debe incluir juegos, representaciones, películas y bailes. Todos los juegos que requieren actividad muscular y distensión nerviosa ayudarán a usar naturalmente la energía creadora acumulada y, al mismo tiempo, a elevar la mente, y hacer lo propio con los pensamientos, desde lo físico hasta lo mental y espiritual. Deberán ser prohibidos todos los bailes, espectáculos, óperas y juegos que, por su tendencia, sugieran o exciten la sexualidad.

*Séptimo:* Dormir tiene similar importancia; deberá regularse cuidadosamente las horas, disponiendo la hora de acostarse para que, en lo posible, facilite dormirse de inmediato, levantándose tan pronto se despierte por la mañana; a esto seguirá un baño de agua fría y ejercicios físicos.

*Octavo:* Enseñanza de la *responsabilidad personal*. El niño y el joven deberán ser instruidos congruentemente sobre la responsabilidad personal por todos los actos. Debe inculcárseles el hecho de que una expiación vicaria no puede relevarlos del castigo resultante de un acto que no es bueno, ni quitarles la recompensa por obrar bien. Deben ser instruidos en la función del organismo creador, y hacérseles comprender que su ejercicio como mero placer produce una pérdida que no puede ser reemplazada y prepara el camino para la debilidad y la enfermedad, para el agotamiento de la energía creadora del cuerpo, los nervios y la mente, *afectando directamente al Alma*. Esta, *respecto de las prácticas religiosas, ejerce poderosa influencia sobre la parte Espiritual del hombre*.

*Noveno:* Inculcar la ley de que todo acto y pensamiento tiene efectos sobre el organismo sexual, ejerce una directa influencia sobre la mente, los nervios y no sólo el Alma, y su bienestar futuro *aquí y después*. Cada desagote del organismo creador tiene poder sobre la mente y el Alma, y disminuye la posibilidad de la Inmortalidad; el ejercicio sexual sólo

está permitido *mediante la acción de la Voluntad con fines de procreación; de recreación del yo; y la RE-generación de lo Espiritual en el hombre; el goce es parte esencial del acto, pero de naturaleza secundaria.*

*Décimo:* Un sistema completo de ejercicios respiratorios que capaciten para que los fluidos seminales se pongan directamente en circulación *mediante la acción de la Voluntad*, ayudando a acopiar fuerza vital, poder mental y nervioso, en pos de la Espiritualización. Este es un directo proceso RE-generativo que permite que, quienes lo practican, eviten los destructores deseos del cuerpo, la mente y el Alma que a menudo vencen a los hombres y mujeres más fuertes que no poseen este conocimiento sobre la transmutación de las fuerzas.

Hasta ahora hemos considerado sólo a los jóvenes. Es cierto que es mucho más fácil tratar con éstos que con las personas de otra edad compuestas por hombres y mujeres que llegaron a la edad de la madurez y responsabilidad plenas, pero que, por razones que les competen, siguen solteros.

Con los jóvenes podemos empezar la preparación correcta a temprana edad pero con las otras generaciones deben vencerse dificultades mayores porque muchas de esas personas ya encararon equivocadamente la vida y la acción, fueron instruidas y preparadas incorrectamente, y posiblemente hace tiempo que son víctimas de hábitos degradantes. En general, todos deben seguir idénticos métodos, sin tener en cuenta la edad del individuo.

Las Leyes naturales tienden a que hombres y mujeres, pasado el período de la adolescencia, se unan y sean jefes de una familia. El temprano desarrollo de las funciones creadoras señala esto con claridad. Las costumbres y las graves responsabilidades implícitas hicieron que esto, lamentablemente, no pueda practicarse en demasiados casos. Sin duda, podrían evitarse muchos lamentables errores y vicios degradantes si los jóvenes estuvieran en condiciones de casarse poco después de llegar a la masculinidad y femineidad.

Constantemente estamos en contacto con hombres cuyas madres les indujeron a creer que la mujer moderna no es deseable como esposa, o para convertirse en madre de sus hijos; que ya no poseen las virtudes de las mujeres de verdad. Sobre esta base impulsan a sus hijos a permanecer solteros. En demasiadas ocasiones estas madres creen de verdad lo que predicán, pero en la mayoría de los casos, su argumento se basa en el egoísmo o en un complejo. Lamentablemente, también, muchas “autoridades” vastamente aceptadas hacen creer a los hombres que ya no hay una sola mujer virtuosa.

En proporción al número de mujeres, es posible que un gran porcentaje de ellas no llegue a constituir buenas esposas y madres como antes; no obstante, no faltan mujeres que, por su conocimiento mayor, pueden ser realmente mejores esposas, madres, novias y compañeras que hasta ahora. La vida es, en sí misma, más o menos un experimento. Ninguna madre está justificada para impedir que su hijo o hija se casen. Ningún hombre, ninguna mujer debe permitir que el temor o la cobardía le impida buscar su pareja debido a la posibilidad de incurrir en un error.

Como se dijo, la vida es un experimento; un experimento esplendoroso O terrible, dependiendo por completo de cómo la consideremos o de qué clase de material estamos constituidos. Dios permitió al hombre —o a su Alma— que se corporice en la carne y lleve al plano terrestre para que pueda conquistar el conocimiento A TRAVÉS DE LA EXPERIENCIA; o como Él Mismo dijo: “Que el hombre pueda conocer el bien y el mal”. ¿Por qué eludir la oportunidad? Mayor sabiduría se logra cometiendo errores, CORRIGIÉNDOLOS LUEGO.

Con demasiada frecuencia, hombres y mujeres temen abrazar el estado conyugal porque en sus hogares faltó enteramente armonía y, por ende, felicidad. En realidad, debido a su conocimiento de estas experiencias, tienen la máxima posibilidad de felicidad. Aprendieron por adelantado las cosas que acarrearán desarmonías y fracaso en el matrimonio y, al ser dueños de este conocimiento, pueden evitar experiencias similares.

Sólo *el cobarde elude las responsabilidades*. La gran Ley de Dios es: Uníos apropiada y sabiamente. El primer esfuerzo del hombre debe consistir en lograr el conocimiento de lo que constituye realmente ser un *Hombre*, las responsabilidades de quien ama, las responsabilidades de un esposo y un padre, buscando luego, sabiamente, una compañera, y dando lo mejor de sí. Este es el sagrado deber del hombre.

Con frecuencia se nos pide que tratemos a hombres y mujeres que, contrariados ante una primera relación amorosa, están realmente muertos en su naturaleza emotiva. Hay otros que evitan casarse porque actúan bajo el temor de una enfermedad inherente transmisible o incurable.

Estos, como los jóvenes, deben vivir una vida continente. REgenerativa. Si se ajustan al trabajo, al ejercicio, a la recreación, a la transmutación de las fuerzas vitales y a la estricta obediencia a la Ley Divina, serán dueños de salud, fuerza, paz mental y felicidad final.

La Ley de la Vida se basa en unirse y reproducir la especie. El matrimonio es el medio para la utilización apropiada de las fuerzas y energías creadoras, primero en la reproducción, luego en procura de salud, fuerza y bienestar.

El intercambio de estas fuerzas entre ambos produce estas condiciones deseables y, finalmente, la REgeneración de su ser: “la mortalidad se reviste de Inmortalidad”, como lo manda la Ley Divina. El matrimonio comienza con la pasión de los jóvenes y la generación, pero debe terminar en el afecto y la compañía durante la vejez, con la posibilidad de la Inmortalización de ambos. Este es, en verdad, el *camino* hacia la REGENERACIÓN DE LA RAZA.

## **EL SENDERO DE LA MUERTE I<sup>12</sup>**

*“El Alma que peque, morirá”.*

¿Cuántas personas, entre los numerosos habitantes de esta vieja tierra, leyeron la Biblia con deseo de aprender la verdad, y honrada o hipócritamente se llaman “cristianos”? ¿Cuántas estudiaron cuidadosamente los importantísimos libros de Moisés, en los que enfáticamente ordena al hombre evitar “echar su semilla en la arena”? ¿Cuántas personas, de las que leyeron las Sagradas Escrituras —así denominadas porque enseñan la ley— obedecieron realmente estas Leyes en sus actos y en su espíritu?

Es seguro decir que este mandato Divino se ha grabado en mayor o menor medida en los hombres que fueron sinceros en su búsqueda y estudio. Sin embargo, sólo comparativamente pocos comprenden en realidad que, en esta disposición, está contenida la ley de la vida y de la muerte del hombre como individuo, y de la raza en general.

La desobediencia de este único mandato en el “jardín” (el inicio del hombre consciente) fue causa de guerras y rumores de guerra, de pecado y enfermedad, de aflicción y, finalmente, de muerte; en pocas palabras, fue génesis de todas las condiciones indeseables que esclavizaron, y todavía esclavizan a la humanidad. Si no hubiese sido por esta primera desobediencia del hombre respecto de este mandamiento divino —que es la Ley de la Vida o de la muerte— que depende de si se lo obedece o ignora, la vida sobre la tierra habría sido una experiencia celestial y bienaventurada en vez del proverbial “arduo trabajo cotidiano”.

“El Alma que peque, morirá”; *Ezequiel* 18:4, 20, es una ley eterna e irrevocable, y aplicable directamente a la práctica casi universal del hombre de dar su “semilla a Moloch”, *Levítico* 20:2, i.e., “derramar la semilla en el suelo” en un sentido u otro porque esto es derroche, i.e., impía destrucción de la sustancia universal y creadora con la que el hombre es creado, y que constituye el material de los “templos que no son construidos con las manos”, que sólo pueden “alojar” a las Almas. Se trata de la sustancia universal, que Dios brindó al hombre para procreación o generación y para RE-generación espiritual.

---

<sup>12</sup> El acto (o actos) que se discute en este Capítulo constituye lo que, en realidad, es el *sendero de la muerte*. Sugerimos humildemente que, quienes cuestionen este hecho, consigan una buena Concordancia de la Biblia, y consideren cuidadosamente todas las referencias que tratan sobre la “semilla”. Con seguridad les aguarda un horrendo despertar.

En última instancia no importa por qué acto o actos específicos el hombre derrama su semilla en el suelo, ya sea que esté casado y viva una forma de prostitución con su esposa legítima, cometiendo alguna forma de polución, masturbación, *coitus interruptus* o cualquier otra práctica condenada por la Biblia.

El resultado postrero será invariablemente el mismo, con leves variantes, salvo que, posiblemente, un tipo de conducta es más “bestial” que otra, con perdón de las bestias del campo.

La sodomía y otras perversiones son, en verdad, más degradantes, hasta en el pensamiento y el deseo, que los actos no admitidos, i.e., NO SANTIFICADOS, cometidos por hombres y mujeres durante el rito matrimonial.

De todas las prácticas innaturales de la vida conyugal la polución del rito incompleto, o como se expresa en lenguaje bíblico, “de derramar la semilla en el Suelo” —a Moloch— es probablemente la más repugnante y degradante para el Alma, mientras el efecto que le sigue perjudicialmente está constituido por el *coitus interruptus*.

Si se consulta cualquier moderno texto médico sobre la materia —hay muchos editados especialmente para profanos— pronto quedará en evidencia que el coito sólo es posible como resultado de la afluencia sanguínea en el órgano masculino de la generación. El varón, a su vez, produce el mismo resultado en la mujer con mimos, caricias, etcétera.

En el coito normal y natural, el deseo de ambos, y los movimientos en armonía con el deseo, producirán un clímax o sensación, cuyo resultado es una liberación inmediata, seguida por la relajación de todo el organismo, ESPECIALMENTE el sistema nervioso con una normalización de la circulación sanguínea.

Si el abrazo marital es totalmente como corresponde, mental, física y espiritualmente, entonces sobrevendrá una sensación de bienestar, un abandono, por así decirlo, con deseo de descanso.

Sin embargo, si al practicar el Rito, ambas partes llegan a un elevado estado de excitación hasta que parecería que el organismo no puede resistir más, y luego el acto se deja sin concluir (*coitus interruptus*), al separarse las partes, no habrá abandono inmediato, ni relajación del sistema nervioso sino, por el contrario, una intensificación de la excitación, y la sangre no retrocederá de inmediato, dejando al organismo calmo y satisfecho.

Si se repite esta práctica una y otra vez, el resultado será congestión ovárica e inflamación, causando graves enfermedades en el sistema generativo femenino, con los nervios deshechos de parte de ella, y prostatitis de parte de él, lo cual termina siempre con alguna forma de operación quirúrgica para ambos. Incontables operaciones de esta clase pueden atribuirse, cada año, directamente, a esta práctica viciosa. Eso no es todo. Tal vez poco antes de que sean necesarias esas operaciones, haya repugnancia de parte de la mujer, y aversión por parte del hombre, porque éste se despreciará por esa práctica, pero culpará a ella de sus dificultades. Es razonable es-

timar que el ochenta y cinco por ciento de todas las operaciones de prostatitis, que el ochenta por ciento de las clasificadas generalmente como “dolencias femeninas”, se tornan necesarias debido a la práctica del *coitus interruptus* en una forma u otra. Además del daño causado al bienestar físico, el ochenta por ciento de las penas, aflicción, aversión y repugnancia en las relaciones conyugales es atribuible a estas prácticas; de ahí derivan los “infiernos” en vida y la consiguiente destrucción de los hogares.

La directamente responsable de muchas miserias de este mundo es la universal desobediencia a los mandatos de Moisés y otros autores bíblicos contra el hecho de arrojar “*cualquier ‘semilla’ a Moloch*”. Hombres y mujeres se prostituyen continuamente, agotando las fuerzas vitales hasta las heces, desechándolas como desperdicios, para satisfacer la pasión carnal. Por un instante de placer se paga un terrible precio de debilidad moral, sufrimiento físico y degradación mental.

En contra de todo cuanto enseñan quienes no logran comprender claramente la cuestión, sostenemos que el deseo sexual no es anormal, no es una herencia que llegó gradualmente al hombre cuando cayó de su estado elevado. “Él los creó varón y hembra”; por ende, el organismo creador, tanto del varón como de la hembra, fueron parte de ellos.

Dios no creó estos órganos para la mera satisfacción de haber realizado lo hasta entonces desconocido, sino porque los ideó con una finalidad noble —una finalidad específica— la procreación y la recreación.

Es irrazonable e ilógico creer que el hombre y la mujer no recibieron el deseo en el mismo momento de la creación; *porque donde no se conoce deseo, no hay empleo de una potencia o principio.*

Por ello condenamos y excluimos aquellas enseñanzas irrazonables que quieren hacernos creer que el deseo creador no llegó al hombre hasta después que *cayó* de su alto sitio.

Tales instrucciones inducen a la gente a creer que los anhelos sexuales son innaturales e impíos, incitándola a intentar suprimirlos, y al sofocar un impulso natural, crean un estado anormal, que culmina por lo general en vicios degradantes, en ritos sensuales que marchitan el Alma, y en degeneraciones.

Sostenemos firmemente que no hay nada impuro en todo lo atinente al sexo, ni innatural en el deseo normal, aunque admitimos libremente que hay muchas prácticas prohibidas de la función creadora, que terminan en aflicción, calamidad, y, por último, en muerte. La perversión a la que se somete la función es objetable, destructiva y degradante. Debemos ser razonables y diferenciar el uso correcto y sus resultados deseables, del abuso o del no-uso, y el castigo que el pecado impone al transgresor.

Condenamos enfáticamente las hostiles enseñanzas de que el deseo creador es destructor de la naturaleza espiritual del hombre. De hecho, la verdad es al revés aunque debe

entenderse que el apetito debe ser normal y la satisfacción no por mero placer. La pasión egoísta debe ser sometida estrictamente, y la finalidad del Rito ha de ser la generación o la RE-generación. No hay pecado en el éxtasis que acompaña a un “acto bien realizado”.

Debido a las enseñanzas perniciosas, que inducen al vulgo a creer que el deseo sexual normal es destructor de la naturaleza espiritual del hombre, muchos siguen el Sendero de la Muerte. Por un lado tenemos a quienes intentan matar todo deseo, y con ello destruyen la *fuerza* del poder del hombre —la base de su REgeneración y redención espirituales; mientras por el otro tenemos a quienes abogan por la salacidad y la pasión desenfadada, dando rienda libre a su pasión en relaciones promiscuas y amor libre, condenando al alma y convirtiéndose en leprosos morales.

La fuerza de la energía creadora es para el ser humano lo que el vapor es para la máquina. Cuando mayor es la cantidad de vapor, mayor es el poder, siempre que se lo dirija a través de cauces apropiados, y se lo controle. De modo parecido, cuando mayor es el poder creador del hombre, cuando se lo combina con un deseo normal, mayores son sus posibilidades de realización, siempre que, asimismo, estas energías sean dirigidas por cauces correctos, para la generación y la REgeneración.

El hecho de que los deseos sexuales, la *Libido*, son normales en toda la Naturaleza, está claramente indicado por el animal, que aunque no se aparee en toda ocasión, busca cumplir con la Naturaleza en la época de celo. Esto no puede denominarse naturaleza carnal, sino más bien naturaleza creadora del animal, que en ciertas épocas, despierta a fin de perpetuar su especie.

Muchos autores y educadores no parecen captar la diferencia entre el hombre y el animal, y no llegan a considerar diversos factores importantes. El animal busca aparearse sólo durante la época de celo, mientras el humano busca la satisfacción entre esas épocas. La naturaleza animal es simple; es enteramente carnal o animal, mientras la naturaleza humana es triple: 1) Animal o carnal; 2) Amorosa y/o afectiva; 3) Espiritual o Regenerativa. Si el hombre es *iluminado*, si es *hombre* de verdad, entonces estas tres naturalezas se coordinan al unísono durante el rito marital.

Lo que el impulso creador no pudo realizar en el animal, lo logra en el ser humano: el razonamiento diabólico que induce al varón a abandonar a la hembra cuando la pasión está satisfecha, o a pedido de la hembra. El varón, en muchísimos casos, no se degradó a un nivel inferior al de la bestia debido a sus deseos creadores sino a través de las prácticas abominables y degradantes con las que intenta saciar sus apetitos.

La verdad es con demasiada frecuencia desagradable de oír, y esto es particularmente cierto cuando se considera el problema sexual. Sin embargo, si somos hombres y mujeres, y no meramente machos y hembras —débiles y degenerados— tendremos vivos deseos de usar nuestras facultades racionales y considerar con cuidado este tema importantísimo desde todos los ángulos.

El hombre sano, normal e ilustrado, escoge un tiempo para todas las cosas, y aunque sea uno de los hombres más viriles, no pensará en satisfacer su deseo salvo en tiempo apropiado.

Cuando un hombre obra de otro modo, ello indica claramente ignorancia o debilidad, o algún estado morbosos que le asedia en su interior. En general, ingerimos tres comidas por día. Esto se convierte en hábito y sentimos hambre a ciertas horas del día sin detenernos mentalmente en la cuestión. Seguimos con nuestros negocios, nuestra vocación o nuestra profesión sin pensar en comida ni deseársela salvo en el momento apropiado.

De manera similar el hombre sano presta atención a sus deberes y rehúsa permitir que su mente se entretenga en la satisfacción carnal. Cuando el “tiempo es propicio” busca a su compañera y ambos se abrazan natural y santamente. Este es el plan de la Naturaleza y de Dios.

En verdad, es triste contemplar a muchos que viven para comer y beber, en vez de comer y beber para vivir, y que hacen libre uso de drogas para librar su cuerpo de las congestiones resultantes de sensualidad excesiva, a fin de poder satisfacerse otra vez.

Están a la par del hombre que ejercita su capacidad creadora, sin llegar al clímax real, para satisfacerse poco después otra vez y disfrutar de su goce carnal, ignorando completamente el hecho de que está generando una inflamación que, a poco, le imposibilitará realizar el abrazo marital normal, y que su “pecado” es tan grande y destructivo como el del hombre culpable de “echar su semilla en el suelo”.

Para el hombre de verdad, el amor debe ser la fuerza impulsora; el hombre de verdad, normal y sano, jamás, ni por un instante, considera sabio ni deseable tener comercio con una mujer hacia la que no siente afecto ni amor.

En el hombre primitivo había una sola cosa a considerar: el objetivo en vista era la procreación; aún no había obtenido el conocimiento del Alma humana, ni de la posibilidad de su Inmortalización por medio de la REgeneración. En su pecho podía existir amor hacia su pareja, y deseo de tener hijos, pero sus facultades racionales no iban más allá. Es incluso posible que, como en el reino animal de hoy en día, su compañera tuviese sólo cierto período durante el cual buscaba el abrazo, y el varón, que no conocía otra ley, obedecía al deseo de la mujer.

Ya no concordamos con los antepasados primitivos, aunque en algunos aspectos somos menos civilizados, si la civilización se basa en la moralidad y la espiritualidad.

Tenemos el poder de raciocinio, la comprensión y captación de que en el hombre hay algo más que satisfacción con comida, bebida y sueño, y un acto placentero a través del cual es posible la procreación. Sentimos dentro de nosotros que somos duales; que mientras tenemos un deseo de vivir y gozar, y dar placer, buscamos constantemente el ideal y anhelamos entender las leyes que conducen a la consciencia espiritual. El hombre primitivo era

cabalmente ignorante de todo esto; por ello es ilógico analizar los impulsos creadores desde este punto de vista.

Incuestionablemente, en el hombre primitivo había mucho que los modernos bien podrían aceptar como ejemplos para ajustar sus propias vidas a éstos. El hombre primitivo se contentaba con unirse a una sola mujer, y debido a esto, su organismo creador no se inflamaba como ocurre tan a menudo en la actualidad cuando los hombres se satisfacen promiscuamente, absorbiendo las fuerzas magnéticas mezcladas de numerosas mujeres.

Esto es siempre destructivo para la salud y la estabilidad mental. Cuando, para satisfacer las pasiones, hombres y mujeres se complacen en el coito con diferentes personas dentro de un lapso limitado, la sangre se convierte en una mezcla de fuerzas diferentes.

Esto crea en la sangre un fuego *consumidor*, un deseo constantemente creciente de satisfacción más frecuente, creando una irritación o inflamación del organismo creador que, como el *coitus interruptus*, termina en prostatitis en el varón, y en inflamación o congestión ovárica y otras graves dolencias en la mujer; y en ambos, en inestabilidad nerviosa.

Además, nuestros antepasados primitivos vivían, mucho más de lo que podemos suponer, en armonía con la máxima de todas las leyes; la que tan congruentemente inculcara Moisés, y a través de la cual intentara salvar a su pueblo de las tremendas enfermedades que lo asolaban. Estas enfermedades se originaban en un goce continuo hasta el linde de la satisfacción, interrumpiéndolo luego por un momento; con esto se engañaban, y hacían lo propio con sus víctimas femeninas, desafiando la máxima ley divina, condenándose y condenando a quienes participaban de su culpabilidad.

La gran mayoría de los hombres no está todavía familiarizada con la ley absoluta de que el hombre no tiene el mínimo derecho, ni estando casado, a abrazar a la mujer, a menos que sea impulsado por amor. Buscar el abrazo cuando la pasión y el deseo, sin amor, son el incentivo, es cometer un acto impío. Esto es prostitución, que concluye en aversión mutua, degeneración sexual, y finalmente en impotencia; y si nace un hijo, puede ser un ser débil, un idiota o con tendencias hacia el crimen o la insania.

La función sexual con todas sus potencialidades, utilizada sólo para creación y Recreación (del yo), es el don supremo que Dios brindó al hombre, convirtiéndolo en cocreador con Él. Mediante la elevación de esta fuerza, “la mortalidad está capacitada para revestirse de Inmortalidad”. Este es un factor poderoso de juventud, salud, belleza y longevidad continuas.

Por el contrario, el abuso de la función es la causa, ahora igual que siempre, de todas las plagas que aterrorizaron a la humanidad en todos los tiempos. Si buscamos una descripción de los graves resultados de estos abusos, sólo necesitamos leer inteligentemente el relato bíblico de Moisés con sus hijos en el desierto.

La raza estaba amenazada de extinción por los abusos y las prácticas degeneradas. Sólo se salvó por la oportuna intervención de Moisés y por el cese de la polución pecaminosa, por un lado, y el cese de “echar la semilla en el suelo”, por el otro.

La salvación de ese pueblo fue simbolizada por “la serpiente en alto”, i.e., la ELEVACIÓN, o la ESPIRITUALIZACIÓN, de todo lo perteneciente al sexo.

El uso *correcto* de cualquier potencia, siempre que eso incluya el uso normal, es el *único* método para obtener un poder mayor. El abuso de cualquier herencia potencial produce debilitamiento gradual y destrucción última: la disipación de ese poder. Esto es especialmente cierto respecto de todo lo perteneciente al sexo.

Repetimos enfáticamente otra ley que gobierna al hombre en su relación con la mujer y enteramente aparte de las ya mencionadas, pero que es de igual importancia, si aspira a llegar a su supremo desarrollo. Si bien es indiscutible que la *máxima* consideración que debe gobernar al abrazo es el *amor*, es igualmente cierto que el hombre debe acercarse a ella sólo obteniendo su consentimiento, preparándola con caricias y mimos, tan altamente apreciados por toda verdadera mujer normal.

Ningún hombre tiene derecho a poseer a una mujer hasta despertar en ella un deseo activo de ser poseída. Muchas mujeres consideradas frías o, en realidad, de sentimientos casi adormecidos, pueden ser excitadas hasta el clímax de la pasión amorosa con caricias bien dirigidas. La base de toda relación sexual debe ser el mutuo consentimiento sancionado con el amor.

Condenamos, con toda nuestra fuerza, la práctica de incontables hombres, denominados esposos, que poseen por fuerza a sus esposas, considerándolas obligadas a satisfacerlos debido a un certificado de matrimonio. Esto constituye violación en el sentido espiritual, como ocurre en verdad cuando el hombre fuerza a una mujer que no es su esposa — especialmente una mujer inmadura aún— para gozarla.

La trata de blancas, tan universalmente condenada, no es una pizca peor ni causa mayor de aflicción que la prostitución que practican de continuo incontables hombres y mujeres, quienes, aunque estén casados, no se aman mutuamente, y en muchos casos, realmente se odian y desprecian.

La víctima de la trata de blancas es quien, en contra de sus deseos, es convertida en prisionera y obligada a recibir atenciones que le repugnan, hasta que, al fin, lleva una vida inmoral deliberada, sin que la obliguen.

¿Hay alguna diferencia real entre la mujer de “mala fama” que vende su cuerpo, y la mujer casada que, por una razón u otra, permite favores que repugnan a su naturaleza, mientras posiblemente odia o alberga maldad contra su marido? No sólo sufre la mujer sino que también el hombre es gravemente sancionado; el incentivo puede diferir; los resultados últimos son idénticos.

Con frecuencia hemos dicho que las mujeres, especialmente las casadas, se convierten en esclavas de las pasiones de sus esposos. ¿Cuán innumerables son los casos en que los maridos aman verdaderamente a sus esposas, obedecen las leyes íntegramente, no se les acercan sino con caricias y consentimiento pero que, una y otra vez, se les consiente el privilegio sólo bajo la promesa de ser “cuidadosos”?

Dicho llanamente, ella sólo consiente después que él se compromete a “echar su semilla en el suelo”; con ello la protege pero comete el crimen que Moisés prohibiera a todo el pueblo so pena de muerte para el Alma.

¡Hombre necio! Porque ama y desea, satisface el pedido de su mujer sólo para descubrir que, por alguna razón desconocida, ella se torna menos amorosa y más irritable, más difícil de complacer, más insatisfecha y regañona; mientras él llega a preocuparse menos por ella y halla que gradualmente pierde su fuerza y virilidad, cabalmente repugnado respecto de todo lo relativo al sexo y la femineidad.

## **EL SENDERO DE LA MUERTE II**

### **LAS PERVERSIONES**

La perversión sexual, cualquiera sea su variación o manifestación peculiar, parece ser, en sí misma, una perversión. Semeja un sueño dentro de un sueño. Una de las múltiples avenidas creadas para la satisfacción del deseo anormal es la trata de blancas. Esta se organiza debido a la demanda de mujeres que han de ser explotadas con fines generalmente aceptados como inmorales. A menudo, hombres ricos en bienes mundanos desean jóvenes y niñas inocentes. Por lo común se hallan tan cabalmente saciados con los abusos más comunes de la función creadora que buscan de continuo el goce por vías fuera de lo corriente, y poseen los medios para satisfacer este deseo.

Esta es sólo una de las muchas razones para la explotación del máximo don que Dios confirió a la humanidad. Esto habitualmente conduce a la degradación, primero, y a la destrucción espiritual, al fin. Probablemente llevaría un enorme tomo separar y clasificar todas las razones. Entre las específicas hay algunas que no se deben a degeneración sino al impulso biológico por un lado, y a la ignorancia por el otro.

Entre éstas en primer lugar, están los incontables hombres solteros de toda edad, bien sexuados, con fuerte *Libido*, que nunca fueron instruidos sobre su control ni cómo podrían concretar un uso constructivo, e incluso *Inmortalizador* o REgenerativo de las fuerzas creadoras, dirigiéndolas sabia y correctamente.

Estos no piensan en cometer actos DEgenerativos. Sólo buscan alivio físico — nervioso y mental— y este es el único medio que conocen.

Otra enorme cantidad de hombres, clientes de casas de mala reputación, son tan inocentes como los pertenecientes a la clase recién mencionada. Estos se hallan en el número casi incontable de hombres casados que deben encontrar satisfacción en el hogar, pero cuyas esposas son naturalmente frías. Queda fuera de la cuestión que las esposas de esos hombres, o de muchos de ellos, son cabalmente egoístas, satisfechas de sí mismas, o quizá fueron víctimas de la ignorancia del marido al comenzar la vida de matrimonio. Subsiste el hecho de que sellaron dentro de sí el afecto y el deseo, y rehúsan satisfacer los deseos de su esposo, salvo ocasionalmente bajo una gran carga de compulsión. En tales casos, esposos y esposas son, en un sentido, inocentes de mala intención, pero su modo innatural de vivir

termina invariablemente en el burdel o el vicio solitario; en la degradación; en la insatisfacción, o posiblemente, en graves enfermedades, mentales y físicas.

Si pudiese efectuarse un cómputo, probablemente se descubriría que estas dos clases mencionadas —sin intención de maldad específica alguna— superan a todas las demás en su sostenimiento de casas de mala reputación, excepto durante períodos bélicos.

Cómo remediar esta condición destructiva, desmoralizadora y degeneradora es el gran problema que confronta la humanidad. Este problema debe ser resuelto, aplicándose el remedio, si las naciones han de ser redimidas de la desintegración que tiene lugar lenta pero seguramente. Las perversiones sexuales, cumplidas por un porcentaje en constante incremento de personas, deben conducir a un eventual derrumbe del cimiento mismo de la sociedad humana.

La historia, en demasiados casos, nos puso al tanto de que cuando la degeneración sexual se torna universal, condena a esa nación cuyo pueblo es el más culpable. Semeja un cáncer maligno que devora el corazón mismo del pueblo. En el pasado ésta fue la causa principal de la caída de grandes naciones. Sólo la virilidad del hombre hace posible el engrandecimiento de las naciones, y la virilidad y la masculinidad son destruidas seguramente por las prácticas de perversión.

En esa búsqueda de la causa de las prácticas degradantes y de la degeneración resultante, ¿ansiamos aceptar la verdad reveladora cuando estamos frente a ella?

Si es así, pronto aprenderemos que, en general, los padres cuyos hijos e hijas siguen el sendero de la izquierda fueron hondamente culpables, aunque con mucha frecuencia, ignorantemente, de infringir constante y coherentemente las leyes creadoras. Posiblemente no se deseó tener ese hijo, y por ello lo maldijeron con pensamientos y sentimientos durante el lapso del embarazo de la madre. Posiblemente la madre era frígida o insensible al afecto, y le repugnó el rito conyugal cuando tuvo lugar la concepción. En realidad hay implícitos cientos de “quizás”.

Hay que admitir que no siempre es culpa de uno de los padres, o de ambos, que el hijo se pervierta, *pero siempre hay una causa*. Las excepciones sólo ratifican la regla, e incluso en los casos aislados se descubrirá que, como en la herencia de la sífilis y otras enfermedades hereditarias, la tendencia puede derivar de los abuelos o tatarabuelos.

El único remedio que disipará la ignorancia que impregna a la humanidad respecto de la función creadora y de todo lo relacionado con ésta, consiste en la explicación constante de la FINALIDAD del sexo, de lo SACRO DEL SEXO, y de la observancia de las leyes creadoras como las instituyera la literatura sagrada, i.e., *como deber religioso esencial para la salvación del Alma humana*.

Debe existir una prédica muy enfática sobre los muchos y horribles castigos que deberá sufrir quien ignore o infrinja la Ley. Sólo de esta manera puede haber alguna

esperanza de regeneración de la raza —para restaurar en la humanidad la pureza primitiva y establecer una civilización superior.

Una de las causas máximas y más directas de la vasta y colosal ignorancia de las razas humanas sobre los aspectos físicos, morales y sagrados del sexo, su uso correcto y el castigo por su abuso, debe ubicarse en las iglesias establecidas. Los líderes religiosos no se animaron a ventilar este problema para que brillase sobre él la luz purificadora y curativa del conocimiento. En lugar de eso, ignoraron toda referencia a los horribles castigos de los abusos sexuales, por “derramar la semilla en el suelo”. También omitieron decir lo que podría haberse enseñado sobre las bendiciones del acto creador como uno de los fundamentos de la Inmortalización del Alma.

De las virtuosas que caen víctimas de los engaños de proxenetas y degenerados, tomemos como ejemplo a la niña que cae en las redes de una organización de trata de blancas. Si se admite que sufre las torturas de la mente y del Alma, descritas con tanta asiduidad, ¿es cierto que es enteramente inocente?

Algunas niñas son seducidas y apartadas del hogar y las amistades, mientras otras, más bellas y aparentemente más deseables, no son molestadas.

¿Por qué esto es verdad?

Posiblemente si indagamos profundamente la causa, encontramos en estas “descariadas” un deseo de aventura; el placer, las joyas y los bellos vestidos las atraen más que el amor por el hogar y la familia, y el orgullo de la inocencia; y esta ansia fue empleada por los explotadores para inducir las a abandonar todo lo real de la vida en procura de un futuro aparentemente brillante.

Instintivamente, estas niñas, aunque de buen corazón, estaban insatisfechas con su vida hogareña, con sus amistades, y con los goces corrientes que procura la comunidad. Miraban con ojos ansiosos esos otros bienes y placeres de los que tanto se ha escrito. ¿Cuál es el resultado?

Al aparecer ese extraño, espléndido y versátil, se apresura a mostrarle la insatisfacción y busca ser su amigo; juega con las emociones como un músico eximio con el arpa; le enciende la imaginación y le ofrece deslumbrantes promesas que abarcan el cielo y la tierra. Hay que admitir que casi todas estas niñas son honestas, mas todos los escrúpulos son prontamente vencidos por la falsa promesa de una vida cómoda o incluso de un matrimonio honorable.

Hemos indicado varias razones de porqué es aparentemente fácil para los explotadores de la virtud hallar sus víctimas, debido a la insatisfacción de estas niñas con su medio ambiente, sus amistades, bienes y placeres. Hay una *causa* innata para este descontento, y la presteza en hacerse amigas de extraños sin la apropiada presentación o el consentimiento de los padres; básicamente, esto es similar a la causa de las jóvenes pervertidas.

Los padres viven una vida de prostitución legalizada; la madre consiente el pedido del esposo porque desea su sostén, ropas, lujo y casa. En innumerables casos no hay amor entre ellos y el matrimonio es de conveniencia o egoísmo.

El hombre, por su parte, se brinda porque ella se lo pide, o en razón de que se le enseñó que es su deber. Ella, a su vez, escoge la vía más fácil, vendiéndose en procura de las comodidades que esto le reporta, o tal vez porque desea evitar el escándalo de un divorcio.

Ya se trate de culpa de uno u otro, o de ambos, no puede ser negado o contradecido el hecho de que el rito matrimonial es profanado, y que uno o ambos prostituyen una función Divina con fines egoístas. Donde hay falta de amor o afecto existe prostitución, aunque la pareja que se satisface sexualmente esté casada, y con demasiada frecuencia los resultados son hijos que no se desean.

Estos *nacen desgraciadamente*; no fueron concebidos en el amor —en la santidad— y consiguientemente carecen de amor innato hacia lo puro y lo bueno; están naturalmente insatisfechos y con mayor frecuencia que en sentido contrario, con un anhelo insaciable de todo lo que es inasequible en el medio hogareño.

*No hay Alma, o deseo espiritual en el corazón, hacia las cosas reales y duraderas de la vida, y consiguientemente no hay fuerza que resista los engaños de los lobos vestidos de ovejas.* Este no es siquiera el peor rasgo en estos casos; las hijas concebidas en la pasión, indeseadas y maldecidas por falta de amor antes de nacer, raras veces, si es que esto ocurre alguna vez, *reciben el cuidado apropiado y la preparación correcta.* ¿Quién puede culparlas si se convierten en prostitutas? Nuestra piedad, como la de Dios, debe estar con ellas.

Sostenemos: Si se da por sentado que marido y mujer se aman mutuamente, ansían hijos que bendigan su hogar, tienen un conocimiento correcto de las leyes creadoras, se convierten en padres de una niña, y la instruyen cabalmente, sin falsa modestia, con lenguaje casto, *jamás habrán de temer a quien se dedique a la trata de blancas, por más seductora que sea su charla y más espléndidas que sean sus promesas.*

¿Por qué?

Porque la niña que nació y fue instruida de esa manera no tramará relaciones sin informar a sus padres, ni concertará citas sin la aprobación de éstos. Aunque se la raptara, ninguna fuerza del universo podría inducirla a cometer o consentir lo malo; el honor será para ella más caro que la vida misma.

¿Dónde buscaremos el remedio para estos grandes males, y aplicándolo, salvaremos a la raza? ¿Castigaremos a los culpables, a los tratantes de blancas y sus esbirros, como es práctica común hoy en día, y allí nos detendremos? Este procedimiento es necesario, pero insuficiente; como todos los remedios locales, actúa sobre el efecto, dejando en actividad la causa.

Debemos eliminar la causa, instruyendo plenamente a las generaciones presentes y futuras sobre todo lo concerniente al organismo procreativo; ofreciendo un conocimiento

veraz de causa y efecto, y el mandato absoluto e irrevocable de que “el Alma que peque, morirá”, sin que ninguna fuerza del universo pueda desviar la ley o revocar el castigo cuando éste es merecido.

La niña que nace correctamente y es instruida correctamente jamás se franqueará ante quien la seduzca; esta es su salvación y protección verdaderas; mientras que el niño concebido e instruido amorosamente sobre las leyes que gobiernan a la humanidad jamás seducirá ni degradará a la mujer. La ruindad y la perversión innatas en el corazón de los niños no podrán manifestarse en su futura relación con sus compañeras.

No hay excusa aceptable para la ignorancia criminal que impregna a la humanidad sobre los abusos de las facultades y fuerzas generativas y regenerativas. No se permitirá más esgrimir como excusa que es irreligioso instruir a nuestros hijos sobre estos temas, por miedo a que utilicen impiamente este conocimiento. Por el contrario, *ahora llegó a ser un sagrado deber religioso instruir a los niños, clara y conscientemente, inculcando la verdad de que para que se salve el Alma, sólo puede hacerse uso divino (a través del amor, en el amor) de la función creadora, y que “echar la semilla a Moloch”, o tener contacto, cuando la lujuria es el incentivo de la acción, es condenar el cuerpo, la mente y, finalmente, la misma Alma.*

Cada niña y cada niño capaces de leer hallarán en los diarios información más degradante sobre los escándalos exhibidos ante el público que lo que posiblemente contendría la exposición íntegra sobre el sexo y sus leyes, cuando se la reviste de lenguaje sano y casto.

Permitimos constantemente que nuestros hijos lean escritos escandalosos mientras rehusamos persistentemente iluminarlos respecto de las funciones creadoras, sin permitir que se los instruya sobre el conocimiento correcto para que sepan cómo preservar su honor y pureza, protegiéndose contra las trampas y añagazas, la enfermedad, la aflicción y la miseria resultantes del abuso de estas funciones.

Con seguridad, debemos admitir que es mucho más deseable y noble enseñar la prevención del mal que castigar a nuestros hijos por la inmoralidad de la que pueden ser culpables y de la que podrían haberse salvado.

¿Quiénes son los que nos juzgan y promulgan disposiciones para que no enseñemos la verdad salvadora? Con raras excepciones, son quienes abusaron de sus funciones procreadoras hasta llegar a la incapacidad; consiguientemente, su acción está gobernada por su conocimiento del aspecto tenebroso, repugnante y degradante, y por su total ignorancia sobre el rasgo sublimizador, reconstructivo y regenerador.

Otra clase dispuesta a proscribir todo el tema corresponde a quienes son de temperamento frío, frígido, prohibitivo, que nada ven salvo lo malo en la naturaleza que es cálida, sensitiva, amorosa, normal, y por tanto, apasionada, *de acuerdo a los designios del gran Creador.*

Corresponde un gran despertar, una iluminación de la humanidad generalmente para el bien, la pureza y la nobleza de la sublime función creadora, para que se la utilice para mejorar a la humanidad antes que para su degradación. Es menester apreciar el hecho de que si la raza ha de ser redimida, es esencial actuar con prontitud; de lo contrario la fuente universal de la vida se debilitará de tal modo que será cabalmente imposible la purificación y fortalecimiento.

Una razón de porqué muchos hombres y mujeres buenos eluden el conocimiento relativo al sexo y sus funciones se debe a que durante tantos siglos fueron engañados con la idea, inculcada por la iglesia y el estado, de que el organismo creador no tiene otra finalidad que la procreación y el goce, sindicándose al goce como pecaminoso. Incluso ahora, todavía no pueden comprender el significado y ejercicio más hondos y sagrados de la función. No pueden llegar a comprender el hecho irrefutable de que cualquiera puede ser puro de pensamiento o intención y buscar deliberadamente una discusión franca sobre la cuestión sexual; todavía no despertaron al nacimiento de una nueva edad respecto de este problema.

El sexo fue medio de goce carnal primero, y de procreación después —más bien un incidente que una intención, para la mayoría— y de ahora en más se convirtió en símbolo de la *procreación de hijos deseados, anhelados y bienvenidos, y de la regeneración del cuerpo y del Alma, fundada en una base de amor mutuo*. No deberá ser considerado más como acto carnal y degradante que avergonzaría al más bajo en la escala animal, para no mencionar al Padre omnisciente que creó los sexos con fines santos, y al contemplar su obra, vio “que todo era bueno”.

Cuanto más pronto la humanidad pueda despertar a una comprensión plena del nuevo enfoque —cuanto más pronto convenzamos a las clases más inteligentes entre las que todavía existe el honor— más rápidamente podremos iniciar la marcha de la nueva raza hacia mayores logros, vidas más puras y una humanidad y una femineidad más verdaderas y nobles.

¿DÓNDE EMPEZAR? Esa es la cuestión.

Indudablemente, la iniciativa se tomará con la hija, y el tiempo apropiado es el instante en que ella es capaz de formular preguntas; la indagación indica claramente que piensa sobre un tema que es un misterio para ella.

Debe ser instruida, haciéndosele entender y creer que es la obra más bella, noble y sagrada de Dios; que tiene la responsabilidad de restaurar la raza en su primitiva pureza, con una personalidad sublimizada. Debe explicársele todo lo que le concierne; porqué es mujer, con qué finalidad está aquí, cómo debe precaverse y protegerse; que por sobre todo no debe permitir que se tomen libertades con ella; que debe seguir siendo normal y natural, una compañía agradable, una buena compañera, exigiendo en todos los asuntos respeto hacia ella y sus potencialidades creadoras.

Debe ser instruida en sus deberes, al igual que en los derechos del hombre; lo que puede pedir, al igual que lo que puede pedírsele o solicitársele correctamente, y hasta qué punto deberá satisfacer esa demanda. Debe ser enseñada plenamente sobre el poder que reside en su parte creadora y cómo debe emplear este poder en la génesis de una raza superior.

En pocas palabras, deberá llegar a captar cabalmente la gloria de su ser, y de modo similar, su debilidad, para que pueda precaverse mejor contra quienes busquen aprovecharse de ella.

Salvemos a la niña enseñándole cómo protegerse, sin rebajarse por razón alguna. En la femineidad redimida y glorificada reside la emancipación de la raza respecto de la degradación, el salvajismo, la guerra y la miseria. *El vientre de la mujer es sublime laboratorio de Dios donde es modelada la humanidad. Cuando elevamos a la mujer, también promovemos el incentivo de desarrollar una raza superior.*

Uno de los más grandes cánceres morales, que devoran el corazón de la humanidad, es la práctica casi universal de las relaciones sexuales promiscuas. Cuando llegue el tiempo en el que sea más bien una excepción que una regla que los hombres busquen el contacto carnal con más de una mujer, habremos avanzado mucho hacia la liberación de la humanidad respecto del *infierno interno* que la está consumiendo.

El hombre que llevó una vida normal durante años pero que, debido a la continua frigidez de su esposa, olvida el código moral y procura los favores de otra mujer, especialmente la mujer “que se vende”, de inmediato siente encendida su sangre con un fuego que ningún agua podrá aplacar. Si es lo bastante necio como para volver a su esposa y tener intercambio sexual con ella, le inoculará el virus; si de tal unión nacen hijos, éstos también pueden ser consumidos por un deseo imposible de satisfacer. ¿Es menester preguntarse por qué vemos tan raramente un niño o una niña normal, considerando que casi todo el mundo está lleno de este fuego impío?

El máximo crimen que puede cometer un hombre contra sí mismo y su progenie es buscar el abrazo sexual con más de una mujer dentro de un lapso limitado; pero es un crimen mayor aún en la mujer que lo cometa, porque absorbe directamente en su corriente sanguínea los diversos fuegos que actúan como lo harían los elementos químicos que no guardan afinidad, al ser colocados en una retorta.

Deseamos que se entienda claramente que no declaramos, ni siquiera indicamos, que todos los hombres sean infieles a la mujer, sea esposa, o novia, ni que todas las mujeres sean generalmente infieles, siquiera con el pensamiento, a sus esposos. Sólo nos hemos referido al vasto ejército de hombres y mujeres que no hallan nada sagrado en el sexo y que buscan constantemente el goce sexual a expensas de la humanidad, desafiando el mandato divino.

Si es imposible que un hombre despierte la pasión de su esposa con caricias y otros medios naturales para obtener la voluntaria satisfacción de sus deseos, no debe intentar siquiera obligarla, porque eso sería una forma de violación legalizada. Si al ser incapaz de controlar sus deseos, busca el abrazo de otra mujer, bajo ninguna circunstancia deberá, mientras continúe esa relación impía, realizarlo con su esposa; desobedecer esta ley es seguir el Sendero de la Muerte.

Para la mujer, las horrendas consecuencias de intentar armonizar dos o más fuerzas son mucho más desastrosas que para el hombre, debido a que la contaminación resultante de tratar de servir al marido y al amante es más directa y duradera.

Muchos hombres morales y honestos, durante un momento de descuido, consienten en descarriarse, por amistad o pasión. Después descubren que todos sus pensamientos, opiniones e ideas cambiaron. Se sienten descontentos con condiciones que antes les satisfacían, pero no pueden comprender la causa de esa insatisfacción e irritación que pueden acrecentarse hasta separarse de la mujer que amaban.

De modo parecido, la mujer que, al sentir herido u ofendido su orgullo, o que por intercesión de un “buen amigo”, se aparta del sendero recto y estrecho, engendra en su interior una fiebre que destruye la paz del corazón y la mente, y causa a menudo su caída posterior.

## **LA CONTINENCIA EN LAS PERSONAS CASADAS**

*No alentada por la Naturaleza ni por Dios*

El Creador, Jehová, no se equivocó en la manera con que concretó Sus creaciones, ni en las Leyes que estableció para que las gobernasen. Pensar incluso que instituyó un sector de la vida, estableció Leyes para su bienestar y continuidad, y luego las anuló, es acusar al Hacedor de ignorancia e indecisión, e imputarle todas las debilidades que poseen Sus criaturas.

El *hombre* fue creado por la sabiduría del Creador; varón y hembra los creó. Como en todas las cosas de la Naturaleza, aquí hay una dualidad, un equilibrio. No puede existir un estado unilateral. Sus planes para la raza humana no admitieron error y el hombre no puede mejorar las leyes instituidas para su guía y desarrollo.

Aceptando que Dios creó los sexos, se plantea el argumento de que quiso que el ejercicio de la función sexual sólo tuviese por fin la procreación. Tal argumento es ilógico e indigno de una mente sensata y sensible.

La Naturaleza es dual, hecho que resulta incontrovertible, como lo demuestran todos sus métodos y el accionar de las leyes. El plan de Dios respecto del sexo es también dual — dual en forma y en finalidad. El péndulo oscila con igual precisión en ambos sentidos.

Lo contrario al varón es la hembra; lo contrario de la generación es la REgeneración; lo contrario de la procreación es la REcreación del yo, lo que señala la Biblia: “deberéis nacer de nuevo”.

En términos simples, a través del ejercicio de la función sexual, mediante la generación, se produce la propagación de la raza, o la creación de la vida en otro cuerpo; a través del sexo, mediante la regeneración, se desarrolla la vida “más abundante” en el propio cuerpo. Por tanto, el sexo es tan indispensable y necesario para el individuo como lo es para la raza.

El bienestar, crecimiento y evolución del individuo se halla en proporción exacta a la importancia de poblar la tierra. La continencia carece de ubicación en la Ley de la Vida.

Si la actividad sexual es una violación de la Ley de Dios, entonces todos los que desobedecen esa ley deberán sufrir el castigo. (Nos referimos ahora al hombre y la mujer

normales, no a los pervertidos.) Está fuera de discusión que los hombres que viven en armonía con la ley cosechan los beneficios de su obediencia.

Por ejemplo: Los hombres que obran en conjunción con la ley que gobierna el cuerpo físico poseen salud; los que planifican y actúan en armonía con la ley de la prosperidad tienen riqueza y bienes, y así sucesivamente hasta el infinito. *Cuanto mayor es la armonía entre Dios y Sus hijos, más beneficios se conceden al hombre.*

Si el no-uso es la ley del sexo, entonces los comparativamente pocos hombres y mujeres solteros, de castidad absoluta, reciben las mercedes de esa ley; al ser “perfectos en la ley”, deben ser, y serán, dioses y diosas en grandeza de poder, belleza y persona, y avanzados en cuanto al desarrollo, para no mencionar la disposición vivaz y dulce.

¿Los hechos manifiestan esto? ¿Algunos adherentes a la continencia poseen estas deseables calificaciones? ¿No hallamos más a menudo lo aproximado a estas características en los casados felices, (de muchos abrazos mutuos, admitidos por ellos), que en los solteros?

Si se encara con justicia, sin evasión, esta cuestión importante, deberá admitirse que quienes siguen la continencia sexual ejemplifican casi universalmente rasgos desgraciados y debilidades muy indeseables.<sup>13</sup>

Demasiadas personas (por lo demás, inteligentes) creen y arguyen sinceramente que, así como los animales cohabitan sólo para perpetuar su especie, los hombres deben satisfacerse de igual modo imitando a las criaturas de los bosques y los campos, dependiendo únicamente de la actividad evolutiva para su desarrollo.

Podríamos argumentar tan razonablemente que los instintos y propensiones del caballo o la vaca, o incluso el cerdo, deben servir al hombre como ejemplo para que los espiritualmente despiertos comparen las demandas y necesidades de la naturaleza animal o de la vida vegetal con las de los seres humanos espiritualmente despiertos y en desarrollo.

La Naturaleza ajustó perfectamente las necesidades de los reinos animal y vegetal a las leyes de esos reinos. La línea demarcatoria entre el hombre y la bestia está trazada claramente, y una distinción igual existe en las leyes que los gobiernan. Se supone que los hombres viven en armonía con Dios, lo cual incluye a todas las otras armonías. Los animales y las plantas viven de conformidad con la finalidad de la naturaleza cuyo único y grande incentivo es la reproducción de sus especies; el resultado es que el ejercicio de la función creadora sólo tiene lugar cuando esto es posible. Dominado por la ley de su ser, el animal hembra consiente, y la concepción sólo ocurre mientras está en celo.

---

<sup>13</sup> Tenemos presente sólo a las modernas organizaciones de estilo propio, filosóficas y religioso-espirituales que enseñan la continencia a sus miembros y practican lo contrario, o demuestran ser culpables de peores formas de degradación sexual.

Una vez pasado ese período, rechaza todos los avances del macho, peleando si es preciso, para librarse de estas atenciones. Esta actitud se halla de conformidad con las leyes que gobiernan a los animales y de ningún modo se aplica a los seres superiores.

Dueño únicamente de naturaleza inferior, el animal no tiene posibilidad de regeneración; consiguientemente, no hay reclamo ni razón para la actividad sexual, salvo para la reproducción.

Los seres humanos son gobernados por una ley enteramente diferente. La mujer no concibe durante la menstruación, sino poco antes o poco después. No decimos que la concepción no tenga lugar durante ese período, o que no pueda tener lugar, *sino que sostenemos que no debe*.

Concebir durante este período es un crimen contra el Creador de los sexos, contra la mujer que consiente o sufre que esto ocurra, y contra el hijo que nacerá bajo tales condiciones. El resultado de la concepción durante la menstruación es siempre indeseable; un ejemplo de esto es el relato bíblico de Jacob y Esaú.

Hay tanta diferencia en la ley que gobierna la demostración del sexo, entre el ser humano y el animal, como en la cuestión de vestir y cubrirse, o en la clase y preparación de la comida. No sólo es irracional, sino también criminal, exaltar al reino animal como ejemplo para los humanos.

Hay tantas razones contra la práctica de la continencia como tonos en la escala musical. Declaramos aquí la más obvia, la física. No interesa qué realice el hombre, ya sea trabajo corporal fatigoso o estudio que agota sus nervios, o cuán burdo o espiritual sea su empleo o vocación, cuán poco o cuán filosóficamente piense; el cuerpo es un laboratorio que refina continuamente el fluido seminal y lo almacena para usarlo. Más tarde o más temprano este fluido, que podría denominarse más correctamente “elixir”, deberá usarse o disponerse de él.

Empleamos deliberadamente los verbos “usar” y “disponer”. Expresan exactamente lo que queremos decir. Tómese la forma más elevada de vida que el hombre es capaz de llevar; el hombre de sabiduría superior; el que tiene conocimiento divino de las leyes de Dios y, a través de él, sabe cómo usar el fluido seminal para REgenerar su yo, su cuerpo. Incluso en este caso, habrá un sobrante, y si éste no es absorbido de una manera natural, deberá ser eliminado del organismo, por la orina, la emisión nocturna, o de otro modo.

Si se permite que quede en el cuerpo sin absorber, se estanca y, por tanto, es venenoso para el sistema; y lo que es peor, tiene efecto destructivo sobre el tejido celular del cerebro, influyendo adversamente sobre los poderes de la Voluntad y la discriminación.

Esto a menudo tiene por resultado la perversión y termina con su autodegradación. La salud física y mental exige que los fluidos seminales no usados con fines creadores se vuelquen dentro de otros canales —el de la REgeneración y en la renovación de la vida y la fuerza.

Cuando más entienda el hombre las posibilidades, potencialidades y destinos de la raza humana, más sublime será su idea de los *poderes, fuerzas y posibilidades* del individuo.

Las conclusiones se basan en un fundamento verdadero cuando el hombre admite que fue creado con una poderosa naturaleza sexual que deberá usarse en actividades sabias y santas. Limitar esa aplicación o dirección reduciendo solamente su acción a la finalidad reproductiva es innatural debido a su naturaleza dual —humana y espiritual—, y frecuentemente conduce a la degeneración.

Las leyes de Dios y la naturaleza no limitan al hombre salvo para reducirlo dentro de los límites de las leyes naturales y espirituales. El fluido seminal es creado en abundancia por el organismo, y aunque el hombre tuviese que llevar una vida más o menos polígama, y además, usase todo lo necesario para la recreación y renovación de su cuerpo, las secreciones superarían sus demandas.

Hay muchas personas, en su mayoría espiritualmente degradadas por sus prácticas secretas, que deploran en voz alta la “vulgaridad” del impulso sexual, subrayando el sórdido aspecto físico; esas personas proclaman su repugnancia sobre el particular y que, a lo más, debe ejercerse sólo para cohabitar.

Así procuran mancillar una de las máximas mercedes divinas —el medio de la generación y la REgeneración— convirtiéndola en maldición o calamidad.

Estas son las mismas personas que, por lo general, son “demasiado finas” como para admitir a sus hijos que el parto es natural y normal, al igual que sagrado. Prefieren narrarles el cuento de que a los niños los trae la cigüeña, o el doctor en su maletín o los ángeles del cielo, todo lo cual los niños ya saben que es falsedad, y por eso consideran embusteros a sus padres, no confiando en ellos cuando buscan o desean la verdad.

Nuestra aseveración de que la continencia no está prescrita por Dios se basa en la verdad y no puede ser refutada con buen éxito. Debemos aceptar las leyes de Dios y de la Naturaleza. Ya no vivimos en una época de necedad y engaño personificados. Escapa a la comprensión del hombre y la mujer reflexivos cómo alguien puede argumentar que *en el reino de la ley y el orden, en el mundo de Dios, haya algo* que exija disculpa. Nada hay de qué avergonzarse, posiblemente nada pueda ocultarse con éxito.

Toda ley divina, y su accionar, es noble y bella. Los viejos conceptos y sentimientos de vergüenza deben ser abandonados. Todo lo que Dios Creó es noble, bueno y santo, *a no ser que lo convirtamos en innoble por abuso.*

*El mandato divino*, las leyes que gobiernan la vida, la creación y la recreación sexuales, no pueden ser anuladas por el hombre. Pueden ser pervertidas, degradadas y, en nuestra ceguera, podemos tratar de desecharlas, *pero el tiempo ajusta finalmente el equilibrio; en última instancia prevalece lo correcto.* Las leyes creadoras de Dios son más poderosas que las creencias, las costumbres establecidas o las enseñanzas religiosas de quienes

jamás atravesaron las barreras de la vida carnal, y por ende nada saben de la vida REgenerativa, de sus leyes o gracias.

Las instituciones, las leyes y usanzas humanas, la opinión pública y la mojigatería se esforzaron al máximo por cavar un pozo y enterrar este tópico importante del sexo. Poco importa si se practicó la continencia o no, mientras no se discuta la cuestión. Equivocados o no, quienes abogan por la continencia pueden enseñarla, si gustan, mientras no se la enseñe en masa, o se la contradiga abiertamente.

El silencio y la ignorancia eran considerados virtudes. *La cuestión, no decaerá.* No podemos permanecer más en silencio; *quienes conocemos la verdad, debemos proclamarla.*

Las enfermedades, mentales y físicas, que surgen de la adhesión a la continencia, antes atribuidas a otras causas, deben ahora reconocerse como resultado legítimo de una ley pervertida, y equipararse a los actos degradados y degenerados.

A lo largo de todas las épocas este feo monstruo, la continencia, mostró su cabeza. Donde paseó su horrible cuerpo, dejó a su paso las formas más degradadas de perversión y degradación. Le siguieron todos los crímenes en que se clasifica el mal.

El uso natural de una parte o función produce resultados naturales. El uso pervertido de un organismo o función produce condiciones indeseables y consecuencias destructivas. La salud, la cordura, el equilibrio mental y físico, todas estas bendiciones son parte natural de quienes viven en armonía con las leyes sexuales. Podemos encontrar (y *encontramos*) lo que se opone a estas bendiciones entre quienes adhieren a la continencia.

¿A qué obedece esta insensata discriminación contra ciertas partes del cuerpo? El alimento que el hombre come es digerido, asimilado, y el residuo, eliminado naturalmente. Esto no es sino un proceso estético, pero de él nada se piensa; siempre fue un tema franco; jamás se juzgó que considerarlo fuese degradante.

De hecho, no hay diferencia entre las leyes que gobiernan las funciones de la creación y las que hacen lo propio con la digestión, absorción y eliminación. Sólo por reserva esta parte del cuerpo es considerada innoble y algo de lo cual hay que avergonzarse. No es inapropiada la comparación de las diferentes funciones; la salud reducida a simples términos depende de que las secreciones sean asimiladas, eliminándose todo lo que sobra.

¿Generalizamos cuando decimos que la ley física actúa exactamente del mismo modo, ya sea que deba evacuarse el colon o aliviarse una glándula? Pensamos que no. En uno y otro caso, la supresión o retención es lesiva.

Si por cualquier razón los intestinos no trabajan apropiadamente, no vacilamos en consultar al médico en procura de tratamiento. Hay hombres y mujeres preparados para enseñar y aconsejar sobre cuestiones sexuales. ¿Por qué consultar a un médico sobre una cuestión e ignorar la otra, la más importante?

¿Hay mucha diferencia (si es que la hay) en la razón y principio de la eliminación tal como la manifiestan los diversos órganos del cuerpo? El alimento es recibido en el estómago y reducido a una forma esencial para su asimilación y la reconstrucción de la estructura corporal. Esa reconstrucción es asumida por la sangre, que se oxigena en los pulmones, y reconstruye los huesos, los músculos, los nervios y la carne.

El desperdicio sale del cuerpo a través de varios órganos de eliminación, no de uno solo. Los intestinos, los riñones, los pulmones, la piel y los órganos sexuales secundan, en su totalidad, a la naturaleza. ¿Es sensato o razonable descalificar a cualquiera de éstos por aversión debida a ignorancia, vergüenza o culpa?

Si los intestinos no cumplen apropiadamente su función, sobreviene la constipación; hay un consiguiente envenenamiento del organismo, denominado “autointoxicación”<sup>14</sup> o autoenvenenamiento. El resultado es la enfermedad, que en última instancia produce la muerte, a no ser que eliminemos la causa para que los intestinos cumplan nuevamente su labor normal.

Si un hombre ignora conscientemente esta ley física, y si le toca enfermarse, y finalmente morir, ¿no es un suicida? La ley de Dios es *causa y efecto*; el hombre rehúsa ayudar a mover el intestino; esa es la causa. La muerte es el efecto lógico.

Al Creador no le interesa cómo eludimos Sus leyes, ni qué métodos empleamos para ello; el castigo es siempre el mismo; nunca falla.

Cuando no estamos en armonía con la ley, cosechamos el desastre. El hombre es culpable de suicidio ya sea que ingiera veneno, se pegue un tiro o rehúse auxiliar a un intestino enfermo. Ante el gran Dador de Vida, estas diversas infracciones producen los mismos resultados; todas son igualmente efectivas para provocar el desastre.

Si los riñones no cumplen sus funciones apropiadamente, el resultado es la enfermedad. Se manifiesta la nefritis o alguna otra dolencia; esta es la señal de que no funcionan según la ley que los gobierna. Si no se aplican remedios, la muerte es segura. Si los pulmones no cumplen su deber, se debilitan gradualmente, aparecen señales de tuberculosis y la muerte sólo es cuestión de tiempo.

La ley que gobierna es idéntica en cada parte del sistema eliminatorio. Todos estos órganos reciben una parte de nutrición de la comida que se ingiere. Guarda proporción con sus requerimientos para la reconstrucción y reparación de su organismo particular.

Todo lo que no se usa en construcción o reconstrucción, es rechazado y *debe ser eliminado; de lo contrario deteriorará, inducirá irritación y finalmente destruirá. Esta es la Ley.*

---

<sup>14</sup> “Autointoxicación” es un término mal empleado. La reabsorción de material venenoso se conoce como “Toxo-absorción”. Véase *Diet, The Key to Health*. Philosophical Publishing Company, Quakertown, Pensilvania. E.U.A

La ley de eliminación se aplica igualmente a todos los procesos eliminativos del cuerpo. Del alimento suministrado al cuerpo, el organismo sexual escoge su parte. No puede apropiarse de más partículas de ese alimento que los intestinos o los riñones. En cada área de la construcción y reparación hay desperdicio; *éste deberá ser desechado de un modo u otro.*

Si se sigue la idea nociva, insalubre y contraria a la ley, de la continencia, y se retiene el desperdicio, éste vuelve al sistema general como veneno congestivo y positivo, que en última instancia induce una enfermedad y puede ser causa de la muerte.

El efecto patológico de las diversas infecciones produce diferentes enfermedades en el cuerpo.; esto es, la acción de los venenos secretados por los diferentes órganos produce numerosas dolencias.

El efecto de un riñón enfermo no es similar al de un hígado inflamado; aunque la enfermedad de los riñones tiene directa influencia sobre el organismo sexual, porque antes se creía que aquéllos eran las “riendas” bíblicas donde *se producía el fluido seminal.*

La infección debido a fluido seminal estancado es de gran proyección, y engañosa; el veneno así generado no sólo afecta los tejidos corporales sino que también, a través de la sangre y del sistema nervioso, ataca los centros de actividad mental y puede tener como resultado la misma forma de la neurosis. Las facultades racionales y la naturaleza moral se rinden ante esta insidiosa infección.

El imbécil y el pervertido son ejemplos extremos; pero el mundo está lleno de otras víctimas inoculadas con la infección mental y física. El onanismo, la sodomía, así denominada por el gomorraísmo de Sodoma, según la Biblia, y las casas especializadas en los barrios de los burdeles de las grandes ciudades, son prueba de esto. ¿Puede alguien poner en duda la necesidad de instrucciones científicas y filosóficas sobre este tema?

Quienes adhieren a la continencia declaran que el amor es la prevención y la cura de la enfermedad, ya se trate de la naturaleza sexual o de cualquier otra parte del cuerpo. La divinidad del amor es una cura, pero el hombre o la mujer que vive desobedeciendo a Dios y Sus leyes no está en situación de hablar sobre los principios del amor en sus aspectos superiores, ni de aplicarlos.

Formulamos una protesta contra ese hombre o mujer que usa el amor mundano. No posee el mínimo concepto de su significado. El amor y el sexo son partes duales de la naturaleza emotiva; no puede haber amor verdadero y duradero sin sexo vigoroso. *La fuerza del amor de un hombre es igual a la virilidad de su poder sexual.*

¿Es posible que un hombre ame a una mujer, habiéndose privado de su “fuerza masculina” por malos hábitos o masturbación?

*¡Enfáticamente, no!* El amor, como lo experimentan los seres encarnados, no puede divorciarse de la alquimia del sexo. Un hombre puede ser mentalmente fiel a la mujer, pero eso no es amor.

Vayamos más adelante. ¿Es posible que ame a su padre, a su madre, a sus hermanos y hermanas en el sentido más verdadero de la palabra? Nuevamente repetimos no. Si no es un *hombre* cabal, no está en posesión de las prerrogativas del hombre.

Sigamos esta cuestión hasta sus últimas consecuencias. ¿Es posible que ame verdaderamente a Dios? La respuesta es parecidamente enfática: “NO”. Amar de verdad es amar totalmente (santamente) con toda la propia naturaleza, como una unidad.

El hombre enfermo o subnormal no es un todo; la mitad de su naturaleza emotiva es débil o neurótica, y un hombre por la mitad no puede dar amor total de hombre ni a una mujer ni a Dios.

Todos los hombres y mujeres famosos que llegaron a ser grandes en el mundo de la acción y la realización fueron dueños de naturalezas sexuales plenamente desarrolladas y normales. Los célibes y eunucos declarados no figuran entre los Inmortales. Si existiera algún mal uso de la función sexual por parte de hombres y mujeres famosos, ello correspondería a superactividad, jamás a no-uso.

Es cabalmente imposible que un hombre sea sano, viril y fuerte, capaz de actividad física y mental en cualquier línea de trabajo del mundo, si no atiende a los órganos de eliminación de su cuerpo. Ni es posible que un hombre sea sano de cuerpo y de mente, lleno de fuerza y vivacidad, si no vive una vida natural. El hombre que tiene hambre de amor, el sistema inflamado, y la mente envenenada, tiene pocas oportunidades de triunfo o felicidad.

La denominada doctrina de la continencia puede compararse a una pileta de agua, rodeada por una pared de argamasa. El agua fresca se derrama en la pileta y ésta, al llenarse, automáticamente desagota lo que sobra. Desde entonces, sólo una cantidad de agua igual a la que se desagota o evapora llega a entrar en la pileta. ¿Cuál es el resultado? Un niño podría barruntar el resultado. *Estancamiento*.

La vida y la pureza del agua dependen de una salida del agua que ya está en la pileta, y un ingreso de agua fresca, o circulación y aireación. Si se interfiere esto, el estancamiento genera venenos y cada partícula que busca su afinidad, sube a la superficie de la pileta, se une con la materia virulenta que ya está allí y forma una película ponzoñosa en toda la extensión del agua.

Así como la pileta de agua requiere un ingreso de agua fresca para mantenerla pura y salubre., de igual modo ocurre con el organismo creador humano que necesita un ingreso constante de fluidos vitales. Esto presupone una salida. Si se niega esta salida, la naturaleza utiliza otros medios para proteger sus intereses. La continencia es un cierre deliberado de esa salida; consiguientemente, sólo hay sitio para una cantidad infinitesimal de frescos fluidos vitales, estando ya inflamado el organismo.

El resultado es el estancamiento de los fluidos seminales en el organismo creador. El estancamiento siempre crea venenos. El veneno creado o generado en el área inflamada, se abre paso a través de la circulación, afectando a todos los tejidos del cuerpo.

A esto le sigue, en última instancia, un equilibrio alterado, que afecta a todo el cuerpo del hombre; minando su naturaleza moral, matando su conciencia espiritual, debilitando la Voluntad, y, como resultado de la irritación, dando ímpetu a un incrementado deseo. Al cerrarse la salida natural y normal, la naturaleza creadora se vuelca sobre la salida culpable.

Bajo la continencia autoimpuesta e irracional ingresan en la existencia perversiones de muchas clases y miles de males. La mentalidad se debilita gradualmente, la Voluntad pierde su poder, y el hombre se convierte en desamparada víctima de sí mismo, todo bajo el engaño de que recorre el sendero que conduce hacia la espiritualidad.

## **LA CONTINENCIA I**

### *Un problema individual*

El problema del sexo, como el de la dietética, es individual. Los hombres difieren uno del otro en sus necesidades. Si bien se necesitan diferentes alimentos para diferentes tipos de personas, las leyes generales que gobiernan la nutrición se aplican a la raza en su totalidad. Lo mismo ocurre con las leyes que gobiernan la función creadora. Estas también tienen aplicación general; pero la actividad individual *debe estar en armonía con la Ley*.

Algunos hombres almacenan una inmensa reserva de fuerza vital. Aunque en el trabajo y la vida en general se gasta más que la cantidad normal de vitalidad, hay todavía un excedente que deberá dirigirse por otras avenidas. La salida más importante es por medio del *ritmo marital intercambiando* otras fuerzas tan esenciales para el bienestar mental y físico. Naturalmente, las personas solteras necesitan un método diferente.

Para que la REgeneración Racial se asegure, deberán entenderse y obedecerse plenamente las leyes de Dios y la naturaleza, pues ellas conciernen física, mental Y ESPIRITUALMENTE al avance del hombre. Las ideas preconcebidas deberán cambiarse por conocimiento real. Sólo la verdad es aceptable como guía.

Este enigma del sexo es uno de los más importantes de todos los problemas del hombre, individual, nacional e incluso universalmente. En la vida de matrimonio, la relación marital normal entre marido y mujer es no solo esencial para la salud corporal y mental de aquéllos a quienes directamente concierne, sino también, igualmente, para la procreación de una progenie sana, normal y desarrollada simétricamente, y por ende importante para la raza del futuro.

No es posible que un hombre, tras hallar satisfacción en el rito marital durante un lapso considerable, luego, ya sea por libre albedrío o por condiciones que no controla, lleve vida continente por un tiempo y luego retorne al rito marital con el mismo grado de satisfacción que antes. ¿Y por qué no?

El laboratorio creador (de la “semilla” o espermatozoide) está continuamente en actividad, empezando con la adolescencia y prosiguiendo hasta la menopausia. La “semilla” creada o manufacturada constantemente por este gran laboratorio no solo se usa para crear nuevos seres, como tantos creen, o como intercambio con la compañera durante el rito ma-

rital para el ser físico, mental y espiritual, sino también para reconstruir el yo; los gérmenes de la “semilla” o espermatozoide a menudo aparecen en el tuétano y en otras partes del cuerpo.

Este laboratorio está en constante actividad manufacturando fuerzas vitales, y si el hombre, como resultado de alguna noción equivocada, deja de proporcionar una salida a estas fuerzas o sella esta “fuente de la juventud” (reconociendo que este laboratorio deja de funcionar al concluir la juventud), y si el hombre rehúsa mantener en circulación el fluido seminal o las fuerzas vitales, se inicia una forma de estancamiento con la que actúa en sentido contrario sobre todo el ser del culpable. Para permanecer sano y normal es esencial que el organismo reproductor del hombre siga activo mediante uso normal y natural. Todavía consideramos a las personas casadas.

¿Y qué puede decirse del aspecto femenino de este importante problema? En una práctica médica de más de cuarenta años, con experiencia en casi todas partes del mundo y en el tratamiento de muchos miles de mujeres, jamás hemos encontrado una mujer verdaderamente normal y sana, si su marido era necia víctima de creer en la continencia, practicándola ella también. Sin excepción, el organismo del sistema generativo femenino estaba enfermo de una u otra manera. Desubicación del útero, ovarios inflamados o congestionados y paredes vaginales ulceradas, con leucorrea, eran solo parte de sus dolencias.

La práctica de la continencia entre personas casadas no solo produce debilidad sexual y desmoraliza al hombre sino que también castiga a la mujer con indecibles males.<sup>15</sup>

El hombre que persiste en esta práctica (bíblicamente) ilegítima hallará una declinación gradual de su capacidad general. Su mente se torna menos lúcida; hay incapacidad de análisis minucioso. Pierde el incentivo para planificar y actuar, negativizándose mentalmente. En lo físico decae prontamente; a poco sufre cefaleas, se vuelve nervioso e irritable, y contrae dolencias digestivas. Con la supresión de la actividad sexual, también se presenta una inercia general y el desarrollo de tendencias neurasténicas.

Tales efectos indeseables son sólo el comienzo de las calamidades que sobrevienen a esta práctica destructiva. A continuación de la debilidad de las facultades mentales y la general inercia corporal, llega la influencia debilitante sobre el poder de la razón y la Voluntad, culminando en la desintegración gradual de la fortaleza moral. Tal estado queda a sólo un paso de la perversión sexual.

Es posible que las confesiones más desgarradoras a que nos vemos obligados continuamente a escuchar provengan de aquellos hombres, muchos todavía en su juventud, quienes, a través de designios bienintencionados o de modernas prédicas onanísticas, procuraron vivir la vida continente, para hallar tan sólo que, al despertar finalmente a sus debe-

---

<sup>15</sup> Hay incontables casos en que, debido a enfermedad de marido y mujer, es necesaria la continencia por periodos más o menos prolongados. En estos casos, entra en juego un poderoso factor psicológico, pero aun así, habrá que sufrir castigos por infringir una Ley positiva

res de esposos se descubrieron tan debilitados que no pudieron siquiera iniciar el cumplimiento de sus deberes.

¿Cuál fue la consecuencia natural? Una esposa desilusionada, acusando a su cónyuge de gastar su fuerza *masculina* con alguna otra mujer, o buscando un amante capaz de reemplazar la debilidad evidenciada por el hombre *cuyo deber y deseo* tendrían que haber sido amarla y *abrazarla*.

El ejercicio sexual es una función natural del hombre. Al contrario de la misma función y su manifestación en el animal, es no sólo para la procreación, sino también para la *regeneración del hombre íntegro, mental y físico*, al igual que para la regeneración de su cónyuge y compañera. El gran Creador tuvo esto en vista cuando dio al hombre una mujer como su compañera cotidiana.

No es difícil señalar una prueba concluyente (de que el ejercicio sexual no tuvo una sola finalidad) del rimero de argumentos y enseñanzas contradictorios.

Contrástese las inclinaciones del ser humano con el animal. En el orden inferior, donde gobierna el instinto, más bien que el pensamiento y la *capacidad de planificar*, la hembra busca al macho (nótese esto cuidadosamente) durante su período menstrual. En ningún otro momento demuestra su deseo de apareamiento; tampoco el macho reconoce que ella existe, como hembra, antes ni después de ese período.

Si quien creó a hombres y animales estableció leyes idénticas para que los gobiernen por igual, ¿por qué implantó, en los dos, instintos creadores separados respecto de la misma función?

¿Por qué las inclinaciones animales y humanas son radical y fundamentalmente diferentes? ¿Por qué la hembra animal busca el apareamiento durante el período menstrual, siendo ello absolutamente repugnante para la hembra humana?

Como ya se advirtió, el animal hembra desea aparearse durante la época de la reproducción; el macho se siente atraído hacia ella y ella lo busca en este tiempo especial.

Ocurre de modo radicalmente diferente con la mujer, lo contrario en todos los aspectos; impura durante este período, durante el tiempo del flujo menstrual, ella es pasiva; normalmente la idea del abrazo le repugna; si las caricias despiertan sus deseos, rechaza todos los avances, a no ser que haya engrosado el número rápidamente creciente de perversos. Si desease el ejercicio conyugal y concibiese durante el tiempo de su impureza, el resultado es un hijo marcado en un sentido u otro.

A diferencia del animal, excepto en casos extraordinarios, la mujer demuestra afecto y deseo después, (no durante) de sus horas de abstinencia. Por regla general, si concibe poco después de este período, el resultado será un hijo fuerte; y puede afirmarse, de paso, que cuanto mayor sea la pasión —el amor es uno de los aspectos de su deseo— más fuerte y viril será el vástago.

La posibilidad de concepción decrece con el paso de los días que suceden al período menstrual. Después de diez días hay una posibilidad constantemente decreciente de embarazo; y no es probable que pueda concebir hasta un día (o algo así) antes de iniciarse realmente el próximo período.

Si la concepción se produce durante el período pre-menstrual, es posible que el hijo sea deficiente en cuanto a fuerza vital; la energía sexual vital, almacenada en la madre desde la anterior purificación, se agotó y de esa manera le impide legar la vitalidad plena que ella misma no posee.

Por regla general, hay cierta cantidad de días de cada mes durante los cuales las mujeres, en su mayoría, no pueden concebir, y por ende la reproducción es imposible. No obstante, una mujer puede, durante este período, desear grandemente el abrazo conyugal. Si se tuviese a las leyes del mundo animal como guía de la raza humana, ¿por qué se conceden a la madre de la raza aproximadamente catorce días sagrados, “días francos” en los que la libre satisfacción no le está negada? Es significativo notar que, en el momento en que el animal hembra desea, busca la satisfacción.

Si la continencia es una doctrina sana, ¿por qué la hembra de nuestra especie está llena de anhelos insatisfechos más de la mitad de su tiempo? La religión revelada enseñó a los hijos de Dios que, durante este tiempo, el hombre (y la mujer a través de éste) puede ponerse en contacto con los habitantes de los espacios estelares, y recibir fuerza y sabiduría para que lo guíen.<sup>16</sup>

Es evidente para todos, salvo para los fanáticos ignorantes y de mentalidad estrecha, que Dios instituyó para el hombre una ley creadora y recreadora, totalmente diferente de la correspondiente al animal. Hombres y mujeres hallan realmente fuerza, salud, renovación de la juventud, paz mental y mayor amor, junto con todos los poderes y bendiciones, a través de la obediencia a la ley del uso correcto. El ejercicio sexual es fuente de incentivo en cuanto a pensamiento y acción; cuanto más fuerte sea la virilidad, mayor será la potencialidad para el logro; ese ejercicio es fuente de salud, de felicidad, y de todos los beneficios pertenecientes a la vida.

Cuando hablamos de esta manera amplia y enfática, tenemos presente la satisfacción racional, *no* la licenciosidad. El ejercicio normal y la licenciosidad están tan apartados como los polos terrestres. Uno induce salud, bienestar y la posibilidad de triunfo; la otra incita la enfermedad, la morbosidad, la perversión (muy a menudo), y la destrucción de todo lo que es bueno, terminando habitualmente en una muerte innoble.

El deseo sensual debe ser controlado de la misma manera que todos los demás apetitos. El hombre sabio come sólo lo suficiente para proveer a las demandas del ser físico. Demasiado alimento congestiona todo el organismo, produciendo algo muy opuesto al efec-

---

<sup>16</sup> 1 Véase *Eulis*, Philosophical Publishing Company, Quakertown, Pensilvania, E.U.A.

to deseado. El ejercicio de la función creadora deberá existir hasta el punto que conduzca a la salud y la vitalidad; una satisfacción normal concluye siempre en paz y contento.

La cuestión del temperamento es de vasta importancia al enfocar el problema que consideramos. La REgeneración racial no puede llegar a ser ciencia basta que entendamos las disposiciones individuales, y las combinaciones características buenas y malas. Ignorar las demandas de los diferentes temperamentos produce pecado y sufrimiento. La unión de las naturalezas es problema tan importante como la unión de los cuerpos.

Por ejemplo: Un hombre de temperamento vital, lleno de virilidad y fuerza, jamás debe casarse con una mujer de naturaleza fría, carente de imaginación y flemática. Tal unión convertirá la existencia en un infierno para ambos, y los hijos de esa unión serán, con seguridad, deficientes mentales, o sufrirán con frecuencia alguna debilidad física.

La selección cuidadosa de la compañera adecuada es de primera importancia; el desarrollo racial depende de la selección correcta. Un hijo normal sólo puede esperarse cuando el goce, la paz mental y la satisfacción completa acompañan al rito matrimonial, y eso es imposible donde la pareja está unida inapropiadamente.

Así como a menudo resultan niños anormales de la unión de padres viriles y madres frías, de igual modo sucede cuando la madre desea el abrazo del padre dos veces por semana, en armonía con las reglas de Salomón, y se le concede el abrazo, a regañadientes, una vez cada quince días. He aquí un ejemplo de este estilo:

Tan sólo una semana antes de escribir el párrafo precedente, una mujer, a quien atendíamos durante una grave dolencia nerviosa, ahora madre de dos hijos, y encinta del tercero, nos confesó que sus fuertes ataques de irritación nerviosa, que llegaban a la acción irracional, eran resultado directo de un continuo deseo de abrazo sexual; esto lo obtenía posiblemente una sola vez por semana, o cada dos semanas, y *entonces sólo a su pedido*. ¿Cuál será el resultado de esa concepción? ¿Hombre alguno tiene derecho a ser padre si no podrá proveer (o no proveerá, como en este caso) correctamente a los deseos de la futura madre?

La enseñanza y obediencia de la doctrina de la continencia, jamás regulará las tendencias de la edad ni logrará reformarlas. Muy al contrario; con la práctica de esas engañosas instrucciones es seguro que lo que deseamos regular, o aniquilar, se establecerá con mayor firmeza.

La continencia es, en sí misma, una forma de perversión; sólo en rarísimos casos el hombre puede iniciar la vida continente sin revelar signos de debilidad, nerviosidad y, si confiesa la verdad (muchos lo han hecho), incluirían distorsiones mentales: pensamientos e imaginaciones que conducen a la perversión. Esta es la primera etapa de deterioro; la segunda le pisa muy cerca los talones; la negación de todo amor, el egoísmo, y finalmente, la degradación.

Un apetito normal *insatisfecho* incita a una perversión de ese deseo, *sin una sola excepción*. La supresión de cualquier anhelo, poder o potencia naturales jamás tuvo buen éxito ni podrá tenerlo. *Nada muere*. Cuando se intenta suprimir o destruir una tendencia normal, sólo la controlamos durante un tiempo limitado hasta que tiene lugar un cambio en su actividad y luego, bajo algún disfraz, se manifiesta en una nueva esfera.

En el plano físico nada hay superior a lo normal; si esto cambia de forma o diseño, se torna anormal. Consiguientemente, si se suprime una facultad sexual normal, ésta se torna innatural, siendo el primer paso por el sendero de la perversión.

Hemos oído cómo los hombres que practican la continencia justificaron su acción diciendo que si todos los hombres obraran como ellos, los barrios de los burdeles, de pueblos y ciudades, pronto se extinguirían. Esto es verdad aparentemente, pero esconde una falsía. No son los hombres de prácticas sexuales normales quienes dan vida y sostén al vicio, sino los culpables de intentar suprimir el deseo normal, y aquellos que actúan en un medio de vida donde se les niega la acción normal.

Miles de hombres están hambrientos de expresión amorosa debido a la ignorancia de sus esposas. Estas mujeres aprendieron que el sexo es degradante; que reconocer en sí mismas la pasión es una admisión vergonzosa. Ellas desaniman la relación sagrada, y los esposos, si son normales, buscan alivio y comprensión en otra parte, por lo común entre las indeseables de la población ciudadana, porque *tienen demasiado respeto y caballerosidad como para acercarse a una joven o a una mujer a la que no podrán ofrecer un matrimonio honorable a cambio de su favor*.

Tales mujeres destruyen su propia naturaleza amorosa y cambian lo que debería ser un hogar feliz por un mero hospedaje; todo porque se juzgan más puras y santas que el Creador que las hizo para que amasen y expresasen su naturaleza sexual, acordándoles un organismo maravillosamente construido para ese fin, pero que ellas “entierran” como hiciera el personaje bíblico con sus talentos.

Hay incontables hombres y mujeres (algunos leerán posiblemente estas páginas) que se ufanan de adherir a la doctrina de la continencia, ¿y por qué? Porque, por una razón u otra, *no pueden ser de otro modo*. Gastaron su “herencia” en una vida disoluta. Perdieron salud, fuerza, e incluso deseo; su laboratorio “divino” cesó de funcionar. Dios ha dicho de éstos: “el Alma que peque, morirá”.

Hay hombres y mujeres, fanáticos y de mentalidad estrecha, quienes, debido a alguna amarga experiencia de la vida, excluyeron de sí toda partícula de corazón y de Alma. No pueden amar; desapareció toda calidez; perdieron todo poder de afecto conyugal. A menudo se los denomina “seres de rostro avinagrado” y merecen ese apelativo; pero hay que tenerles mucha lástima.

Otra clase, capaz de continencia en el significado aceptado del término, son neuróticos y víctimas de excitación religiosa que frecuentan reuniones de esa índole. Estas perso-

nas son, por lo general, sexualmente enfermas, y en estado de histeria, a menudo sin saberlo, experimentan el *clímax del orgasmo*, quedando laxas, débiles y contentas con su santidad.

Estas mismas personas, por lo común mujeres, alaban a los gritos la continencia, la pureza de su vida mientras, de hecho, son víctimas de autosatisfacción (masturbación inconsciente) producida por fervor religioso; y este estado es mil veces peor que el ejercicio que deploran en los demás.

Hay numerosos tipos de hombres que consideran utilizable a la mujer sólo debido a su capacidad para satisfacer sus degradantes deseos. Estos no pueden persuadirse que la mujer tiene deseos legítimos y derecho a experimentar las mismas sensaciones placenteras que ellos anhelan.

Estos brutos son una maldición y una blasfemia sobre las santas y creadoras instituciones de Dios. Ellos ejercitan la función sólo para su propia satisfacción y, tras lograrla, dejan a su compañera en un estado de febril excitación. Dios tenga piedad de las víctimas de seres tan crueles e ingratos; ellas sufren con exceso sin falta de su parte. Una repetición continua de esta práctica destructiva tiene por resultado una irritación interna, induciendo, con el tiempo, un estado anormal del organismo creador.

Esa situación insatisfactoria a menudo actúa como incentivo para que la mujer purísima se entregue a vicios solitarios o se convierta en la amante del primer hombre real, lo bastante sensato como para apreciarla. Si tuviésemos que ser árbitros y juzgarla, dispondríamos su libertad con una bendición, encarcelando al bruto culpable de su caída.

No sólo las mujeres sufren a este respecto. Hay incontables hombres, de corazón y naturaleza afectivos y fieles, dotados de gran virilidad, llenos de amor y honor hacia sus esposas, pero a quienes se les niega casi todos los pedidos naturales. Su sentido del honor y renuncia a la promiscuidad les impide buscar satisfacción fuera de sus hogares. Como queda insatisfecho su deseo normal de abrazo conyugal, gradualmente se produce una irritación del canal urinario. Las glándulas se congestionan, luego se inflaman e hinchan, y esto produce muchos casos de prostatitis, ruinosa para la salud y el afecto. Esto destruye lo que otrora fuera amor honesto, inclinación normal acordada por Dios.

Hay una clase de mujer responsable de otra fase muy maligna. Hay muchos hombres buenos, casados con mujeres que buscan todo el bien para la vida matrimonial, pero que rehúsan aceptar los deberes de la maternidad, y desean, buscan y hasta exigen la satisfacción sexual. Ellas estipulan que el esposo esté con ellas un rato y luego se retire; esta práctica es el *coitus interruptus* o “echar la semilla en el suelo”.

Probablemente no conocen el mandato divino contra “dar alguna semilla a Moloch”, *Levítico 20:2*, i.e., echar la semilla en tierra de una manera u otra; no obstante, deberán cumplir todo el castigo que la ley impone. Infalliblemente sobrevienen la enfermedad, el embotamiento de los sentidos, el disgusto y, finalmente, la repugnancia. Si se continúa,

estas mismas Almas corren peligro, y el hogar que podría haber conocido la felicidad se convierte en un infierno conyugal.

El rito marital debe ser llevado a término de manera perfecta. Hay un modo correcto y otro equivocado ningún hombre tiene el privilegio de abrazar a una mujer a menos que ambos obedezcan la ley sexual que Dios y la naturaleza instituyeran.

La ley de reciprocidad es *positiva*. Cuando la pareja inicia el abrazo, no se separará hasta que ambos participantes estén plenamente satisfechos. Si se obedece fielmente este mandato, no hay pérdida de fuerza vital en ninguno de ellos. El hombre absorbe la potencia magnética contenida en las secreciones de ella; la mujer absorbe el principio vitalizador, la energía viril, que es la *vida* del fluido seminal. De esa manera ambos intercambian la esencia de la vida, la salud y la felicidad.

Al recorrer el sendero de la vida encontramos toda clase de personas. Aquí y allá descubrimos una mujer que pasó la vida sin conocer los beneficios ni el goce del abrazo sexual; por lo común, se trata de un derivado de una infortunada relación amorosa.

La amargura y la contrariedad la hicieron inclinar contra el amor, o cualquier expresión de éste, tal como ella lo conoció. Tales mujeres son por lo general violentas en su denuncia contra toda relación sexual, en su condena de todo lo que se le refiera. Estas mujeres son prueba de nuestra afirmación de que la continencia afecta la mentalidad como el ser físico de quienes adhieren a ella.

Hay muchos hombres que enferman sexualmente a temprana edad y luego caen víctimas de perversiones. Estos hombres jamás conocieron el abrazo con una mujer femenina que, en su amor, lo ofrezca todo. Estos hombres, al tornarse incapaces, pregonan su fe en la continencia, con el consiguiente desdén de todos los que conocen la razón de sus opiniones.

Aseveramos sin miedo: *Jamás hubo un hombre sano, normal y nacido correctamente que haya tenido inclinación alguna de vivir la vida de continencia*. Exceptuamos a los hombres incendiados de santo celo religioso.

Dios decretó: “La belleza de la mujer es su cabellera; la gloria del hombre, es su fuerza.”

## **LA CONTINENCIA II**

### *La dualidad en la conducta humana*

Ya hemos dicho que la dualidad es la Ley de la existencia. Es un oscilar constante del péndulo, desde el extremo derecho al extremo izquierdo; desde el extremo izquierdo al extremo derecho. Sin esta actividad dual, habría aquietamiento, estancamiento, muerte. El extremo de la continencia se une al extremo opuesto: la degeneración y el libertinaje; una tan destructiva como el otro. Sólo entre estos dos opuestos podemos hallar el racionalismo, el naturalismo y, finalmente, la divinidad.

El degenerado y el libertino consideran la vida digna de vivirse sólo con la práctica de excesos sexuales; sólo los seducen la variedad y la promiscuidad. Como el glotón que sólo vive para comer, estos seres humanos son gobernados por la carnalidad. Existen sólo para el goce de la vida sensual; son esclavos de un apetito depravado; y esto es producto de la irritación e inflamación del organismo creador.

Quienes predicán y realmente practican la continencia dejan en la inanición a todo su ser; al cuerpo, a la mente y al yo espiritual, porque rehúsan proveer a su organismo el magnetismo vital obtenible únicamente a través de un intercambio apropiado, y mediante una supresión de una función natural producen el estancamiento. Los culpables de diversos excesos no sólo conmueven continuamente al sistema con corrientes de fuerzas magnéticas de múltiples fuentes, sino que también producen una conmoción contraria en el sistema nervioso mediante diferentes grados de vibración.

Así provocan irritaciones en el organismo creador, de manera muy similar a la congestión resultante de la práctica de la continencia, y ésta, a su vez, da pábulo a la prostatitis y todas las dolencias concordantes.

Se pregunta con frecuencia si la continencia es tan dañina para la mujer como para el hombre, y de qué manera aparecen sus efectos perjudiciales.

La base del deseo sexual varía ampliamente entre el varón y la mujer, y difieren los resultados de la satisfacción. En general, el deseo de coito de la mujer tiene su incentivo en una emoción enteramente diferente a la del hombre. En éste surge de un deseo de mera complacencia sensual.

Raras veces ésta es la base del deseo de la mujer. En ella el acto se basa más en el deseo de dar goce al ser amado, antes que a su propio deseo de satisfacción. El amor o la naturaleza afectiva de la mujer es más fino, más puro y menos egoísta que el del hombre y abarca diferentes emociones.

Cuando decimos que el deseo de satisfacción se basa en el goce o propia satisfacción, no debemos olvidar que con salud y bajo condiciones normales hay un impulso y una *necesidad interiores* e inconscientes de alivio físico de parte del hombre, y una relajación nerviosa y emotiva, de parte de la mujer. Esta es una demanda adicional de la naturaleza en procura del intercambio del espíritu en las fuerzas vitales; esto último es muy importante para la salud y el bienestar físico.

La diferencia entre los sexos es física y emotiva. Físicamente, en el varón hay glándulas que forman una reserva para almacenar fluidos altamente vitalizados, que no sólo contienen la “semilla” de nuevas creaciones, sino que también actúan como excitante del ejercicio de la función.

Este fluido, con su “semilla”, deteriora y se torna irritante si no lo recibe la circulación sanguínea para reconstruir y revitalizar el organismo, o no se intercambia durante el abrazo marital.

La mujer no posee esas glándulas. No secreta fluidos vitales de su naturaleza, pero no debe descuidar el hecho de que las glándulas vaginales hacen afluir un líquido vitalizado o magnético en las secreciones.

Este no es excitante pero se convierte en irritante si el amor y la naturaleza afectiva no se satisfacen como lo exige la naturaleza.

Estas diferencias físicas evidencian que el deseo en la mujer no se basa en el almacenaje de fluido que actúe como excitante sino que, como se dijo, se basa en una excitación nerviosa cuya acción es provocada por la proximidad y las caricias del varón. Debido a la carencia de glándulas que almacenen una esencia vital, la continencia no es tan dañosa para la mujer como para el hombre; no obstante la mujer que practique la continencia no eludirá todo perjuicio, no quedará indemne.

Cuando se excita el sistema nervioso y las secreciones fluyen libremente por la vagina, esto es casi siempre señal de una congestión sanguínea del organismo creador; y a no ser que se alivie esta congestión mediante el proceso natural del abrazo sexual, sufre todo el sistema generativo.

Los efectos destructivos de la continencia aparecen mucho más rápidamente en el hombre debido a que su naturaleza se excita con mayor facilidad, y carece de alivio porque no libera el fluido seminal. Este fluido actúa como irritante del canal urinario, suscitando una sensación de antagonismo hacia todo lo que le rodea, y una morbosidad concerniente a la vida en conjunto.

Hay aún otra razón de porqué la continencia es más dañina para el varón que para la mujer. En ésta, la naturaleza estableció adecuadamente una salida periódica para alivio y purificación de todo el cuerpo, y especialmente del sistema generativo.

La naturaleza no provee al varón con fuente regular de alivio alguno. Debe depender de una cantidad de otros medios; pérdidas involuntarias durante el sueño o con la orina—no del todo deseables—, absorción de los fluidos vitales por la circulación; o *en el coito*.

La muy discutida cuestión de la intensidad del deseo, en el sentido de si es mayor en el varón o en la mujer, no puede responderse al azar ni en conjunto. El equilibrio entre los sexos está preservado; pero en lo que a los individuos concierne, varía según su temperamento.

En la práctica de muchos años como médico, y una igual cantidad de años como confesor, tuvimos amplia oportunidad de investigar este problema cabal y ecuéanimemente. Por las confesiones de muchas mujeres sacamos la conclusión de que el deseo de éstas, cuando es despertado con reales caricias amorosas, es de una intensidad desconocida para cualquier varón. El sistema nervioso femenino es infinitamente más delicado, y de la delicadeza de los nervios depende la capacidad de sufrir o gozar. En verdad, el sistema nervioso femenino puede compararse a las cuerdas de un finísimo violín, mientras que el del hombre mucho se parece a las de un piano de estilo antiguo.

Muchas pacientes declararon sin vacilar que la inflamación de los ovarios, la congestión del útero y el horrible flujo de *fluor albus* se debían directamente a una pasión plenamente excitada pero que quedó insatisfecha.

Esto es tan universalmente cierto que convertimos en regla invariable, para llegar a un diagnóstico correcto, interrogar cabalmente a la consultante respecto de sus hábitos de vida sexual. En el setenta y cinco por ciento de los casos considerados, las dificultades pudieron referirse a la insatisfacción forzada o parcial del deseo, o al *coitus interruptus* en una forma u otra.

En las solteras, el alivio puede hallarse a través de un cambio de hábitos de vida, y en tratamientos locales y aplicaciones sedantes. En las casadas, es posible una cura si hay deseo mutuo de corregir los errores del abrazo marital.

El cincuenta por ciento de las aflicciones, sufrimientos y dolores de las mujeres, ya sean físicos, mentales o domésticos, o una combinación de los tres, pueden referirse a la ignorancia relativa a cuestiones sexuales, a desobediencia de las leyes referentes al sexo, o a que se recurre a prácticas innaturales.

El otro cincuenta por ciento observado fue resultado de una vasta variedad de causas, que individual o totalmente podrían acentuar el sufrimiento debido a enfermedad del organismo creador. Bajo este título podría mencionarse el exceso de trabajo, y la consiguiente reacción, comidas demasiado sustanciosas, o congestión del sistema, que tiene influencia fuertemente adversa sobre el organismo creador. En el caso de las niñas, se descu-

brió que el baile y otros ejercicios realizados en compañía de jovencitos, aunque sin que aquéllas sean conscientes de ello, excita las pasiones y emociones, y crea perturbaciones en el sistema generativo.

Sin temor a contradicciones, puede afirmarse que, si bien la intensidad sexual puede, en general, ser igual en ambos sexos, la mera pasión prevalece mucho más en los hombres que en las mujeres. Con demasiada frecuencia los hombres buscan el abrazo como cuestión de alivio y goce, mientras las mujeres, como ya se mencionó, se excitan sexualmente más a través de su deseo de prodigar goce al ser querido, que a través del estímulo de la real pasión física.

Es fácil hallar la prueba de esto. El hombre, al excitarse, busca el alivio, aunque sea por medio de una mujer a la que rehusé reconocer en cualquier otro momento. *Esta ha sido la maldición de la familia humana*. La mujer, por el contrario, raramente haría esto. Si no puede ser primero incitada emotivamente, permanece fría ante todos los avances, indicando que el afecto —no la pasión— es la fuerza motivadora que la impulsa a responder.

Hay excepciones, por supuesto, a toda regla, pero tenemos presente a la vasta mayoría de hombres y mujeres respetables. Este análisis no se aplica al libertino que se vanagloria de sus seducciones y amoríos, ni a las mujeres prostituidas que buscan vivir vendiendo sus cuerpos.

Al discutir los problemas de la continencia, deseamos plantear al estudiante cada fase de la cuestión para que no haya malos entendidos. Todos los investigadores admiten que los más desarrollados de la raza humana no llegaron todavía a la perfección última en la comprensión de las Leyes Creadoras de Dios. Nuestras afirmaciones pueden parecer radicales, incluso dictatoriales. No las representamos como finales ni absolutas; las planteamos como de acuerdo con los hallazgos de una vasta experiencia. Sugerimos que los investigadores sopesen nuestras aseveraciones a la luz de sus propias observaciones, manteniendo una mente abierta, “aferrándose luego a lo que es verdad”.

Cuando afirmamos que la abstinencia por un lapso muy largo es contraria a la ley natural y divina, a menos que sea necesaria por ausencia o enfermedad, hay ciertas excepciones que debemos considerar. Todas estas excepciones enfatizan con vigor la verdad y el valor de la ley que rige.

Por ejemplo, tómese una mujer normal, amorosa, naturalmente desarrollada, una mujer a la que pueda excitarse la pasión mediante caricias amorosas. Supóngase que escoge un marido que, en última instancia, demuestra ser más bruto que hombre; que, desconocedor de todo y sin preocuparse de la fineza y dulzura de la naturaleza de su esposa, destruye el amor y el afecto de ésta con la tosquedad y brutalidad de sus demostraciones sexuales, siendo para él el sexo sólo satisfacción y nada más que eso.

Cuando ese hombre desea ejercitarlo, no reconoce la ley de que primero es deseable y necesario que excite la emoción de ella con caricias, y actúa como el bruto desde el prin-

cipio hasta el fin. Para la naturaleza de esa mujer, el rito se convierte en una horrible pesadilla. La llena de repugnancia, con el resultado de que natural e involuntariamente permanece fría e insensible.

Si concibe a través del acto innatural, serán de cien contra una las posibilidades de que el hijo, varón o mujer, sea de naturaleza frígida, cabalmente carente de inclinaciones sexuales; y al llegar a la adolescencia, tenderá a vivir continentemente, porque esa parte de la naturaleza emotiva y creadora no se desarrolló, si no es que falta totalmente.

Quienes así nacen condenados con una constitución de este tipo no pueden remediar su indiferencia hacia los reclamos del sexo; con demasiada frecuencia son incapaces de responder a las emociones normales de la raza.

Sin duda, muchos maestros de la continencia, aceptados como autoridades, fueron concebidos y nacieron bajo estas condiciones, y de ahí que sean realmente fieles a su naturaleza. Su influencia es la más perniciosa de todas porque son fieles a sí mismos cuando enseñan esta doctrina. Hablan por experiencia personal y creen que su falta de deseo y de expresión sexual es un estado normal cuando, como hecho real, *son monstruosidades* nacidas de una unión maldita y sin amor.

Un caso que tenemos presente es el de una mujer de treinta años, que con lágrimas de vergüenza, nos consultó sobre el significado de su singular actitud hacia el sexo; pidiéndonos que le explicáramos porqué ella parecía tan *diferente de las demás mujeres*.

Nos confesó que no podía comprender sus emociones o falta de ellas; que nunca había deseado el abrazo sexual; nunca sintió amor por hombre alguno; no entendía para nada los términos “amor y afecto”. Cuando oía discutir esos temas, se sentía azorada; todo lo perteneciente a la tierna pasión escapaba totalmente a su comprensión.

Descubrimos la solución del enigma a través de la madre. Jamás había conocido una sola satisfacción. Todos sus hijos nacieron bajo estas condiciones; todos eran de naturaleza frígida, sexualmente inertes; *carecían de ambición; no tenían incentivo para realizar nada en la vida*.

El caso podía remontarse hasta otra generación; la madre era fría e insensible, y bien podía presuponerse que su madre, antes que ella, fuera anormal por masturbación o unión incorrecta.

Tales condiciones deben rectificarse, y un cabal conocimiento de las leyes que gobiernan el sexo es el único medio a través del cual puede lograrse esto. La regeneración de la raza no puede alcanzarse en un grado perceptible hasta que todos los individuos expresen y *manifiesten* activamente las leyes de Dios.

Cuando se enseñe a todos los hombres y mujeres la clara verdad de una vida completa, se satisfará correctamente el reclamo de la raza humana. ¿Puede haber algo más penoso ante la vista de un Padre Omnisciente que ver a sus hijos tropezando en las tinieblas de la ignorancia? Si el hombre, por falta de conocimiento fundamental, no puede conocer el

amor humano en sus diversos aspectos, *¿cómo puede llegar alguna vez u comprender el amor del Dador de todos estos presentes?*

Se afirma con frecuencia que hombres y mujeres absorben totalmente en lo mental y ocupados totalmente en lo físico en una gran empresa —inventores, científicos, astrónomos y quienes abordan vocaciones que requieren concentración intensa— pueden vivir continentes sin malos efectos.

Tal afirmación se basa en un hecho cierto, y sobre este hecho se basan las instrucciones para personas solteras sanas. Estas, intensamente contraídas a alguna labor específica, concentran toda su capacidad mental en el objeto en vista; siguen con el pensamiento y el deseo la idea en particular, en vigilia y durmiendo; de ahí que todo poder, fuerzas y energías se fijen en un punto focal, utilizándolos en fomento de ese único objetivo vital.

Para tales personas, la continencia es posible sin efectos perjudiciales posteriores. Consciente o inconscientemente, aplican una de las leyes de la Naturaleza, la de la transmutación. Las fuerzas vitales generadas por el sistema creador son dirigidas hacia el cerebro y absorbidas a través de la actividad mental. Son poquísimos los hombres de una generación capaces de esto.

Muchísimos médicos muy capaces, de ayer y hoy, declaran que los hombres de esta clase lindan con la insania; de hecho, el genio es una forma de insania. La mente que se concentra, día tras día, en una sola cosa, es desequilibrada, unilateral y anormal respecto de otras cosas; mientras, la no ejercitada capacidad sexual decrece gradualmente, y si continúa la continencia, aquélla es finalmente destruida; *se seca la fuente de la juventud, se pierde para siempre.*

¿Al considerarlo todo, no estamos justificados al afirmar que nadie, grande ni pequeño, puede practicar la continencia sin lesionarse a sí mismo y a los demás? Aun en el caso del genio, si se destruye el cimiento de la naturaleza amorosa, ¿no se empobrece en esa medida? ¿No ha perjudicado a la humanidad, al igual que a sí mismo, al ubicarse donde le es imposible amar y sentir con el resto de la raza?

¿No estamos en lo cierto al aventurar la observación de que el genio podría haber brindado todavía al mundo el beneficio de su potente intelecto y, con todo, haber mantenido vivas y florecientes las raíces de su naturaleza amorosa? El abrazo amoroso no siempre es esencial para que impida la muerte del deseo en una naturaleza de esa índole. Hay muchos temperamentos que almacenan el fluido vital lentamente; la naturaleza no exige la misma actividad en todos los hombres.

No pueden descuidarse los problemas de la domesticidad y del “vicio de las naciones”. Cuando la esposa cree en la continencia y la practica, ¿qué debe hacer el hombre? Porque la mujer escoge seguir firmemente lo que SIENTE *honestamente* que es el Sendero de la Muerte, ¿es bueno y suficiente obligar al marido a vivir de una manera de la que está convencido que producirá su impotencia e incapacidad?

Muchos esposos, hombres honrados y decentes, son rechazados en cuanto a “su derecho natural”, por frigidez emotiva, escrúpulos religiosos u otras razones insensatas. Lamentablemente algunos de estos hombres se negaron hasta que la naturaleza no pudo resistir más la presión.

¿Qué es peor: la enfermedad, la insania o la búsqueda de una amante? Este último método es, al menos, la solución normal y natural del dilema, aunque no enteramente convalidada por Dios ni por la ley moral.

¿Casos? ¡Su número es legión! ¿Quién tiene la culpa? ¿Quién juzgará a esos hombres culpables de adulterio? ¿*Qué es adulterio?* ¿Cuándo es adulterio la satisfacción ilegalizada? ¿Por qué Dios brindó a los hombres el deseo, la pasión, el amor y todas las posibilidades de crecimiento y felicidad, y luego cerró la puerta a toda realización? Dios *nunca* lo hizo. No concedió a los hombres todos los dones del temperamento, diciéndoles luego: “*No lo harás.*”

Si se le niega el abrazo de la mujer que es su esposa, por *causas ajenas a enfermedad o causa imprevisible*; si su salud, cordura, capacidad y felicidad dependen de lo que la esposa rehúsa, ¿quién dirá que la moralidad exige que el marido concrete el renunciamiento? ¿Cuál es la respuesta?

Este es un terreno peligroso, hasta para la discusión. Linda con el amor libre, *doctrina a la que nos oponemos cabalmente con toda la fuerza de nuestro ser*. El amor libre, la promiscuidad y la licenciosidad nada tienen que ver con las Leyes de Dios y el uso correcto de la función creadora; *absolutamente nada*. Pero cada fase del problema —el uso, el no-uso y el abuso— deberán ser afrontados directamente, hallándose una solución.

No estamos considerando al leproso moral que, insatisfecho con la esposa que le brinda el beneficio pleno de su amor, busca continuamente otras mujeres para satisfacer su lujuria. Sólo tenemos presente al hombre honrado, no al libertino; al hombre que aprende, por experiencia, que la satisfacción sexual normal es necesaria para la preservación de su salud y bienestar, no para la degeneración cuyo credo es la licenciosidad.

¿Qué habrá de hacer? *Existe un remedio para todo mal, una cura para todo mal*. La solución de esta dificultad debe efectivizarse sin demora; no sólo para bien de hombres y mujeres que sufren y son infelices, sino también para bien de los niños que nacen de tales uniones y se les niega la oportunidad de desarrollarse normalmente.

¿Cuál es el remedio? ¿Las disposiciones legislativas son una ayuda real? Supóngase que la evidencia es concluyente en el sentido que el esposo o la esposa falla, por *elección*, no como resultado de mala salud u otra causa natural, en el cumplimiento de su deber conyugal durante un lapso dado, y se concediese el divorcio sobre esta base. ¿Esto resolvería el problema? Supóngase que hubiese familia, hijos que exigen el cuidado de un padre y una madre. ¿Habría un Salomón dueño de la respuesta?

*Recapitulemos:* El ejercicio correcto del sexo es de importancia suprema, no sólo para el hombre y la mujer individualmente, sino aún más para el mundo en conjunto. Si un hombre intenta vivir, o es obligado a vivir, la vida de continencia durante algún lapso, la fuente de la energía creadora se estanca; se convierte en un veneno para todo su organismo, afectando no sólo su salud sino también su futura progenie, si es que ésta existe. Esto, a su vez, afecta la economía del mundo.

El no-uso de la energía creadora, como el no-uso de cualquier otro poder, energía o potencialidad, crea inercia y estancamiento, y estas condiciones, en el organismo humano, inducen la enfermedad, la decadencia y la muerte. Esta es una violación directa de las leyes de Dios que Creó TODAS LAS COSAS PARA QUE SE LAS USE.

### **LA CONTINENCIA III**

#### *La danza viviente de la "Muerte"*

La Continencia y el Libertinaje, aunque diametralmente opuestos en la práctica, tienen este destacado punto en común: ambos apuntan directamente a los cimientos mismos de la vida. Igualmente letales en su efecto último sobre el organismo humano, no son sino aspectos duales de la "Danza de la Muerte". Por ahora no estamos enfrascados en una disertación filosófica sobre los medios de la REgeneración, aunque alguna referencia al problema parezca apropiada en este punto.

Si bien toda la vida empieza con la generación, debe terminar con la REgeneración o Inmortalización, i.e., con la MORTALIDAD QUE SE REVISTE DE INMORTALIDAD. La REgeneración o Inmortalización avanzan de la mano con la REgeneración de la Raza y, juntas, constituyen el Misterio Divino del Sexo. La "semilla" conocida como el *medio* de la generación es, de modo parecido, el medio de la REgeneración.

Esta dualidad de la "semilla" la entendieron bien los antiguos Sacerdotes Iniciados u Hombres Santos de *verdad*. Moisés, uno de los más notables de éstos, enseñó a los israelitas que si "arrojaban la 'semilla' a Moloch", por cualquier práctica, aquélla se convertiría en "serpiente" o destructora del Alma misma, produciendo enfermedad y muerte a quienquiera fuese culpable de esa práctica, mientras que quienes "alzasen la serpiente", como él mismo lo ejemplificó, "sobre la Cruz", tendrían vida mayor y serían "salvos".

Considerando en última instancia el efecto sobre el hombre, en relación con su cuerpo y su Alma, o lo que la iglesia denomina generalmente "el espíritu", poco interesa si esta "semilla" es arrojada en el suelo como resultado del abrazo marital inconcluso, de la práctica de diversas formas de vicio solitario —autopolución— o continencia injustificada. En cualquier caso, el castigo es el mismo.

Puede preguntarse lógicamente si la "semilla" no se pierde también en el rito conyugal cuando no sobreviene el embarazo. *Enfáticamente: no en el abrazo normal. Ya sea que el resultado sea el embarazo o no*, hay un intercambio de fuerzas vitales en la pareja.

El semen es el medio o transporte de estas fuerzas vitales, positivas, eléctricas y creadoras para la mujer; mientras que ésta, en y por las secreciones, libera hacia el hombre

las fuerzas magnéticas vitales. El intercambio de estas fuerzas vitales entre hombre y mujer, es esencial para la salud, la normalidad mental y el equilibrio.

Incontables esposas desaprueban que sus esposos completen el rito marital, por temor al embarazo. Estas mujeres se demacran pronto, envejecen antes de tiempo y tienen los nervios deshechos después de pocos años de vida matrimonial.

La interrupción repetida del rito y la consiguiente falta de mutuo intercambio provoca primero congestión, luego irritación y, finalmente, un acrecentado deseo de coito, un círculo vicioso que destruye la salud y el bienestar.

El esposo sufre de modo parecido; primero una congestión, luego una irritación, y finalmente busca alivio en otra parte, fuera del hogar, o desechando eso, se entrega al exceso de bebida o a otra intemperancia en procura de solaz.

Quienes carecen de conocimiento sobre la materia declaran constantemente que la continencia es la ley de la vida, que el coito practicado por razones ajenas a la generación produce la muerte de una cantidad infinita de células vivas, y que es un desperdicio. El argumento es falso.

Aunque se produzca el embarazo por la práctica del rito conyugal, aquél ocurre sólo casi en una ocasión cada cien veces, y aun entonces SÓLO UN espermatozoide impregna y fecunda al óvulo; el resto de más de un millón de espermatozoides liberados ofrenda sus vidas en el altar del servicio, dando sus vidas y vitalidad colectiva a la única “semilla” bastante afortunada de impregnar el óvulo.

Muchos de los que inculcan la doctrina de la continencia basan su engañoso razonamiento en preceptos bíblicos, tornándolos insidiosos al máximo y prestamente aceptables por quienes buscan una vía y un medio de eludir su pleno deber. Tenemos ante la vista un volante que promueve esta clase de enseñanza destructiva, llamada “Cristianismo Llevadero”; la citamos:

“La satisfacción sensual de la carne desorganiza las fuerzas más delicadas de la consciencia. Los deseos carnales expresos o que se anhela expresar, matan la conexión con la naturaleza espiritual interior, y convierten al cuerpo, que debe evidenciar la belleza de la mente divina, en una casa carnal de enfermedad y discordia. Todos los intentos por satisfacer los propios deseos, cualquiera sea la naturaleza de éstos, mediante alianza externa, desmienten la verdad de que el hombre es completo en sí mismo, que halla su satisfacción en Dios, y en la última instancia conducen a la insatisfacción, la aflicción y la muerte.”

La teoría de la continencia construida sobre tal razonamiento, parece sensata y coherente con la ley de Dios pero, si razonamos un poco, queda en evidencia la *falsedad cabal* de esas afirmaciones. En ninguna parte de las Sagradas Escrituras están prohibidas las sensaciones de la carne. Sólo está prohibido pecar, es decir, el mal uso. Además, si cualquier ser humano procurase realmente destruir la sensación, i.e., el sentimiento, destruiría la vida, porque ésta se basa en sensación o sentimiento.

Es evidente que el autor jamás oyó hablar del mandamiento bíblico: “Dad al César lo que es del César (a la carne lo que es de la carne) y a Dios lo que es de Dios (al espíritu lo que es del espíritu)”. Esta es la ley absoluta de la dualidad sin la cual nada podría existir. Esto explica, asimismo, que todo fue creado para su uso —para su uso correcto— y que sólo está prohibido el mal uso o el uso equivocado.

Además, el hombre no es completo en sí mismo —“El hombre no vive por sí solo”— hasta que después de “la mortalidad se reviste de Inmortalidad”; por ende, hoy en día son poquísimos quienes, en la tierra, están completos en sí mismos, y aquí no estamos considerando a estos pocos.

Con enseñanzas como las que propalan estas personas a los incautos que buscan "eludir" la responsabilidad, ¿podemos maravillarnos de que la inmoralidad crezca de manera que supere todo lo razonable? Las enseñanzas como ésta y las de la “individualidad completa en sí misma” no son cristianismo llevadero.

Son la “Danza de la Muerte” y las promulgan quienes nacieron anormalmente o vivieron en medios degradados, o tal vez estuvieron contrariados en el amor, y se convirtieron en “amargados” respecto del modo natural de vida. También deben considerarse aquí quienes, debido a prácticas pasadas, ya no son competentes, y por ende ya no son HOMBRES y MUJERES, y buscan una excusa para justificarse y justificar sus faltas pasadas, si es que no buscan también hacer lo propio con sus faltas presentes.

Afirmamos que quien intente seguir instrucciones de esta índole no sorberá la “bebida de la vida” sino que abrevará las heces de la degradación. Ningún ser humano vitalmente viviente podrá, sin razón legítima, obstruir la fuente de la vida, manteniendo “frescas” sus aguas. Esto es físico, mental y espiritualmente imposible. Decimos “razón legítima”, y eso es precisamente lo que significamos. Si hay una razón sana y sensata que justifique la necesidad de obrar así, entonces los factores psicológicos entran en el problema y, a su vez, gobiernan, modificando los resultados.

Las enseñanzas de los jóvenes pueden influir sobre toda la vida para mejor o para peor. Tenemos presente la experiencia de una joven en cuya mente se inculcó lo indeseable de la expresión sexual en la mujer y la vergüenza de experimentar el orgasmo. Esta muchacha llevó una vida absolutamente virtuosa y, a los treinta y ocho años de edad, se enamoró y contrajo matrimonio con un hombre en plena posesión de su *masculinidad*.

Mediante cariño comprendió la falsedad de sus enseñanzas anteriores con el despertar de un deseo de pleno afecto recíproco. Cuál no sería su error al descubrir que, por más que lo intentara, no podía llegar al clímax normal ni al intenso relajamiento que siempre sobreviene. Parecía que su misma Alma le gritase: “Hasta aquí llegaste y no podrás ir más allá”. Procuró una y otra vez liberar el torrente del amor y obtener alivio y bienestar, pero no lo logró. Gradualmente, se resintió agudamente el sistema nervioso, y la mujer, quebrantada en su entereza, salud y espíritu, buscó al fin consuelo en alguien que la entendiera.

Le fueron señalados los errores de lo que antes se le enseñara y al entenderlos plenamente, tuvo lugar en su yo interior un profundo cambio psicológico. Se produjo la liberación respecto de la esclavitud de las ideas erróneas. Paulatinamente normalizó sus pensamientos y sentimientos y empezó a recuperar su salud y el goce que por su amor matrimonial le correspondía.

Hemos delineado algunos resultados muy extremos de la vida de continencia, tal como los hallamos en nuestros años de asistencia médica. Hay muchos males menores que deberían ser advertencia suficiente para los seres humanos razonables y racionales.

La primera indicación de alteración puede ser la nerviosidad en cualquiera de sus formas, sin causa aparente. Luego siguen otros síntomas perturbadores en rápida sucesión; posiblemente una irritabilidad que convierte a la persona en una compañía muy indeseable; melancólica, “irritable”, dispuesta a considerar el lado tenebroso de todo. Los síntomas más avanzados incluyen pérdida de apetito y mala nutrición; incapacidad de concentración; falta de decisión y constancia; deseo persistente de cambio; incapacidad de digerir hasta alimentos simples; constipación y toxo-absorción; todo lo cual culmina en neurastenia, que dista Sólo un paso de la incapacidad mental.

La vida del degenerado precipita las mismas debilidades generales. El derroche de fuerzas vitales las agota más velozmente de lo que el hombre puede acumularlas. La mezcla de diferentes grados de vibración, las diversas corrientes de fuerzas magnéticas provenientes de muchas mujeres, destruirán al hombre más fuerte, desmagnetizándolo y destruyendo todas sus fuerzas vitales.

*La continencia es un dragón, de cien cabezas; cada una con un aguijón de muerte.*

En muchos casos el devoto, si es un hombre, experimenta precisamente lo opuesto a la torrefacción —disecación— de las fuerzas vivificantes. Puede haber una acumulación innatural. Esta, junto con una lesión del organismo generativo, induce continuas emisiones nocturnas, que llevan a una espermatorrea pronunciada y a la pérdida de la masculinidad, con el consiguiente agotamiento de todo el sistema nervioso. No es menester detallar la ruina que acarrea este proceso degenerativo, pues casi todos están personalmente al tanto de tales casos y de sus efectos deplorables.

Uno de los hábitos más degradantes y horribles, especialmente en el varón, que sobrevienen a la continencia, es la masturbación, y esto por dos razones: tiene un profundo efecto psicológico sobre la mente, produciéndole una sensación de degradación; es polución voluntaria y agota el sistema de fluidos vitales, reduciendo gradualmente la virilidad. Es el pecado letal de “Arrojar la semilla en el suelo”.

Además, la tendencia del hombre o mujer continente hacia la perversión es mucho mayor de lo que se imagina; la tentación de hallar satisfacción de una manera u otra, fuera de la manera natural, es tan insidiosa que la víctima sucumbe a ella antes de tomar real conciencia de ello.

No podemos hallar argumento a favor de la destructiva práctica de la continencia. Realmente, hay períodos en las vidas de la mayoría de los hombres en los que es correcto y expeditivo abstenerse del abrazo sexual; como cuando la esposa está enferma, o durante la ausencia de uno u otro del hogar; pero esto es mera abstinencia, no continencia; y *la mente no se detiene en la negación forzosa; más bien contempla con alegría la futura reanudación del vínculo amoroso natural.*

¿Cuáles son los efectos de la continencia sobre la felicidad hogareña? *Las personas unidas armónicamente soportan mejor la tensión de la vida matrimonial si practican el rito conyugal natural y normalmente.* Aquí, “normalmente” implica que la pareja esté de acuerdo, no sólo respecto de la hora sino también, de manera similar, respecto del deseo. En algunos casos esto puede ser sólo una vez por semana, o una vez cada dos semanas; en la mayoría de los casos tienen lugar regularmente dos abrazos por semana durante la juventud, salvo durante el período de impureza por parte de la esposa.

El esposo debe indicar su deseo con caricias y afecto adicionales; y el rito podrá cumplirse sólo cuando haya logrado despertar en su esposa deseos similares. Ningún hombre tocará a su mujer hasta que ésta haya indicado su voluntaria aceptación. Bajo estas condiciones la salud, la paz y la felicidad son compañeras naturales del abrazo. Si el hombre ignora brutalmente los sentimientos de su esposa y fuerza sus atenciones sobre ella, comete un delito de no menor gravedad que la prostitución y la innoble licenciosidad.

Podría asegurarse que la confesión de todo ser humano sería indudablemente ésta: En todos los casos, sin excepción, en que el hombre y la mujer estén de acuerdo en cuanto a tiempo y deseo, la participación recíproca en el amor y la armonía será mayor después de cumplir el rito, que antes de éste.

Incontables hombres y mujeres pueden hablar de las aflicciones y tristezas de una mala unión. El esposo, falto de fuerza viril, deja insatisfecha a la esposa; o ésta, temerosa del embarazo, rehúsa el abrazo, o lo acepta tibiamente, y así hasta el infinito. En la mayoría de los casos, el resultado postrero es la infelicidad, el malestar, la desconfianza mutua, un gradual enfriamiento afectivo; al final, el marido busca una amante, y la mujer un amante, o el divorcio.

Quienes enseñan la continencia pueden afirmar que las enfermedades y efectos aquí atribuidos a la continencia pueden aplicarse fácilmente a quienes practican el rito conyugal. Ya hemos admitido todo esto. El castigo por abusar del sexo, dentro o fuera del matrimonio, es igualmente tan grave como el castigo por práctica de la continencia innecesaria.

En otros aspectos la prueba puede declararse absoluta. Por ejemplo: La vida sexual prolongada por parte del hombre que practica el rito conyugal normalmente; mientras el hombre continente no puede hablar de longevidad sexual. Es verdad que, si lo último es coherente, ese hombre no busca la virilidad continuada. El argumento favorece a la potencia sexual; *el hombre es considerado joven, o en la flor de la vida, sólo mientras retiene su virilidad.* Después, es un “viejo”.

Un solo punto queda fuera de toda discusión. Ningún hombre, ninguna mujer tiene derecho alguno a practicar el rito conyugal sin que medie el ímpetu del amor. Si el acto se realiza bajo cualquier otro pensamiento, deseo, o incentivo, es una violación; y la ceremonia matrimonial, sin tener en cuenta quien la realice, no podrá desechar el gran precepto formulado por Dios.

Si no hay real afecto entre marido y mujer, si no se aman mutuamente, y el esposo exige “derechos” conyugales y ella accede, ambos son culpables de una forma de prostitución. La mujer no liberará (no podrá liberar) las fuerzas magnéticas, y el hombre será incapaz de infundir las fuerzas vitales. Puede producirse el clímax; será una especie de satisfacción física, pero ninguno de los dos recibirá la esencia psíquica, o espiritualizada, que deberá ser siempre el objetivo de la cohabitación; *la esencia vital para la salud, fuerza, paz y felicidad de ambos.*

Escritores y educadores pusieron énfasis sobre el acto en sí, o sobre su completa eliminación, descuidando el punto importante recién enunciado, que debe ser el fundamento subyacente sobre el que se insiste y que es la Regeneración de la Raza. Hasta que se entienda y practique esto plenamente, la aflicción y la debilidad seguirán siendo el “beneficio” del rito conyugal.

Muchos comentarios se han pregonado sobre el hambre de amor de la raza. *El amor existe y existió siempre.* Es tan natural y necesario para todo ser humano como el alimento. Quienes abogan por la continencia quisieran hacernos creer que podemos amar sin pasión. *Eso es cabalmente imposible.* En el momento en que un hombre ama entrañable y sinceramente a una mujer, una de las expresiones de esa emoción es, para él, la posesión, y para ella *ser* poseída.

Dios creó al hombre según Su propia imagen; es decir, confirió al hombre sabiduría y amor, atributos divinos. El hecho de que el hombre se manifieste en lo material y Dios en lo espiritual no implica contradicción alguna. Los hombres son colaboradores de Jehová, el Creador, y el organismo creador y generador, *junto con el deseo inherente de funcionar así,* sustancia este aserto.

Si se hubiese ordenado a hombres y mujeres que viviesen separadamente como debiluchos sexuales, Dios jamás habría implantado tan generosamente en el hombre el incentivo de la expresión creadora; ni habría instilado en el hombre el impulso hacia una compañía más o menos frecuente, que culmine en el abrazo con la persona amada. Si su designio hubiese sido que la satisfacción se produjese una sola vez por año, o una sola vez cada dos años, con la finalidad única de la reproducción, habría cambiado las emociones y deseos humanos para que se adecuasen a esa ley.

Si fuese cierto que el hombre es capaz de amar sin pasión, entonces lo opuesto sería igualmente cierto; entonces los hombres podrían y deberían cumplir el acto creador sin el incentivo del amor. Tal pensamiento es revulsivo; las consecuencias lo son más todavía; eso es bestial, inhumano y degradante.

El amor reside en la base de la pasión; y comprendida correctamente, la pasión es la base del amor. La potencialidad del hombre para amar, odiar o realizar, se halla en directa proporción con la virilidad de su potencia creadora. Con seguridad, los sexualmente debilitados no pueden amar. Por ello:

*El hombre que vive la vida de continencia es incapaz de expresar el amor en su aspecto más excelso.*

## **BABILONIANISMO**

### *Ruta directa hacia la degradación y condenación individuales*

Poquísimos escritores del pasado tuvieron valor para hablar clara y francamente de las depravaciones que causaron la destrucción de naciones y que pueden clasificarse bajo el término general de Babilonianismo.

Todo este tema, por repugnante que sea, no puede eludirse más, debido a la publicación de varios libros por parte de un médico. Estos libros tuvieron vasta circulación, enseñando una práctica tan destructiva que degrada y destruye rápidamente al cuerpo y al Alma.

Es esencial citar al pie de la letra uno de estos libros para que podamos comentar sus preceptos de fraude conyugal, aunque eliminaremos palabras y frases horribles en cuanto sea posible, sustituyéndolas por otras menos repulsivas para las mentes sensibles.

“La mano del sexo opuesto producirá, en los genitales del otro, efectos que no ocurrirán de ningún otro modo. Es así como un hombre puede sostener su glande con una mano durante un lapso dado, más largo o más breve, sin que se produzca resultado alguno, ni tengan lugar de inmediato secreciones del fluido prostático. Esto es cierto ya se trate de que el glande esté erecto o no (relajado).

“Si la esposa toma el glande flácido de su esposo en su mano tan sólo por pocos minutos, aunque el órgano permanezca flácido, tendrá lugar el flujo del fluido prostático. Lo mismo es cierto respecto del esposo que pone su mano en la vulva de su mujer. Si fuese ésta quien se coloca la mano allí, no se secretaría fluido precoital alguno. Con la mano de su esposo allí, empezaría de inmediato el flujo.

“Este es un destacable fenómeno físico y psicológico, y especialmente digno de nota. Este hecho es el que hace que la masturbación *mutua* sea superior al autoerotismo.<sup>17</sup> Así, el marido podrá satisfacer a su esposa con sus dedos, o la esposa podrá hacer lo propio en él con la mano, de manera mucho mejor que la de procurarse individualmente el clímax soli-

---

<sup>17</sup> 1 El autor da a esta práctica su nombre apropiado. Es la polución mutua del tipo más degradante, y quienes en realidad se aman no serán culpables de tal práctica. Es degradante hasta un grado indecible y quienes siguen este rito, quienes lo practican, no podrán mirarse en los ojos. Ningún idioma contiene palabras lo suficientemente fuertes como para condenar esto apropiadamente.

tario. Esta cuestión es de gran importancia al considerar muchos actos sexuales de marido y mujer.

“Por regla general, marido y mujer harán cuanto su deseo impulse o sugiera, y acomodarán sus sensaciones a sus deseos. Sólo deberá existir moderación, ¡sin llevar nada al exceso!”

Ni Sodoma, ni Gomorra, ni Babilonia, fueron culpables de una práctica más condenable y destructiva que ésta. Debido a su aparente inocencia, seduce rápidamente a sus víctimas y las degrada más allá de toda rehabilitación antes que tomen conciencia de que el fraude mutuo está destruyendo el cuerpo y el Alma. Igual que el vicio solitario, la práctica se convierte prestamente en un hábito, y una vez establecida, es mucho más difícil de vencer que la prostitución corriente.

El gran pecado no consiste tanto en la mutua práctica misma, como en el *acto agostador del Alma de “dar la simiente a Moloch”*. Ya hemos tratado extensamente los resultados de este acto, ilustrándolo con la experiencia de los israelitas durante su viaje hacia la Tierra Prometida; y parecería que, en la que debería ser una época sana e iluminada, *tendríamos que reaccionar contra la carnicería de la lujuria de la que los pueblos de la antigüedad fueron culpables, destruyendo el cuerpo y el Alma.*

Una y otra vez hemos puesto énfasis sobre la ley absolutamente irrevocable de que el rito conyugal sólo debe practicarse con tres finalidades: Procreación, Recreación y REgeneración. Dios prohibió al hombre y a la mujer buscar la gratificación sólo como autosatisfacción y goce. Siempre deberá existir un incentivo más hondo como ya se señaló; como el mutuo intercambio de fuerzas electromagnéticas entre quienes practican el rito, o para autoelevación y espiritualización.

La práctica *demoníaca* de satisfacción sexual exterior, por la que abogan este autor y otros, es sólo con fines carnales, y por ello degrada y destruye la moralidad y la espiritualidad. Es gratificación sensual, condenada por Dios y por *toda Ley Creadora*. Rápidamente destruye la sensibilidad moral, de modo que hombres y mujeres culpables de esta práctica se degradan prestamente debajo del plano animal; se convierten en criaturas desvergonzadas e inmorales, carentes del conocimiento del significado verdadero del amor y de todo lo que se le relaciona.

Dios actuó sabiamente en su primera creación cuando constituyó al hombre de modo tal que cualquier abuso de la función creadora perjudicase a la mente y al Alma. Cualquier derroche de fluido seminal, por fraude conyugal o por el tipo propiciado de masturbación mutua, tiene como resultado la pérdida de la fuerza cerebral y nerviosa y, en última instancia, alguna forma de neurosis, y finalmente la destrucción del Alma misma, eliminando basta la posibilidad de la vida después de la muerte.

En verdad, es mucho más fácil que el camello legendario atravesase el ojo de una aguja, *que dos criaturas de forma humana, que se masturban mutuamente y de ese modo se degradan una a la otra, ingresen en el reino conocido como los cielos.*

Hay que aceptar que las caricias de la esposa sobre los órganos genitales del marido pueden inducir la secreción de fluidos prostáticos, y de modo similar que los contactos del esposo liberarán el fluido precoital en la mujer, y por esta razón esto deberá evitarse en todo momento, salvo posiblemente bajo circunstancias como etapa preliminar del rito conyugal en quienes son de naturaleza más o menos frígida.

Aun así, deberá tenerse gran cuidado de no continuar con las caricias durante demasiado tiempo para que no se produzca un debilitamiento del vigor de uno u otro de los participantes. *Esta práctica es sólo permisible como preparación para el abrazo conyugal normal.*

Refutamos enfáticamente que, bajo tal excitación, la liberación del fluido prostático en el varón, y de las secreciones precoitales en la mujer, sean un fenómeno físico notable. Sin duda es un fenómeno psicológico, pero no es misterioso en lo mínimo.

Los jóvenes con apetencias sexuales pueden, con el mero empleo de su imaginación, verse en relación con alguna compañía surgida de la fantasía y de ese modo inducir el fluido prostático. Muchas jóvenes y mujeres nos han confesado que pudieron hacer lo mismo. Por ello, esto no es más ni menos que la excitación de los deseos físicos creadores mediante el despertar de la facultad imaginativa hasta el grado necesario para que produzca el flujo y el consiguiente relajamiento; esto es masturbación. Prosigamos con nuestra cita:

“Digamos además que el autoerotismo, la masturbación solitaria, pueden practicarlos hombres y mujeres, en beneficio de su salud, cuando no es posible obtener la excitación sexual de ningún otro modo. Ese acto es de algún modo dañino sólo cuando se lo practica hasta el exceso. El único peligro consiste en que el individuo, al tener, por así decirlo, todos los medios de autosatisfacción en sus manos, es muy posible que realice el acto con demasiada prodigalidad, lo cual, por supuesto, produce malos resultados. Pero el acto mismo no es malo. Por el contrario, cuando se lo mantiene dentro de los límites, es salubre y salutífero.”<sup>18</sup>

Está claro que nuestro ilustrado autor es ilógico. Antes afirmó que la masturbación mutua era más deseable y placentera que el vicio solitario; ahora nos dice que el individuo, contando con todos los medios a mano, puede gozar en demasía. Si es verdad que la mutua comisión del crimen, —decimos “comisión del crimen” adrede— da mayor goce que el acto solitario, y si la automasturbación —denominada más correctamente la “autopolu-

---

<sup>18</sup> Afirmamos positivamente que esto jamás es verdad. La Salud, es decir, la normalidad, que significa naturalidad nunca puede ser resultado de in-naturalidad ni de cualquier acto que destruya la esencia misma de la vida, las fuerzas vitales necesarias para el mantenimiento o restauración de la salud. Si el aserto fuese correcto, entonces estarían en el error todas nuestras leyes naturales. Un acto es bueno o malo; el acto bueno no puede producir resultado correcto.

ción”— es conformadora del vicio, entonces ¿en qué mayor medida lo es el doble acto criminal, intensamente gratificante, aunque degradante?

El autoerotismo, así denominado porque hasta sus “habitués” se avergüenzan de aplicarle el nombre que correctamente le cuadra —la masturbación o autopolución— es un crimen contra el yo y contra Dios. Cada “caída” es resultado de “derramar en el suelo” millones de “semillas” que habrían ayudado a crear un nuevo ser si mediase apropiado desig-nio; a la recreación del ser individual sí se *transmutase*; o al rejuvenecimiento de la pareja que toma parte en el intercambio de manera legítima.

La autopolución es un crimen porque está en pugna con *todas las leyes creadoras*. Todos los culpables de esta práctica perniciosa, luego se avergüenzan de mirarse fijamente en los ojos con ayuda de un espejo, al igual que de encarar frente a frente a sus semejantes.

Sólo después de continuar durante un lapso suficiente para quebrantar el vigor moral, lo cual señala, de modo parecido, una pérdida de fuerza del cerebro y del Alma, quien practica el vicio solitario o la masturbación mutua queda bastante saciado como para enfrentar a su propio yo emaciado y al mundo en general, sin angustias de conciencia.

La práctica desmoraliza aunque no se la realice con frecuencia, porque se desperdicia cierta cantidad de fuerza vital sin posibilidad de recuperarla. Se trata de dar algo, sin recibir nada, y por tanto es un robo del yo, y por ende, una autodefraudación. Cuando más frecuentemente se practica esto, más se aproxima el hombre, o la mujer, hasta el borde de la degradación moral y la imbecilidad física. El acto es malo en sí mismo; es degradante; incapacita a que todo hombre culpable mire frente a frente a cualquier mujer pura; para no mencionar al encuentro con el Dador de la Vida.

“Hay muchas mujeres solteras, doncellas, y especialmente viudas, que mejorarían grandemente su salud si practicasen ocasionalmente alguna forma de autoerotismo.”

Personalmente, nos ponemos en la picota al decir lo que sentimos: si el deseo sexual de cualquier mujer, sea doncella o viuda, se torna tan insistente que es realmente necesario aliviarlo, entonces sería mucho mejor para ellas, para el cuerpo y para el Alma, y para el mundo en general, que siguiesen la vieja práctica religiosa de las doncellas de la India — que velan sus rostros y se sientan ante el templo— aceptando el ofrecimiento del primer hombre que pase.

Así se obtendría el solaz buscado; la semilla no se derramaría en el suelo; y recibirían a cambio una cantidad de fuerza vital magnética igual a la que gaste su organismo creador.

No abogamos por el método de buscar solaz con la esclavitud de la pasión, sino que sostenemos que si debe obtenerse ese alivio, éste sería mil veces preferible a la práctica de autopolución, tal como se la propicia, que derrocha la semilla, induce la enfermedad y engendra la lujuria.

“De hecho, todos los niños se masturban, y muchas niñas también.<sup>19</sup> Algunos autores afirman que más de la mitad de las mujeres practicaron alguna forma de autoerotismo en alguna época de sus vidas, y es probable que esta estimación sea demasiado baja antes que demasiado alta. Pero a menos que practiquen el acto con exceso, no son culpables de nada malo.<sup>20</sup> Con frecuencia pueden convertir el acto en medio de grandes beneficios para ellas. ¡Los órganos sexuales están vivos! Constantemente secretan fluidos que necesitan ser liberados, como lo hacen todos los demás órganos corporales. Deben ser aliviados, pues su naturaleza exige que lo hagan.”<sup>21</sup>

Es cabalmente falso que todos los niños sean culpables de autopollución. Es un hecho que en su mayoría lo son, bastante ignorantemente, pero esto no permite a hombre alguno que enseñe que es correcto practicar la masturbación.

De modo parecido es cierto que muchas niñas son víctimas del hábito, ¿y con qué resultados? Supimos de mujeres que gozaron de esa práctica destructiva antes de casarse, y después de casadas la prefirieron al natural abrazo creador; permitiendo que sus maridos las acariciasen y mimasen hasta excitarse plenamente sus deseos, dándoles luego la espalda; defraudándose ellas y haciendo lo mismo con sus maridos con una recurrencia del viejo hábito degradante. ¿Puede alguien imaginar algo más abominable que esto? Empero, esto es lo que inculcan quienes pervierten las virtudes humanas.

Es verdad que el organismo sexual es una entidad activa, que secreta constantemente fluidos que dan vida; que es esencial para la salud y el bienestar que estas fuerzas vitales se mantengan en circulación, mas esto no ofrece excusa para la masturbación ni el desperdicio de las fuerzas vitales; es una mera indicación de que deberán ser utilizadas naturalmente, pues el método es a través de la reabsorción en la circulación y la transmutación en las fuerzas física, mental y del Alma; o a través de un intercambio entre varón y mujer.

Dios creó a los dos, macho y hembra los creó; y comprendió que ni uno ni otra podrían posiblemente ser suficientes para sí; consiguientemente les dio los medios de unirse

---

<sup>19</sup> Aunque esto fuese cierto, ninguna ley moral, sanitaria ni espiritual justifica esta práctica. Nuestro autor no declara cuántos se degeneraron, o debilitaron física o mentalmente como resultado de esa práctica.

<sup>20</sup> Si la masturbación plural y la polución consiguiente no es nada malo, entonces no hay pecado sexual, y niños y niñas, al igual que hombres y mujeres, pueden cometer todas las prácticas anormales que deseen sin castigo consiguiente.

Además, pueden entonces descartarse la Biblia y todas sus enseñanzas. Deberían estar en un error los muchos escritores que se refirieron a los males, en diversas formas de degradación, como resultado de “arrojar la semilla en el suelo”. Es igualmente cierto que todos los que escribieron oponiéndose a este criterio no serán aceptados como enseñando la Ley Divina a la humanidad.

<sup>21</sup> Esta afirmación es realmente cierta, pero sus implicancias son falsas. Debe haber alivio, pero éste deberá ser por medio del uso correcto, no mediante ABUSO (Masturbación); deberá ser por medio de leyes naturales, de una dieta correcta y no-irritante, de ejercicio, transmutación de las fuerzas, reabsorción en la corriente sanguínea y otros métodos simples y efectivos. La naturaleza cooperará con quienes cooperen con ella.

sexualmente. El autoerotismo es un delito mayor que el homicidio o el parricidio, porque la práctica destruye al yo; entonces la redención se torna imposible.

Citamos nuevamente:

“A veces, durante los cinco días de menstruación, en los que la unión de los órganos no se juzga muy conveniente, la esposa puede ayudar a su amado con su mano, para su deleite y beneficio.”

Preguntaríamos: ¿Y qué ocurre con la mujer durante este período? Si ella sufre, ¿cuánto mayor deberá ser el anhelo que sienta al acariciarle, pero negándose al mismo tiempo, y cuáles deberán ser sus reacciones?

Innegablemente hay hombres de virilidad tan vigorosa que sienten agudamente privarse del ejercicio sexual durante estos pocos días, pero si están mentalmente desarrollados en proporción a su masculinidad, y no se trata de meros animales machos, sufren con gusto esa privación temporaria porque las posibilidades del amor se tornan mucho mayores y más intensas durante el corto lapso de espera. De hecho, descubrimos que el hombre de verdad contempla estos descansos temporarios sabiendo que habrá mayor satisfacción para ambos después del intervalo de espera.

Si un hombre es tan débil mental y moralmente como para no poder controlar sus deseos durante el período menstrual de ella, debiendo ser culpable de autopolución, entonces sería mucho mejor para él que evitase toda asociación con su mujer durmiendo en cama separada, o si eso no es posible, que hiciese como los animales del campo, cohabitando repugnantemente durante el período menstrual, quedando marcado con la señal de Caín. En realidad este no sería un pecado tan grave como el autoerotismo unilateral.

Grecia, otrora nación esclarecidísima y culta sobre la faz de la tierra, cayó en la decadencia a través del Culto de Safo. Safo, la poetisa, le enseñó su práctica peculiar de masturbación mutua y autoerotismo, y gradualmente estas degeneraciones se universalizaron de tal modo que los padres que previeron el fin de la raza debido a esto, pagaron a sus doncellas para que fuesen madres de los hijos de sus hijos; todo para nada, pues la prostitución de la capacidad creadora se había extendido tanto que la nación estaba condenada posiblemente a no ser jamás grande otra vez.

Babilonia, uno de los centros de las razas más ricas, orgullosas y cultas entonces sobre la tierra, halló su ruina a través de prácticas similares, y finalmente la degradación fue tan grande que “El Señor consideró apropiado destruir Babilonia”. Célebres teólogos predicaban sobre la destrucción de Babilonia y de la iniquidad de su pueblo, pero son extremadamente reticentes en mencionar cuáles fueron en realidad estos pecados, ignorando o descuidando el hecho de que, precisamente aquí, en Norte-América, día a día se tornan más numerosos los cultos que inculcan y practican estos idénticos pecados.

Quizá la mayor responsabilidad recaiga sobre la iglesia (esto incluye a todas las denominaciones) por ignorar este tópico vitalísimo o enseñar que el sexo mismo es malo, un

pecado, y que como todos los hombres nacieron por medio de él, **TODOS LOS HOMBRES NACIERON EN PECADO**. Ya es hora de que hagan un giro y enseñen la verdad:

El sexo no es un mal; no es algo que haya que ocultar, ni de lo que haya que avergonzarse, sino un don divino, grandemente sublime y glorioso del Creador para Su creación, convirtiendo a sus criaturas en co-creadores con Él. Es un medio que propende a la salud, la fuerza, el buen éxito y la felicidad; al REjuvenecimiento del ser individual y a la Inmortalización final, “A la Mortalidad que se reviste de Inmortalidad”. Por medio del sexo el hombre se torna, finalmente, semejante a los dioses, “conociendo el bien y el mal”. Al mismo tiempo, enseña a toda la humanidad el castigo por abusar o degradar la función creadora.

Sodoma y Gomorra fueron “destruidas por el Señor”, i.e., **SE INCENDIARON**, por sus excesos y abusos sexuales. Los hombres amaron a los de su propio sexo; las mujeres prefirieron a las mujeres; otras prácticas destructivas y degradantes fueron legión. Por todo esto se aboga abiertamente en Norte-América.

Grecia, Egipto, Sodoma y Gomorra, Babilonia y Roma. . . todas remontan el inicio de su decadencia al ocio y al resultado de las prácticas degradantes cuyo génesis fue la prédica y la práctica de ritos demoníacos, como aquéllos por los que aboga nuestro Dr. L y otros que buscan el máximo de placer con el mínimo de responsabilidad.

Las multitudes, especialmente los hombres y mujeres que desean el goce de la excitación sexual, pero eluden la responsabilidad de la paternidad, son inducidos fácilmente a creer que tales prácticas no dañan.

Gradual e insidiosamente eso los domina. A un modo de proceder fuera de lo natural, se suma otro hasta que, al fin, nada satisface y primero son las víctimas, luego los autores e instigadores de los vicios más horribles que las mentes maliciosas pueden concebir.

¿Debe tener Norte-América, la orgullosa nación sobre la cual el Águila ensaya su vuelo, una lista de miles de personas supercultas, culpables de todos los abusos sexuales catalogables, como la tuvo Inglaterra durante la guerra mundial?

¿Debe iniciar Norte-América su senda descendente, hacia la ruina, similar a la que recorrieron Grecia, Roma y otras grandes naciones del pasado? De acuerdo al curso actual de los acontecimientos, a juzgar por el contenido de libros y revistas que tratan sobre la vida y las prácticas sexuales, estamos condenados a arrostrar un destino similar.

## **EL FRAUDE CONYUGAL**

### *El destructor de la felicidad en el matrimonio*

Aparentemente, el autor tan frecuentemente citado en el capítulo anterior no es el mero sumo sacerdote del *cultus auto-eroticus*, de la polución solitaria y mutua, sino también de la ruina universal de la felicidad en el matrimonio, conocida generalmente como fraude conyugal.

Bajo el título *Coitus Reservatus*, también denominado *Coitus Interruptus*, que significa el comienzo del rito matrimonial en armonía con los dictados de la naturaleza, seguido casi hasta el clímax y luego interrumpido, el autor nos dice:

“La aspiración y esfuerzo constantes de ambas partes debe ser elevar continuamente todas las cuestiones sexuales por encima del plano de la animalidad, de la mera satisfacción física, hasta el reino del deleite mental y espiritual.”<sup>22</sup>

“A tal fin, permítasenos decir al punto que tal estado puede alcanzarse, en el máximo nivel, mediante la práctica de lo que, en términos científicos, se conoce como *coitus reservatus*, lo cual, traducido, significa recorrer sólo parte del trayecto del acto, sin llevarlo hasta su clímax que es el orgasmo. Descripto en términos con los que el lector está ahora familiarizado, esto significa hacer que el acto sólo atraviese las etapas primera y segunda, la “etapa de galanteo”, en lenguaje corriente de “jugueteo”, la unión de los órganos (hasta la proximidad del clímax) ¡y detenerse allí!”

“Entrando un poco en detalles, este acto *reservatus* une realmente las dos primeras partes del acto en un todo común, convirtiéndolo simplemente en una sola parte continua de “galanteo”, de eso solo, y nada más.

"Para practicar esta forma de coito, ni siquiera debe efectuarse el esfuerzo para despertar las pasiones sexuales de una y otra parte, como según ya se describiera resulta apropiado para el coito completo. En este caso el desideratum no es el orgasmo sino que es tan sólo una gozosa expresión de amor mutuo.

---

<sup>22</sup> Esta afirmación tiene nuestra fervorosa aprobación. La relación conyugal debe elevarse muy ciertamente por encima del plano animal y la práctica que el autor enseña implica esto porque ningún animal viviente sería culpable de tales prácticas; pero que el *Coitus Reservatus*, que es un timo y un fraude mutuo, pueda posiblemente ser considerado una práctica espiritual, aunque se trate de un deleite carnal (debajo de lo humano), escapa a todo lo que la mente normal puede concebir.

“Se trata de una especie de beso prolongado y de abrazo total, en el que están incluidos tanto los órganos sexuales como los labios. Se besan mutuamente como los labios hacen lo propio. Es el “galanteo” por excelencia sin el estorbo de las ropas ni convencionalismo de índole alguna.”

He aquí un perfecto ejemplo del método moderno de procedimiento en el fraude conyugal, una de las prácticas más condenables que ahora perjudican la relación matrimonial, totalmente contrario a todas las leyes de la naturaleza y de Dios, si no consideramos a la Biblia un libro de embustes sobre los reinos humano y subhumano. En favor de eso no puede decirse una sola palabra.

La práctica de masturbación mutua, considerada antes, destruye a quienes participan, agotándoles gradualmente su fuerza viril, sin reemplazarla a través del intercambio.

Esta defraudación consume al cuerpo y al Alma, porque *las fuerzas creadoras se concentran en la finalidad de alivio e intercambio, sólo para que se les niegue expresarse en el último momento, con el resultado de congestiones, seguidas de irritaciones y muchas otras dolencias.*

El autor no cree realmente en lo que predica. Cuando habla del hombre con debilidad sexual, que no tiene suficiente vigor viril para satisfacer el anhelo de su pareja, escribe:

“Después que el hombre experimentó el orgasmo, en la mayoría de los casos le es imposible continuar el acto inmediatamente después, llevando a la mujer al clímax, si es que ella todavía no llegó a éste, por el hecho de que, con la expulsión del semen, por lo común tiene lugar la inmediata languidez del glande, y el órgano es incapaz de excitar a la mujer cuando está en ese estado.”<sup>23</sup>

“Si el esposo concluye primero, no hay posibilidad de que la esposa llegue al clímax en ese abrazo. *Esto la deja insatisfecha, con todos sus órganos sexuales congestionados, y toda la situación es insatisfactoria en extremo.*”

Coincidimos plenamente con la última frase porque expresa a hechos exactos. Las pusimos en bastardilla para que el lector preste especial atención a lo que se expresa, indicándose de esa manera, con claridad, cuán incoherente es el autor corriente sobre estos temas, y cuán ilógicas sus conclusiones.

En los casos en que se practique el abrazo sexual y el vigor del esposo sea insuficiente para satisfacer a su mujer, obligándolo a interrumpir el rito conyugal antes que ella alcance el clímax, el esposo al final baña el organismo de ella con el fluido seminal, lo cual mucho propende a reducir la inflamación e irritación resultante del deseo insatisfecho.

En el fraude conyugal, denominado *reservatus*, ni siquiera ocurre esto. El organismo congestionado, inflamado, es obligado a intentar gradualmente “volver a poner” en cir-

---

<sup>23</sup> Si esto es verdad (o cuando esto es verdad), se debe a ignorancia o debilidad. La instrucción o el tratamiento apropiados rectificarán rápidamente el error.

culación la sangre y los fluidos que estaban prestos para ser expulsados e intercambiados en la crisis, debiendo afrontar una irritación posterior sin los sueros emolientes que alivien su intensidad.

Si como lo admite el autor (y como nosotros sostenemos que es cierto), el deseo insatisfecho de la esposa y la consiguiente congestión tiene serios resultados sobre su salud, piénsese cuanto mayores serán la continua congestión e irritación resultantes que siguen al fraude conyugal repetido (*reservatus*) que se sugiere, al faltar los efectos refrigerantes y curativos de ser bañada por el fluido seminal.

Hemos escuchado personalmente sus confesiones y tratado a incontable cantidad de mujeres que sufren los efectos de hambre de amor como resultado de la debilidad de sus esposos. Hay que conmisearse de estas esposas, pero podrían ser ayudadas mediante cuidadosas instrucciones.

En la mayoría de los casos aceptaron la situación, conscientes de la frase “para lo bueno o para lo malo” de la ceremonia matrimonial, respetando a sus maridos, creyéndolos sin culpa.

Al mismo tiempo, estuvimos en relación con casi igual número de mujeres cuyos esposos las defraudaban continuamente con el *coitus reservatus*; estas pobres esposas, en su mayoría, habían perdido la esperanza, la fe en la naturaleza, en el hombre y en Dios.

Están “consumidas”, como árboles huecos, deshechos al incendiarse el bosque; con el espíritu interior aplastado y hundido; con el Alma marchita y distorsionada; con el sexo convertido en la serpiente que arrastra su vientre por el polvo, y como ella, maldecidas por Dios.

Incluso estas mujeres pueden ser salvadas y quieren obedecer, pero en su mayoría carecen de fuerza suficiente para efectuar el esfuerzo requerido en pos de la autorredención.

En la cita que sigue, el autor cree neciamente que está ofreciendo al hombre crédulo la llave del Paraíso del Amor, mientras, de hecho, está enseñando la ruta más directa hacia las dolencias prostáticas, hacia los estragos más terribles que el hombre pueda sufrir, denominados con frecuencia el “fuego infernal” de la edad media hasta la vejez.

“Este método es de especial utilidad durante los días fértiles de la mujer. Si se lo emplea correctamente, no tenderá a acrecentar el deseo de “goce hasta el final” sino que, por el contrario, aliviará y satisfará los deseos sexuales, muy perfectamente.

“Si mientras se aprende el procedimiento, el inexperto a veces “pasa de largo” y piensa que es mejor seguir y obtener el clímax, está bien. Pero, a medida que pase el tiempo, acrecerá la práctica de llevar el acto sólo hasta el fin de la segunda parte, y esto se afirmará bien a su debido tiempo.<sup>24</sup> Quienes dominaron este arte sano y amable<sup>25</sup> se encontra-

---

<sup>24</sup> Y con esto, casi todas las formas de los denominados trastornos “masculinos y femeninos”, que prepararán el camino para que los curanderos y charlatanes hagan sus ricas cosechas. Esa insalubre situación es la base de tantas aflicciones y dolores de la vida matrimonial.

rán a veces con que, de este modo, habrá una cantidad de ocasiones en un mes más o menos sin que lleguen una sola vez al clímax.”

Es ilógico afirmar que órganos tan sensibles como los del sistema creador puedan ser llevados al estado supremo de expectativa, cabalmente excitados o tímidos, y dejarlos luego en esa situación, rehusando aliviarlos, sin grave daño para todo el cuerpo humano.

Quien haya intentado esto, sabe que existe una intensa sensación de desasosiego en las partes, que inducirá intranquilidad física y mental que nada podrá aliviar, salvo un abrazo normal y completo.

Hay que admitir que, si esta práctica continúa durante algún lapso y de la manera sugerida, se convertirá en hábito, mas esto se deberá al debilitamiento de las fuerzas internas y a la pérdida gradual de sensibilidad de todo el organismo genital. Este es un proceso “consuntivo”, producto de una supercombustión, sin la atemperación apropiada de sustancia material sensitiva alguna.

Quien se erija en preceptor de un arte, o un método, deberá al menos ser coherente, mas el autor de este especial sistema destructor del cuerpo y del Alma, se contradice con frecuencia, como lo señala lo siguiente:

“...si a veces ocurre que el esposo debe llegar al clímax antes que su consorte, y no puede llevarla al orgasmo excitándola con el glande erecto, será perfectamente correcto que lo substituya con su dedo, satisfaciéndola de ese modo. Por supuesto, esto no la desahogará tanto como si hubiesen llegado simultáneamente al clímax, pero es mucho mejor para ella antes que quedarse sin satisfacción completa. *Muchas mujeres sufren toda la noche de deseos insatisfechos, con sus órganos congestionados y tímidos, por cuanto sus maridos no las satisficieron, concluyendo el acto antes que ellas, ¡dejándolas luego!* Tales casos podrían remediarse por entero si las partes supieran la verdad, y no fuesen demasiado ignorantes, prejuiciosas o vergonzosas, para hacer lo que se debe y aprovechar al máximo la situación.”

En un párrafo hemos informado detalladamente cómo puede comenzarse el abrazo, llevarse el acto casi hasta el clímax, e interrumpirlo luego, sin reducir el deseo de satisfacción; por el contrario, aliviando y satisfaciendo el apetito sexual, y a su debido tiempo, habituándose a ello y convirtiéndolo en un acto normal.

El autor nos habla luego de cómo sufre una mujer que queda con sus deseos insatisfechos,<sup>26</sup> por no llevarse hasta el clímax. Estas contradicciones aparecen en todo el libro, pero no tornan menos peligrosos sus diversos preceptos porque el lector corriente, que bus-

---

<sup>25</sup> Mucho más correctamente debería describirse como práctica “degradante y repugnante”. Quienquiera intenta poner en práctica estas instrucciones, pronto se descubrirá en la vorágine de la degradación sexual y de todo lo que es subhumano.

<sup>26</sup> Esta descripción de esa insatisfacción y sufrimiento de la mujer es demasiado correcta, y una de las causas principales obedece a lo que aquí se defiende.

ca un método que ofrezca la satisfacción de la lujuria sin obligarse a afrontar las responsabilidades de su acto, no estará capacitado como para reconocer estas contradicciones.

Coincidimos fervorosamente con la afirmación relativa a lo deseable que es aliviar el sufrimiento de la mujer resultante de no llevársela hasta el clímax, pero jamás hemos sabido de la necesidad de prácticas semi-eróticas de parte del marido; el hombre más o menos débil sexualmente puede ser instruido sobre métodos naturales, posibilitándosele cumplir sus viriles deberes conyugales con entera satisfacción.

El consejo del autor para los solteros se equipara al ofrecido a los casados, como lo señala lo que sigue:

“Si la novia y el novio estuviesen lo bastante instruidos sobre como introducirse mutuamente en los deleites del orgasmo, “desahogándose” recíprocamente mediante la excitación externa de los órganos, con sus manos, unas pocas veces antes de unir aquellos, eso sería para su bienestar duradero. Esto es especialmente cierto respecto de la novia. Si su amado la tomase en sus brazos, incluso con todas sus ropas, la sentase en su regazo, en la cámara nupcial, solos, y acariciase su vulva hasta que ella “se desahogara”, son muchas las posibilidades contra una de que el novio le habrá inducido un deliquio tal que ella no podrá olvidar en toda su vida.”

Es inconcebible que alguien que viva en este siglo y posea la educación requerida para aprobar los estrictos exámenes de una Facultad de Medicina, pueda ser culpable de inculcar tales prácticas inhumanas, innaturales y degradantes en personas desorientadas.

¡Pensamos en el padre que, adorando a su hija, creyéndola la inocencia personificada, está seguro de haberla confiado al cuidado de un hombre que deberá protegerla de todo lo malo y degradante!

¿Cuál será su reacción al saber que permitió que ella cayera en manos de una bestia carnal que, induciéndola a creer que la mimaba, acaricia y hace todo lo posible para prepararla para el santísimo ejercicio divino de la función creadora, luego perpetra en ella el más sucio de todos los actos —el de masturbarla— palabra fea pero veraz y descriptiva? *¿Qué hará ese padre?*

El hecho de que esa práctica destructora del Alma le induzca “un deliquio tal que ella no podrá olvidar en toda su vida”, dependerá enteramente de la moralidad y fineza de carácter de la mujer. Si ésta fue engendrada en una familia donde la vulgaridad es la norma característica, tal vez acepte eso como un incidente natural, que es dable esperar; pero si se tratase de una mujer, como la que tenemos en mente, como esperaríamos que fuese nuestra hija, ella cruzaría de una bofetada el rostro de esa bestia, maldeciría su Alma y buscaría rápido remedio en un Tribunal de Justicia.

Lo único en la vida que el joven mental y físicamente normal espera con placer, y la consumación que *nunca olvida*, es el ingreso en la *gran incógnita*, el primer abrazo conyu-

gal completo que goza con su novia. Si se consintiese aquella práctica, el rito posterior sería una farsa, una parodia del divino acto creador.

“En verdad, si la futura novia, tan inocente o ignorante respecto de sus posibilidades sexuales que jamás experimentó un orgasmo —que nunca se “desahogó”— pudiese ser “aleccionada” antes de su noche de bodas, si pudiese ser instruida lo bastante como para inducirla a practicar alguna forma de autoerotismo, haciendo que llegue al orgasmo con su propia mano, en bien de la experiencia que eso le procurará, y para que obtenga alguna idea clara de lo que realmente quiere, antes de caer en brazos de su amado —si pudiera hacer esto, con la actitud mental correcta, ayudaría grandemente a su bienestar, y sería un aditamento digno y valioso a su reserva de conocimiento de sí y de los poderes latentes en ella. Su alegada pérdida de la inocencia mediante tal acto no sería nada en comparación con la sabiduría que lograría con la experiencia.”<sup>27</sup>

Las iglesias establecidas han inculcado la doctrina de que no existe más la Serpiente de Satán, otrora en el Jardín del Edén; sin embargo, es nuestra firme opinión que si murió esa peculiar serpiente, entonces Satán (personificación del mal) creó una muy superior a la tentadora original; esas instrucciones para mancillar a los inocentes, emanan de ella.

Aparentemente no es lo bastante destructivo de la raza que muchas de nuestras niñas más delicadas caigan ignorante e inocentemente víctimas del hábito de la masturbación, desconociendo totalmente el castigo que deberán cumplir después. Ahora debemos contemplar el espectáculo de escritores, aceptados como autoridades, que enseñan la masturbación a nuestras doncellas, engañándolas y haciéndolas creer que la experiencia es necesariamente sabia y apropiada para obtener la satisfacción sexual.

Incuestionablemente, tales prácticas añaden experiencia y sabiduría a la suma total de las dotes de la niña; pero, de manera similar, serán un constante recordatorio de degradación y masturbación; un sentimiento de impureza, y una incapacidad para mirar en los ojos del joven inocente, sin el pensamiento siempre presente de indignidad.

Las niñas que caen víctimas del hábito, a través de las maquinaciones de otros igualmente culpables, pueden ser prestamente perdonadas. La de ellas no es una culpa consciente. La niña que deliberadamente degrada su sacratísimo tesoro no puede ser excusada sobre ninguna base.

Nos aventuramos a decir que, si el conocimiento y la experiencia reales son esenciales para el bienestar de su hija, el padre corriente que es también hombre en el sentido verdadero del término, más preferiría, ver a su hija en los brazos de un hombre limpio, aunque no fuese su esposo, consumándose correctamente el abrazo, permitiéndoles así la libertad continuada de poder enfrentar a sus semejantes y a Dios sin vergüenza, que saberla culpa-

---

<sup>27</sup> Podemos estar en un error, pero nuestra humilde opinión consiste en que los demonios del infierno no podrían haber engendrado una prédica más repugnante y degradante que ésta.

ble de esta práctica vergonzosa, condenada por Dios, que hace que quien la cometa oculte su rostro con vergüenza.

“El hecho consiste en que toda la cuestión de la excitación sexual por medios manuales, o de cualquier otro modo distinto de la unión de los órganos, recibió la reprobación de los presuntos puristas, desaprobación que de ningún modo merece. Como ya se indicó, la palabra masturbación fue fijada a tales actos, y luego, cada una y todas las formas de masturbación fueron condenadas mucho más allá de lo que confirman los hechos, con la tal desorientación consiguiente de las mentalidades bajas respecto de lo planteado. Cuando se observa la situación desde el punto de vista que insiste en que todas las funciones sexuales deben hallarse bajo el control de la voluntad, entonces se arroja luz sobre la cuestión íntegra. Vista de este modo, cualquier forma de estimulación sexual, o de autoerotismo (autoerotismo significa *autosatisfacción*), que no se lleve al exceso, es correcta y sana.”

En respuesta a esto, reiteramos anteriores afirmaciones:

*Primero:* Cualquier intento de aliviar al organismo creador de los fluidos vitales o seminales, que no sea la unión de los organismos masculino y femenino, es masturbación, y está condenado por Dios y por todas las mentes castas.

*Segundo:* No somos puristas, ni presumimos serlo. Consideramos que todo lo que Dios creó es puro y santo, y que su uso correcto está convalidado por Dios; pero la masturbación en cualquier forma que exija “derramar la semilla en el suelo” es fraude para con uno mismo y para con Dios; por tanto, destruye al cuerpo y al Alma por igual, convirtiendo, a su tiempo, al hombre en algo menos que la más baja criatura del campo.

*Tercero:* Agradecemos a Dios con todos nuestros corazones de que los de abajo no estén aún inoculados con la práctica de las “bestias” de Sodoma, Gomorra y Babilonia, teniendo la fortuna de seguir sin estar iniciados en los “ritos que condenan al Alma”. Esperamos que esto jamás suceda.

*Cuarto:* Hay una vasta diferencia entre la estimulación sexual y la autosatisfacción, denominada “autoerotismo” por este autor. “La estimulación sexual” se aplica apropiadamente al método de despertar en uno mismo o en la pareja un intenso deseo de abrazo. Esto es natural, normal y deseable, y puede denominarse apropiadamente despliegue de afecto y ternura. El autoerotismo es masturbación diaria, lisa y llana; es una práctica que rehúyen todos los hombres y mujeres normales, de mente limpia.

*Quinto:* La autosatisfacción jamás es sana; es siempre degradante y destructiva. Deberá huirse de ella como se dice que el demonio escapa del agua bendita.

*Sexto:* La ley creadora permite la excitación del organismo sexual sólo con el fin de despertar el deseo de la pareja adormecida que ha de participar en el drama divino. Una vez cumplido esto, debe tener lugar la unión, sin osar interrumpirla hasta que ambas partes estén tranquilas y en paz.

Obrar de otro modo es cometer fraude conyugal y, con seguridad, despertará repugnancia en el defraudado. El fluido seminal tiene como finalidad, aparte de la procreación, la “carga” de todo el organismo femenino; así como la corriente de un generador carga los compartimientos de una batería, procurando de esa manera paz y buena voluntad a todo el ser, mientras las fuerzas magnéticas de las secreciones femeninas tienen un beneficio igualmente deseable sobre el ser físico y mental del varón.

*Séptimo:* La vida o la muerte se ocultan en el abrazo marital. Este es el original “Árbol de la Vida” que se alza en “medio” del *Jardín del Edén* para quienes obedecen la Ley y no comen del fruto *prohibido*. La auto-satisfacción, el erotismo, el erotismo mutuo y el fraude conyugal de toda forma y toda manera de abrazo, no se basa en el amor y el afecto entre quienes consuman el rito conyugal, son el fruto prohibido y son “arrancados” del “Árbol de la Muerte”.

El acto conyugal es un matrimonio; “matrimonio” significa unión, o rito sagrado, cuando se basa en el deseo mutuo y se practica normal y naturalmente hasta la satisfacción final. Esto da por resultado el amor y el afecto entre los dos, y de ello nace la progenie de un mundo más grande del futuro, por un lado; el Rejuvenecimiento y la REgeneración, por el otro, cuando el acto tiene base espiritual; y en última instancia, la REgeneración de la raza.

## **EL SIGNIFICADO ESPIRITUAL DEL SEXO I**

Hace casi cien años que fue fundada y trabaja en Norte América<sup>28</sup> una organización, ahora expandida en el mundo entero, que tiene como una de sus enseñanzas fundamentales inculcar una llevadera filosofía que trata sobre la REgeneración de la Raza y la espiritualización del sexo.

Esta loable actividad se empeñó, y sigue empeñándose activamente, en instruir a sus miembros sobre el principio positivo de que Dios creó al hombre y a la mujer en primera instancia, a Su imagen, para que ellos, a su vez, Le imitasen.

Al mismo tiempo, Dios les confirió el poder y la capacidad para emplear esta misma potencialidad creadora en la Regeneración de su propio ser individual, asegurándoles así que su “Mortalidad se revestiría de Inmortalidad” para que se les posibilitase empezar a vivir la vida eterna aquí y ahora.

La certidumbre de la posibilidad de la Inmortalización del Alma humana (el término “Alma” es más correcto que la palabra “espíritu”) por medio de una vida moral y del correcto ejercicio de la función procreadora, fue, y todavía es negada casi universalmente. La idea general, aceptada casi universalmente, es que la función sexual no tiene otra finalidad que la procreación de la especie, más el hecho de que la misma función, si se ejercita imprudentemente, conduce a la degradación del yo espiritual.

Este concepto niega las leyes de la lógica que nos enseñan que toda acción es dual; que el péndulo del reloj debe oscilar tanto hacia la derecha como hacia la izquierda para que se mantengan el equilibrio y la actividad (la vida).

Si admitimos la posibilidad de que abusar de la función creadora puede producir la condenación, entonces con seguridad es sensato admitir que su ejercicio correcto y normal tiene la potencialidad de elevar al Alma por encima de lo carnal hasta lo espiritual.

La creación en el plano humano identifica al acto por el que el hombre da vida a un nuevo cuerpo preparándolo para habitación de un Alma; la REcreación o la REgeneración es el método de transmutar lo mortal en lo Inmortal; hablando bíblicamente “la Mortalidad se reviste de Inmortalidad”.

---

<sup>28</sup> Véase *Philosophy of Fire*, Philosophical Publishing Company, Quaker-town, Pensilvania, E.U.A.

Posiblemente, para una distinción más clara de los términos, mejor podríamos decir: la REcreación es el proceso de RENACER espiritualmente; de purificar al cuerpo de tal modo que la enfermedad y la debilidad sean erradicadas. La REgeneración es esa obra mayor de manifestar activamente al Alma poderosa, contraparte de Dios, esa parte del hombre que usualmente se deja dormida, para que retorne al Padre al morir lo físico que no estará más espiritualizado que cuando esa Alma abandonó al Padre para habitar en la estructura mortal.

A la mayoría de los pensadores le parece incomprensible que las denominaciones religiosas establecidas defiendan la aceptación de los escritos bíblicos en su sentido literal, dando crédito de todo a la Sabiduría, mientras al mismo tiempo niegan que el sexo tenga cualquier otra función que no sea la de la creación de los cuerpos para que los habiten las Almas. De acuerdo a nuestra experiencia, he aquí toda la debilidad de las prédicas religiosas.

Esta incoherencia es mucho más vivida ante el documento bíblico de que Moisés, el gran Legislador, basó *la salvación de los israelitas, durante sus estadas en el desierto, en la serpiente en alto*. Interpretado: *En la purificación y elevación del deseo creador y la sublimación de las relaciones sexuales*.

Mientras los israelitas cumplieron su largo viaje hacia la Tierra Prometida, debido a su ignorancia de la Ley Divina que gobierna la función creadora, abusaron, degradaron y ejercitaron tan grandemente la función creadora para satisfacción sensual y se pervirtieron de tal modo que hubo peligro inmediato de degeneración racial hasta el punto de auto-destrucción cabal.

Moisés apreció el mal inminente, y con la sabiduría obtenida a través de largos años de noviciado en el Sacerdocio de Egipto, comprendió que el mal se basaba en una mala interpretación del ejercicio correcto de la función creadora.

Moisés sabía que un poder potente para destruir era igualmente efectivo para salvar. Para proteger al resto del pueblo, *inculó* la práctica, a través de la simbología de la serpiente en alto, de realizar el rito conyugal para ninguna otra finalidad que la creación de nuevas unidades para que encarnasen las Almas, y la REgeneración del ser individual. Esto lo ordenó como rito religioso prescripto por el Dios vivo y, al obrar así, salvó a los hijos en el desierto.

Moisés se sintió impulsado a inculcarles la ley constructiva, enseñándoles que el mal uso y la perversión de la función creadora, y el continuado “derramar la semilla en el suelo” (denominación de los actos “inconclusos” y también de los actos solitarios) daría por resultado no sólo la extinción de los “ungidos de Dios” sino también de todas las personas culpables de esa práctica impía.

Dijo a su pueblo que eso era igualmente dinámico en la destrucción del Alma, pregonando la orden de que “el Alma que peque, morirá”, porque arrojar el germen de la vida

(la semilla del fluido seminal) en el suelo es *destruir el Alma*. Esto se debió al hecho indiscutible de que la esencia que el laboratorio, en las “riendas” bíblicas, usa en la manufactura de la “semilla” es idéntica a la materia nerviosa y cerebral; al utilizarse mal una, se abusa de la otra.

A En la Religión Mística del Antiguo Egipto, en la época anterior a la degradación del Sacerdocio establecido, uno de los dogmas fundamentales, la primera lección que debía aprenderse de la *Doctrina Secreta*, era el uso correcto del sexo, i.e., para la procreación de nuevos cuerpos, la REcreación del cuerpo individual y la REgeneración del Alma interior. Moisés había sido instruido cabalmente en esto siendo novicio en el Sacerdocio; después basó todo su código moral en estos principios, y por ello estuvo capacitado para salvar a quienes le seguían.

El cristianismo (la ortodoxia establecida), adherente de la ley mosaica, rechazó coherentemente el aspecto Espiritual del código moral formulado por Moisés. Debido a este hecho, hasta ahora fue prácticamente imposible interesar a una mayor proporción de la humanidad por el gran problema que reconocemos como la base de la mayoría de las enfermedades y degradaciones sociales, por un lado, y la salvación del cuerpo y del Alma, por el otro.

El eclesiasticismo destaca la doctrina de que todos los niños nacen en el pecado, mientras la religión revelada, armonizando con la Sagrada Escritura, nos enseña que, aunque los niños nazcan a través del pecado, es decir, a través de quienes cohabitan por “lujuria”, porque no se aman ni tienen afecto recíproco, no obstante, no nacen en el pecado, ni cometen realmente pecado antes de la edad de la responsabilidad —*después* del período de cambio de la niñez a la adultez en ambos sexos.

El pecado original resultó del despertar y del mal uso de la función creadora; todos los demás pecados siguieron como resultado de la primera mala acción. En el Jardín del Edén los primeros niños permanecieron inocentes. No cometieron mal alguno hasta después de la adolescencia, hasta que desobedecieron la ley creadora y se complacieron en el abrazo sexual por goce y satisfacción en lugar de sólo por procreación y REcreación.

Haciendo abstracción de todo lo que hemos dicho, la función creadora puede ejercitarse sin “pecar”. Si nuestros primeros padres hubieran obedecido la ley de Dios, si se hubiesen abrazado sólo con la finalidad de la procreación, o de la REcreación de ellos mismos y la REgeneración de sus propias Almas, asemejándolas al Padre, no habría existido el pecado, la aflicción ni la muerte.

Mucho antes de llegar a la edad de la responsabilidad ellos conocieron la posibilidad de complacencia sólo por goce y satisfacción a través del acto, y en su egoísmo, olvidaron el mandato divino, y el resultado fue el pecado. Por esto no debe entenderse que el goce y la satisfacción estén prohibidos, *sino que no pueden ser el incentivo primario de la acción*.

Al aceptar estas afirmaciones como interpretación correcta de la Ley Divina, el lector podría sacar en conclusión que no existiría el pecado siempre que el rito conyugal se complete y que la mujer que participa sea fértil, resultando un hijo de esa unión. Esto dista de ser una declaración correcta o completa del hecho; el “pecado” es definido como un “acto capaz de causar perjuicio a uno mismo, o dolor y sufrimiento a otro.”

De hecho, una persona ebria o degenerada puede ser parte en el abrazo; podría completarse la unión y, como resultado, nacer un hijo; pero, debido al estado de los protagonistas, es posible que el hijo sea un enclenque o un idiota. Tal condición conferiría al hijo una herencia de dolor y/o sufrimiento, siendo consiguientemente un mal.

De modo parecido existe la posibilidad de que un libertino cohabite con una mujer de hábitos inmorales, resultando una nueva creación. El ejercicio mismo podría haber sido normal y natural, pero debido a que los protagonistas llevaron una vida depravada, difícilmente ese nuevo ser tendría la complacencia de Dios; más bien deberíamos esperar lógicamente una criatura del “pecado”, posiblemente sin Alma y con la maldición de tendencias destructivas. Jamás olvidemos que el rito conyugal debe ser resultado del amor o del afecto; no meramente del deseo o la lujuria.

Si quienes consideran estas afirmaciones resultado de la ilusión, más bien que basadas en la Ley Divina, como lo sostenemos, estudiaran cuidadosamente los dos primeros libros de la Biblia, teniendo presente, al mismo tiempo, el código moral formulado por Moisés, sin duda su opinión experimentaría un cambio decidido y armonizaría más con las leyes de Dios y la Naturaleza que gobiernan las funciones creadoras y REgeneradoras.

La última guerra, horrible como fue, demostró ser un tremendo despertador. Los médicos y pensadores que antes se burlaban de la idea de que el sexo tuviese significado espiritual alguno, ahora admiten francamente nuestros asertos. A través de este nuevo concepto de la potencialidad de la actividad sexual, fue posible enseñar a hombres y mujeres, niños y niñas, el uso constructivo de la función creadora, al igual que su significado espiritual.

Esto, aunque cumplido en parte, salvará bastantes Almas dentro de los próximos cincuenta años, superando en exceso las bajas totales de toda la guerra; ¿y quién dirá que la Universal Energía Constructora, llámasele Dios o como se quiera, no utilizó la crueldad y el odio humano, y su deseo de destruir, como medio con el cual iluminar las mentes de los hombres, dando así un incentivo a la creación de una Raza Superior?

Ya hemos dejado implícita la posibilidad de que los israelitas fueron culpables de sus pecados sexuales por ignorancia más que por depravación. Considerando la abnegación y renunciamiento que padecieron, es increíble que hiciesen adrede algo que pudiese destruir la posibilidad de llegar a la tierra prometida y sus bendiciones. Sin embargo, esto es precisamente lo que hicieron con rapidez como resultado de sus prácticas degradantes y destructivas.

Está escrito que, hasta con la intervención de Moisés y de sus sabias instrucciones, de todos cuantos abandonaron Egipto con gran fe de que pronto llegarían al puerto de la libertad, poquísimos vivieron para ver ese día glorioso. En realidad, la mayoría se destruyó, destruyó su cuerpo y su Alma, mientras otros echaron sobre sí las más aborrecibles enfermedades, y todo como resultado de complacencias sexuales pervertidas.

La ignorancia de las leyes que gobiernan el sexo y todo lo perteneciente a la función creadora es escasamente menor que cuando Moisés formuló el código moral. Preguntamos seriamente si las aflicciones, sufrimientos y miserias, y las muertes innobles no son aún mayores en proporción hoy en día, que en aquellos tiempos de la antigüedad.

En prueba de este aserto, ofrecemos extractos de una carta recibida hace poco de alguien que se dirigió a nosotros en procura de información. La misiva ilustra claramente la ignorancia de incontables madres.

“Al leer su artículo sobre la relación sexual, podría creerse que deben consentirse todos los impulsos sexuales entre marido y mujer, o que existirá perversión sexual, y yo no sé exactamente qué quiere significar usted con perversión, ya *que es tan, magro el conocimiento de la pareja casada corriente sobre la cuestión sexual, que tiene que aprender sólo por experiencia, y demasiado a menudo a través de sus errores.*”

Esta mujer, esposa y madre, admite francamente que no posee conocimiento sobre el sexo y sus funciones; y que incluso desconoce cualquier fuente de la que puede obtener una comprensión de ello, viéndose obligada a aprender a través de una amarga experiencia.

Esta mujer es miembro de la iglesia establecida, pero no fue instruida sobre las funciones muy sagradas e importantes de su ser; no comprende las leyes que, entendidas correctamente, y vividas correctamente, procuran salud, felicidad, contento y, finalmente, Salvación del Alma o como se parafrasea habitualmente: “vida *eterna* en los cielos”.

Es incorrecta su comprensión de las leyes que enseñamos. No sostenemos, ni inculcamos la doctrina de que el rito conyugal debe ser consentido libremente. Afirmamos que debe existir una comprensión completa y armónica entre marido y mujer respecto de la relación sagrada; y que la vida de continencia destruye la felicidad hogareña porque donde esta doctrina se vive coherentemente, marido y mujer evolucionan por separado y rompen los vínculos familiares.

Sostenemos la ley absoluta de que el esposo no tiene derecho, moral ni espiritual, para exigir que se consientan sus deseos; sólo tiene el privilegio de aceptar sólo cuando ese consentimiento le llega libremente. Tomar por la fuerza lo que no fue ganado ni ofrecido con amor, es usualmente el comienzo del resentimiento de su consorte; ese concepto erróneo de parte del marido concluye, al fin, en aversión recíproca.

Si esto continúa por algún tiempo, es muy seguro que sobrevendrán la enfermedad y el dolor. Incuestionablemente, esta práctica casi universal, que podría denominarse correctamente violación “legalizada” es una de las peores formas de prostitución, más degradante

en sus efectos sobre el hombre que la frecuentación del burdel, y tan desastrosa para la mujer como si ésta practicase la continencia forzosa.

Aseveramos constantemente que si dos personas viven juntas, siendo el marido de naturaleza afectuosa y amable, dueño de virilidad que lo señale como un hombre real, y si sus deseos normales permanecen continuamente insatisfechos, ocurren una de estas dos cosas: ese marido será infiel a sus votos matrimoniales o, en última instancia, practicará la perversión.

Admitimos libremente que pueden existir razones para una vida de continencia, como por ejemplo, cuando una de las partes, o ambas, se hallan bajo gran tensión mental, tensión nerviosa, o algún fuerte dolor. Cuando uno o ambos son de naturaleza frígida o desamorada, el divorcio, más que la continencia, deberá ser finalmente la solución del problema, aunque en muchísimos casos esto es muy indeseable debido a los hijos menores de la familia.

La carta antes citada es típica. Cuando se reciben muchas cartas de este estilo, cada una reclamando conocimiento, ¿no debemos sacar naturalmente en conclusión que es aguda la necesidad de instrucciones correctas y racionales sobre Higiene Sexual, Eugenesia, Desarrollo Racial y REgeneración? Esto resulta espantoso una vez que se comprende la necesidad de tal conocimiento y se investiga lo que se hace pasar por información para solucionar el problema.

Si deseamos esclarecer a la humanidad, y así salvar naciones de la perversión sexual que destruyó a todas las civilizaciones poderosas del pasado, incluidos Egipto, Grecia y Roma, debemos buscar la raíz del problema, y aplicar allí el remedio; esto no podremos hacerlo a menos que enfrentemos al mal sin miedo ni sutilezas.

A no ser que nos anime el prejuicio, estaremos perfectamente deseosos de estudiar con cuidado todo lo que escribiera el gran líder de los israelitas.

En ninguna parte hay una indicación de que Moisés se quejase cuando Dios le dio las leyes que gobiernan las funciones creadoras, aunque también se le enseñó que estas leyes eran idénticas a las que, obedecidas, conferirían Inmortalidad al hombre.

Las prédicas de todas las denominaciones ponen gran énfasis en los males de la fornicación, del adulterio y del proxenetismo; y eso está bien; pero nada se enseña respecto de los terribles resultados en quienes consienten el rito conyugal, aunque casados, pero que no se aman.

Dejemos caer un manto de piedad sobre multitud de ejemplos de mujeres obligadas a satisfacer las exigencias de sus cónyuges aunque todas las fibras de su ser se revelen ante ese mero pedido. Una increíble cantidad de esposos piden y reciben favores de esposas hacia las que no tienen amor, porque temen que se les acuse de infieles, aunque de hecho las mujeres que acuerdan ese privilegio hayan perdido todo afecto hacia sus maridos.

Sostenemos que cuando el marido exige favores de su esposa que no le ama, eso creará gradualmente una aversión de parte de ella, que, con el tiempo, desequilibrará el sistema y producirá diversas enfermedades mentales, nerviosas y generales, con todos los males correspondientes, mientras que para él, si eso continúa mucho, se convertirá en la “condenación” final del cuerpo y del Alma.

Los hijos nacidos de tal complacencia son, con mucha frecuencia, débiles morales y posiblemente físicos, si no realmente idiotas. Si se trata de un niño, puede llegar a ser un libertino o un pervertido; si se trata de una niña, posiblemente sea otra candidata a trotacalles, invitando a la condena general, incluso de quienes aprovechan sus servicios. Ni el niño ni la niña se tendrán como responsables bajo la ley Eterna. Más bien la culpa recae en esos padres y madres culpables de procrear cuando el amor no fue base de la unión.

En incontables casos de prostitución legalizada, nacen innumerables niños; carecen de naturaleza amorosa, de espiritualidad, de todo lo que es *esencial para la masculinidad o la femineidad; todo debido a que fueron concebidos cuando el incentivo de la complacencia fue la lujuria rebajante por un lado, el odio y la aversión por el otro*. Tales criaturas pueden ser, y a menudo son, el comienzo de una larga sucesión de descendientes deficientes en sus atributos morales, humanos, espirituales y divinos.

*Por más duras que parezcan estas afirmaciones, no obstante son verdades y debemos enfrentarlas franca y honestamente*. Si somos sinceros en nuestro propósito expreso de librar este mundo de la prostitución y sus males, en casados o no, no osemos contentarnos con nuestros esfuerzos de reformar a quienes habitan en los barrios del pecado.

*Debemos también hacer que deje de tener lugar la procreación de otros seres*. Esto es imposible hasta *que queramos considerar al acto creador como rito verdaderamente religioso, como la oración, i.e., práctica de amor y devoción*, no como Magia Negra ni Brujería, de la que hay que apartarse a la luz del día, y tema de chanzas y degradación cuando las tinieblas de la noche envuelven la tierra.

Después de empezar a inculcar las verdades relativas a todo lo concerniente al sexo, ¿por qué no aceptamos directamente los dos Mandamientos Divinos que obedecidos, abolirían todo crimen, abuso y degradación de las funciones creadoras, convirtiendo al hombre en el ser superior que debe ser, en lugar del enclenque, en la criatura llena de odio, lujuria y venganza, en el instigador de la guerra y la carnicería, que ha sido durante tantos siglos? “No des tu semilla a Moloch”, y el castigo expreso: “El Alma que peque, seguramente morirá”, una vez entendido cabalmente y adoctrinados religiosamente en todas las prédicas, al menos ayudaría a modificar rápidamente las actuales condiciones destructivas.

Según todos los grandes legisladores sin considerar la época en que vivieron, sólo hay dos funciones sexuales: Primera, la creación de nuevos cuerpos para la encarnación de las Almas a través de las cuales Dios deberá ser glorificado. Segunda (la función espiritual), por la que, a través del rito conyugal, la naturaleza del hombre y la mujer —los dos participantes— se elevará hacia Dios como al efectuarse una plegaria. En ambos casos la relación

deberá basarse en el amor y el deseo mutuo; el consentimiento de la mujer se ganará, no se obtendrá a través de la fuerza bruta.

Si ha de existir reforma en la esfera de la procreación, seguida por la Regeneración de la Raza, debemos empezar con los jóvenes, enseñándoles estas poderosas verdades para que ellos, a su tiempo, eleven la función creadora, asegurándose de que no les nacerán hijos a no ser que sean la personificación del amor y del afecto, rechazando prostituir su capacidad creadora mediante la reproducción de su especie como resultado único de la lujuria.

El niño, en sus primeros años, deberá ser instruido sobre el hecho de que la función creadora es básicamente religiosa, encerrada en el amor y la verdad, así como lo es la oración y todo el otro culto de Dios. La prédica no debe concluir allí sino que debe continuar hasta que ese joven llegue a la edad de la responsabilidad, i.e., de la capacidad de paternidad. Profundamente instilada en su mente debe estar la convicción de que la máxima calamidad bajo la cual la humanidad vivió oprimida y sufriente durante edades, es la inhumanidad del hombre que exige y acepta favores de una mujer a la que no ama ni guarda afecto en su corazón; que el único motivo que permite la unión sexual es el amor y la procreación, y un deseo de Inmortalización del Alma de ambas partes. Si estas verdades se graban lo suficiente en su mente y comprensión, poco habrá que temer que prostituya su capacidad creadora, poco peligro existirá de que contraiga cualquiera de las aborrecibles y degradantes enfermedades que ahora prevalecen.

El hijo que nace de un matrimonio santo (no prostituido), instruido en la ley, no pensará más en buscar el abrazo de una prostituta pues eso equivaldría a insultar a su amada madre. No abusará de una función a la que se le habrá enseñado reverenciar como parte de una práctica religiosa, como la avenida por la que se logra la Inmortalidad. Para él esto será siempre Santo y Divino.

Admitimos que muchos de los que nacen en la lujuria, y por ello son hijos de la pasión, continuarán según la modalidad de sus padres. Tenemos presente una raza nueva y nacida correctamente, una generación de seres superiores, nacidos en el amor, cuando y donde se quiera.

Son necesarias leyes para controlar el mal, pero ninguna disposición legal, por más drástica que sea, barrerá las prácticas degradantes de la prostitución ni las aborrecibles enfermedades sociales, hasta que la causa misma sea eliminada. El tratamiento deberá ser orientado hacia las raíces del tumor canceroso; sólo entonces existe esperanza de cura.

El camino de la salvación consiste en instruir al hombre sobre la verdad; sobre todo lo que concierne a su función creadora; sobre la recompensa por el uso correcto y el castigo por el abuso. Pruébesele que en el uso correcto se hallará la salud, la fuerza, el triunfo y la felicidad; mientras que en el sendero del abuso yace la enfermedad, la debilidad, la afección y el dolor, el nacimiento de idiotas y pervertidos y, finalmente, su propia condenación y la de su progenie.

## **EL SIGNIFICADO ESPIRITUAL DEL SEXO II**

*Los extremos en las enseñanzas sobre el sexo*

En todas las épocas, la maldición de la humanidad ha sido el radicalismo; de un extremo pasamos al otro. O no respetamos la ley ni el orden, o legislamos quitando todos los privilegios de la existencia, convirtiendo a los hombres en esclavos.

Nuestra comprensión anterior de todo lo concerniente al sexo ha sido irracional. Durante largos siglos el organismo sexual se consideró vergonzosa posesión; se lo consideró inmencionable; su ejercicio se consintió por placer y satisfacción personal, mientras la procreación de la especie fue principalmente *accidental*.

Al fin estamos empezando a comprender la potencialidad y la sacralidad del sexo. Con esta esclarecida comprensión de la importantísima función innata del ser humano, presenciemos el espectáculo de débiles sexuales y de “icebergs” humanos que oscilan hasta el extremo quimérico y paranoico de inculcar no sólo el no-uso de la función, sino también de enseñar la posibilidad de lograr la Inmortalidad física y el nacimiento de hijos sin el ejercicio de esa función, primero, debilitando el organismo creador con el no-uso, finalmente degradándolo, para concluir con la degeneración del cuerpo y *la destrucción, del Alma que, de otro modo, es Inmortal*.

La degradación del sexo en sus múltiples aspectos está aumentando de manera alarmante. Son poquísimos los ciudadanos nuestros, conscientes de este hecho, y no se dan por enterados a no ser que nos veamos obligados a luchar contra enfermedades destructivas y degradantes, y contra los barrios prostibularios de nuestras grandes ciudades.

En general, hombres y mujeres no saben que la gente es inoculada gradualmente con un hábito potencial fértil para la destrucción de la raza, a través de la doctrina fantasmal de que la separación de los sexos fue un error, producido por el pecado; que el hombre debe hallar dentro de sí a la hembra; que el sexo, tal como ahora se lo entiende, se está extinguiendo, y que los niños nacerán en el futuro ¡Dios sabe cómo!

A la mente racional le parece muy improbable que esa idea fantástica pueda arraigarse en la mentalidad de un pueblo que se supone bien educado, iluminado y bien equilibrado mentalmente. El hecho real es que estamos inundados de cartas en las que se nos

formulan preguntas sobre “cómo es este método”, indicando claramente que muchos se han convertido a esta nueva “doctrina de la muerte”.

Somos plenamente conscientes del hecho de que un libro escrito de manera abstracta y basado en la suposición, raras veces convence. Por ello nos conviene tratar sobre casos concretos.

Tenemos a la vista una carta en la que quien nos escribe, una intelectual, reputada docente, nos pregunta: “Creo que ninguna vida puede ser feliz y completa sin el Santo Matrimonio. ¿Usted lo cree?” Respondemos con presteza: “*Eso no puede ser.*”

Pero hay más en esta carta; he aquí: “*Varón y Mujer en uno solo.*” Aquí está la raíz del problema.

Esta mujer, que está en diario contacto con mucha gente, hombres y mujeres, y que es capaz de influir sobre los demás, inculca continuamente el principio de que, una vez que hombres y mujeres despiertan, están completos dentro de sí y ya no necesitan más del sexo opuesto como compañeros; la solución del enigma *es el no ejercicio de la función creadora; la supresión de todos los deseos, y la aspiración de hallar la plenitud y la satisfacción del sexo opuesto dentro de uno mismo.*

Como podrá entenderlo prestamente la mentalidad racional, el no-uso y la supresión, con tal idea presente, acciona sobre el cuerpo interno de manera semejante a lo que ocurre cuando llenamos parcialmente un tonel con zumo de fruta fresca, añadimos azúcar y levadura, y luego lo cerramos herméticamente con un corcho.

Tan pronto se inicia la fermentación, se crea una nueva fuerza; ésta producirá una explosión; o, si el tonel es muy fuerte, tiene lugar un gradual estancamiento del líquido, que concluye echándose a perder.

En el organismo humano, el no-uso y la supresión, que naturalmente incluyen la retención, crean una irritación de todo el organismo genital; esto, a su vez, da pábulo a un criterio anormal sobre la vida misma, seguido por la alucinación de habernos convertido en seres especialmente escogidos por Dios y ungidos para el reino de la bienaventuranza eterna.

La mente normal es incapaz de concebir la real actitud mental de quienes actúan bajo esa ilusión; por ello ofrecemos una cita in extenso de otra carta que tenemos a la vista:

“La masturbación y las prácticas afines, comunes en los hogares y fuera de ellos, provienen, en su totalidad, de la lujuria de la carne, y han sido estimuladas tanto por la lujuria legalizada como por la ilegalizada. Con lujuria legalizada significó el contacto sexual de un hombre y una mujer bajo la ley matrimonial, al calor de la pasión, para satisfacer la carne.

“Esto tiene a menudo por resultado el nacimiento de un hijo que es estimulado, de modo parecido, en la carne, con impías pasiones, y eventualmente este hijo (niño o niña) de apariencia inocente cae víctima del vicio no erradicado a través de la enseñanza de ideas piadosas. Mientras los padres crean que la lujuria legalizada no sólo es aprobada por el estado sino también por Dios, el caso no tiene esperanzas.”

Mucho de esto es reconocidamente cierto y tales preceptos serían recomendables, pero directamente, después de esta razonable disertación, se nos dice:

“La verdad que se enseñará es la Verdad que proclamó Jesucristo: que cuando los seres humanos surjan de entre los muertos, es decir, salgan del sueño del goce y del dolor sensorios, *no se casarán ni serán dados en matrimonio, ni morirán más (no compartirán la excitación del intercambio sexual de ninguna naturaleza), sino que serán como ángeles de los cielos, semejantes a la naturaleza sublimante que existe en la consciencia superior del hombre.*”

He aquí la clave de la filosofía salvadora (?) que enseña esta mujer a muchísimas personas de ambos sexos, cuya apelación llega a casi todos los hombres y mujeres fríos por naturaleza y del tipo neuróticamente emotivo.

Médicos e investigadores admiten que nos estamos convirtiendo rápidamente en una nación de neurasténicos, y en todos estos neuróticos, ya anormales, hay una respuesta a la enseñanza que niega el ejercicio de la función creadora.

Esto gana rápidamente a hombres y mujeres irreflexivos mediante la promesa de que “serán como los ángeles del cielo”. Seguimos citando:

“Pero el Maestro dijo que sólo a aquellos a quienes es dado, podrán recibir esta Verdad. Evidentemente no te es dado recibirla. Pero cuando el hombre se purifica, deseoso de perder su vida para hallar a Cristo, Dios nos da la colmada medida de sí en idea, palabra y acto. Así se manifiesta Dios entre los hombres; y así el Verbo se hace carne y habita entre nosotros.”

Los doctores Freud y Ferenczi, psicoanalistas de renombre mundial, han demostrado plenamente que, entre los neuróticos y los asténicamente emotivos, la apelación al martirio halla suelo fértil, y ello en especial con la promesa de “Dios manifestado” en ellos, pues no es necesario que realicen otro esfuerzo que el de la represión.

Además, la afirmación dirigida a un estudiante o remitente de la carta de que “evidentemente no te es dado recibirla”, sería un impulso o un incentivo para “demostrar lo contrario”. Así se suma un novicio más al número rápidamente creciente de neuróticos.

“Si conocieses la Filosofía de la Vida, o la historia de las razas, pronto sabrías que cada raza-raíz experimenta un cambio en la propagación de la especie. Estamos ingresando

en la sexta raíz de la quinta raza-raíz, y empezamos a aprestarnos para una clase superior de propagación.”

Hay que admitir que este es un método sagaz de plantear la cuestión a quienes están insatisfechos con la religión y la vida actuales en conjunto. ¿Entre los muchos que buscan la vida superior, quién desea que se le conozca como un perezoso? Al aspirar siempre a una existencia más sublime que la que se vive universalmente, la humanidad ansía ofrecer algún sacrificio con el que se libere de la trivialidad.

He aquí alguien con apariencia de líder de quienes anhelan “salvar sus Almas”; primero les ofrece el báculo teosófico de las razas-raíces; luego les dice tímidamente (muy a sabiendas) que, con cada raza-raíz el método de propagación cambia; que esa revolución es inminente; después propone el plan, admitiendo con modestia estar en posesión de una presciencia de todo lo que Dios está a punto de consumir. Leamos más adelante:

“Según el Plan Creador, en el sexto día ocurre el nacimiento del Hombre Ideal, la “imagen y semejanza de Dios”. *Este Hombre Ideal es el hombre unificado en la naturaleza masculina y femenina*, y así apreciamos la doctrina de la plenitud de Cristo, la cual, vivificada en la consciencia, *prohíbe expresar el sexo externamente*. El Hijo del Hombre ha de ser la manifestación externa del Uno, no de los dos.”

Nos preguntamos si la autora no supo u olvidó que el Creador contempló la obra de Sus Manos y “vio que era buena”, y que “varón y hembra los creó”. Ciertamente, la afirmación de la autora de que “al sexto día nace el Hombre Ideal” no concuerda con lo que Dios declaró en el sentido de que lo que El creó era bueno, ni con la expresión bíblica de que el Hijo del hombre nació de dos (personas), no de una sola.

Muchos se engañan creyendo que ninguna mente cuerda podría ser engañada por tales preceptos. Desearíamos poder justificar con nuestra experiencia tan felices conclusiones. Permítasenos ilustrar esto: No hace mucho llegó a nuestro consultorio una lozana muchacha, de unos veintidós años. Esta joven nos relató su historia. Nos dijo que no estaba bien físicamente, que sufría desmayos y otros trastornos fuera de lo normal.

Su aspecto nos indujo a interrogarla sobre condiciones que, por lo común, no hubiésemos considerado al examinar verbalmente a una mujer soltera para llegar a un diagnóstico.

Después de un rato admitió su falta de menstruación en los últimos ocho meses pero sostuvo con firmeza su inocencia respecto de cualquier acto inconveniente.

Por más que hicimos, por más que preguntamos, no admitió haber conocido carnalmente a hombre alguno; finalmente declaró que si estaba encinta, como era nuestra convicción, eso debía haberse producido por inducción divina. Dos semanas después de su visita, fue madre de un niño sano y plenamente desarrollado.

¿Esta joven creyó honestamente que podría convencernos de que su embarazo fue resultado de una mediación divina? De ser así, ¿qué creencia religiosa o doctrina filosófica le indujo tal engaño? Si éste fuese el único caso de este estilo, quisiéramos juzgarla irresponsable de su acción. Sin embargo, es lamentable y doloroso que su caso sea tan sólo uno entre muchos otros.

Otra experiencia corresponde a la consumación de un matrimonio feliz de un hombre de veintiséis años y una mujer de veintidós. La pareja era bien desarrollada y, ciertamente, bien sexuada. Al principio todo sucedió como correspondía a una pareja armónica, mas poco después de la boda trabaron relación con alguien que proclamaba su capacidad de enseñar el desarrollo Espiritual Interior: *el despertar del Alma*. Nuestros amigos percibieron la posibilidad de que en la vida existía algo superior a lo meramente físico, insatisfechos con la interpretación espiritual de la iglesia y buscando la sabiduría, fueron prestamente inducidos a estudiar con este propagandista.

Lo primero que se les requirió fue que prescindiesen de la satisfacción sexual. En su caso esto era en extremo difícil porque, como ya se dijo, estaban dotados del máximo don divino, i.e., él poseía una viril masculinidad y ella, una feliz femineidad, y *se amaban mutuamente*.

Sin embargo, su deseo de conocimiento y la promesa de una vida sublimada fueron los que prevalecieron. Aceptaron la tarea de dominar el incentivo del amor. Aunque difícil, esto lo cumplieron poco más de un año, pero para su pesar aprendieron que, a medida que disminuía el deseo de abrazo conyugal, lo mismo ocurría con su mutuo amor, al tiempo que se reducía el anhelo de acompañarse uno al otro.

Luego de despertar a este hecho perturbador, tomaron conciencia, de modo parecido, que con la disminución del amor recíproco y del anterior anhelo de abrazarse, habían perdido, en la práctica, la aspiración hacia la espiritualidad, hallándose como dos barcos sin timón en un mar turbulento. Ante este aprieto, nos consultaron con la esperanza de que pudiésemos salvarlos de lo que ahora parecía una situación horrible.

Este demostró ser un proceso lento y difícil. Ella padecía extrema irritabilidad nerviosa debida a que su sistema genital estaba totalmente congestionado. El sufría de irritación prostática debida primero a extrema congestión, y luego a frecuentes pérdidas. Entre ambos no existía aversión. Esto los favorecía.

Fue necesaria una rehabilitación gradual. A esto siguió un retorno del deseo de mutua compañía y la vitalidad de cumplir otra vez, normalmente, el rito marital. En un año se restableció nuevamente la salud y la normalidad.

Desde entonces tuvimos la experiencia de muchísimos casos de esa clase, que demuestran que este engaño se está generalizando. Seguiremos con nuestras citas:

“Dios ordenó el matrimonio —el matrimonio del Espíritu y del Alma para reproducir el cuerpo. Este matrimonio tiene lugar en la consciencia y no podrá producirse hasta que el sexo haya sido encontrado y vencido. El matrimonio simbólico en lo externo es una fallada expresión de esta unión interior —la búsqueda del varón y la mujer para fundirse en uno solo en la vida y el amor para reproducir el cuerpo. ¡Pero convierten esto en un terrible fiasco, como toda la vida lo indica! Toda la podredumbre de la mortalidad sale de esta “muy sagrada relación” de hombres y mujeres.

“Sin embargo, una vez que el hombre separó su naturaleza masculina y femenina y después se mezcló con los “animales machos y hembras”, creó el conflicto, la lucha y la naturaleza animal, y el matrimonio (como el mundo lo conoce) ha sido su medio de evolucionar en una forma más perfecta. Pero que nadie se engañe de que éste sea el Plan Creador ordenado por Dios. Jesucristo culminó el Plan Creador, y yo estoy obrando de ese modo. Sé de lo que hablo, pues recorrí el sendero que conduce a la luz.”

¿Es posible que alguien enseñe una doctrina más engañosa, o que exhiba mayor fariseísmo y egoísmo que los aquí manifestados por esta “hembra de la especie”? Admitimos con franqueza que, en toda nuestra experiencia, jamás tuvimos una ilustración más perfecta del “yo soy más santo que tú”.

Algunas afirmaciones se basan realmente en la verdad, como por ejemplo, que el hombre llega al estado supremo de su ser cuando desarrolla dentro de sí el *aspecto femenino de su naturaleza*. Para hablar clara y comprensiblemente, el hombre no debe ser una mera máquina comercial, de naturaleza fría y consagrado a los asuntos mundanos; también debe permitir que se manifieste el yo interior, femenino o espiritual.

Esto se denomina el Alma, la cual es capaz de sentir amor y compasión, y que habitualmente se supone peculiar del sexo femenino. Lo mismo ocurre con la mujer, que en vez de permitir que su amor y sus emociones afectivas dominen toda su vida, debe buscar la tranquilidad manteniéndose en equilibrio; así podrá juzgar con calma y tomar decisiones sin consentirse simpatías que opaquen su juicio.

Este es el significado exacto del matrimonio espiritual, y de ningún modo indica que el hombre será o podrá ser suficiente para consigo mismo, ni que sea posible que la mujer desarrolle dentro de sí al varón que pueda fecundarla.

El matrimonio tiene lugar en la consciencia. Así nace el Alma iluminada. Esto no prohíbe el matrimonio en la carne entre dos que se aman; más bien es un incentivo para sellar ese vínculo, por el que se confiere a un mundo hambriento las bendiciones de una progenie nacida de la unión amorosa iluminada y sublimada.

Es necesario que se controle el sexo, pero vencer no indica destrucción ni muerte de la función; *más bien es el ejercicio de ésta con fines sabios y santos; es decir, para la pro-*

*creación, la recreación y la regeneración*; todo esto es posible a través de la unión amorosa entre hombre y mujer.

Es completamente falso que “toda la podredumbre de la mortalidad” deriva de la “muy sagrada relación”. Esto es una mentira, una calumnia contra Dios y Su creación. Esto arroja un estigma sobre todos los que se aman y hallan la salud, la fuerza, la felicidad y, eventualmente, la Inmortalidad, en sus mutuos abrazos amorosos.

Hay que admitir que los pesares de la mortalidad surgen de la relación sensual entre dos personas que se buscan sólo hasta el punto de hallar satisfacción carnal. Como se señaló con frecuencia, lo que puede destruir la vida, también puede ofrecer vida.

El hecho de que un ejercicio sea destructivo para una persona bajo circunstancias desfavorables, no señala en lo mínimo que sea perjudicial para otra bajo circunstancias diferentes. El hombre no se separó de la mujer en la misma medida en que no lo hizo ninguna de las demás criaturas sexuadas, una respecto de la otra. La ley creadora puso en movimiento ciertas fuerzas; el resultado de la acción fueron el macho y la hembra.

Además, el mundo no será salvado a través de práctica destructiva alguna, resultante de la vana esperanza de la hembra de desarrollar dentro de sí un macho fecundante, sino a través de la procreación de una nueva raza, mediante el abrazo de hombres y mujeres que se amen de verdad y tengan en el corazón el bienestar de la raza.

“La antigua Orden Esenia<sup>29</sup> enseñaba la re-generación a través del uso correcto y santo de las fuerzas sexuales (no a través de la relación entre hombres y mujeres) como medio para dar a luz al verdadero hijo del Hombre. Distorsionas la Verdad de su enseñanza, ignorantemente o a sabiendas.

“Descubro tu error no para que aprovechemos el error sino para que aprovechemos la Verdad. ‘No vine a traer la paz sino la espada’ dondequiera sea preciso clavarla en la raíz del árbol del engaño, del fraude y la falsía.”

“Esa falsía ha estado demasiado tiempo sobre los ojos humanos. Mi labor consiste en descubrir esos ojos para que el hombre se alce nuevamente ante Jehová, Dios de su naturaleza, desnudo, sin vergüenza, es decir, revestido de la verdad.

“El cristianismo ha fracasado, y la espada ha sido emblema de carnicería, la destructora de la humanidad, por ninguna otra razón que tales engañosas interpretaciones de las enseñanzas de Jesús.”

La exposición de los preceptos del Maestro según la cita anterior atrae a incontables mujeres, débiles y frías por naturaleza, que buscan constantemente una avenida a través de

---

<sup>29</sup> Los terapeutas, miembros del Consejo Externo de la Orden de los Esenios, tenían permitido casarse. El autor ignora totalmente lo que los esenios enseñaron o no enseñaron. Véase *Philosophy of Fire*.

la cual puedan eludir su sagrado deber para con Dios, su esposo y su familia; y de modo parecido atrae a los hombres ya sin virilidad, y por ende incapaces y, en consecuencia, pres- tos para aferrarse a cualquier cosa que les ofrezca una excusa por su debilidad y los releve de un deber que se hallan incapaces de cumplir, siendo demasiado cobardes como para ad- mitir con franqueza su incapacidad. Considérese lo que sigue:

“En mi curso sobre REgeneración enseñé que la Espiritualidad se logra a través del uso correcto y santo de la fuerza sexual, es decir, de su transmutación en el individuo para engendrar la vida y el amor de Dios que revestirá al hombre en el Alma viva, y eventual- mente en el cuerpo vivo.

“La pareja que se une en Dios debe ser una sola persona en la carne. La pareja unida por las leyes del mundo no es una sola carne, sino que está separada, buscando devorarse mutuamente con deseo y anhelos impíos.<sup>30</sup>

“Desean a Dios, anhelan la perfecta unión del varón y la mujer dentro de la cons- ciencia, pero no podrán lograr esto mientras funcionen sexualmente.

“Gracias a Dios que las leyes del Amor Divino prohíben el ingreso del hombre en el Jardín del Edén y en su bienaventuranza celestial hasta que haya pasado la “espada flamíge- ra” de la entrada que se vuelve en todas direcciones para mantener intacto el árbol de la vida hasta que el hombre sea lo bastante puro como para recibirlo.”

¡Esto es lamentable! De los muchos que actualmente buscan con sinceridad *conocer* al Padre y lograr la *Unión consciente* entre su Alma y Dios y el vínculo de la naturaleza masculina y femenina (no de la persona masculina y femenina) dentro de sí, un número desconocido se descarriará al escuchar esos preceptos destructivos, sin despertar a su peli- gro hasta que, a través de la supresión, hayan consumido dentro de sí los manantiales de *agua viva*, convirtiéndose en imbéciles o pervertidos, en neuróticos o enclenques. Ni el hombre ni la mujer podrán llegar a la Inmortalidad con esa vida anormal, ni ingresar en el Jardín del Edén. *El amor es la única llave de ese jardín*, Y este amor se deberá manifestar mediante afecto verdadero y todo lo que esto implica, entre el hombre y la mujer, y *de am- bos hacia Dios*. I

Considérese ahora el método nuevo e indoloro para la propagación de la especie, como lo enseña este nuevo Avatar que con tanto conocimiento nos refiere los planes de Dios:

“La manera de dar a luz hijos en la Sexta Raza-Raíz me ha sido revelado con clari- dad. Se lo expliqué a mi clase anoche. Estamos estudiando el Tercer Capítulo del Génesis,

---

<sup>30</sup> Esta es una inexcusable calumnia contra millones de seres humanos felizmente casados, sanos y normales, que se aman de corazón y aman a Dios, como posiblemente este autor no podría saberlo ni apreciarlo. Tales enseñanzas son “egocentrismo” en su peor expresión.

clarificando la consciencia sobre muchos puntos. Deberías haber oído mi clase; entonces no estarías tan ansioso de saber cómo nacerá el Hombre Ideal ni cómo se alojará.

“Puedo asegurarte una sola cosa: el Hombre Ideal, como Jesús, nacerá por encima de las “vías de los hombres” (los hombres son el estado de la consciencia formado a través de la acción del pensamiento adulterado). María tuvo que rebelarse contra los modernos métodos de la maternidad antes de entonar su alegre salutación: Mi Alma magnifica al Señor, y mi espíritu se regocijó en Cristo, mi Salvador”,<sup>31</sup>

“Cristo es el Salvador en esta época como lo fue en la época de María, y Jesucristo será el cuerpo que ha de manifestarse, el cuerpo de las ideas de Cristo.”

Podríamos sonreír e ignorar tal exposición sobre la muy sagrada relación que puede existir entre el hombre y la mujer, con su posibilidad de vincularlos directamente con la humanidad y con Dios, si no fuese que sabemos que la cantidad de engañados por esas doctrinas crece diariamente, a pesar del hecho de que ninguno de estos discípulos de líderes ciegos y engañosos jamás pudo materializar “un ser de la carne nacida del Espíritu”, y que ni uno puso de manifiesto realmente salud, fuerza, vitalidad, felicidad ni triunfo duradero.

---

<sup>31</sup> He aquí una potente verdad interpretada perversamente, que conducirá a muchos por el *Sendero de la Muerte*.

## **EL CONTROL DE LA NATALIDAD**

### *Afirmación*

Declaramos enfáticamente, basando nuestras aseveraciones en conocimientos y experiencias de primera mano, que el Control de la Natalidad, como lo defienden actualmente partidarios extranjeros, más o menos distinguidos, del culto neo-malthusiano, y altas sacerdotisas norteamericanas de este producto foráneo, es con demasiada frecuencia sumamente lesivo para la salud, y causa directa de DEgeneración racial.

*Primero:* Los métodos que se enseñan o los medios que se emplean, en su mayoría, son asiduamente degradantes para la mentalidad; ruinosos para el cuerpo en su conjunto; y si se produce el embarazo a pesar de los medios usados, como ocurre con frecuencia — cualquier médico puede atestiguar esto— produce enclenques, criminales, pervertidos e incluso insanos.<sup>32</sup>

Muchos medios empleados son enemigos de la salud de la mujer, y en muchos casos destruyen las fuerzas vitales del fluido seminal; mientras algunos otros medios puestos en práctica son peores que la masturbación mutua, si ello es posible, creando mutua repugnancia en quienes los usan.

*Segundo:* La raza<sup>33</sup> aria o “blanca” compone hoy en día menos de un tercio del total de habitantes del mundo conocido. Si no fuese por su agresividad y mayor incentivo, la

---

<sup>32</sup> Cuando se produce el embarazo, a pesar de los medios preventivos empleados, el estado mental de la futura madre es radicalmente inconducente para el nacimiento de un hijo normal. Este, al no querérsele, muy seguramente sentirá esto a lo largo de todo el tiempo de su niñez. Si es un niño, esto es bastante grave en sus resultados, pero si es una niña, será muchas veces peor.

La delincuencia juvenil es hoy en día el más grave problema del mundo. Es razonable decir positivamente que el cincuenta por ciento de las niñas descarriadas obran así porque, desde la niñez, percibieron dentro de sí que no se las quería. Están como “perdidas”.

En su búsqueda de compensar esta pérdida, de hallar lo que sus padres, especialmente la madre, no les dieron, buscan en otra parte con terribles resultados. Esta influencia de “no-ser-querido”, la sensación depresiva-supresiva a lo largo de toda la niñez y la juventud, son más poderosos de lo que cualquier reformador podría aún suponer. Raras veces se descarrían los hijos de familias donde SE LOS QUIERE, y donde perciben que SE LOS AMA.

<sup>33</sup> Esta afirmación no se basa en discriminación racial sino en un hecho real.

raza blanca habría estado condenada porque la tasa de natalidad de la raza no-blanca aumenta en proporción de dos a uno.<sup>34</sup>

*Tercero:* La raza blanca, como quedó demostrado en Holanda, Francia y otros países donde los cultos neo-malthusianos son vigorosos, aceptaron rápidamente la práctica, mientras muchos de los integrantes de la raza no-blanca no lo hicieron ni lo harán jamás; de allí deriva la rápida disminución de la raza blanca, y el aún más rápido incremento de la no-blanca.

*Cuarto:* Casi desde el comienzo de la defensa del control de la natalidad, resultó evidente que los más educados, los mejor dotados y los más capaces de la raza blanca —y esto es igualmente cierto respecto de las razas no-blancas que aceptan la idea— practicarían el control de la natalidad, mientras los pobres, los no dotados, los mal preparados, los que sobre todos los demás no deben tener familias, son los más prolíficos y los menos controlados.

Estos últimos tienen grandes familias, malas viviendas, comida deficiente y mala instrucción. De ellos surgen, en su mayoría, los conocidos como “heces de la sociedad”, que en última instancia deberán ser sostenidos por los comparativamente pocos que son ambiciosos, frugales, cuidadosos de sus bienes, y que reconocen los derechos de los demás como los suyos propios.

Los ambiciosos y frugales son cada vez menos, mientras los otros aumentan tan rápidamente que, a no ser que dentro de poco haya un cambio, las denominadas clases mejores serán barridas y la raza toda se convertirá en indefinible e irresponsable; en una raza de enclenques, inútiles y seres brutales, si no completamente subhumanos.

*Nuestra Declaración de Principios:* El control de la natalidad sólo ha de ser defendido o permisible cuando:

*Primero:* El varón sufra una enfermedad transmisible, como la sífilis o alguna forma de degeneración o enfermedad mental; cuando la mujer sea físicamente débil, o padezca cáncer, tuberculosis, enfermedades de la sangre, o tenga un historial de inestabilidad mental.

*Segundo:* La familia sea lo bastante grande, requiriendo todos los esfuerzos del padre para su sostén apropiado, ofreciendo a los hijos los beneficios educativos y sociales que son derecho innegable de toda criatura traída al mundo.

*Tercero:* Los padres sean frecuentemente de los estratos más bajos de la sociedad, cuyos miembros rehúsen asumir la responsabilidad que la paternidad impone.

---

<sup>34</sup> La raza aria, o blanca, con excepciones por supuesto, no tiene escrúpulo alguno contra el empleo de contraceptivos u otros medios para impedir la concepción. Por el otro lado, hay millones de personas, no-arias, de la India por ejemplo, cuya religión les prohíbe emplear cualquier medio de esa índole y que en realidad viven con arreglo a sus preceptos religiosos en este aspecto.

*Cuarto:* El esposo o la esposa, o ambos, sean ebrios habituales, criminales o degenerados.

Todas las demás razones son ilógicas, ilegítimas y, muy a menudo, una excusa para disfrutar los placeres de la relación conyugal sin disposición ni voluntad de aceptar las posibilidades y responsabilidades que puedan resultar.

Es perfectamente legítimo para el médico prescribir una droga venenosa o peligrosa cuando, según su opinión, es el único medio conocido para salvar a su paciente; pero es criminal que obre así cuando la gravedad del caso no exige ni convalida eso. El control de la natalidad es tan criminal como esto cuando no hay razón válida.

En su celo por obtener conversos, quienes abogan por el Control de la Natalidad han sido ilógicos e irrazonables. Una revista que tenemos ante nosotros contiene un artículo, de los conocidos ahora generalmente como “lacrimógenos”, con este título: ¿POR QUÉ TRAER HIJOS PARA ESTO?:

“La tuberculosis causa casi el veintisiete por ciento de las muertes de niñas que trabajan en cualquier industria entre las edades de diez y catorce años. Alcanza a algunas de las que escaparon durante el primer período, después de ingresar en el que abarca de los quince a los diecinueve años, pues entonces el treinta y tres por ciento de todas las muertes de niñas en la industria son acreditadas a la tuberculosis.

“En el período que abarca desde los veinte hasta los veinticuatro años, muchas de las que escaparon de los dos primeros períodos, cumplen el castigo de su servidumbre forzosa durante sus años tiernos, pues entonces la tasa de defunciones por tuberculosis es del 39,8 por ciento sobre el número total de muertes. Casi el cuarenta por ciento: ¡dos de cada cinco muertes! Esta tabla nos dice demasiado bien qué ocurre con las hijas que trabajan en fábricas.”

Lo aseverado fue cierto, sin duda, en un tiempo, pero las conclusiones son por demás engañosas, porque señalan al lector corriente que el trabajo en fábricas es responsable de este horrible desperdicio de vidas. *Esta no es absolutamente la verdad.*

Como todo guarda una relación de equilibrio, si los padres de estas niñas consumiesen el alimento apropiado, para fortalecerse y crear energía, en vez del pan blanco, las féculas y otros alimentos congestivos y desvitalizados con exclusión casi completa de comidas vitales, frutas y verduras; y si estas niñas recibiesen combinaciones alimenticias correctas, la vida en las fábricas no causaría la enfermedad ni la muerte de una de cada diez que ahora mueren años antes del término natural de la vida. Es el conglomerado de enfermedad que engendra las comidas, como pasteles y tortas, café, crema helada y sodas, que consume la empleadita corriente, lo que vicia su cuerpo e induce enfermedades, que a la postre concluyen en la muerte.

Hemos investigado el tema por completo en un lapso de cuarenta y cinco años desde la especialidad dietética y endocrinóloga; sabemos de lo que hablamos. No deseamos que

se entienda que aprobamos para las niñas o las mujeres la labor en fábrica o en cualquier otra vida no-doméstica. *Declaramos enfáticamente que ni la tienda ni la fábrica son sitios para una niña*; pero esta es la verdad que buscamos.

Además, aquellas afirmaciones inducirían a la gente a creer que estas niñas fueron *forzadas* a entrar en la fábrica; en el artículo se usa la palabra *forzada*. Es indudablemente cierto que muchas niñas son obligadas a trabajar, para ayudar a sufragar los gastos familiares. Asimismo, es un hecho irrefutable que las niñas, en su mayoría, ingresan a las fábricas *por propia y libre voluntad*, y hasta exigen el privilegio de hacerlo porque la vida hogareña es demasiado corriente y nada excitante.

Ellas usan la mayor parte de sus ganancias para comprar vestidos caros y alimentos sin vitaminas, la ropa apropiada les parece demasiado ordinaria, mientras las comidas que proveerían a sus cuerpos desnutridos las fuerzas vitales que necesitan grandemente y son esenciales para asegurarles salud y fuerza, raras veces, si es que alguna vez, forman parte alguna de su dieta.

Lo implícito en el título del artículo dista muchísimo de la verdad real. Las hijas no nacen para la fábrica; buscan trabajar en las fábricas y otros cauces laborales porque prefieren ese trabajo a sus deberes naturales; al trabajo y rutina que son parte del hogar.

Si se eligiese al azar a un millar de niñas que trabajan en fábricas, con edades entre los catorce y los dieciocho años, y se les interrogase si preferirían trabajar en sus casas, en un medio sano, normal y natural, comparativamente pocas escogerían trabajar en el hogar. Debemos enfrentar los hechos.

El grito de “Explotación”, el “lobo, lobo” de los fanáticos del pasado, no puede ser alentado más. Si hay explotación, entonces se trata de la explotación del propio individuo en procura de beneficios personales.

En la misma revista antes citada aparece otro artículo tan ilógico e insensato bajo otro título “lacrimógeno”: “EL CRIMEN MAYOR”, donde el lector es ilustrado sobre lo siguiente:

“Cuando dejé el colegio ingrese en el diario de una gran ciudad. Aquí —una “historia” por día— había cada vez más ejemplos de la necesidad del Control de la Natalidad. Hay una joven pareja casada; el primer hijo revela la infección sifilítica, hasta entonces impensada. La madre, enloquecida, mata a la criatura y se suicida; el padre queda para llevar una vida de agónico remordimiento. Por supuesto, no deberían haberse casado, y aún menos, haber tenido hijos.”

Una propaganda de esta clase tiene incuestionablemente grandes posibilidades de lograr conversos, pero no es sana ni cuerda. Siempre existió, y todavía existe, una posibilidad de que el joven o la joven entren en el matrimonio habiendo contraído antes la sífilis, o habiéndola heredado.

Según este título, debido a esa posibilidad, NADIE DEBERÍA CASARSE. ¿Y qué hacer entonces? Ciertamente, ¡debe haber un contraceptivo efectivo! Lo sano, lo razonable que debe hacer quien piense casarse es averiguar si es que padece alguna enfermedad o no. En verdad, esta no es una cuestión difícil en los tiempos modernos.

Supóngase que el niño, al nacer, padece sífilis. Es lamentable, por supuesto, y de verdad muy melodramático que la madre lo mate y se suicide. ¿Si el hijo, nuestro hijo, tuviese alguna otra enfermedad, lo mataríamos, o seríamos sensatos y razonables y buscaríamos los servicios de un médico competente? La sífilis, como otras enfermedades, ha sido curada, y continúa siendo curada y no es causa de asesinato ni de suicidio. Sólo los desequilibrados mentales seguirían ese procedimiento o lo sugerirían como lo hace quien escribió este artículo. Se nos pide constantemente que escuchemos a personas frías o sexualmente muertas, diciéndonos que “fulano de tal” no debería haberse casado debido a alguna debilidad o enfermedad. ¿No sería más sensato buscar librarse de la debilidad o enfermedad, en vez de renunciar al matrimonio? ¿Qué deben hacer quienes poseen abundancia de vida y naturaleza amorosa? ¿Practicar la continencia y “consumirse”, o el Control de la Natalidad? ¿Por qué no buscar la salud y la vida según la gran Ley de Dios?

El autor citado, dice además:

“Yo solía decir que si me sentía tentada a casarme, llamaría a Lottie y que eso me curaría. Por fortuna, para mi felicidad, ella estaba a tres mil millas de distancia cuando me asaltó la tentación, y caí en ella. Pero no hay peligro de que yo caiga en el cenagal del desaliento que la está abogando. . . Yo soy una mujer casada del siglo XX, no del siglo XIX.

“Si tendremos o no un hijo, depende de circunstancias que escapan a nuestro control. Pero hasta entonces estoy en libertad de hacer mi trabajo, de hacerme más merecedora a través de la dicha del amor y la compañía, sin el miedo al acecho de la maternidad que no se quiere. . . de arrojar la carga de la vida sobre otro ser humano, sin poder garantizarle al menos una excelente posibilidad en un mundo mejor.”

¿A qué llegamos en esta denominada época ilustrada? Es una ley absoluta en el mundo Espiritual, al igual que en el natural, *que el matrimonio trae consigo las responsabilidades de la paternidad.*<sup>35</sup>

No puede haber amor sin pasión. Es evidente de por sí que, cuando la pareja casada corriente ejercita la función creadora y no se manifiestan los resultados, deberá existir debilidad o abuso en alguna parte de la relación. Hay muchos métodos contraceptivos, pero ninguno de ellos es absolutamente seguro; y como ya se dijo antes, muchos de ellos perjudican el bienestar de quienes los usan. Si los preceptos que hemos leído y referido como provenientes de quienes abogan por el Control de la Natalidad son auténticos, entonces sería mucho mejor para el bienestar espiritual y moral del hombre y la mujer corrientes que

---

<sup>35</sup> Con excepciones de edad, ciertas condiciones y responsabilidades inusuales, el matrimonio presupone la paternidad. Los jóvenes no deben casarse para obtener un medio de autosatisfacción; ese es el *espíritu* de la prostitución. La Ley espiritual de los jóvenes es: “Amaos, fructificad y llenad la tierra.”

continúen con su modalidad anterior de vida y tengan hijos antes que condenen su cuerpo y su Alma.

Al buscar el goce de la complacencia frecuente, pero a la espera de eludir el castigo, la señora concibe accidentalmente. Su mente piensa constantemente en que no quiere esa criatura; graba esto en la mentalidad de ésta, y así impide un desarrollo normal de las facultades mentales mientras interfiere asimismo el natural crecimiento corporal; con el resultado de que quien nace es mentalmente defectuoso, físicamente pervertido o se convierte en un leproso moral.

En total este es un hecho diario, y como consecuencia, es mayor que nunca el total de indeseables en proporción a la cantidad de nacimientos.

A pesar del uso casi universal de contraceptivos desde que se formulara la muy citada frase de la señora Sanger, la insania, la inmoralidad, la degeneración, la violación y la depravación moral aumentaron enormemente; y en tan gran medida que son una amenaza para la raza. El Control de la Natalidad como remedio de estos males de la REgeneración de la raza ha fracasado por completo, y la señora Sanger y su camarilla demostraron que son falsos profetas.

Hablando desde un punto de vista espiritual, reiteramos que, con excepciones, cualquier impedimento de la concepción no basado en el período estéril de la mujer entre las menstruaciones, o en un defecto del útero para “alojar” los fluidos seminales, debido a un abrazo lateral, o a algún otro medio natural, es una perversión, y la mujer —y su progenie— siempre deberán pagar por ello.

Durante siglos, por un medio u otro, pero generalmente a través de cultos que llevan en el corazón la degradación sexual bestial (con perdón de las bestias) de la humanidad, muy al estilo de lo que se generalizó en Sodoma, Gomorra, Babilonia, Grecia y Roma, la raza fue periódicamente culpable de suicidio racial.

A esto se sumó, como resultado de las guerras, la horrenda pérdida de posiblemente 35.000.000 de arios u hombres “blancos”, que deberían haberse convertido en padres de una progenie vigorosa. Otra guerra, especialmente si las razas no-blancas se unen contra la blanca, con la ayuda de la actual maquinaria de destrucción, y la raza blanca será una cosa del pasado, salvo en los mercados de esclavos.

A continuación de esto, la raza mejor preparada para la guerra (como la mongol, la tártara y otras) atacará a las menos belicosas, como la negra y la india oriental, y las barrerán o las esclavizarán.

Hace tiempo que los pensadores temieron esto, y eso sobrevendrá a menos que, como dijo Tolstoi: El hombre blanco *reflexione* y empiece a vivir natural, constructiva y razonablemente.

Antes parecía que era poco lo que habría que temer. Las razas más oscuras no poseían la iniciativa ni la agresividad del blanco. La superpoblación era crónica en algunas de

ellas, pero fueron controladas por las plagas, la peste y la inanición; ignoraban totalmente los medios para combatir a la muerte; todo esto las mantenía a raya.

Ahora esto es vastamente diferente. La raza blanca descubrió los medios de vencer la enfermedad, y enseñó los métodos a sus hermanos de color; despertó en ellos el deseo de conquista. Lenta pero seguramente, están ahora venciendo a todas las fuerzas que antes los mantenían sometidos. La población de muchas razas aumenta con tanta rapidez que la emigración es cada vez mayor, y tarde o temprano, lo queramos o no, deberemos enfrentar la crisis.

Como ya se dijo, la población del mundo es blanca casi en una tercera parte; hasta ahora era una raza progresista y agresiva, mientras las razas de color dormían el sueño de la inercia. *Ahora éstas despiertan a sus posibilidades y empiezan a trabajar al unísono, mientras la raza blanca está siendo inoculada con perversia sexualis*, con un deseo de todo placer gratificante al tiempo que busca eludir los resultados naturales, rebajándose a todas las modalidades conocidas de prácticas bestiales para evitar la concepción; y a esto se añade la lucha interna del hombre contra el hombre. ¡Ay de quienes no presten atención a lo escrito en los cielos!

Declaramos enfáticamente que no condenamos al hombre porque fume, beba lo que le plazca, o use medias o camisas de seda. No miraríamos de reojo a una mujer porque le gusten las golosinas y las cremas, y prefiera lo delicado a lo vulgar y esencial. No abogamos por la restricción de raza alguna.

Sólo enfrentamos los hechos cara a cara, sin reservas; echamos la culpa de la situación actual a lo que correctamente corresponde; señalamos al mismo tiempo el peligro que está delante y la posible extinción, debido a sus debilidades e inmoralidades, de las razas humanas que tornaron aparente la grandeza del hombre, y le señalamos a éste sus mayores potencialidades y posibilidades.

**ÍNDICE**

Prefacio .....	3
Prólogo .....	9
Instrucciones para las jóvenes .....	22
La pureza del sexo .....	34
El comienzo de las mentiras sobre el sexo .....	42
Las instrucciones sexuales en público .....	49
El período peligroso de la vida. La pubertad .....	56
El matrimonio. La noche de bodas .....	62
La preparación para el bebé .....	73
La ley de transmisión .....	81
El período peligroso de la vida. La menopausia .....	88
La continencia en las personas solteras .....	96
El Sendero de la muerte I .....	103
El sendero de la muerte II. Las perversiones .....	111
La continencia en las personas casadas .....	119
La continencia I .....	128
La continencia II .....	136
La continencia III .....	144
Babilonianismo .....	151
El fraude conyugal .....	158
El Significado espiritual del sexo I .....	166
El significado espiritual del sexo II .....	174
El control de la natalidad .....	183



HORUS

Probablemente, usted disienta sobre los argumentos confesionales que **Swinburne Clymer** esgrime para fundamentar su criterio respecto al uso del sexo y sus consecuencias. Pero seguramente se mostrará cauto y reverente ante los elementos de juicio y los hechos que el autor aporta, basándose en décadas de laboriosa ejercitación médica y psicológica. Tal es la esencia sustantiva de esta obra, carente de almibaradas expresiones, rotunda en los calificativos que a cada cual le cuadran por su acierto o desacierto en la vida, en relación directa con sus expectativas, actitudes y decisiones en el campo del amor. Casi podría afirmarse que EL MISTERIO DEL SEXO Y LA REGENERACION DE LA RAZA es un trabajo sin precedentes.

Tiene la fuerza de convicción nacida del conocimiento científico, racional, equilibrado. Alcanza a todos los niveles intelectuales y sirve de punto de partida para quienes, sinceros en los planteamientos que a sí mismos se formulan, **necesitan con urgencia algo calificadamente magistral** para no hundirse en el pantano del vulgar hedonismo. "Instrucciones para los jóvenes; Pureza; Mentiras sobre el sexo; El período peligroso de la vida; La noche de bodas; La menopausia; La continencia de los solteros; El sendero de la muerte; El Babilonianismo; El fraude conyugal; El significado espiritual del sexo; El control de la natalidad..." Estos son algunos de los temas capitales de este libro fervoroso, limpio y categórico en sus mensajes, que tienen obligación de leer jóvenes y adultos **para construir un mundo mejor.**

HECTOR V. MOREL

Diseño de Tapa:  
HORACIO CARDO.